

LA HUMANIDAD VIVE SU HORA FINAL. ELLA, SU ÚLTIMA BATALLA...

TERCER LIBRO DE LA SAGA PARTIALS

RUINAS

DAN WELLS



Mientras el reloj se acerca cada vez más a la última fecha de vencimiento de los Parciales, los humanos están a punto de comenzar una nueva guerra contra ellos. En medio de esta situación, a miles de kilómetros de distancia, están Samm y Kira: él se encuentra atrapado en el otro extremo del continente, más allá del páramo tóxico del Medio Oeste americano; y Kira, bajo el poder de la doctora Morgan, que está decidida a salvar a los Parciales, aun cuando para conseguirlo tenga que matar a la joven heroína.

La única esperanza está en manos de los sujetos dispersos de ambas especies, que buscan la manera de frenar el conflicto que se intensifica rápidamente. Y en medio del caos, aparece un misterioso ser, que no es humano ni Parcial, con solemnes advertencias de un nuevo Apocalipsis, uno que nadie podrá evitar...

Sobrevivir será la prioridad. Y descubrir los secretos para hacerlo en paz, la clave de todo.

Lectulandia

Dan Wells

Ruinas **Partials - 3**

ePub r1.0

Titivillus 07.05.16

Título original: *Ruins*

Dan Wells, 2014

Traducción: Nora Escoms

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a todos
aquellos a quienes odies.
Lo siento. A veces la vida es así.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

«Este es un mensaje general para los residentes de Long Island».

La primera vez que oyeron el mensaje, nadie reconoció la voz. Pero lo reproducían a toda hora, todos los días, durante semanas y en todas las frecuencias disponibles para asegurarse de que todos los humanos de la isla lo escucharan. Los aterrados refugiados, apiñados en grupos o solos en la naturaleza, llegaron a saberlo de memoria, pues resonaba implacablemente y se grababa a fuego en sus mentes y sus memorias.

Al cabo de las primeras semanas los perseguía incluso en sueños, hasta que ni dormidos podían descansar de aquel comunicado sereno y metódico de muerte.

«No queríamos invadirlos, pero nos vimos obligados por las circunstancias».

La voz, se enteraron a la larga, era de una científica llamada McKenna Morgan, y el «nosotros» al que hacía referencia eran los Parciales: supersoldados imposibles de detener, creados en laboratorios y desarrollados de a cientos para librar una guerra que los humanos no podían ganar por su cuenta. La libraron y ganaron, y cuando regresaron a Estados Unidos y se encontraron sin hogar y sin esperanza, se volvieron contra sus creadores y entablaron una nueva guerra: la Guerra Parcial, la que acabó con el mundo.

Pero esta guerra tampoco fue la última, pues doce años más tarde tanto humanos como Parciales se encontraban al borde de la extinción, y cada especie estaba dispuesta a destruir a la otra con tal de sobrevivir.

«Buscamos a una muchacha llamada Kira Walker, dieciséis años, un metro setenta de estatura, aproximadamente sesenta kilos. De ascendencia india, tez clara y cabello negro,

aunque es posible que se lo haya cortado o teñido para disimular su identidad».

Apenas unos pocos en la isla conocían personalmente a Kira, pero todos sabían a qué se dedicaba: era paramédica, capacitada en el hospital para estudiar la peste llamada RM. Era conocida porque había descubierto la cura: había salvado la vida de Arwen Sato, la bebé del milagro, el primer humano recién nacido que había sobrevivido más de tres días en los últimos doce largos años. Kira era infame porque, en la búsqueda de la cura, había liderado dos ataques no intencionales contra el ejército Parcial, y al hacerlo, pensaban ellos, había despertado al monstruo que había permanecido dormido desde el fin de la Guerra. Había salvado al mundo, y a la vez lo había condenado. La primera vez que se oyó el mensaje, la mayoría de la gente no sabía si amarla u odiarla. Con cada muerte humana, sus opiniones se iban haciendo menos y menos complicadas.

«Entréguennos a esa chica y la ocupación terminará; si siguen escondiéndola, ejecutaremos

a uno de ustedes cada día. Les pedimos que no nos obliguen a hacer esto por más tiempo que el necesario. Este mensaje se reproducirá en todas las frecuencias y se repetirá hasta que hayan cumplido con nuestras instrucciones. Gracias».

El primer día mataron a un anciano, un maestro de la época en que aún había niños que asistieran a la escuela. Se llamaba John Dianatkah y tenía una colmena para hacer caramelos de miel para sus alumnos.

Los soldados Parciales le dieron un tiro en la nuca en medio de East Meadow, el asentamiento más numeroso de Long Island, y dejaron su cadáver en la calle como señal de que hablaban en serio. Nadie entregó a Kira porque, en aquel entonces, eran orgullosos e íntegros; los Parciales podían amenazarlos cuanto quisieran, pero ellos no cederían. Sin embargo, el mensaje siguió reproduciéndose, y al otro día mataron a una muchacha de apenas diecisiete años, y al siguiente a una anciana, y al otro, a un hombre de mediana edad.

«Les pedimos que no nos obliguen a hacer

esto por más tiempo que el necesario».

Pasó una semana, y murieron siete personas. Dos semanas, catorce personas. Mientras tanto, los Parciales no atacaban a los humanos, no los trasladaban a campamentos de trabajo; simplemente los mantenían acorralados en East Meadow y atrapaban a todos los que intentaban escapar. Si alguien atacaba a un Parcial, lo azotaban o lo molían a golpes; si causaba muchos problemas, podía convertirse en la siguiente víctima. Cuando un humano desaparecía por completo, corrían rumores en susurros apagados. Tal vez había escapado. Tal vez la doctora Morgan lo había llevado a su laboratorio ensangrentado. O quizá, simplemente, lo encontrarían a la noche siguiente en medio de la calle, de rodillas ante un Parcial, mientras el mensaje sin fin seguía brotando de todos los altavoces de la ciudad, hasta que cayera con una bala alojada donde había estado su cerebro. Cada día una nueva ejecución.

Cada hora otro mensaje, el mismo mensaje,

interminable e imposible de detener.

«Buscamos a una muchacha llamada Kira Walker».

Aun así, nadie la entregaba; ya no por orgullo, sino porque no podían. Kira había abandonado la isla, decían algunos; otros afirmaban que estaba escondida en el bosque. *Por supuesto que se la entregaríamos si la tuviéramos, pero no la tenemos, ¿no se dan cuenta? ¿No entienden? ¿No pueden dejar de matarnos? Ya quedan muy pocos humanos, ¿no pueden buscar otra manera? Queremos ayudar, pero no podemos.*

«Dieciséis años... un metro setenta de estatura... ascendencia india... cabello negro».

Al final del primer mes, los humanos tenían tanto miedo de sus propios congéneres como de los Parciales. Los aterraba la cacería de brujas que corría entre los refugiados como un viento ponzoñoso: *Tú te pareces a Kira; quizá te lleven, tal vez con eso baste.*

Chicas adolescentes, mujeres de cabello negro, cualquiera que pareciera tener

ascendencia india, cualquiera que pareciera esconder algo. *¿Cómo sé que no eres Kira? ¿Cómo lo saben ellos? Tal vez dejen de matarnos, aunque sea por un tiempo. ¿Y cómo sabemos que no estás escondiéndola? No quiero entregarte, pero estamos muriendo. No quiero hacerte daño, pero nos están obligando.*

«Si siguen escondiéndola, ejecutaremos a uno de ustedes cada día».

Por su diseño, los Parciales eran más fuertes que los humanos, más rápidos, tenían mayor capacidad de recuperación y eran más habilidosos en todos los aspectos. Los entrenaban como guerreros desde el día en que los sacaban del laboratorio, y peleaban como leones hasta cumplir los veinte años, cuando los mataba la fecha de vencimiento que tenían incorporada. Querían encontrar a Kira Walker porque la doctora Morgan sabía algo que los humanos ignoraban: que Kira era Parcial. Un modelo que nunca había visto, que no sabía que existía. Morgan pensaba que el ADN de la

chica podía ayudarlos a eliminar la fecha de vencimiento. Pero aunque los humanos lo supieran, no les importaría. Ellos solo querían vivir.

Fuera de la ciudad sobrevivía un puñado de luchadores de la resistencia, que se basaban en su conocimiento del terreno para mantenerse con vida mientras libraban una guerra perdida contra la extinción. Los Parciales superaban en número a los humanos en una proporción de 500 mil a 35 mil, más de diez a uno, y en combate los superaban en otro orden de magnitud. Cuando se decidían a matar humanos, no había forma de que estos pudieran detenerlos.

Hasta que la líder de la resistencia recuperó una ojiva nuclear de un destructor de la Armada hundido.

«No queríamos invadirlos» decía el mensaje, «pero nos vimos obligados por las circunstancias».

Los integrantes de la resistencia se decían lo mismo mientras trasladaban la bomba al norte, hacia el territorio Parcial.

CAPÍTULO DOS

El senador Owen Tovar soltó un largo suspiro.

—¿Cómo supo Delarosa que había una bomba atómica en ese barco? —Echó un vistazo a Haru Sato, el soldado que le había comunicado la noticia, y luego miró al oficial de Inteligencia de la isla, el señor Mkele—. O, lo que viene más al caso, ¿cómo es que usted no lo sabía?

—Sabía que había una flota hundida —respondió Mkele—. No tenía idea de que llevaba una ojiva nuclear.

A Haru, Mkele siempre le había parecido un hombre capaz y seguro de sí; aterrador cuando habían estado en bandos opuestos, ferozmente tranquilizador cuando estaban en el mismo.

Ahora, sin embargo, el oficial de Inteligencia parecía desesperado y apabullado. Le resultaba más perturbador ver a Mkele así, incapaz de dar una respuesta, que los horrores que los habían llevado a esa situación.

—Uno de los hombres del grupo de resistencia de Delarosa lo sabía —dijo Haru—. No sé quién. Un viejo integrante de la armada.

—¿Y se lo guardó todos estos años? —preguntó Tovar—. ¿Acaso quería que fuera una sorpresa?

—Probablemente tenía el temor comprensible de que, si se lo contaba a alguien, buscara el arma y tratara de usarla. Y resulta que eso fue precisamente lo que pasó —respondió el senador Hobb dando unos golpecitos en la mesa.

—El argumento de Delarosa es que los Parciales nos están superando —dijo Haru. Los cuatro hombres se encontraban en las profundidades de los túneles que había debajo del antiguo Aeropuerto Internacional J. F. Kennedy; ahora se hallaba en ruinas, pero

estaba rodeado por un terreno amplio y despejado que hacía que fuera fácil divisar a cualquier enemigo que intentara acercarse. Se había convertido en el último y desesperado escondite del Senado en fuga—. No solo ahora, sino siempre; dice que la raza humana nunca podrá recuperarse mientras existan Parciales. Y lo peor es que tiene razón, pero eso no significa que el hecho de detonar una bomba atómica vaya a mejorar las cosas. Yo se lo habría impedido, pero tiene todo un ejército de guerrilleros, y la mayor parte de mi unidad se unió a ellos —explicó, y sacudió la cabeza.

Haru era el más joven de los cuatro hombres, con apenas veintitrés años, y ahora se sentía como un niño más que lo que se había sentido en años; desde el Brote, en realidad. La destrucción y el caos eran de por sí terribles, pero lo que más le afectaba era la familiaridad, la sensación de que todo ese horror ya se había dado antes, doce años atrás, cuando el mundo se había terminado, y ahora se repetía. Él volvía a ser aquel niño, perdido, confundido y

desesperado por que alguien, no importaba quién, interviniera y mejorara las cosas. Esa sensación no le agradaba en absoluto, y se odiaba por permitirle entrar en su mente. Ahora era padre, el primero en doce años que tenía una hija viva, sana, respirando, y él y la madre de la criatura se encontraban atrapados en medio de tanto desastre. Tenía que recomponerse, por ellas.

—Delarosa me caía mejor cuando estaba en la cárcel —comentó Hobb—. Eso es lo que obtenemos por confiar en terroristas —echó un vistazo a Tovar—. Exceptuando a los aquí presentes, claro.

—No, tiene razón —respondió Tovar—. Nos hemos acostumbrado a confiar en los fanáticos, y rara vez las cosas nos han salido bien. Yo fui un terrorista bastante experto, lo suficiente como para lograr que me cambiaran el rótulo por el de «luchador por la libertad», pero como senador soy pésimo. Nos agradan los que salen a pelear, especialmente cuando coincidimos con ellos, pero lo que en realidad

importa es el siguiente paso. Lo que viene después de la lucha —sonrió con tristeza—. He decepcionado a todos.

—Usted no tuvo la culpa de la invasión Parcial —intervino Mkele.

—Los últimos exponentes de la raza humana se alegrarán de saberlo —repuso Tovar—. A menos que la invasión Parcial sea un gran éxito; en ese caso, reclamaré todo el mérito para mí.

—Solo si Hobb no se le adelanta —intervino Haru.

El senador Hobb balbuceó un intento de defensa, pero Mkele se limitó a mirar a Haru con desaprobación.

—Tenemos cosas más importantes que hacer que intercambiar insultos.

—Aunque sean ciertos —acotó Tovar. Mkele y Hobb lo miraron, enojados, pero él simplemente se encogió de hombros—. ¿Qué? ¿Acaso soy el único que admite sus fracasos personales?

—Hay una criminal de guerra condenada,

suelta en nuestra isla y con un arma nuclear en su poder —dijo Hobb—, para no mencionar al ejército de supersoldados que está asesinandonos como si fuéramos ganado. ¿Podemos, tal vez, concentrarnos en eso y no en los ataques personales?

—No la usará contra la isla —replicó Haru—. Ni siquiera Delarosa es tan sanguinaria. No se propone matar a los Parciales, sino salvar a los humanos; obviamente, de todos modos va a matar a los Parciales, pero no a costa de los pocos que quedamos.

—Es un buen sentimiento —dijo Mkele—, pero una ojiva nuclear es un arma muy imprecisa. ¿Cómo sabemos que la usará con sensatez? En el mejor de los casos la lleva al continente, la detona en alguna parte al norte de los Parciales y deja que la radiación residual acabe con ellos. Pero lo más probable es que la lleve a la base Parcial en White Plains, la detone allí y nos mate a todos con la radiación.

—Lo cual puede ser el único plan que dé resultado —comentó Hobb—. Que nosotros

sepamos, ni siquiera son susceptibles al envenenamiento por radiación.

—¿A qué distancia está White Plains? — preguntó Tovar—. ¿Alguien tiene un mapa?

—Siempre —respondió Mkele; colocó su maletín sobre la mesa y destrabó las cerraduras con un par de chasquidos leves—. Llevaría días viajar desde aquí a White Plains, porque habría que rodear el estrecho de Long Island — desplegó un mapa de papel y lo extendió sobre la mesa—. Aunque cruce el estrecho en barco, que sería la ruta en la que habría más probabilidades de que la atraparan, demoraría un par de días en llegar, como mínimo. Meses, quizá, si logra mantenerse escondida durante el viaje. Pero a vuelo de pájaro, no es tan lejos. Desde White Plains hasta East Meadow hay... —Examinó el mapa, señalando ambas ciudades, y midió la distancia con una regla de plástico desgastada por el uso—. Unos sesenta y cinco kilómetros —levantó la vista—. ¿Sabemos qué clase de bomba tiene? ¿Qué carga?

—Dijo que la sacó de un barco llamado *The*

Sullivans —respondió Haru—. Así, en plural, no sé por qué.

—Es un destructor —indicó Tovar—, de clase Arleigh Burke: un buque que ya era antiguo doce años atrás, pero muy confiable; la armada los usó durante muchos años. Se llamaba así por cinco hermanos que murieron en la misma batalla de la Segunda Guerra Mundial.

—¿No era que no sabía sobre la bomba? —preguntó Hobb.

—Y así es —respondió Tovar—, pero estuve en la armada. No encontrará un solo barco cuyas especificaciones no conozca.

—Entonces, díganos las características de este —pidió Mkele—. ¿Ese destructor estará armado con misiles nucleares, o solo habrán puesto uno en la bodega para detonarlo a bordo, como un bombardero suicida?

—Los destructores Arleigh Burke iban armados con Tomahawks. Es un misil nuclear de crucero con carga de doscientos, quizá trescientos kilotones. Están diseñados para ataques de largo alcance, pero los Parciales

tenían suficientes defensas antimisiles para destruirlos antes de que dieran en el blanco.

Supongo que la razón por la que está frente a la costa de Long Island es que lo acercaron para detonarlo en el lugar mismo; habrían sacrificado la flota, igual que la mayor parte de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut, pero habrían destruido a los Parciales casi por completo.

Haru hizo una mueca, maravillándose una vez más por la desesperación que debió impulsar al antiguo gobierno a pensar algo así, aunque, por otro lado, supuso que no estarían en una situación más desesperada que la suya en este momento. Antes del fin del mundo, y sabiendo que estaba por acabarse, una bomba atómica habría sido un precio muy bajo: mataría a todos los que estuvieran al alcance y destruiría el área por varias décadas, pero los Parciales habrían desaparecido. Tal vez habría valido la pena. Sin embargo, ahora que los últimos integrantes de la raza humana estaban a apenas sesenta y cinco kilómetros...

—¿Cuál es el radio de destrucción? — preguntó Haru—. ¿Matará a todos en la isla?

—No necesariamente —respondió Tovar—, pero no nos conviene estar aquí si podemos evitarlo. Con esa carga, la bola de fuego inicial abarcará unos dos kilómetros y medio: esa es la zona que tendrá más de cien millones de grados, y la onda expansiva lo destruirá todo en un radio de ocho o nueve kilómetros.

Todo lo que esté dentro de esa zona arderá al instante, y tanto fuego, al iniciarse en forma tan abrupta, absorberá suficiente aire como para provocar un huracán, cuyos vientos alcanzarán temperaturas tan altas como para hacer hervir el agua. En cuestión de minutos todo ser vivo dentro del radio de los... dieciséis kilómetros de la explosión estaría muerto, y ocho o quince kilómetros más allá aún morirían los suficientes como para no advertir la diferencia. Aquí, en la isla, no tendremos esos efectos primarios.

Podríamos sentir una sacudida, y cualquiera que estuviera mirando directamente hacia la detonación quedaría ciego, pero eso debería ser

lo peor. *Debería ser.* Hasta que la nube de cenizas radiactivas nos provoque leucemia y muramos en una agonía lenta e incapacitante.

—¿Y de qué tamaño sería la nube de cenizas? —preguntó Haru.

—Una nube de cenizas nucleares no se irradia como una onda expansiva —explicó Mkele—. Es una distribución de material físico, por lo que su forma exacta dependerá de las condiciones meteorológicas.

En esta región, los vientos principales suelen soplar hacia el noreste, de modo que la mayor parte de la nube irá hacia allá, pero aun así recibiremos radiación periférica: algunas precipitaciones ligeras en los bordes, residuos de los vientos de la tormenta ígnea.

—Cualquiera que se encuentre dentro de un margen de ciento cincuenta kilómetros hacia donde sopla el viento estará muerto en dos semanas —indicó Tovar—. Solo nos queda esperar que los vientos no cambien.

—O sea que, efectivamente, los Parciales quedarán destruidos —concluyó Hobb.

—Todos los que estén en el continente, sí —respondió Mkele—, pero a tan poca distancia de la detonación perderemos además muchas vidas humanas, incluso en condiciones ideales.

—Sí, pero los Parciales desaparecerán —insistió Hobb—. El plan de Delarosa dará resultado.

—Me parece que no entiende lo que esto implica... —intervino Haru, pero Hobb lo interrumpió en tono brusco.

—Creo que usted tampoco. Francamente, ¿qué opciones tenemos? ¿Cree que podemos detenerla? Todo el ejército Parcial lleva semanas buscando a Delarosa, y sin éxito. Casi no podemos salir del subsuelo sin que nos disparen, de modo que estoy bastante seguro de que nosotros tampoco vamos a encontrarla.

Podríamos ubicar a su fuerza de ataque, tal vez, porque tenemos protocolos para eso, pero probablemente sea imposible hallar al equipo que traslada la ojiva. Esa bomba va a estallar, nos guste o no, y tenemos que prepararnos.

—Los Parciales la atraparán —repuso

Mkele—. Una ojiva nuclear no es fácil de transportar; afectará su capacidad de mantenerse a cubierto.

—Y si eso ocurre, podría detonarla allí mismo —dijo Hobb—. Mientras esté por lo menos a treinta kilómetros de East Meadow, nuestro principal centro poblado estará a salvo, y luego los vientos llevarán la radiación al norte, hacia White Plains.

—Si es que llega a los treinta kilómetros —acotó Haru.

Tovar levantó una ceja.

—¿Estamos dispuestos a arriesgar a la raza humana por un par de hipótesis?

—¿Qué estamos arriesgando? —preguntó Hobb—. Enviamos a alguien para que la detenga, mientras los demás evacuamos la isla; no sacrificaremos nada, a menos que no actuemos.

—Hobb no exageraba al decir lo difícil que es moverse por aquí —opinó Mkele—. Haru puede hacerlo porque está entrenado, pero ¿cómo piensan llevar a cabo una evacuación

masiva sin llamar la atención?

—Lo hacemos después de la explosión —respondió Hobb—. Hacemos correr la voz, preparamos todo, y cuando estalle la bomba y la fuerza de ocupación esté distraída, nos levantamos, matamos tantos Parciales como podamos, y huimos al sur.

—O sea que su plan consiste en matar a un ejército superior —dijo Tovar— y luego correr más rápido que el viento. Me alegro de que sea tan sencillo.

—Tenemos que evacuar antes —dijo Haru—, ahora mismo, para evitar incluso la periferia de la radiación nuclear.

—Ya hemos dicho por qué eso no es posible —replicó Hobb—. No hay manera de trasladar a tanta gente sin que los Parciales nos vean y lo impidan —miró a los otros—. Recuérdenme por qué está aquí este chico.

—Demostró ser valioso —respondió Mkele—. No estamos precisamente en situación de rechazar ayuda.

—Por eso mismo usted también sigue aquí

—acotó Tovar.

—Mi esposa y mi hija están en East Meadow —dijo Haru—, y ustedes ya saben quiénes son; todo ser humano sabe quiénes son. Y eso significa que no tenemos tiempo que perder. Arwen es la única criatura humana en el mundo y va a llamar la atención; que nosotros sepamos, podrían estar ya bajo custodia Parcial en alguna parte, listas para que las corten y las analicen.

—No podemos perder a esa niña —dijo Tovar, y Haru vio que el temor que reflejaba su rostro era real—. Arwen representa el futuro. Si muere en esa explosión, o por la radiación posterior...

—Por eso tenemos que irnos ahora —insistió Haru—, antes de que Delarosa detone esa bomba. Tiene que haber una manera.

—El plan de Hobb utiliza la explosión como distracción —dijo Mkele—. Pero ¿y si los distrajéramos de otra manera?

—Si pudiéramos crear una distracción lo suficientemente grande como para derrotar a los

Parciales, ya lo habríamos hecho —respondió Hobb—. Lo único que tenemos es la bomba.

Mkele sacudió la cabeza.

—No es necesario que los derrotemos; solo que llamemos su atención. Los guerrilleros de Delarosa ya lo han estado haciendo, más o menos, pero si lo hiciéramos con todo...

—Moriríamos —lo interrumpió Tovar—. Es como dijo Hobb: si pudiéramos hacerlo sin riesgo, ya lo habríamos hecho.

—Pues entonces no lo hagamos sin riesgo —insistió Mkele. Y los otros hombres callaron—. La situación es lo más definitiva y fatal posible. Estamos hablando de una explosión nuclear a sesenta y cinco kilómetros del último grupo de seres humanos del planeta. Incluso en el mejor de los casos, si alguien encuentra a Delarosa y logra detenerla a tiempo, quedamos atrapados en manos de una especie invasora que nos trata como ratas de laboratorio. Un ataque masivo a los Parciales matará a todos los soldados humanos que lo intenten, con eso no podemos hacernos ilusiones. Pero si existe una

posibilidad de que se salven los demás humanos, ¿cómo podemos decir que no vale la pena?

Haru pensó en su familia: su esposa, Madison, y su hijita. No soportaba la idea de dejar a Arwen sin padre, pero Mkele tenía razón: cuando la única alternativa es la extinción, muchos horrores se vuelven aceptables.

—De todos modos vamos a morir —dijo—. Al menos así nuestra muerte tendrá sentido.

—No se ofrezca todavía como voluntario —repuso Tovar—. Este plan tiene dos partes: un grupo crea la distracción y el otro lleva a todos los demás tan al sur como sea humanamente posible. Con perdón del juego de palabras.

—Entonces huimos —dijo Mkele, con voz sombría—. Nos alejamos de nuestra única oportunidad de tener la cura. ¿O ya lo hemos olvidado?

Volvió el silencio. Haru sintió que se le iban durmiendo las piernas y la espalda; sin importar cuán lejos llegaran a huir, aún tenían el RM. Arwen estaba viva porque Kira había encontrado la cura en el sistema de feromonas

de los Parciales, pero hasta ahora los humanos no habían logrado replicarla en un laboratorio. Tendrían que volver a empezar en un nuevo establecimiento médico, y podrían tardar años en encontrar uno y ponerlo en condiciones de uso... y no había ninguna garantía de que tuvieran éxito otra vez. Si los Parciales morían, era casi seguro que la cura moriría con ellos.

Por la cara de los demás, Haru se dio cuenta de que estaban pensando en el mismo problema sin solución. Sentía la garganta seca, y su voz sonó débil al romper el silencio.

—Para nosotros, el mejor de los casos se acerca cada vez más al peor.

—Los Parciales son nuestros peores enemigos, pero también son nuestra única esperanza para el futuro —continuó Mkele. Unió los dedos como formando un campanario y los presionó contra su frente un momento, antes de proseguir—. Tal vez deberíamos llevarnos algunos.

—Lo dice como si fuera fácil —observó Haru.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Tovar—. ¿Conservar algunos en jaulas y sacarles la feromona cuando la necesitemos? ¿No le parece un poco perverso?

—Mi trabajo es proteger a la raza humana —repuso Mkele—. Si esto marca la diferencia entre la vida y la extinción, pues sí, voy a enjaular a algunos Parciales.

—Siempre olvido que usted tenía el mismo puesto con Delarosa —dijo Tovar, en tono muy serio.

—Ella trataba de salvar la raza humana —replicó Mkele—. Su único delito fue estar dispuesta a ir demasiado lejos para lograrlo. Decidimos, brevemente, que no queríamos seguir sus planes, pero ¿dónde estamos ahora? Escondidos en el subsuelo, dejando que ella libere nuestras batallas, pensando seriamente en permitirle detonar una bomba atómica. Hemos dejado muy atrás el punto en que podíamos elegir nuestra moralidad: o salvamos a nuestra especie o no.

—Sí —dijo Tovar—, pero yo preferiría que,

al final, aún valiera la pena salvarnos.

—O salvamos a nuestra especie o no — repitió Mkele, esta vez con más fuerza. Miró a los otros hombres uno por uno, empezando por Hobb. El senador amoral asintió casi de inmediato. Luego Mkele se volvió hacia Haru, que lo miró solo un momento y luego asintió a su vez. *Cuando la alternativa es la extinción, toda clase de horrores se vuelven aceptables.*

—No me gusta —dijo Haru—, pero lo prefiero a que muera todo el mundo. No nos queda tiempo para algo mejor.

Mkele se volvió hacia Tovar, que levantó las manos con frustración.

—¿Sabe durante cuánto tiempo luché contra esa clase de políticas fascistas?

—Lo sé —respondió Mkele con calma.

—Yo inicié una guerra civil —prosiguió Tovar—. Bombardeé a mi propia gente porque pensaba que la libertad era más importante que la supervivencia. No tiene sentido salvarnos si, al hacerlo, vamos a perder nuestra humanidad.

—Si vivimos, podemos cambiar —repuso

Mkele—. Una nación basada en la esclavitud puede redimirse, pero no si todos morimos.

—Esto está mal —insistió Tovar.

—Nunca dije que no lo estuviera —respondió Mkele—. Todas las opciones que tenemos son malas. Este es el menor de noventa y nueve males.

—Yo encabezaré la distracción —dijo Tovar—. Daré mi vida para ayudar al resto de ustedes a escapar, y venderé esa vida lo más cara posible. Qué diablos; de todos modos siempre fui mejor terrorista que senador —los miró fijamente—. Solo les pido que no renuncien todavía a la bondad. Tiene que haber una manera mejor de resolver esto —abrió la boca para agregar algo más, pero se limitó a sacudir la cabeza y a dar media vuelta para marcharse—. Ojalá la encontremos a tiempo.

La mano de Tovar estaba a pocos centímetros de la perilla de la puerta cuando, de pronto, la puerta tembló y casi saltó de sus bisagras. Alguien la golpeaba con fuerza desde afuera.

—¡Senador!

Era una voz joven, pensó Haru; probablemente la de otro soldado. Tovar miró al resto del grupo con curiosidad y luego abrió la puerta.

—Senador Tovar —dijo el soldado, que casi tropezó en su apuro por hablar—. El mensaje cesó.

—¿El mensaje... cesó? —repitió Tovar, confundido.

—El mensaje radial de los Parciales —explicó el soldado—. Dejaron de transmitirlo. Todos los canales están limpios.

—¿Está seguro? —preguntó Mkele, poniéndose de pie.

—Revisamos todas las frecuencias.

—La encontraron —dijo Haru, atónito por la súbita mezcla de alivio y terror. Hacía años que conocía a Kira, y la idea de que estuviera en manos del enemigo le resultaba repulsiva, pero ella sería la primera en decir que era más que justo intercambiar a una sola chica por los cientos de personas que los Parciales parecían

dispuestos a asesinar en su búsqueda. Había llegado a odiarla por no entregarse, y a la larga se había convencido de que era imposible que aún estuviera en la isla. Tenía que haber escapado o muerto; de otro modo, ya se habría entregado. Nadie podía quedarse en silencio mientras se ejecutaba a tanta gente. *Pero si la capturaron, tal vez eso significa que siempre estuvo aquí...* La idea lo enfureció.

—No estamos seguros de que la hayan encontrado —opinó Mkele—. Es posible que su torre radial haya sufrido un desperfecto temporal.

—O que se hayan dado por vencidos —sugirió Hobb.

—Sigán monitoreando las frecuencias —le ordenó Tovar al soldado—. Avísenme apenas oigan algo. Iré con ustedes cuando pueda.

El soldado asintió y se marchó a toda prisa. El senador cerró la puerta y le echó llave, para mantener la conversación en secreto. Nadie más estaba enterado de la bomba, y Haru sabía que era mejor que así fuera.

—¿Cómo afecta esto nuestros planes? — preguntó, al tiempo que se volvía hacia el grupo —. ¿Cambia algo? Aún hay una bomba, y es probable que Delarosa siga con su objetivo. Incluso sin las ejecuciones diarias, es asunto de tiempo, y este es el mayor golpe que puede asestarles.

—Si los Parciales se retiran, la bomba se convierte en una opción más atractiva aún — dijo Mkele—, porque matará a una mayor cantidad de ellos en la explosión.

—Y también a Kira —acotó Haru. No estaba seguro de lo que sentía al respecto.

—Hace veinte minutos estábamos tratando de justificar este ataque, y ahora no soportamos renunciar a él —comentó Tovar, con una sonrisa cargada de tristeza.

—Delarosa va a seguir adelante con su plan —dijo Hobb—, y nosotros deberíamos continuar con el nuestro.

—En ese caso, supongo que es hora de hacer enojar al enemigo que tanto nos supera en número —anunció Tovar. Hizo un saludo militar

muy tieso; el exmarino resurgió como por arte de magia desde el interior del viajero vetusto y curtido—. Ha sido un placer trabajar con ustedes.

Mkele le respondió el saludo, y luego se volvió hacia Hobb y Haru.

—Pongo la evacuación a su cargo.

—Se refiere a mí —dijo Hobb.

—Se refiere a los dos —replicó Haru—. No crea que está a cargo solamente porque es senador.

—Tengo el doble de edad que usted.

—Si esa es la mejor razón que se le ocurre, decididamente no queda a cargo —Haru se puso de pie—. ¿Sabe disparar?

—Me entrené con un fusil desde que fundamos East Meadow —respondió, indignado.

—Entonces prepare sus cosas. Salimos en una hora —dijo Haru. Y dejó la habitación, sumido en sus pensamientos. Tal vez los Parciales sí habían encontrado a Kira, pero ¿dónde? ¿Y por qué ahora, después de tanto tiempo?

Y ahora que la tenían, ¿qué iban a hacer?

CAPÍTULO TRES

Kira levantó la vista hacia el robot quirúrgico, una inmensa araña metálica que pendía del techo. Doce brazos lustrosos articulados se acomodaron; cada uno tenía en el extremo un instrumento diferente: bisturíes y pinzas en media docena de tamaños, jeringas de tambor intercambiable con líquidos de colores vivos, además de llaves, puntas y otros dispositivos con funciones que ella solo podía tratar de adivinar. Se había capacitado en medicina desde los diez años de edad (hacía casi ocho ya), pero allí había cosas que jamás había imaginado.

Sin embargo, aparecían constantemente en sus pesadillas. Aquel era el mismo

establecimiento de Greenwich, Connecticut, donde la doctora Morgan la había capturado y torturado antes de que Marcus y Samm la rescataran. Ahora los había abandonado a ambos y había regresado por voluntad propia.

La araña giró en silencio y se acercó con unas pinzas de acero bruñido. Kira contuvo un grito y trató de pensar en cosas serenas.

—Anestesia local en puntos cuatro, seis y siete —indicó Morgan, al tiempo que señalaba con un golpecito las ubicaciones en una enorme pantalla de pared, donde un diagrama del cuerpo de Kira pendía inmóvil en el aire—. Aplicar.

La araña descendió sin pausa ni ceremonia y clavó sus agujas en la cadera y el abdomen de Kira, que ahogó otro grito, apretando los dientes y comprimiendo sus miedos con un gruñido grave.

—Qué buen trato a los pacientes —observó el doctor Vale, que estaba de pie junto a otra pared—. Me conmueves, McKenna... pareces una mamá gallina.

—Declaré una guerra para encontrar a esta

chica —repuso Morgan—. ¿Quieres que le pida permiso cada vez que voy a tocarla?

—No estaría de más algo como «Esto no va a dolerte» —dijo Vale—. Tal vez incluso un «¿Estás lista, Kira?», antes de iniciar la cirugía.

—Como si mi respuesta fuera a cambiar algo —comentó Kira.

Morgan la miró brevemente.

—Tú decidiste estar aquí.

—Otra respuesta que, técnicamente, no cambió nada —bufó el doctor Vale.

—Cambió mucho —replicó Morgan, mientras volvía a mirar la pantalla de pared, donde programó las incisiones—. Me impresionó.

—Bien —dijo el doctor Vale—; en ese caso, trátala como una rata de laboratorio.

—Ya lo hizo una vez —comentó Kira—. Ahora es mejor, créame.

—Esa es la clase de respuestas que no hace sino empeorar las cosas —dijo Vale, sacudiendo la cabeza—. Siempre fuiste fría, McKenna, pero esta insensibilidad deshumanizante...

—Yo no soy humana —repuso Kira, y se sobresaltó al darse cuenta de que Morgan había dicho casi lo mismo simultáneamente: «Ella no es humana».

Se miraron un momento, y luego la doctora se volvió a su pantalla:

—En aras de... —hizo una pausa, como si buscara la palabra indicada para decirlo—. De una relación laboral pacífica, seré más comunicativa —pulsó algunos iconos y la pantalla se dividió en tres secciones; de un lado, el diagrama lineal del cuerpo de Kira, y del otro, dos secciones de la mitad del tamaño de la primera, que mostraban dos series de datos: una se titulaba «Vencimiento», y la otra, «Kira Walker»—. El doctor Vale y yo fuimos parte del Consorcio, el grupo de científicos de ParaGen que creó a los Parciales y el virus RM. No fue nuestra intención que la epidemia llevara a la raza humana al borde de la extinción, obviamente, pero el daño está hecho, y una vez que comprendí que los seres humanos eran una causa perdida, volqué mi atención en los

Parciales. Pasé los últimos doce años ayudándolos a construir una nueva civilización, buscando maneras de corregir la esterilidad y otras desventajas incorporadas a su ADN. Imaginen mi sorpresa cuando empezaron a morir, sin motivo aparente, exactamente a los veinte años de su creación.

—La fecha de vencimiento fue... —comenzó a decir Vale.

—Fue la señal más clara de que en el Consorcio reinaba una desconfianza horrible —lo interrumpió Morgan—. Los seres vivos y pensantes que yo ayudé a crear estaban preprogramados para convertirse en polvo en cosa de horas apenas cumplieran su plazo biológico, y yo no sabía nada de eso. He estado haciendo todo lo que está en mi poder para corregirlo, lo cual nos trae aquí.

—Piensa que puede curarlos —dijo Kira.

—Pienso que en tu cuerpo hay algo que contiene el secreto que me permitirá hacerlo —respondió Morgan—. La última vez que te tuve en un laboratorio, cuando descubrimos que eras

Parcial (otro secreto que el Consorcio me ocultó), mis estudios iniciales revelaron que, a pesar de ser Parcial, no tenías ninguna de las desventajas genéticas que tienen los demás: ni esterilidad ni edad invariable ni inhibición del crecimiento ni de ninguna otra función humana. Si resulta que tampoco tienes fecha de vencimiento, podría haber un modo de descifrar ciertos fragmentos de tu código genético para ayudar a salvar al resto.

—Ya te dije que eso es imposible —dijo el doctor Vale—. Fui yo quien programó la fecha de vencimiento. Lo siento, en el momento no podía decírtelo, pero así es. Eras inestable, y no, no confiábamos en ti. Pero no fuiste la única: Armin tampoco me reveló algunos aspectos.

Armin, pensó Kira. Mi padre... o el hombre al que solía considerar como tal. Me llevó a su casa y me crio como su hija; nunca me dijo lo que yo era. Quizá lo habría hecho, algún día. Ahora nadie sabe siquiera dónde está. Se preguntó si habría muerto. Los demás integrantes del Consorcio habían

sobrevivido al Brote: Trimble y Morgan, allí, con los Parciales; Vale, en la Reserva, con un grupo de humanos refugiados; Ryssdal, en Houston, trabajando en «cuestiones ambientales», fuera lo que fuera eso, y Nandita en Long Island, con los humanos.

Nandita. La mujer que me crio, quien tampoco me dijo que yo era Parcial. La doctora Morgan trató de matarme, pero al menos no ha fingido ser lo que no es.

—Aunque logres encontrar algo —prosiguió Vale—, ¿cómo piensas incorporarlo a la secuencia genética de los Parciales? ¿Por medio de modificaciones genéticas? Hablas de cientos de miles de personas...

Aunque tuviéramos suficientes establecimientos y personal para montar semejante proyecto masivo de modificación, no tenemos tiempo. ¿Cuántos Parciales quedan? ¿Medio millón?

—Doscientos mil —respondió Morgan, y Kira no pudo evitar consternarse por tan baja cifra. La voz de Morgan sonaba sombría y

fatigada—. Fueron creados en tandas, de modo que mueren del mismo modo. La próxima tanda vence en pocas semanas.

—Y todos son soldados —añadió el doctor Vale—. De infantería, pilotos y quizás algunos comandos, pero todos los líderes están muertos; y lo que viene más al caso: todos los médicos están muertos.

Tendremos que hacerlo tú y yo, y no podríamos procesar siquiera la décima parte de los que quedan antes de que se les acabe el tiempo... aunque supiéramos cómo.

—Por eso tenemos que hacer algo —dijo Kira. Pensó en Samm y en todo lo que habían compartido, y en el momento final, aterrador y apasionado, que habían tenido juntos. Lo amaba, y si al sacrificarse lograba mantenerlo con vida...—. Todo el mundo está muriendo, humanos y Parciales, y me entregué porque es nuestra mejor oportunidad de salvarlos. Así que adelante.

—Intento ayudarte, Kira —dijo Vale con expresión sombría—; no te pongas insolente

conmigo.

—No la conoces muy bien —dijo Morgan, y su voz se suavizó. Vale se quedó mirándola un momento; luego gruñó y apartó la vista. La mujer se dirigió a Kira—. La última vez examinamos tu sistema reproductor solo en forma periférica; cuando creíamos que eras humana, no era prioritario. Hoy vamos a hacer varias biopsias.

Las caderas y el abdomen de Kira estaban inertes e insensibles por la anestesia. Miró a la doctora, reafirmó su resolución y asintió en silencio.

—Adelante —dijo Morgan, y la araña desplegó sus bisturíes.

CAPÍTULO CUATRO

—Desconecta esa última manguera —dijo Heron. Su voz se oía metálica y lejana por la radio, y Samm volvió a inquietarse por lo raro que resultaba comunicarse sin el enlace. Los Parciales utilizaban el sistema de feromonas porque era eficiente. Todo: palabras, emociones e información táctica, se transmitía en un solo paquete silencioso. Trabajar lado a lado pero comunicarse únicamente a través de las radios que llevaban en sus cascos le parecía como estar sordomudo. Aún no comprendía cómo hacían los humanos.

Sin embargo, por difícil que fuera manejarse con los equipos de buceo adaptados, era necesario. Si alguno de los dos inhalaba la más

mínima bocanada de aire del laboratorio, quedaría inconsciente en cuestión de segundos.

Lentamente, Samm desconectó la última manguera de la extraña máscara metálica que cubría el rostro del Parcial inconsciente. Allí había diez Parciales profundamente dormidos, en un sótano secreto del viejo laboratorio del doctor Vale, en la Reserva. Vale los había mantenido así durante trece años, cuidándolos como a plantas y recogiendo de sus cuerpos la feromona que él llamaba Ambrosía: una sustancia química artificial que producían naturalmente todos los Parciales y que era la única cura del RM. Estos Parciales llevaban una década manteniendo con vida a los humanos de la Reserva, permitiéndoles criar hijos sanos, algo que los humanos de Long Island nunca habían conseguido hacer.

Esos diez Parciales... *Pero no*, se corrigió Samm: *nueve*. Esos nueve Parciales habían dado a la Reserva una vida y una esperanza que ningún otro humano había sentido desde el fin del mundo. Tal vez incluso desde antes. Eran

salvadores. Pero lo eran involuntaria e inconscientemente, y Samm no podía permitir que eso continuara así. El décimo Parcial, aquel que tenía la máscara extraña sobre la cara, había sido modificado por el doctor para que produjera una feromona diferente: una que ponía instantáneamente en coma a cualquiera de su especie. Su sola proximidad era un arma.

Samm y Heron estaban desconectándolo, pero aún no tenían idea de qué hacer con él.

—Esa manguera bombeaba su sedante a todo el edificio —dijo Heron—. Ahora que hemos cortado ese acceso, el efecto debería limitarse a su presencia inmediata.

—Tiene una placa —observó Samm, acercándose para mirar—. Williams.

Dio vuelta la placa de identificación y leyó los números que había en el dorso; no pudo interpretarlos a la perfección, pero conocía el sistema de codificación lo suficiente como para saber que Williams había estado asignado al tercer regimiento. *El grupo que dejamos atrás, durante la rebelión, para que*

protegieran Denver y el Comando de Defensa Aeroespacial después de tomarlos. Supuso que los demás Parciales que estaban allí provenían del mismo grupo. Volvió a girar la placa con la esperanza de hallar algo que se le hubiera escapado, pero no había nada. No era precisamente sorprendente, dado que la mayoría de los Parciales usaban solo un nombre de pila, pero lo extraño era encontrar uno que solo tenía *apellido*. Se preguntó cuál sería la historia de aquel sujeto, de dónde venía su nombre, qué había hecho, qué había pensado y cómo había vivido, pero ahora esa información se había perdido para siempre. Sus propios genes lo mantendrían sedado por el resto de su vida.

Era lo más cruel que Samm hubiese visto, y eso que había visto cómo se acababa el mundo.

—Su máscara está injertada —observó Heron, al tiempo que la palpaba con los dedos enguantados.

Samm se acercó a mirar, y era verdad: en realidad no era una máscara, sino una especie de implante cibernético que cubría, o quizá

reemplazaba, la nariz, la boca, la mandíbula y el cuello del hombre. A los costados tenía rejillas como branquias, y la superficie estaba cubierta por boquillas y válvulas. *Todo su cuerpo fue reconstruido con un solo propósito, caviló: diseminar este sedante.* Pero luego se detuvo a pensar en su propio cuerpo. *Yo también fui hecho con una sola intención. Todos lo fuimos. Somos armas, igual que él.*

Hasta estoy diseñado para autodestruirme al llegar a mi fecha de vencimiento.

Dentro de ocho meses.

—Todavía no hemos decidido qué hacer con él—recordó.

—Por ahora, podemos dejarlo aquí—dijo Heron—. El doctor Vale lo mantuvo sano durante años, y sigue conectado a los sistemas de soporte vital. Ahora que desconectamos las mangueras podemos acceder al resto del edificio sin estos estúpidos cascos y trasladar a los otros arriba, fuera del alcance de este, para que puedan despertar.

—Y después, ¿qué? ¿Lo dejamos aquí para siempre?

—Hasta su vencimiento, sí —respondió ella.

—Es como un cadáver en vida —protestó —. Es cruel.

—También lo es matarlo.

—¿Sí? —Samm suspiró y sacudió la cabeza, recorriendo con la mirada la sala llena de Parciales atrofiados, cadavéricos—. Dentro de ocho meses, cada uno de nosotros va a estar muerto; yo fui parte de la última orden de compra, y cuando desaparezcamos, no quedará nadie. Los humanos vivirán más tiempo, pero sin la cura del RM su especie no se propagará, y estarán tan muertos como nosotros. El mundo entero está conectado a los sistemas de soporte vital, y...

—Samm —lo interrumpió Heron con voz fría y clínica, y él se preguntó si realmente estaba hablando con frialdad o si todos los sentimientos de compasión y consuelo habían quedado reprimidos con el resto del enlace. Con ella era difícil saberlo, aun en la mejor de las

circunstancias—. Lo único que nos queda es sobrevivir. Si se acaba, se acaba; pero si vivimos un segundo día siempre hay una oportunidad, por pequeña que sea, de encontrar la manera de vivir un tercero, y un cuarto, y un centésimo y un milésimo.

Puede que el mundo nos mate y puede que no, pero si nos rendimos, será como suicidarnos. Y no lo vamos a hacer.

Él la miró, confundido por el interés que parecía tener en su bienestar. Ella no era así, y sin el enlace para guiarse, no tenía idea de por qué se estaba comportando de modo tan atípico. Trató de interpretar su rostro, como decía Kira que hacían los humanos; Heron era un modelo de espionaje, el más humano de los diseños Parciales, y su rostro reflejaba muchas de sus emociones. Pero incluso sin el casco que le distorsionaba las facciones, a Samm le faltaba mucha práctica como para poder descifrar algo. Lo mejor que podía hacer, pues, era responder.

—No lo estoy pensando, en realidad —dijo—. Nunca me daría por vencido —miró a

Williams—. Pero él no puede rendirse, aunque quiera. Que nosotros sepamos, puede estar pasándolo muy mal: tal vez tiene dolor o suficiente conciencia como para sentirse atrapado, o algo peor aún. No lo sabemos. Siempre cabe la posibilidad de que encontremos algo nuevo, como dijiste, pero ¿y él? El doctor Vale dijo que perdió la tecnología necesaria para hacer otro Parcial como él, y eso incluye la tecnología para recuperarlo. Nunca volverá a estar consciente ni... vivo, nunca más. No sé si vale la pena preservar esa existencia, específicamente. Tal vez lo más piadoso sea la eutanasia.

Heron se detuvo un momento y lo miró antes de responder suavemente.

—¿De veras quieres matarlo?

—No.

—Entonces, ¿por qué estamos hablando de eso?

—Porque tal vez no importa lo que yo quiera. Tal vez la mejor decisión sea la más difícil de tomar.

Ella se apartó y fue a trabajar con otro de los Parciales, el que estaba al lado de Williams; verificó sus signos vitales y luego lo desconectó con cuidado, tubo por tubo, del sistema de soporte vital. No lo estaba matando, Samm lo sabía: estaba liberándolo; ese era el siguiente paso en el plan.

Samm revisó su propio nivel de oxígeno en el casco de buceo (una precaución innecesaria, dado que aún les quedaban varias horas) y leyó el sensor de Williams por última vez. Técnicamente estaba vivo, y su cuerpo estaba tan sano como el de cualquier paciente en coma prolongado. Se volvió hacia los otros Parciales y ayudó a Heron a desconectarlos de las máquinas.

Empujaron las primeras dos camillas hasta el ascensor y los llevaron arriba. Afuera esperaban los humanos que vivían en la Reserva, encabezados por los únicos dos en quienes Samm sabía que podía confiar: Phan, el cazador bajito y perpetuamente alegre, y Calix, la exploradora más hábil del lugar, que ahora

estaba en una silla de ruedas por la herida de bala que había recibido en una pierna. Calix observó fríamente a Heron mientras sacaban a los primeros Parciales del edificio, pero cuando llegaron hasta ella toda su hostilidad desapareció y se dispuso a trabajar.

—No quería creerles —dijo, observando los cuerpos dormidos.

—Abajo hay ocho más —le informó Samm, al tiempo que se quitaba el casco de buceo. El aire estaba fresco, sin rastros del sedante—. Todos igual de consumidos que estos.

—Así que de aquí obtenía la cura el doctor Vale —dijo Phan. Tocó ligeramente a uno de los Parciales inconscientes en el brazo—. No lo sabíamos. Nunca habríamos... —Miró a Samm—. Lo siento. De haber sabido que estaba esclavizándolos, habríamos... No sé. Habríamos hecho algo.

—Nacieron más de mil niños desde el Brote —le recordó Laura, una mujer mayor que había quedado como líder de la Reserva ahora que Vale se había ido—. ¿Realmente crees que los

habrías dejado morir a todos?

—No me refería a eso; solo que... —respondió Phan, y su rostro palideció, lo que era una hazaña para sus rasgos morenos.

—¿Dices que quieres que vuelvan allá abajo? —preguntó Heron, observando a Laura como una serpiente a punto de atacar. Aún llevaba puesto su casco, y la radio le daba a su voz un sonido mecánico y amenazante. Samm intervino antes de que la situación se saliera de control:

—Ya les dije que yo mismo voy a reemplazarlos. Ustedes necesitan la cura, y lo entiendo, de modo que voy a dárselas... voluntariamente. Liberamos a los esclavos, y todos contentos.

—Hasta que Samm muera —acotó Heron.

Él notó que estaba lanzando una provocación y le envió un mensaje urgente de CUIDADO, pero enseguida recordó que, con el casco puesto, seguía desconectada del enlace. Entonces la miró, tratando de transmitir la misma actitud que tantas veces había observado

en Kira cuando se enojaba con ella.

Heron respondió con una sonrisa burlona, y Samm supuso que no le había salido bien. *Al menos sabe lo que quise decir, aunque no le importe.*

Calix estiró el cuello y llamó a los humanos congregados detrás de ella.

—Lleven a estos dos al hospital, y que se preparen para recibir a otros —el grupo vaciló, y la chica ladró otra orden que hasta Samm se dio cuenta de que parecía una bofetada verbal—. ¡Ahora!

—Son Parciales, Calix —comentó un hombre mayor, cuya mirada suspicaz abarcaba también a Samm y a Heron.

—Y salvaron a mil de nuestros niños del RM —replicó ella—. Han hecho más por esta comunidad que cualquiera de nosotros, y lo han hecho todo estando al borde de la muerte. Si alguien tiene problemas para ayudarlos, tendrá que vérselas conmigo.

El hombre se quedó mirando a Calix, una muchachita delgada de dieciséis años en silla de

ruedas. La mirada de ella se endureció.

—¿No crees que pueda cumplirlo? — susurró.

—Llévenlos al hospital —exclamó Laura, al tiempo que tomaba la primera camilla—. Iré con ustedes.

Los demás: bajen con ellos; ya sabemos que no es peligroso.

Samm dejó que la mujer llevara la camilla y, lentamente, volvió a ponerse el casco para el siguiente descenso. Comprendía que para los humanos aquello no era fácil, pero estaban haciéndolo y eso lo impresionó. Sin embargo, en el fondo de su mente sabía que el comentario rápido y desdeñoso de Heron era lo más certero que hubieran dicho: tarde o temprano, sin importar lo que hicieran o sacrificaran, los Parciales iban a morir. Y entonces morirían también los humanos, y todo se acabaría.

Kira se había marchado con la doctora Morgan para ayudar a encontrar la cura. ¿Lograrían hacerlo a tiempo? Y si la encontraban, ¿la llevarían a la Reserva?

Kira...

¿Volvería a verla?

CAPÍTULO CINCO

La doctora Morgan tomó muestras para biopsias del útero, los ovarios, los pulmones, los senos paranasales, el líquido cefalorraquídeo y el tejido cerebral de Kira.

Desarrolló modelos detallados de su ADN y los manipuló a nivel molecular por medio de una inmensa reproducción holográfica, y llevó a cabo tantas simulaciones que llegó a sobrecargar uno de los procesadores centrales del hospital. Todos los técnicos Parciales que habrían sabido cambiarlo ya habían vencido, de modo que continuaron con los dos bancos de procesadores restantes, con la esperanza de que todo saliera bien.

La esperanza, comprendió Kira, iba

convirtiéndose rápidamente en lo único que les quedaba.

El doctor Vale, por su parte, pasaba su tiempo revisando los abundantes registros de genética Parcial de Morgan, intentando reconstruir lo más posible de su trabajo relativo a la fecha de vencimiento.

Cuando Kira no estaba en la mesa de operaciones o en la sala de recuperación, estaba sentada con él, por lo general, conectada a un soporte de vía intravenosa, tratando de aprender cuanto podía.

—Esto es parte de la secuencia de envejecimiento —dijo Vale, señalando un segmento de una hebra de ADN que resplandecía tenuemente en la pantalla. Resaltó con los dedos una serie de aminoácidos, que empezó a brillar con otro color—. Un Parcial normal alcanza la madurez física en unos diez meses, siempre dentro de lo que llamábamos *capullo*, que en realidad se parecía más a un gran tanque de vidrio.

—No tengo idea de lo que significa eso —

dijo Kira, sacudiendo la cabeza.

—Disculpa. ¿Y una enorme... cápsula transparente?

—Yo tenía cinco años cuando se produjo el Brote —le recordó—. Tendrá que explicarme esto sin metáforas del viejo mundo.

—De acuerdo —dijo Vale, y se presionó los labios con los dedos, pensativo—. Imagina un cilindro transparente, de unos dos metros de largo y sesenta centímetros de diámetro, con una tapa metálica en cada extremo, llena de tubos, mangueras y cosas así. Teníamos algunos en el edificio de ParaGen en la Reserva; debería habértelos mostrado. Los demás estaban todos en las plantas de crecimiento y entrenamiento de Montana y Wyoming, pero esas plantas fueron muy bombardeadas durante la Guerra Parcial... Volviendo a lo nuestro: los técnicos creaban los cigotos en un laboratorio y los colocaban en un gel nutritivo que inventó la doctora Morgan, y cuando terminaban de crecer, más o menos ocupaban todo el tubo; ellos y todo el líquido que les poníamos. Yo diseñé todo el ciclo de vida —

volvió a señalar la hebra de ADN que brillaba en la pantalla—. Necesitaban una cantidad importante de energía para crecer a esa velocidad, y la obtenían principalmente del gel de Morgan, aunque además teníamos que mantenerlos abrigados; estos bebés fueron diseñados para aprovechar tan bien la energía que prácticamente no perdían nada en forma de calor, lo cual los ayudaba a crecer muy rápido, pero los mantenía a una temperatura demasiado baja. Una vez que terminaba el proceso de crecimiento acelerado, el metabolismo se hacía más lento. Llevan una vida relativamente normal, hasta que cumplen veinte años y se dispara el acelerador de edad. Pareciera que entraran en descomposición, pero en realidad envejecen cien años en pocas semanas.

—Y al mismo tiempo se congelan —dijo Kira.

—Bueno, sí. La energía tiene que salir de alguna parte —respondió él y suspiró—. Sé que no te parece correcto, y te aseguro que a mí tampoco. No me agradaba entonces y no me

agrada ahora. Pero no había otra manera.

—Podría haberse negado.

—¿A crear a los Parciales? ParaGen iba a ganar billones de dólares; si no los hubiéramos ayudado nosotros, habrían encontrado quién lo hiciera. De este modo podíamos controlar el proceso.

—Podría haberse negado a establecer una fecha de vencimiento.

—Iba a ser una medida transitoria para ganar tiempo. El gobierno quería una especie de interruptor que los matara, el Seguro que yo creía que te habían implantado a ti, y de haber seguido con ese plan, ahora todos los Parciales estarían muertos y los humanos no tendríamos ninguna esperanza. De ese modo teníamos veinte años para buscar otra solución, pero el fin del mundo nos lo impidió.

El Seguro. Kira había cruzado el continente en busca de información al respecto, y solo había podido descubrir que no era más que una maraña retorcida. El gobierno había exigido una epidemia que pudiera matar a los Parciales si se

salían de control, y el Consorcio había desarrollado dos versiones. La primera, la epidemia que quería el gobierno y que afectaría solo a los Parciales, nunca se había implementado sino que se había desarrollado solo como señuelo para hacer creer a ParaGen que el Consorcio estaba siguiendo sus órdenes. Mientras que la segunda versión solo afectaría a los humanos y fue la que llegó a conocerse como RM; aunque por razones que ni siquiera el Consorcio entendía, había resultado mucho más letal que lo que habían planeado. Habían tratado de hacer que el bienestar de los humanos dependiera de los Parciales, contagiándoles una enfermedad que solo estos pudieran curar.

Habían pensado que era la única manera de salvar a los Parciales del genocidio. En cambio, ellos mismos habían cometido genocidio.

Kira observó a Vale en silencio mientras este examinaba las imágenes de ADN, interpretándolas de la misma manera en que un arqueólogo leería una lengua antigua, jeroglíficos orgánicos que estudiaba con un murmullo grave

e intenso.

—¿Cuál era su plan para esos veinte años?
—le preguntó al cabo de un rato.

—¿Disculpa?

—Usted dijo que tenían veinte años para resolver la fecha de vencimiento antes de que tuviera efecto, y que pensaba hacerlo antes de que llegara a ser un problema. ¿Cuál era su plan?

—El plan era de Armin —respondió con voz queda, sin apartar la mirada del ADN—. Cada uno tenía su trabajo, y lo hacíamos en secreto. Por eso Morgan no sabía sobre la fecha de vencimiento.

Al oír mencionar el nombre de su padre, Kira se perdió en otro ensueño oscuro. Había sido él quien había creado el Consorcio, quien había sugerido el plan temerario para salvar a sus millones de «hijos».

Parciales. Si había tenido un plan para eliminar el vencimiento, ¿cuál era? ¿Acaso contaba con los mismos equipos genéticos que Morgan? Antes del Brote, cuando tenía acceso

a todos los recursos de ParaGen, insertar modificaciones genéticas en un millón de personas quizá había parecido un plan factible: ingresar a su ADN y extraer el código de vencimiento, como si fuera la parte podrida de una manzana. ¿Qué habría hecho Armin? Ella solo podía suponerlo. Había vivido con ese hombre cinco años, más o menos; no tenía idea de cuánto tiempo de gestación había pasado en un capullo de crecimiento antes de que la sacaran de allí. Armin la había criado como a su hija, al punto de que ella jamás había sospechado que no lo era, ni que tampoco era humana. Ni siquiera sabía cuál era su propósito. ¿Volvería a verlo alguna vez? ¿Tendría la oportunidad de preguntárselo?

¿El hecho de saber la verdad sobre quién era él —y qué era ella— lo hacía ser menos su padre? Lo recordaba con amor; ¿acaso ahora esa relación había perdido importancia? Aún no lo había decidido. No estaba segura. No se necesita una conexión biológica para ser miembro de una familia; todas las familias

posteriores al Brote eran adoptivas, y el amor que sentían era real. Pero aquellos padres adoptivos no les habían mentado a sus hijos sobre los aspectos fundamentales de su existencia y su especie. Ningún padre adoptivo había creado sintéticamente a sus hijos ni los había criado en un tubo de vidrio transparente.

Ninguno de ellos había provocado el fin del mundo.

Bueno, excepto Nandita. Yo tuve toda la suerte con mis padres.

—¿Sabe dónde está Armin? —preguntó, en voz baja.

—No es la primera vez que me preguntas por él —observó Vale, al tiempo que se volvía para mirarla—. ¿Por qué te interesa?

No estaba segura de querer contar esa parte de su vida a Vale o a Morgan... al menos no todavía.

—Es el único del que no se sabe nada.

—Bueno, tampoco sabemos mucho sobre Jerry Ryssdal.

—Pero Jerry Ryssdal no creó el Consorcio.

—Bueno, dadas las circunstancias, yo supondría que Armin está muerto —dijo Vale, con expresión de impotencia.

Kira tragó en seco, tratando de no manifestar sus sentimientos, aunque no estaba segura de cuáles eran estos.

—Pero todos los integrantes del Consorcio son inmunes al RM. Se protegieron con modificaciones genéticas.

—Hay muchas maneras de morir que no tienen nada que ver con el RM —repuso Vale—. Cuando las cosas se pusieron mal... pudo haber muerto en una riña durante un saqueo, durante un bombardeo Parcial...

—¿No era que los Parciales no atacaban a los civiles?

—En esa guerra en particular, ParaGen no era un blanco civil. Atacaron muchos de nuestros establecimientos, y es posible que él haya estado en uno de ellos, o cerca, en el peor momento.

—Pero usted sobrevivió.

—¿Por qué estás interrogándome?

Ella respiró hondo y sacudió la cabeza con fatiga.

—Usted está trabajando y yo... estoy abstraída. Lo siento. Pasa aquí casi veinticuatro horas al día tratando de curar esto, y yo debería estar ayudando en lugar de...

Esta vez fue Vale quien negó con la cabeza, sin mirar a Kira a los ojos.

—Tú estás ayudando más que nadie —había en su voz más enojo que el que ella había esperado—. Tienes dieciséis años y estoy permitiendo que Morgan te trate como un cultivo de células.

—Yo me ofrecí.

—Eso no hace que sea correcto.

—Es la única opción.

—No quiere decir que me agrade.

Quedaron un momento en silencio, y Kira sonrió con tristeza.

—En realidad, tengo diecisiete años. Casi dieciocho.

Vale sonrió, aunque su sonrisa parecía tan triste y forzada como la de ella.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—No tengo idea. Algún día de enero. Siempre lo festejo en Año Nuevo.

—Una niña de la nieve —asintió, como si eso tuviera algún significado profundo.

—¿Nieve?

—Siempre olvido que ustedes no conocen la nieve —suspiró—. ¿Cuándo fue la última vez...? No recuerdo. Hasta yo debo de haber sido un chico la última vez que nevó. No importa: una niña de Año Nuevo, entonces —se volvió hacia su monitor—. Eso es buena suerte. Vamos a necesitarla.

Miró la hebra brillante de ADN, tratando de leerla, pero para ella no significaba prácticamente nada.

Tenía entrenamiento médico y conocía la terminología, pero la genética no era su especialidad. Tocó la cinta que le sujetaba la vía intravenosa al brazo.

—¿Seguro que no hay nada más que yo pueda hacer?

—Busca a Armin —murmuró Vale, con la

mirada fija en la pantalla—, y pregúntale qué diablos hacemos ahora.

La sugerencia la llenó de entusiasmo, pero sabía que era un plan imposible: quedaba muy poco tiempo, y no tenía la menor idea de por dónde empezar a buscar. Además, llegado el caso, ni siquiera estaba segura de querer encontrarlo. ¿Qué le diría? No sabía si se enojaría o se alegraría al verlo.

—Ya traté de encontrar al Consorcio —dijo, por fin—. Aquí puedo ser más útil, ayudándolos a usted y a Morgan con sus investigaciones.

—Es lo que siempre dices, Kira.

—Sé que solo intenta ayudarme, y se lo agradezco, pero hablo muy en serio —sintió un asomo de miedo, como siempre que pensaba en su situación, pero lo contuvo. Recordó a Samm, y su resolución se reafirmó—. Siempre cumplo mis promesas.

—¿Aunque no tengan objeto?

—¿No cree que Morgan vaya a encontrar algo? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Creo que está buscando en el lugar

equivocado. Lo único que verá en ti es una plantilla Parcial básica, un ejemplo de genoma sin disparadores de vencimiento.

—Lo cual es exactamente lo que está buscando —replicó.

—Es una solución que no puede implementar —repuso Vale, descartando la idea con un gesto de la mano—. Aunque encuentre los genes correctos, después ¿qué? No tenemos tiempo ni medios para diseminar la cura a más que un puñado de Parciales. Ya se lo dije, pero está empecinada.

—Pero si yo no soy... —empezó a decir Kira, pero dejó la frase inconclusa, con inseguridad y terror.

Era un temor que no se había dado cuenta que albergaba, pero que surgió en su mente como una pesadilla y la estremeció hasta lo más profundo.

No soy una cura para el RM, ni poseo poderes o capacidades especiales que se puedan encontrar.

Tampoco soy el Seguro Parcial, según los

estudios que han podido hacerme. Creía que me habían creado con un fin, pero ya intenté todo lo demás, y el único propósito que queda es curar la fecha de vencimiento.

Pero si no soy la cura de la fecha de vencimiento, ¿de qué les sirvo?

Quiso contener las lágrimas, pero salieron en torrente. El doctor levantó la mirada, sorprendido; su rostro era una máscara de confusión. Parecía que quería ayudarla, pero no tenía idea de qué hacer o decir. Kira se puso de pie rápidamente, tomó el soporte de la vía intravenosa y se apartó antes de que él intentara consolarla. Seguía sollozando, tanto que apenas podía ver, pero sabía que una sola palabra de alguien, aunque fuera una palabra de consuelo, la haría perder toda la compostura. Salió de la habitación y cerró la puerta, y se apoyó contra la pared para dar rienda suelta a su desconsuelo.

Creía que el Consorcio tenía planeado salvar a todos, y cuanto más busco, más vuelvo al tema de mi padre, a mí, a las preguntas que nadie puede responder. ¿Para

qué me creó? ¿Por qué alguien escondería a un Parcial entre los humanos? ¿Qué debía yo hacer, ser o lograr? ¿Qué?... Sollozó, completamente incapaz de articular siquiera la idea. Se había atrevido a creer que ella era el plan: que su padre la había creado para este momento, para curar a ambas especies y salvar al mundo. Era duro perder ese sueño, pero la simple arrogancia de haberlo tenido la destrozaba.

La doctora Morgan la encontró veinte minutos más tarde, acurrucada en el suelo y temblando en su bata de hospital.

—No encontré nada en el líquido cefalorraquídeo. Quiero tejido cerebral.

Kira no se molestó en preguntar por qué ni qué método utilizaría ni cuánto tejido cerebral necesitaba ahora. Se puso de pie con desgana, apoyándose en el soporte de su vía como si fuera un bastón, y se dirigió al quirófano arrastrando los pies. Las biopsias eran invasivas y dolorosas, más una tortura que un procedimiento médico, pero ella se acostó con

gesto adusto debajo de la araña. El hospital estaba tan vacío que no se habían cruzado con nadie en los pasillos. Había ya demasiados muertos.

Las agujas resplandecían y se clavaban en su piel como dagas, pero aceptó el dolor. Era lo único que le quedaba.

CAPÍTULO SEIS

Ariel tamborileó con los dedos en la culata de su fusil, observando a Nandita, mientras las mujeres de la casa se preparaban para partir. Qué fácil sería matarla; medio segundo para apuntar, otro para jalar el gatillo. Pum. Muerta. Qué sencillo librar al mundo de su habitante más insensible, embustera e irrecuperable. Nandita Merchant había creado a los Parciales y al RM, había secuestrado a Ariel y a tres niñas más y había hecho experimentos con ellas durante años, en las narices de todo el mundo, mintiéndoles sobre su verdadera naturaleza. Ariel era Parcial. Sus hermanas adoptivas, Kira e Isolde, también. El enemigo.

En la mente de Ariel, era como si Nandita la

hubiera cambiado con solo pronunciar una oración, un hechizo, y le hubiera robado su humanidad, dejándola azorada en la oscuridad. La había convertido en un monstruo, con la sangre del mundo goteándole aún de sus garras. No sabía qué pensar ni cómo hacerlo.

Era demasiado para digerir. El mundo había cambiado, y nunca volvería a ser el mismo.

Después del anuncio, una sola cosa seguía igual: si antes había odiado a Nandita, ahora también.

Tocó apenas el gatillo, sin siquiera apuntar el arma hacia ella. La curva del gatillo le brindó un placer oscuro e ilícito. *Qué fácil sería.*

Isolde entró en la habitación, con una mochila llena en cada mano y Mohammad Khan, su bebé de carita enrojecida, que lloraba sujeto a su pecho por un portabebés. Ariel volvió a llevar la mano hacia la culata.

—Tengo mantas, ropa y todo lo que había en la casa que se puede usar como pañal — anunció la reciente madre. Tenía los ojos inyectados de sangre y la voz ronca de emoción

y fatiga—. Creo que eso es todo, pero no lo sé. Estoy convencida de que algo se me olvida.

—Tienes todo —la tranquilizó Nandita, al tiempo que acariciaba la mejilla de Khan sin lograr calmarlo.

Tenía cinco días de edad (un verdadero milagro en el mundo posterior al Brote, cuando la mayoría de los bebés morían en tres), pero su aparente inmunidad al RM no lo estaba salvando del otro mal con el que había nacido: una enfermedad misteriosa que le provocaba fiebre y le llenaba la piel de forúnculos y asperezas. Nandita pensaba que podía salvarlo, que su ADN híbrido de humano y Parcial lo haría más resistente. Pero Ariel sabía la verdad. El hecho de ser híbrido no había salvado a su bebé dos años atrás, y tampoco salvaría ahora al de su hermana.

Isolde colocó las mochilas en el sofá, junto a las de Xochi y su madre adoptiva, la senadora Erin Kessler. El bolso de Madison estaba en el suelo, cargado principalmente con provisiones para Arwen, su hija, el único bebé humano sano

desde el Brote.

La joven se paralizó de terror al oír súbitamente unos golpes en la puerta de calle. Todas las mujeres levantaron la vista con ojos dilatados y llenos de terror, pues una llamada a la puerta podía significar una sola cosa.

Soldados Parciales.

Ariel recorrió la habitación con una sola mirada entrenada. Casi todo lo que había allí era motivo seguro para arrestarlas, empezando por Arwen. Los Parciales habían oído rumores de una criatura humana sana, de casi un año, y la buscaban para sus experimentos. Khan probablemente no significaría nada para quien lo viera, pues su estado lo hacía parecer otro bebé condenado a morir, pero las armas eran contrabando y las mochilas cargadas eran una clara señal de que se disponían a huir. A nadie se le permitía salir de East Meadow, y si los Parciales pensaban que estaban intentándolo, las arrestarían solo para asegurarse.

Ariel escondió su arma detrás de un mueble, dejándola a mano por si la necesitaba, y atrapó

en el aire los bolsos que Xochi le arrojó. Nandita, a quien los Parciales habían buscado casi con tanto ahínco como a Kira, se escondió en una habitación del fondo, y Kessler hizo lo propio; no era necesariamente una delincuente, pero si la reconocían como senadora, podrían llevársela. Isolde se esforzó por calmar a su bebé, que seguía llorando, y bien al fondo, debajo de un panel falso en el piso, Madison tranquilizó a Arwen en voz muy baja. Ariel escondió el último de los bolsos en una alacena de la cocina; habían transcurrido apenas diez segundos desde la llamada a la puerta. El soldado que estaba afuera volvió a golpear con fuerza, y Ariel abrió.

—¿Qué quieren? —preguntó, en un tono más hosco que el que se había propuesto; trataba de parecer inocente y no llamar la atención. Al ver que los Parciales no reaccionaban a su enojo, se dio cuenta de que tal vez esa era la reacción más inocente de todas en una ciudad ocupada. Se permitió fruncir el ceño con ferocidad, sorprendida al ver lo bien que ello la hacía sentir.

Los dos soldados que estaban en el porche eran jóvenes: aparentaban unos dieciocho años, aunque ella sabía que estaban cerca de los veinte. Se preguntó si los había visto en alguna parte de la ciudad, tal vez custodiando una esquina mientras ella buscaba comida, pero todos eran tan parecidos que era difícil estar segura. Aunque los Parciales no estaban clonados, era como si lo estuvieran, y a ella le resultaba absolutamente imposible distinguirlos. Eso le hizo preguntarse si ellos pensarían lo mismo de los humanos.

Hizo una mueca, nuevamente asqueada al entender que «nosotros» y «ellos» ahora significaban cosas completamente diferentes de lo que habían significado algunos días antes.

—Señorita —dijo el primero—, oímos llorar a un bebé en la casa. Venimos a ver si hay algún problema.

Querrás decir que vinieron a examinar si es Arwen, pensó Ariel. Echó un vistazo a Isolde, que la miró con furia impotente, pero luego apretó los dientes y asintió de modo casi

imperceptible. Habían acordado previamente utilizar a Khan para esconder a Arwen, y si bien Isolde lo había aceptado, lo detestaba con todas sus fuerzas.

—Sí —respondió, y señaló al bebé envuelto contra el pecho de su madre—. ¿Pueden ayudarnos? Ya hicimos todo cuanto pudimos, pero se está muriendo —los Parciales echaron un vistazo a Isolde y a su bebé, y Ariel se acercó más—. Es el RM, y lo está matando —sintió aflorar más furia y la desató como si fuera un lanzallamas—. ¿No tienen algún medicamento? Nos dijeron que ustedes tenían la cura... ¿Pueden ayudarlo? ¿O solo vinieron a verlo morir?

El primer Parcial entró y se acercó a Isolde para examinar a Khan. Isolde también representó su papel, aunque menos enojada y más suplicante. Ariel observó al segundo, que se quedó en la puerta, cubriendo al otro como un buen compañero; no tenía el fusil apuntado, pero sí listo para levantarlo al instante, y todos sabían por experiencia lo rápido que podía ser un

Parcial.

A Ariel se le ocurrió, no por primera vez, que podía entregarles a Nandita. La anciana estaba escondida en un armario, atrapada como una rata si ella decidía llevarlos hasta ahí. ¿Qué harían si la encontraban? ¿Torturarla? ¿Matarla directamente? Nada bueno, lo sabía, o Nandita no se empeñaría tanto en ocultarse. Tenía tantas ganas de delatarla que tuvo que apretar el puño para mantener la boca cerrada; en primer lugar, porque las inevitables preguntas posteriores podrían poner al descubierto a Arwen o incluso la singular ascendencia de Khan. En segundo lugar, y lo que era más frustrante, por el misterioso poder que Nandita tenía sobre los Parciales: parecía dominarlos, si la delataba solo conseguiría que la anciana tuviera un par de juguetes nuevos.

Sabía que ese control provenía de algo llamado enlace. Kira había descubierto que los Parciales utilizaban un sistema químico de comunicación, como las feromonas en una colonia de hormigas: por medio de la respiración,

percibían los pensamientos y las emociones de los demás. Ariel, sin embargo, nunca había logrado percibir nada. Respiró hondo, tratando de no ser demasiado obvia. Nada. Se preguntó si Nandita les había mentido: si, después de todo, no eran un modelo alternativo de Parcial, sino simplemente humanas. Les había mentido sobre todo lo demás, ¿por qué no también sobre eso?

—Hola —la saludó el soldado que se había quedado en la puerta—. Soy Eric. Y él es Chas.

Ella se quedó mirándolo, enojada por su intento de entablar una conversación. ¿Cómo se atrevía a tratarlas como amigas, como iguales, en medio de una ocupación? ¿De una invasión armada a su hogar?

Deseaba poder usar el enlace tan solo para poder golpearlo con toda la fuerza de su furia.

Por un impulso repentino, sin pensarlo, soltó un suspiro largo y lento directamente hacia su cara. De haberlo hecho con más ímpetu, él habría percibido el aire. A Ariel le pareció que se le detenía el corazón mientras esperaba, observando los ojos del soldado en busca de

alguna reacción, pero no vio nada: ninguna expresión súbita de alarma ni señal de reconocimiento. Si ella tenía el enlace, entonces él era tan inmune a este como ella al suyo. No sabía si sentirse triunfante o decepcionada, y la confusión solo le produjo más náuseas. Frunció el ceño, furiosa, y se recargó en el marco de la puerta. El soldado le echó un vistazo breve, no vio nada importante y siguió examinando la sala.

Chas inspeccionó a Khan, presumiblemente tratando de dilucidar si ese recién nacido afiebrado era el famoso bebé del milagro. El plan de las mujeres, propuesto por Xochi, era presentar a Khan a cualquier Parcial que estuviera efectuando reconocimientos, con la esperanza de que no se molestaran en buscar un segundo bebé. El único problema sería que alguno de los vecinos, tal vez alguien que tuviera hambre o la esperanza de liberar a un ser querido de la prisión, las hubiera delatado. Todos los humanos sabían sobre Arwen y dónde estaba escondida, pero ninguno se atrevería a informar sobre la bebé. *Por lo menos eso*

esperaba. Ariel contuvo el aliento y trató de no dejar entrever el miedo que sentía.

—¿Qué son esas ampollas? —preguntó.

Ariel sintió que se le apretaba el pecho. Seguía de frente a la puerta, pero oyó la súbita inhalación de Xochi o Isolde, o quizás ambas, al reaccionar con temor a la pregunta. ¿Habrían notado los Parciales ese temor? ¿Sospecharían que las muchachas escondían algo? Tuvo deseos de darse vuelta para ver lo que pasaba en la sala, pero se obligó a conservar la calma. Observó a Eric, parado en la entrada, en busca de algún indicio de alarma en su rostro, pero no lo percibió. *Eso no significa nada*, se dijo. *El enlace les hace expresar las emociones de un modo distinto del nuestro. Podría estar a punto de matarnos y nunca lo sabríamos.*

El silencio se prolongó; la pregunta quedó en el aire, sin respuesta, y Ariel se dio cuenta de que Isolde estaba demasiado conmocionada como para hablar. A los Parciales podría escapárseles una inhalación súbita, pero no responder a una pregunta directa sin duda

despertaría sospechas.

—Está enfermo. Ya se lo dije —respondió Ariel, girando muy despacio.

Chas acomodó su fusil y se inclinó para mirar a Khan más de cerca. El bebé gimió ligeramente, demasiado exhausto por el dolor constante como para seguir llorando.

—Esto no parece RM —comentó, extendiendo la mano hacia una de las ampollas amarillentas oscuras.

—El RM no es la única enfermedad que puede contraer un bebé por aquí, lejos de un hospital —replicó Ariel, con el rostro lleno de miedo. *¿Por qué no se van?* Tragó en seco, nerviosa.

Isolde se volvió y dio un paso atrás para apartar al bebé de la mano del soldado.

—No lo toque —dijo bruscamente—. Las ampollas le duelen.

Eric levantó su fusil, no del todo, pero sí lo suficiente como para indicar que seguía allí y que ellos aún tenían todo el poder. Ariel sintió que las cosas empezaban a salirse de control,

que la situación se estaba poniendo oscura y desesperada, a punto de quebrarse. Levantó la mano para extenderla, pero no sabía hacia dónde ni hacia quién. Chas volvió a intentar tocar a Khan, esta vez con más firmeza, y vio que Isolde levantaba la mano.

—¡Isolde! —exclamó Ariel, tratando de mantener la voz ligera y despreocupada. La muchacha rubia levantó la mirada, con la mano detenida a mitad de camino de lo que quizás iba a ser una bofetada o algo peor—. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

Ella la miró enojada, con el rostro prácticamente rojo de furia, pero dejó que el soldado le tocara la carita a su bebé y palpara cuidadosamente las partes donde la piel estaba endurecida y áspera. Contuvo un grito y asintió en respuesta a la pregunta de Ariel del modo más mecánico posible.

—Gracias.

Ariel se encaminó a la cocina, pero de pronto Chas ladró una orden.

—Alto.

Y ella se paralizó. Apenas alcanzó a ver a Xochi de reojo, avanzando lentamente hacia la vitrina detrás de la que había escondido su pistola.

—Nadie sale de esta habitación —prosiguió Chas, con voz tensa y seria—. Quédense donde están, donde podamos verlas.

Ariel miró hacia el otro lado, aún clavada en su lugar, y contó los pasos hasta el escondite de su fusil.

Tres pasos, y cubrirme al llegar allá.

No será suficiente.

Si iniciaban una pelea, la senadora Kessler llegaría en cuestión de segundos y sorprendería a los Parciales, y si tenían suerte, lograría abatir a uno. Si la lucha se prolongaba lo suficiente, Nandita también aparecería y usaría el poder que tenía sobre ellos para ponerle fin; no le gustaba usar ese poder por temor de llamar mucho la atención del resto del ejército y que enviaran fuerzas que la superaran por mucho, pero en una situación como aquella podía llegar a intervenir. En cambio, Xochi o Isolde, o tal vez

las dos, probablemente estarían muertas para cuando apareciera Nandita, y tal vez también Ariel.

—Vámonos —dijo por fin Chas. Luego, se dirigió a la puerta y eso fue todo: ninguna advertencia, ninguna despedida, ningún reconocimiento de la enfermedad de Khan ni de los gritos desesperados de Isolde pidiendo ayuda. Estaban buscando a Arwen, y aquel bebé no era Arwen, así que se fueron.

Isolde abrazó con fuerza a su bebé y Xochi cerró la puerta que los soldados habían dejado abierta.

Ariel tomó su fusil, revisó el cañón y trató de respirar un poco más lento.

—Tenemos que salir de la ciudad esta noche —dijo Kessler, entrando en la sala con su fusil en las manos—. Eso estuvo demasiado cerca.

—Creo que lo manejamos muy bien —replicó Xochi, de mal modo.

—Nunca dije lo contrario —rezongó Kessler, con cara de exasperación.

—Cállense o harán que lllore otra vez —

intervino Isolde, y salió de la habitación a toda prisa.

Lentamente, Ariel separó los dedos del fusil, aunque aún no lograba apartar los ojos de la puerta cerrada con llave ni de las ventanas que habían tapado con tanto esmero para que nadie las espicara.

Xochi y Kessler sacaron los bolsos de las alacenas de la cocina y revisaron todo una vez más para asegurarse de que estaban listas. Ariel dejó su fusil en la mesa, a su lado, pero no se resignó a apartar la mano.

—Es posible que les hayas salvado la vida, Ariel —dijo Nandita detrás de ella, tan cerca que la muchacha dio un respingo al oír su voz. La miró con odio por encima del hombro, y luego fue hacia la cocina para ayudar con los bolsos—. Las demás se paralizaron —prosiguió—. Tú no. Te lo agradezco.

Kessler miró a Xochi con enojo, pero ninguna de las dos dijo nada.

—Todavía no nos dices adónde vamos —dijo Ariel.

—¿Acaso importa? —preguntó Madison, que entró con Arwen apoyada en la cadera—. Debemos irnos, no me importa adónde.

—Adónde vaya este grupo importa más que casi cualquier otra cosa en el mundo —respondió Kessler.

Tenía cierta entonación irlandesa. Xochi, su hija adoptiva, era mexicana de nacimiento, pero había vivido tanto tiempo con Kessler que, cuando se enojaba, hablaba con el mismo acento. Aunque en ese momento se le notó mucho:

—Sabes que no se refería a eso, Erin.

—Sí, tenemos que alejar a los niños de los Parciales... —dijo Madison, pero calló bruscamente antes de terminar la frase. Ariel sintió sobre sí los ojos de todas, pero no dijo nada—. De los soldados Parciales —se corrigió—. Hoy teníamos la coartada perfecta, y aun así casi nos descubren.

—No estoy sugiriendo que nos quedemos —repuso Kessler—. Simplemente concuerdo con Ariel.

Necesitamos saber adónde vamos.

—Al mismo laboratorio donde estuve la mayor parte del año pasado —respondió Nandita.

—Eso no nos dice nada —protestó Ariel.

—¿Y si capturan a alguna de ustedes? —dijo Nandita con un suspiro—. Podrían torturarla, averiguar la ubicación y cortarnos el paso incluso antes de llegar.

—¿Cómo esperas que sea este viaje? —preguntó Ariel—. Dos bebés, una anciana y apenas un poco de entrenamiento en supervivencia. Nos mantenemos juntas solo para seguir con vida, y si encuentran a una, nos encuentran a todas.

Nandita la miró enojada, pero al cabo de un rato de silencio le respondió.

—Antes del Brote había un laboratorio del gobierno cerca del extremo oriental de una isla pequeña; se llamaba Centro de Investigación de Enfermedades de Plum Island. Al estar separado del continente, era el único lugar seguro para estudiar los organismos más

contagiosos, pero resulta que ese mismo aislamiento lo salvó durante la guerra. Tiene fuente de energía propia, sistema de reciclaje de agua y aire y un interior herméticamente sellado; no se ha venido abajo como todo lo demás. Allá hice esto —levantó la bolsita de cuero que llevaba colgada del cuello, que contenía un frasquito de vidrio con un disparador químico: el disparador que liberaría... algo en los cuerpos de Ariel e Isolde. Nandita había pensado que era la cura del RM, pero dado todo lo inesperado que había ocurrido con Khan, no podía estar segura—. Si hay en el mundo un establecimiento donde pueda estudiar y curar la enfermedad de Khan, es ese.

Instintivamente, Ariel supuso que la mujer tenía también otras razones, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Entró Isolde, y Khan, en un raro momento de quietud, estaba dormido contra su pecho, agotado. Isolde parecía igualmente exhausta.

—¿Realmente puedes salvarlo? —le preguntó Ariel, mirándola fijamente.

—Nada me detendrá.

Se observaron un rato, como midiéndose. Ariel se preguntó qué estaría pensando la anciana, qué estaría interpretando en su rostro y su actitud.

—Si realmente puedes curarlo —dijo—, nada me detendrá para ayudarte.

Y apenas lo hayas curado, te mataré.

CAPÍTULO SIETE

El general Shon, líder de la fuerza invasora Parcial, desmontó de su caballo frente al puesto de avanzada de Dogwood. Entregó las riendas a su asistente, Mattson. La Red de Defensa humana había utilizado Dogwood para patrullar East Meadow y mantener las amenazas a raya, y ahora Shon lo usaba con el fin contrario: mantener a los humanos dentro de la ciudad. Al ser el puesto más remoto, era también un sitio conveniente para guardar ciertas cosas que no quería que nadie, ni humanos ni Parciales, encontrara. En el patio, los datos que circulaban por el enlace estaban cargados de ansiedad. Shon percibía irritación e incertidumbre de los soldados, igual que los del resto del ejército; pero

sobre todo estaban aterrados, y con razón.

Aparentemente, los humanos habían liberado un arma biológica, y Shon guardaba en Dogwood los cadáveres de sus hermanos Parciales que habían muerto por esa causa.

—¿Seguro que aquí no hay peligro, señor?
—le preguntó Mattson.

—Si lo hubiera, no permitiría que nadie viniera —respondió Shon—. Entremos.

Trató de proyectar toda la fortaleza y certeza que pudo, con la esperanza de que su ejemplo inspirara a los soldados. En una situación ideal, allí habría un general de verdad, no Shon; él era apenas otro soldado de infantería, como ellos, creado para ser sargento, cuando mucho; pero la doctora Morgan lo había ascendido tras el vencimiento de los otros oficiales. Para los Parciales, la autoridad era más que una cuestión de grado: era un hecho biológico. Un general podía comandar a sus subalternos por medio de datos en el enlace que imponían obediencia, y ellos, a su vez, transmitían esos datos con autoridad propia a los

grados inferiores. Todos sabían cuál era su lugar y por qué, y el sistema funcionaba. Ahora todo el ejército estaba desorientado, acéfalo, y Shon lo lamentaba más que nadie. Se obligó a dejar de pensar en eso, decidido una vez más a reflejar la mayor seguridad que pudiera.

—General —dijeron los guardias, al tiempo que lo recibían con el saludo militar. Eran hombres que él había elegido específicamente para Dogwood, y sabían que no debían confundirse por un soldado con uniforme de general. Les respondió el saludo, y le abrieron la puerta del edificio principal. Salió un fuerte olor a antiséptico, y un guardia le ofreció una mascarilla de papel para cubrirse la boca y la nariz.

Shon vaciló, pues no quería atenuar el enlace al restringir su respiración, pero el guardia sacudió la cabeza.

—Créame, señor, va a necesitarla. El enlace funciona igualmente, solo un poco más débil.

Aceptó la mascarilla e hizo una seña a Mattson para que hiciera lo mismo. Cuando

entraron, los recibió una vieja amiga de Shon con un breve saludo militar.

—Señor, bienvenido a Dogwood —Michelle, que era sargento, había conducido el vehículo blindado de transporte de personal en la Guerra de Aislamiento, y desde entonces habían peleado juntos en diez o doce campañas militares, la mayoría contra otros Parciales después del Brote. Como Long Island no tenía una vía de acceso fácil para esos vehículos blindados, Michelle debía regresar al continente tras el éxito de la invasión inicial, pero Shon había pedido que se quedara como especialista táctica. Ahora ella dirigía Dogwood. El matiz fatigado de sus datos en el enlace le indicó a Shon que estaba tan exhausta como él por las exigencias del nuevo rango.

—Sargento —le respondió el saludo.

—Gracias por venir, general —dijo Michelle—. Ojalá pudiera darle mejores noticias.

—¿Más víctimas?

—Dos más, aunque todas las víctimas estaban apostadas dentro de East Meadow.

Tengo los cuerpos aislados, y envié a todos los de sus unidades a la Granja Duckett.

—¿Saben que están en cuarentena? —preguntó Shon, dando un suspiro.

—Saben que no pueden abandonar el lugar. Quizá sospechen la verdad, no lo sé. Aunque así sea, tal vez no estén al tanto de que se trata de un arma biológica.

—Estamos hechos genéticamente para repeler cualquier enfermedad —dijo Shon—. Ahora que hay una que no podemos evitar, no sé qué podrían pensar que es.

—Solo espero lo mejor, señor —respondió Michelle—. Hasta ahora ninguno se ha enfermado, al igual que en las unidades anteriores a las que pusimos en cuarentena, de modo que a menos que sean portadores de la enfermedad y no se les haya manifestado aún, creo que los salvamos a todos.

—Pero no a todos... —repuso Shon con pesar.

—No a todos. Vengan conmigo —los llevó a una habitación pequeña llena de trajes blancos, y

siguió hablando mientras se colocaban los trajes protectores encima del uniforme—. El médico llegó hace apenas dos días, pero ya hizo excelentes avances para averiguar cuál es el arma biológica.

—Qué bueno —comentó el general.

—Supongo que son avances —dijo Michelle —, aunque tal como van las cosas, difícilmente se pueden considerar «buenos». Parece que las ampollas son resultado de una reacción autoinmune: el arma biológica afecta nuestro funcionamiento de modo tal que el cuerpo se vuelve alérgico a su propia piel; las células epiteliales no pueden conectarse entre sí como debieran, y toda la epidermis empieza a desintegrarse. Hay una palabra para eso, pero no la recuerdo; una palabra larga, de por lo menos cinco sílabas.

Shon la miró de reojo, confundido por la reprobación de sí misma que dejaba traslucir la sargento.

—Usted conoce muchas palabras de cinco sílabas.

Casi de inmediato, sintió su vergüenza en el enlace. Ella trataba de estar al tanto de todo, y había aprendido la palabra, pero estaba muy lejos de su área de conocimiento, llevaba días sin dormir y debería haber un médico o un general a cargo de aquel puesto y...

—Está bien, Michelle —exclamó Shon, levantando la mano—. Sé que está haciendo lo mejor que puede.

—Acantólisis —dijo ella enseguida, y sus datos en el enlace volvieron casi de inmediato a una calma profesional—. Lo siento, señor, no volverá a suceder.

—No es su trabajo saber los nombres de las enfermedades. Para eso está el médico. Entonces, si esa... —Sacudió la cabeza, tratando de recordar la palabra, y finalmente se dio por vencido—. Si las ampollas son provocadas por una reacción autoinmune, supongo que eso las hace más difíciles de curar.

—Mucho más difíciles —respondió Michelle, al tiempo que abría una puerta que daba a una escalera que conducía al sótano. Allí

el olor a antiséptico era más fuerte, y los escalones forrados en plástico estaban húmedos de desinfectante. Shon se apretó más la mascarilla contra la boca y la nariz para no toser —. Pero todavía no le he dicho lo peor; el otro síntoma primario es la piel áspera y escamosa, algo que el médico solo puede diagnosticar como ictiosis.

Shon analizó las raíces latinas de la palabra y frunció el ceño, confundido.

—Pez. ¿Por las escamas, supongo?

—Exacto. Pero la ictiosis no es contagiosa, sino genética.

—¿Genética? —Shon se detuvo en seco, con una mano en el pasamanos de la escalera.

—De alguna manera, los humanos lograron hacer contagioso un trastorno genético.

Mattson soltó una palabrota y Shon no pudo sino estar de acuerdo con la expresión. Los datos del enlace de Mattson y Michelle estaban cargados de temor, detectable incluso a través de la mascarilla.

Shon miró la puerta que había al pie de la

escalera, que el equipo de Michelle había convertido en una cámara de aire improvisada, recubierta de plástico y rodeada por sellos de goma. Sintió una oleada de inquietud y se detuvo solo un momento; el impulso de dar media vuelta y huir era casi abrumador. Se le ocurrió que, si la mascarilla le permitía captar los datos del enlace, probablemente tampoco estaba protegiéndolo de una enfermedad de transmisión aérea. De todos modos, se la dejó puesta.

—Prosigamos.

Michelle abrió la puerta y entraron.

El sótano estaba sellado tan meticulosamente como la puerta; no solo las ventanas, sino las paredes mismas tenían varias capas de plástico protector. La habitación estaba llena de computadoras médicas voluminosas y había dos camas de hospital; en cada una había un Parcial cubierto de forúnculos y con la piel áspera y escamosa. Shon había contemplado la posibilidad de alojar a los pacientes y a los investigadores en el hospital de East Meadow, pero le preocupaba que la enfermedad se

propagara, y quería mantenerla lo más lejos posible de la población Parcial de la isla. Entonces había tomado algunos paneles solares del hospital y los había montado allí, para abastecer de energía los equipos médicos y los recicladores de aire.

Además, había enviado a Dogwood a los mejores profesionales humanos, ya que todos los médicos Parciales ya habían vencido.

—Le presento al doctor Skousen —dijo Michelle, al tiempo que lo conducía hacia un anciano vestido con bata y mascarilla.

El humano levantó la vista de su paciente, que estaba cubierto de sudor y se sacudía por los espasmos, y miró a Shon con expresión enojada. Este asintió, pero no se molestó en extenderle la mano.

—Ya nos conocemos —explicó—. Dígame, doctor Skousen, ¿tiene alguna hipótesis sobre la causa de la enfermedad?

Shon apenas empezaba a entender todo el espectro de expresiones faciales humanas, pero fue fácil identificar el odio que reflejaba el rostro

del médico.

—La única razón por la que estoy buscando ese germen es para felicitarlo por matarlos de manera tan espectacular.

—Pero ¿está buscándolo? —preguntó el general, irradiando ira por el enlace, aunque sabía que el humano no podía percibirla.

Skousen se limitó a mirarlo con furia, y al cabo de un momento Michelle respondió por él:

—Que nosotros sepamos, sí. Pero por lo que entendemos, bien podría estar haciendo pases mágicos aquí abajo.

—No le está haciendo daño a nadie —repuso Shon, y sus ojos se detuvieron un momento en la mirada fija de Skousen—. Él no es así —volvió a mirar a Michelle—. ¿Están dándole tiempo para estudiar nuestra resistencia al RM a cambio de sus servicios, como ordené?

—Dos horas por día —gruñó Skousen—, sin acceso a mis apuntes ni a mi equipo del hospital.

—Puedo darle algo de eso —respondió Shon—. Si Michelle da fe de su trabajo, puedo traerle algunos de sus apuntes desde East

Meadow.

—Y mi equipo.

—No puedo arriesgarme a que conspiren contra nosotros.

—¿No acaba de decir que no soy así?

—Confío en usted, doctor; en sus colegas, no —respondió, negando con la cabeza.

—Más tiempo, entonces —insistió Skousen—. Dos horas al día no son suficientes; mi gente está muriendo, y yo podría ser el único hombre vivo que puede ayudarla.

—Ya duerme apenas cuatro horas —dijo Michelle—. No nos extrañaría que uno de estos días cayera rendido.

—¡Puedo hacer el trabajo si me dan tiempo! —Gruñó Skousen.

—Su prioridad es curar a estos Parciales —ordenó Shon.

—Eso ni siquiera se acerca a mi prioridad —respondió el doctor, y rio con frialdad.

—Muerto, no podrá curar a nadie.

—Ya trataron de matarme —replicó—. Hace trece años, cuando me ocupaba de todo

un hospital lleno de víctimas del RM. ¿Esto le parece serio? —señaló a los Parciales agonizantes, con mano temblorosa por la edad y la ira—. Cuando en esta sala se apilen tantos cadáveres que tengan que pisar a los muertos para alcanzar a los vivos, podrá decirme que esto es serio. Entonces podrá decirme que estoy trabajando demasiado y necesito *descansar*. Y sabrán cómo es que un monstruo invisible mate a todos aquellos que alguna vez amaron, si es que son capaces de amar algo.

El pecho de Skousen estaba agitado, su cuerpo anciano temblaba por el arranque de ira. Shon lo observaba pasivamente, y se movió solo para detener a Michelle de un brazo cuando ella avanzó enojada hacia el médico.

—Recuérdeme por qué confiamos en usted —dijo Michelle, con voz neutra, pero sus emociones ardían como un incendio forestal en el enlace—. Esto es a causa de un arma que su gente creó...

—Aún no sabemos eso con certeza —la interrumpió Shon.

—... y usted es el único en esta isla que tiene los conocimientos médicos para crearlo — prosiguió la sargento, jalando su brazo para liberarlo de la mano de Shon—. Debería estar colgado de un semáforo para que se lo coman los cuervos, no aquí, riendo a escondidas, viendo pasar a sus víctimas como si fuera una reseña en el noticiero.

—Él no lo creó —dijo Shon.

—¿Por qué cree que me conoce tan bien? —Skousen esbozó una sonrisa de desdén.

—Porque cuando mi pelotón llegó a East Meadow, usted estaba atendiendo a nuestros escoltas heridos en su hospital. Porque siguió haciéndolo incluso después de que empezamos con las ejecuciones de Morgan —Shon habló en tono suave y llano—. Porque es un sanador, y nos odia, pero nos cura de todos modos. Recuerda demasiado bien el RM. No podría crear una enfermedad nueva aunque quisiera.

El doctor le devolvió la mirada con ferocidad, pero pronto empezó a aflojarse.

—Desde hace trece años sueño todas las

noches con verlos muertos, pero no así. Nadie debería morir así.

Michelle dejó de esforzarse por alcanzar al anciano, y Shon disminuyó la presión sobre su brazo. Los recicladores de aire emitían un fuerte zumbido de fondo, que llenaba la oscura habitación forrada de plástico con un siseo insensible.

—¿Sabe cómo curar esto? —preguntó Shon, señalando con un gesto a los soldados moribundos.

—Apenas sé cuál es la causa —susurró Skousen.

—Michelle dice que es un trastorno genético.

—Dos distintos, si estoy interpretando los datos correctamente —respondió el médico—. Podría ser un arma biológica, pero a estas alturas hay que contemplar la posibilidad de que sea un... desperfecto. Un error de fábrica en su ADN, posiblemente relacionado con su fecha de vencimiento.

—El vencimiento tiene otro aspecto —

replicó Shon.

—En toda su historia no hubo nada que tuviera este aspecto. Tenemos que basar nuestras teorías en el análisis, no en antecedentes.

—Entonces, ¿cuál es la causa? —insistió Shon—. ¿Por qué está apareciendo solo en East Meadow, y solo en determinados cuadrantes? Todos los enfermos que hemos visto provenían de una de dos zonas de patrullaje, que se superponen en un área muy específica de la ciudad; tiene que ser ambiental.

—Todas las víctimas aparecieron en los últimos cuatro días —respondió Skousen—. Es una enfermedad demasiado nueva como para hacer suposiciones al respecto; algo que parece una tendencia podría ser simplemente una peculiaridad exagerada por el reducido tamaño de la muestra.

Se oyó una alarma amortiguada por el cielorraso aislado, apenas audible. Michelle levantó la vista inmediatamente.

—Nuevas víctimas.

—Maldición —Shon se dirigió a la puerta, pero Michelle le bloqueó el paso.

—El proceso de desinfección para salir de esta sala toma diez minutos. Esperemos —suspiró—. De todos modos, las traerán aquí.

Aguardaron, con una impotencia insoportable, escuchando los gritos y pasos arriba. Por fin se abrió la puerta y entraron dos soldados con máscaras antigases que traían a rastras a un Parcial tambaleante y cubierto de ampollas. Skousen los ayudó a subir al hombre en una mesa, y Shon utilizó el enlace para exigirles un informe.

—La misma patrulla que los otros —dijo el primer soldado, al tiempo que hacía el saludo militar—. Los síntomas aparecieron hace unas dos horas; lo trajimos apenas su unidad los informó.

—¿Pusieron a los demás en cuarentena?

—Están en el patio —respondió el soldado—. Sabíamos que usted querría hablar con ellos primero.

—¿Cómo se llama, soldado? —preguntó

Shon, acercándose al enfermo.

—Chas —respondió el hombre, con los dientes apretados y el cuerpo temblando—. El dolor es...

—Vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance por usted —le aseguró el general, y se volvió hacia Michelle—. Quédese aquí; averigüe todo lo que pueda de él. Necesito ir arriba a recibir el informe de los demás —miró a Skousen—. Investigue por qué está pasando esto.

—Tráigame mis apuntes —respondió el humano con voz firme.

—No tenemos tiempo para esto.

—Entonces, deme lo que quiero —insistió.

Una vez más, el general sintió sobre sus hombros el peso imposible de su tarea, que amenazaba con molerle los huesos hasta hacerlos polvo contra el suelo. Invadir la isla, subyugar a los humanos, encontrar a esa tal Kira, matar a los humanos y controlarlos... y ahora, silencio. Las órdenes de Morgan se habían ido apilando como cadáveres; luego había

encontrado a la muchacha y se había encerrado, sin dar nuevas órdenes. A Shon le faltaba entrenamiento, personal, y estaba completamente solo, y ahora la situación en la isla se descomponía en forma más rápida y catastrófica que lo que podía manejar.

Se despidió de Skousen con un leve movimiento de cabeza tras prometerle sus apuntes, y se dirigió a toda prisa a la cámara de desinfección, donde él, Mattson y los dos soldados que acababan de llegar se lavaron, inclusive las botas y los trajes plásticos, con productos químicos fuertes. Shon arrojó su mascarilla con asco y tomó una nueva antes de salir al exterior a hablar con el resto de la patrulla de Chas.

Lo que encontró en el patio no era ni remotamente lo que esperaba ver.

Los soldados que estaban en el patio estaban formando un amplio semicírculo, los guardias de Dogwood y la patrulla visitante mezclados casi al azar, con los fusiles levantados y las miras puestas fijamente en una... *cosa*...

que estaba en medio del patio abierto.

Desenfundó su pistola mientras se acercaba, y se quedó mirando con espanto aquello que estaba frente a él. Tenía forma de hombre, al menos vagamente: dos brazos, dos piernas, tronco y cabeza; pero medía por lo menos dos metros y medio, tenía un pecho ancho y sólido y brazos gruesos y fuertes. Su piel era oscura, de un tono negro violáceo, y acorazada como el cuero de un rinoceronte. Tenía garras en los dedos de las manos y los pies, y su cabeza maciza era lo más inhumano de todo: sin pelo, sin nariz, con una boca irregular y dos hoyos oscuros por ojos, que observaban todo en silencio. Shon se puso a la altura de los soldados en el semicírculo, con el arma apuntada; su mente apenas lograba comprender lo que veía.

—¿Qué diablos es eso?

—No tengo idea, señor —susurró el soldado que estaba a su lado—. Está... esperándolo a usted.

—¿Habla?

—Si quiere llamarlo así.

Shon miró por encima del hombro y vio a Mattson, que también había desenfundado su pistola. Volvió a mirar a la criatura, tragó en seco y se adelantó. La criatura lo observó, sin moverse.

—¿Quién es usted? —le preguntó, dando otro paso.

—He venido a hablar con su general.

La criatura tenía una voz profunda, que resonó en el pecho de Shon como un terremoto y reverberó en su mente con asombrosa claridad. No parecía haber usado la boca en absoluto.

—¿Cómo es que está usando el enlace? —retrocedió Shon, conmocionado.

—He venido a hablar con su general.

—Yo soy el general —dijo, volvió a adelantarse y bajó ligeramente la pistola para mostrar su uniforme—. Puede hablar conmigo.

En el cuello de la criatura se abrieron unos huecos anchos que inhalaban como si fueran aletas, o como el orificio nasal de una ballena.

—Usted no es general.

—Ascenso forzoso —explicó Shon—. Todos nuestros generales han muerto —sintió una oleada de confusión tan intensa que estuvo a punto de soltar la pistola, y vio en su visión periférica que los demás soldados se tambaleaban por el mismo efecto. Se enderezó y trató nuevamente de proyectar toda la fuerza y la seguridad que podía.

—¿Qué quiere decirnos?

—Vine a decirles que la Tierra está cambiando —resonó la voz. Trasladó su peso de una pierna enorme a la otra, y siguió hablando sin abrir la boca—. Deben prepararse.

—¿Para qué?

—Para la nieve —dijo. Luego dio media vuelta y se alejó.

—¿La nieve? —Shon dio un paso para seguirlo, confundido por la extraña declaración, y más aún por la súbita partida—. Espere, ¿a qué se refiere? ¿Al invierno? ¿De qué habla? ¿Qué es usted?

—Prepárense —dijo la criatura, mientras volvían a abrirse las hendiduras sobre sus

clavículas.

De pronto, Shon se tambaleó, fatigado. Su cuerpo perdió sensibilidad y sus ojos se esforzaron por mantenerse abiertos. Trató de hablar, pero todo se puso oscuro y a su alrededor los soldados caían de rodillas y se desplomaban en el suelo.

Logró emitir otro «Espere» antes de que lo venciera la agobiante necesidad de dormir, y sus ojos se vieron obligados a cerrarse. Lo último que vio fue la espalda del monstruo alejándose lentamente.

CAPÍTULO OCHO

—No sirves —dijo la doctora Morgan. Tenía la mirada fija en las pantallas de la pared, repletas de datos sobre la biología de Kira, su sistema inmunológico, su ADN, todo.

Llevaban semanas investigando juntos, Morgan, Vale y Kira, desde todos los ángulos posibles, y no habían encontrado nada. En sus genes no había nada que pudiera detener o siquiera retardar el vencimiento, nada que pudiera salvar a los Parciales de la muerte. Para Kira era una pérdida desgarradora, y se quedó tendida en la mesa de operaciones ya sin energía física, ni mental, y en absoluto emocional. Se sentía como un nervio en carne viva, expuesta y desesperada, tan inútil como

decía la doctora. Observó su rostro en la pantalla de la pared, de costado desde su perspectiva, demacrado, pálido y cubierto de cicatrices y vendajes de una docena de cirugías invasivas diferentes. Su rostro era como un *alter ego* que la había traicionado; su propio cuerpo era un acertijo sin solución y un enemigo implacable.

A Morgan, el alcance de la sentencia la golpeó como una marejada. Gritó con frustración y por fin se dio por vencida, y en un acceso de ira desenfundó su pistola y disparó a la pantalla; esta se fracturó, formando una telaraña irregular de colmillos brillantes y perversos. La imagen permaneció, aunque dividida en fragmentos dentados, y Kira vio su rostro súbitamente agrietado y refractado: un ojo en este pedazo, un mechón de cabello en aquel, una comisura de la boca agrandada, separada y sin sentido.

—¡No sirves! —volvió a gritar Morgan. Se puso de pie y giró, apuntándole con la pistola, pero el doctor Vale se ubicó delante de ella de

un salto, tratando con desesperación de calmar a la científica enfurecida. Kira, por su parte, estaba demasiado abatida como para moverse.

—Sé razonable, McKenna.

—¿Cuánto tiempo perdí con ella? ¡Cuántos Parciales han vencido mientras yo estaba aquí, desperdiciando días en un callejón sin salida!

—Ella no tiene la culpa —dijo Vale—. Baja el arma.

—Pues entonces, ¿quién la tiene? —rugió, mientras ponía el arma en la cara de Vale; luego se volvió hacia la pantalla dañada y le disparó tres tiros más: *pum, pum, pum*, una terapia de destrucción que hizo añicos los restos del rostro proyectado de Kira—. Si alguien tiene la culpa, somos nosotros —dijo, esta vez en tono más bajo, pero igualmente furiosa—. Incluso yo, aunque en aquel entonces solo conocía la mitad del plan. Armin, tal vez, porque parece que era el único que lo sabía todo, pero ya no está —gruñó y arrojó la pistola al suelo—. No puedo matarlo de un tiro —sujetó el borde de una mesita rodante y Kira se preparó, esperando que

la mujer la arrojara a un lado y desparramara bisturís y jeringas por todo el piso de mosaicos blancos, pero la ira de esta parecía estar cediendo. En lugar de arrojar la mesa, se apoyó en ella—. No importa quién tiene la culpa. Lo único que podemos hacer ahora es buscar otra pista —se quedó mirando las computadoras, o bien a través de ellas hacia algo que estaba más allá, pero en sus ojos no había esperanza.

Kira se cubrió más los hombros con la fina manta de cirugía y se acurrucó de costado sobre la mesa.

Observó a Vale, que tenía la boca abierta y se preparaba para hablar pero se contenía, mirando a Morgan como si estuviera tratando de armarse de valor. Su vacilación la hizo enojar, mucho más de lo que la acción justificaba, lo sabía; pero tenía los nervios en carne viva. Rio con sarcasmo y le dijo con voz ronca:

—Dígalo y ya.

—¿Qué cosa? —le preguntó Vale.

—Lo que sea que está queriendo decir. Toda la mañana ha estado a punto de hacerlo;

dígalo y ya.

—Es solo que... —El médico respiró hondo, luego hizo una mueca, sin dejar de mirar la nuca de Morgan—. Mira, no quiero que lo tomes a mal; no quiero decir que te lo advertí...

—Ni siquiera empieces —lo interrumpió Morgan.

—... pero pienso que necesitamos contemplar la posibilidad de que hayamos apostado al caballo equivocado, por así decirlo —prosiguió él, a pesar de la advertencia—. Las dos especies están muriendo, y conocemos la cura para una de ellas; concentrémonos en esa y salvemos a todos los humanos que podamos...

—¿Y dejar morir a los Parciales? —preguntó Morgan, en tono imperativo—. ¿Doscientas mil personas en cuya creación contribuimos, prácticamente hijos nuestros, y quieres que no hagamos nada? ¿O, aún peor, que los esclavicemos? ¿Como era tu plan maestro? ¿Encerrarlos en un sótano como... insumos?

¿Una cura temporal para la especie

afortunada a la que nos dignamos salvar?

—Ya no podemos seguir buscando opciones con las que todos estemos de acuerdo —dijo Vale—. *Todos están muriendo*. Se nos acaba el tiempo, esto es un callejón sin salida y no creo ser un monstruo al sugerir que necesitamos dedicar el poco tiempo que nos queda a aplicar la única solución que cualquiera de nosotros haya logrado descubrir.

—La cura del RM también es un callejón sin salida —intervino Kira—. En diez meses todos los Parciales habrán desaparecido, y con ellos la cura, y nada de esto va a tener importancia —volvió a pensar en Samm, y sintió ansias de volver a verlo antes de que venciera. Pero él estaba al otro lado del continente, y los separaban un páramo tóxico y un par de promesas solemnes.

—Por eso tenemos que actuar ahora —insistió él—. Extraer cuanto podamos de la cura y almacenarla para el futuro, para darnos tiempo mientras buscamos otra solución.

—Nos quedan diez meses... —dijo Morgan.

—Diez meses no son nada —suspiró Vale, como si su argumento fuera obvio.

—Pero aun así podríamos hacerlo —siseó Morgan—, y cuando terminemos, los humanos seguirán aquí.

—Cállense los dos —dijo Kira, mientras se obligaba a sentarse. No había nada que deseara más que acostarse, curarse de aquellas semanas de cirugías, cerrar los ojos y dejar que todo aquel problema desapareciera, pero no podía. Jamás había podido desentenderse de nada, y por más que se maldijera ahora, se obligó a levantarse, apretó los dientes y puso los pies en el suelo—. Cállense —repitió—. Pelean como mis hermanas, y no estoy de humor —se envolvió en la manta, temblando por el frío de la habitación, y se dirigió a una de las pantallas de pared que quedaban intactas—. Somos médicos, maldición; comportémonos como tales.

—Es lo que estamos haciendo desde hace semanas —replicó Vale—. Creo que nos merecemos un poco de autoconmiseración.

—Y solo dos de nosotros somos médicos —

acotó Morgan, con sarcasmo—; y tú no eres uno de ellos.

—Solo dos de nosotros descubrimos la cura del RM —repuso Kira, observando los monitores—. Adelante: recuerde cuáles dos.

Morgan sonrió con desdén, pero al cabo de un rato se dirigió a la puerta a grandes pasos.

—Los dejo para que sigan compadeciéndose de ustedes mismos —le dijo a Vale—. Yo tengo trabajo que hacer —salió hecha una furia y cerró dando un portazo.

—Me da muchísimo gusto que alguien le haga frente a esa arpía —comentó Vale—, pero no cabe duda de que en este momento es la mujer más poderosa del mundo. Debes cuidar esa lengua.

—Me han dicho eso toda mi vida —respondió Kira, apenas prestándole atención. Tenía la mirada fija en la enorme pantalla y en su mente estaba catalogando los datos, en busca de algún orden en el caos, alguna clave perfecta y decisiva que armara el rompecabezas y le diera sentido—. ¿Qué ve aquí?

—Toda tu vida, reducida a números. Tasas de degeneración celular, secuencias genéticas, niveles de pH, recuentos de glóbulos blancos y muestras de médula...

—La respuesta no está aquí —dijo Kira.

—Por supuesto que no.

Ella sintió una diminuta chispa de entusiasmo; empezaba a recuperar aquella emoción de resolver un acertijo.

—Pero este es el estudio biológico más exhaustivo que haya visto. No son solo mis datos, sino años de estudios sobre Parciales sanos y en proceso de vencimiento, además de sujetos humanos y todo lo demás.

Podrá acusarla de lo que quiera, pero no puede negar que es espectacularmente minuciosa.

—Lo tomas como si fuera una buena noticia —observó Vale—, pero lo que dices no hace más que empeorar nuestra situación. Morgan es una científica brillante; lleva más de una década recolectando estos datos, y aun así la respuesta no está aquí. Si ya buscaste en todas partes y no

encuentras la respuesta, la respuesta no existe. El vencimiento no tiene cura.

—¿Sabe cómo encontré la cura del RM? — preguntó Kira, dando media vuelta, y con ojos encendidos de entusiasmo.

—Capturando a un Parcial y haciendo experimentos con él. Lo cual le da a tu situación actual un matiz kármico interesante.

—Hicimos todo lo que Morgan ha hecho para resolver el vencimiento —explicó ella, sin hacer caso a la burla—, y nos topamos con la misma pared: habíamos probado todo, habíamos fracasado en todo, y pensábamos que no nos quedaba nada. Descubrimos la cura porque la buscamos en un Parcial, y la buscamos en un Parcial porque, literalmente, era el único lugar donde aún no habíamos buscado. No tenía sentido, no se infería de ninguno de los datos que habíamos recopilado; fue apenas una corazonada, una jugada desesperada, pero dio resultado, por puro proceso de descarte. Si uno ya buscó en todas partes y aun así no encuentra la respuesta, es que todavía no ha buscado en

todas partes.

Vale se acercó a la pantalla, observando las palabras y los números que allí resplandecían.

—Sé que los miembros del Consorcio se guardaban muchos secretos entre sí —comentó, empezando a participar más activamente en el razonamiento de Kira—. Pero te aseguro que no hay más especies misteriosas que podamos capturar y estudiar.

—Eso no es cierto —repuso Kira—. En nuestro viaje a la Reserva, nos atacaron unos perros que hablaban.

—Los Perros Guardianes no son la cura —dijo Vale, al tiempo que daba unos golpecitos en la pantalla para abrir un archivo sobre los animales seminteligentes—. Aunque no lo creas, Morgan ya los estudió para ver si tenían la misma fecha de vencimiento que los Parciales. No tienen ninguna cura incorporada.

—Y precisamente por eso, este gigantesco conjunto de datos inútiles es un regalo del cielo. Es como una hoja de ruta que muestra solo el noventa y nueve por ciento de un país. Lo único

que tenemos que hacer es descubrir qué es lo que falta en el mapa, y allí estará la respuesta. En el uno por ciento del territorio que todavía no hemos estudiado.

—Veamos —dijo él, sin mucho entusiasmo, mientras ojeaba una lista de carpetas—, ¿qué falta aquí? —Se detuvo al ver que un simple golpecito hacía que se abriera una cascada de innumerables carpetas en la pantalla—. ¿Cómo vamos a saber siquiera por dónde comenzar?

—Empecemos por pensar en las personas, no en los números —repuso ella—. Estos no son solo datos: son los datos de Morgan, recabados sobre la base de sus propias suposiciones. Y ella no buscaba un fenómeno natural y aleatorio; sino algo creado por otra persona: por Armin Dhurvasula. Él tenía un plan para todo, eso dijo usted; entonces, lo que tenemos que hacer es averiguar cuál era ese plan.

—Si *tu plan* consiste en que le leamos la mente a un científico loco ya muerto que *tal vez* había encontrado una solución para salvar al mundo, *tal vez*, voy a sugerirte que mejor

pensemos en otra cosa.

—No se trata de leerle la mente a nadie — respondió Kira—; solo... piénselo. ¿De qué recursos disponía Armin para trabajar?

—De toda la industria de la ingeniería genética.

—Dividida en un subconjunto específico de herramientas. Cada uno de ustedes, en el Consorcio, tenía una tarea específica, ¿cierto? ¿Cuál era la de él?

Vale entornó los ojos, como si de pronto viera la viabilidad del razonamiento de Kira.

—Se ocupaba de las feromonas... del sistema de enlace.

Ella hizo una mueca y abrió las carpetas de la investigación sobre las feromonas. Era una de las subdivisiones más grandes del banco de datos.

—Morgan investigó todos los aspectos de las feromonas que se le ocurrieron —dijo, sacudiendo la cabeza al tiempo que revisaba la lista de temas: Comunicación, Tácticas, Vulnerabilidades. Había decenas de carpetas,

cada una con decenas de subcarpetas, respaldadas por una montaña de apuntes, experimentos, imágenes y videos—. Es imposible que se le haya escapado algo.

—Se le escapó la cura del RM —recordó Vale.

—Cierto, tiene razón —Kira casi se ríe—. Pero aun así, eso no hace que sea más fácil de dilucidar.

—Entonces ahora tenemos que pensar como McKenna Morgan —dijo Vale—. ¿Por qué pasó por alto la cura entre todos estos datos?

—Porque no estaba buscándola. Trataba de resolver el vencimiento Parcial, no la susceptibilidad humana al RM; por eso nunca se le ocurrió buscar en la otra especie.

—O sea que quizá deberíamos investigar también a la otra especie... —Él se puso las manos sobre la boca y respiró por entre los dedos; era un tic nervioso que Kira había observado varias veces en las últimas semanas de investigación. Se quedó mirando los datos—.

Enfoquémoslo desde esta perspectiva: a Morgan se le escapó la conexión porque no esperaba que Armin hiciera de una especie la cura para la otra. Pero esto no puede ser tan sencillo como revertir esa misma situación, porque es imposible; él pudo esconder la cura de los humanos dentro de los Parciales porque creó a los Parciales. Desarrolló el sistema de feromonas que tiene incorporada la cura humana. Pero obviamente no desarrolló el genoma humano, y a menos que haya implementado algún programa de modificaciones genéticas a gran escala del que no sepamos...

—¡Maldición! —exclamó Kira.

—Te dije que cuidarás esa lengua —le recordó Vale.

—¡Sí lo hizo! —dijo ella. Prácticamente temblaba de entusiasmo al digerir la revelación —. Un programa a grandísima escala, a escala mundial, que alcanzó a todos los humanos y los alteró, delante de nuestras narices; sembró en ellos agentes biológicos activos, cada uno de los cuales llevaba su propio ADN, hecho a la

medida. Si quería esconder la cura para los Parciales dentro de los humanos, tuvo la oportunidad perfecta para hacerlo.

Vale se quedó mirándola, con el rostro desencajado por la confusión, hasta que de pronto abrió la boca y los ojos se le abrieron al máximo. Se esforzó por hablar, pero estaba completamente mudo de asombro.

—¡Maldición!

—Ya lo creo.

—El RM —dijo Vale; se volvió hacia una pantalla de pared y se sujetó la cabeza, como si pensara que el cerebro le iba a explotar—. Cada ser humano es portador del RM. Usó el virus más contagioso del mundo para implantar la cura en el último lugar en que a alguien se le ocurriría buscarla.

—Puede ser —Kira asintió—. No lo sabemos con certeza. Pero es un comienzo.

—Pues entonces, a trabajar.

CAPÍTULO NUEVE

Kira leyó los archivos de la doctora Morgan sin parar para dormir, sin salir de la sala, sin siquiera detenerse para comer. La implacable científica había estudiado el RM, pero solo en forma periférica, y nunca en el contexto del vencimiento Parcial. La mayor parte de su investigación sobre el tema tenía que ver con la Feromona 47, la partícula misteriosa a la que Kira había apodado Acechadora, porque no parecía tener una función. La hipótesis de Morgan había sido que la Acechadora podía provocar el RM, o dispararlo de alguna manera en un humano portador del virus que aún no hubiera manifestado los síntomas. Kira había deducido (más de un año atrás, cayó en la

cuenta) que en realidad la Acechadora era la cura de la enfermedad, pero había llegado a hacer la conexión únicamente porque había pasado meses estudiando el RM en sí. Morgan nunca había hecho eso.

Los registros contenían además bastante información sobre las otras facciones Parciales, las cuales todavía se resistían al predominio de Morgan, y Kira leía esos datos de vez en cuando, como un recreo entre los interminables estudios biológicos. Las facciones rivales eran demasiado pequeñas como para que los ejércitos más numerosos se molestaran en atacarlas, y ahora que las fuerzas de Trimble se habían incorporado a las suyas, Morgan parecía ignorarlas por completo. Cada una tenía una ubicación aproximada señalada en el mapa, y una o dos líneas que explicaban los motivos por los que no apoyaban a Morgan: «No están de acuerdo con nuestros métodos»; «Se oponen a los experimentos médicos»; «Formaron un nuevo culto pacifista», y así sucesivamente. El grupo más cercano se conocía como los Ivies, y

estaba en alguna parte del norte de Connecticut. Kira revisaba cada dato nuevo con fascinación, asombrada no solo por la variedad, sino también por lo que compartían los grupos: enfrentados a la disyuntiva de apoyar a la doctora Morgan o morir a causa de la fecha de vencimiento, elegían lo segundo.

Ninguno de esos grupos tenía planes firmes de resolverlo por su cuenta, o si acaso los tenían, no figuraban en los archivos de Morgan. Se preguntó si aquellos archivos tenían un punto ciego debido al orgullo, o si realmente las otras facciones estaban dispuestas a morir. Aparentemente, Trimble había estado esperando que algo se presentara y lo resolviera todo. ¿Acaso los demás eran iguales?

¿Tenía alguien, en fin, alguna esperanza de salvación?

Mientras revisaba los archivos médicos, su mente volvía una y otra vez a Arwen, la bebé a la que había salvado del RM. Pero no: ya no era una bebé; aquello había ocurrido más de un año atrás. Ya estaría caminando. Aparte de las

pocas veces que había visto a los niños de la Reserva, no había visto un niño de esa edad desde el Brote, hacía más de trece años, y aunque había estudiado los procesos del embarazo y el parto con todo detalle, se dio cuenta de que no sabía casi nada sobre la infancia en sí.

¿Con qué rapidez crecían los niños? ¿Arwen estaría caminando ya? ¿Y hablando? Nunca se habían ocupado del tema del desarrollo en la infancia, ni ella ni nadie. Madison lo estaría aprendiendo todo por primera vez.

Sintió una oleada de desesperación al pensar que la vida diminuta y preciosa de Arwen ni siquiera tendría importancia si no hallaba la manera de curar a todos por completo.

Volvió a enfrascarse en sus estudios, decidida a hacer exactamente eso.

El RM era un virus asombrosamente complejo que pasaba por múltiples etapas durante su ciclo vital.

Cuando estaba estudiando a Samm —*hace bastante*, pensó con tristeza— había

denominado a esas etapas Espora, Burbuja y Depredadora. La Espora era la versión más básica del virus, creada dentro del sistema respiratorio Parcial, de donde pasaba al aire y, a la larga, a un cuerpo humano. Apenas ingresaba en el torrente sanguíneo, por lo general después de que los pulmones la absorbieran, se transformaba en la Depredadora: una asesina implacable que solo buscaba reproducirse y desarrollar más Esporas; atacaba al huésped y prácticamente lo devoraba vivo, descomponiendo cada célula y tejido que encontraba, en una carrera desenfrenada por propagar la enfermedad a tantos nuevos huéspedes como fuera posible.

Llevado a su conclusión extrema, ese proceso podía reducir un cuerpo humano a puré, pero obviamente la persona infectada moría mucho antes, a medida que sus órganos y sistemas internos se deterioraban.

De hecho, la mayoría moría de fiebre, pues su cuerpo se defendía con tanta violencia que acababa por freírse desde adentro.

A pesar de lo letal que era la Depredadora, los médicos humanos sabían muy poco de ella, simplemente porque mataba con demasiada eficiencia. Cualquiera que viviera lo suficiente como para ser estudiado a conciencia era inmune desde el principio (un porcentaje increíblemente pequeño de la población) o bien estaba infectado con la tercera etapa del virus, la que Kira había denominado Burbuja.

Ella había pensado que la Burbuja era la asesina, pero en realidad era una combinación de dos partículas distintas: así como la Espora reaccionaba con la sangre humana y se convertía en Depredadora, la Depredadora reaccionaba con la Acechadora, la misteriosa Feromona 47, y se convertía en la Burbuja: una versión gorda, inofensiva, casi completamente inerte del virus. Los Parciales exhalaban la enfermedad, pero también exhalaban la cura, y podían transmitirla al estar en proximidad de un humano.

Vale y Morgan insistían en que el Consorcio nunca había tenido la intención de que el RM

destruyera a la raza humana, y probablemente se referían a la Depredadora. Pero el RM hacía su trabajo demasiado bien, mucho mejor de lo que nadie había esperado, y la enfermedad se había propagado con demasiada rapidez entre personas que no estaban cerca de ningún Parcial. Graeme Chamberlain lo había diseñado, y poco después se había suicidado, de modo que no se podía confirmar si lo había hecho a propósito o no. Pero la interacción clave, la parte más importante del proceso, era esa tercera etapa. La Burbuja. Revelaba mucho acerca del Consorcio, y de su plan, y del hombre que la había desarrollado.

Armin Dhurvasula. El padre de Kira.

A Kira aún le faltaba encontrar una conexión sólida entre el RM y el vencimiento, pero tenía algunas pistas. En primer lugar, sabía por el doctor Vale que el propósito del virus había sido atar a la humanidad intrínsecamente a sus hijos artificiales. Los Parciales eran seres que pensaban y sentían, y no se podía permitir que la raza humana los descartara como a

herramientas usadas cuando ya no tenía más utilidad para ellos. Al insertar la cura del RM dentro de los Parciales, estaban dejando bien clara la solución del problema: los humanos que descartaran a los Parciales se enfermarían, pero los que los aceptaran estarían bien. Los Parciales exhalarían la cura, los humanos la inhalarían, y todos estarían sanos. Y si la Depredadora hubiera sido menos letal, ese plan probablemente habría dado buen resultado. ¿Acaso el mismo plan habría salvado también a los Parciales?

Si ella estaba en lo cierto, en alguna parte del ciclo vital del virus del RM estaba la cura del vencimiento. Obviamente no en la Espora, pues en ese caso los Parciales podrían curarse solos; tampoco estaría en la Depredadora, porque la mera presencia de los Parciales la retiraba del torrente sanguíneo.

No, las curas parecían estar diseñadas de manera tal que se activaban solo cuando las especies se mezclaban, por lo tanto lo que buscaba estaría escondido en la Burbuja. Los

Parciales darían la Acechadora a los humanos, con lo cual los salvarían, y luego estos les devolverían el favor aportando otra cosa, pero ¿qué? ¿Acaso había una cuarta etapa del virus que ella aún no había encontrado? ¿Había alguna otra interacción que no había visto? Era factible que algunos de los Parciales que habían pasado mucho tiempo cerca de los humanos ya hubieran estado expuestos a la cura, pero la única manera de comprobarlo era esperar hasta su fecha de vencimiento y ver si morían.

Abrió un archivo nuevo en la medicomp y tomó nota para revisar los registros en busca de algo así, pero no abrigaba muchas esperanzas; si alguno había sobrevivido al vencimiento, sería una noticia mucho más notable. De todos modos, muy pocos Parciales habían estado cerca de los humanos en los últimos once años. Los que habían participado en la ocupación de East Meadow habían tenido mucho contacto, pero ¿sería suficiente? ¿Cuánto se necesitaría? ¿Cuánto tardaría en hacer efecto? Había demasiadas variables, y el tiempo se acababa;

los datos de observación no bastaban. Ella tendría que poner a prueba su teoría directamente, y eso significaba la experimentación: necesitaría obtener una muestra de la Burbuja y exponerla a la fisiología Parcial.

Era un buen plan. Era el único que podía implementar. Pero una parte de sí sentía repugnancia por las medidas que tendría que tomar para llevarlo a cabo.

—Necesitamos secuestrar a un humano.

Vale apartó la vista de la pantalla de su medicomp; esta contenía una repetición de los mismos datos que Kira venía estudiando desde hacía varios días. Se quedó mirándola un momento, parpadeando mientras sus ojos se adaptaban para enfocar su cara en vez de la pantalla.

—¿Disculpa?

—Necesitamos hacer pruebas con un humano —le explicó—. Tenemos que estudiar las interacciones entre el virus del RM en su tercera fase y un Parcial vivo, y la única manera

de obtener el RM en su tercera fase es por medio de un humano. Yo no soy tal y usted ya se aplicó modificaciones genéticas para hacerse inmune. El único modo de conseguir lo que necesitamos es por medio de un humano; no me agrada, pero es médicamente inevitable. Lo que averigüemos con este experimento podría salvar al mundo.

Vale siguió mirándola un momento más, con rostro inexpresivo, hasta que por fin frunció el ceño y se volvió del todo hacia ella.

—Disculpa mi incredulidad, pero ¿eres la misma muchacha que me llamó monstruo por mantener prisioneros a unos Parciales con la explicación de que era médicamente inevitable?

—Ya le dije que no me agrada. Y solo hablo de tomar muestras de sangre, no de inducir un estado de coma en los pacientes durante años y años...

—¿Y eres también aquella muchacha que fue a su vez secuestrada y estudiada? ¿En este mismo establecimiento?

Kira apretó los dientes, frustrada con él por

oponer resistencia, pero también consigo misma por hacer la sugerencia. La desgarraba el solo hecho de pensarlo, pero ¿qué otras opciones había?

—¿Qué quiere que le diga?

—No sé —respondió él con voz perdida y fatigada—. No busco una respuesta específica; solo estoy... sorprendido. Y un poco triste, supongo.

—¿Triste porque es la única opción que nos queda?

—O quizá porque acabo de presenciar la muerte de la última persona idealista que quedaba en el mundo.

Ella apretó los puños, tratando de serenarse mientras las lágrimas amenazaban con salir.

—Si logramos encontrar la interacción entre las especies, en la que el RM sea el catalizador de ambas curas, podemos salvar al mundo. A todos. ¿Acaso eso no vale cualquier sacrificio que podamos hacer?

—Cuando te entregaste voluntariamente a esta investigación eso fue un sacrificio —señaló

Vale—. No me agradó, pero te admiré por ello, pero ahora...

—Ahora tenemos menos tiempo aún para debatir la parte ética...

—Estás hablando de otra persona —la interrumpió, levantando la voz—. Veo que me equivoqué con respecto a ti, porque no estabas entregándote por una causa: simplemente estabas obsesionada, tanto como Morgan, y solo lo hiciste porque no tenías a nadie más a quien entregar.

Las lágrimas de Kira ahora eran reales y le corrían, calientes, por las mejillas cuando le gritó:

—¿Por qué se opone tanto a mí?

—¡Porque sé lo que se siente! —rugió el médico. Se quedó mirándola, con el pecho agitado por la fuerza de su emoción, y ella lo miró en un silencio atónito. Vale respiró algunas veces más, y luego habló en tono más suave—. Sé lo que es traicionar la propia ética, la propia humanidad, todo lo que nos hace lo que somos, y no quiero que pases por eso. Yo destruí diez vidas en la Reserva, diez Parciales a quienes no

solo esclavicé: también los torturé. Los amaba tanto que traicioné al mundo entero para darles la vida que merecían, y cuando el plan tuvo el peor resultado posible, los traicioné a ellos, y todo para salvar a ¿cuántos?, ¿mil humanos? ¿Dos mil? Dos mil humanos que, de todos modos, van a morir solos cuando venza la única fuente de la cura.

—No si este experimento da resultado.

—¿Y si lo da? Entonces, ¿qué? Digamos que los humanos no pueden vivir sin los Parciales, y estos no pueden vivir sin los primeros... ¿cómo puede terminar bien eso? ¿Acaso esperas una especie de matrimonio cultural glorioso entre ambas especies? Porque no fue eso lo que pasó antes, y nunca va a pasar. El grupo que tenía el poder siempre oprimió al que no lo tenía: primero los humanos, cuando crearon a los Parciales y los obligaron a pelear y a morir, o a regresar a una vida de sometimiento utilitario de segunda clase. Luego, la Guerra Parcial. Después, mi trabajo en la Reserva. La experimentación de la doctora

Morgan con sujetos vivos. Tú misma capturaste a un Parcial para estudiarlo, y fuiste capturada a tu vez. Ahora Morgan invadió East Meadow y los humanos están peleando con uñas y dientes, y Kira la Parcial quiere capturar a un humano. ¿No te das cuenta de que todo es inútil?

Tú conoces ambos bandos mejor que nadie. Si *tú* no puedes vivir en paz, ¿cómo pueden esperar hacerlo los demás?

Ella trató de protestar, sabiendo que él se equivocaba, que tenía que estarlo, pero no logró encontrar razones para hacerlo. Quería que estuviera errado, pero eso no bastaba para que lo estuviera.

—No habrá ningún matrimonio cultural —concluyó Vale—. Ningún encuentro entre iguales. El futuro, si lo tenemos, será una violación cultural masiva. Dime con toda sinceridad que eso basta, que eso es aceptable en algún nivel concebible.

—Yo... —Su voz se apagó. No había nada que decir.

CAPÍTULO DIEZ

—¡Creo que este está despertando! —gritó Samm hacia el pasillo.

Oyó un revuelo y corrió nuevamente a un costado de la cama donde el Parcial Número Cinco empezaba lentamente a reaccionar. Los Parciales del laboratorio de Vale llevaban ya semanas sin el sedante, pero los efectos eran duraderos, y sus cuerpos, inconscientes durante casi trece años, parecían reacios a despertar. En la Reserva, muchos habían perdido las esperanzas de que volvieran en sí, pero Samm se había negado a abandonarlos. Ahora el Número Cinco (no sabían sus nombres) estaba moviéndose; no solo cambiando de posición en la cama, sino agitándose inquieto, tosiendo y

hasta rezongando por el respirador. Samm lo había vigilado toda la mañana con entusiasmo creciente, pero cuando Cinco por fin empezó a mover los párpados, como esforzándose por abrirlos, fue a llamar a los demás. Entraron en tropel en la habitación: Phan, Laura y Calix, que ahora caminaba con muletas, pues la herida de la bala de Heron iba sanando lentamente en su pierna. La muchacha evitaba visiblemente mirar siquiera hacia donde estaba la Parcial.

Últimamente era muy fácil evitar a Heron, pues parecía haberse retirado de la comunidad; no por completo, pero casi. En lugar de desaparecer, simplemente se mantenía al margen, escondida en las sombras y en los pasillos, apartada de los demás. Ahora estaba de pie contra la pared del fondo de la habitación del hospital, prácticamente al alcance de los humanos pero, de alguna manera, a muchos kilómetros de distancia.

Samm sabía, sin necesidad de mirarla, que ella sentía tanta curiosidad por el comportamiento de los humanos (y el de Samm)

como por el Parcial que despertaba poco a poco. Sus datos en el enlace eran analíticos, como de costumbre, pero con un toque de la confusión creciente que Samm había empezado a percibir en ella con más y más frecuencia.

¿POR QUÉ?

Samm se esforzó por no responder y concentrar sus pensamientos —y por medio de ellos, sus datos en el enlace— en el Parcial que estaba despertando. Antes había intentado preguntar a Heron por su aparente confusión, pero cada vez que lo hacía, ella se marchaba inmediatamente. Él no sabía qué era lo que intentaba comprender, pero era obvio que no le interesaba hablar de ello; por otra parte, tampoco le interesaba abandonar del todo la Reserva. De lo único que estaba seguro en cuanto a Heron era que si permanecía oculta en las sombras, era solo porque ella así lo quería. Y ahora, ¿qué le pasaba? Samm tendría que pensarlo más tarde, cuando el enlace no lo delatara.

El Parcial Número Cinco había estado

emitiendo datos propios en el enlace, y Samm volvió a concentrarse en eso. Era fascinante y trágico a la vez. El objeto del enlace era transmitir información táctica en el campo de batalla, informar a los demás miembros del escuadrón cuando había peligro o estaban a salvo, y sincronizar a todos en el mismo estado emocional informado y eficiente. Uno de los efectos secundarios de ese sistema era que se disparaba con facilidad tanto a partir de un estímulo imaginario como de uno de la vida real, por lo cual los soldados percibían vagamente los sueños de sus compañeros que dormían cerca. Los efectos eran más moderados en un sueño simple sobre una *pizza* o un entrenamiento básico, que no solía percibirlo nadie más; pero una experiencia emocional intensa a menudo se transmitía a todo el escuadrón, como una magia sutil, hasta que todos compartían el mismo sueño o uno similar. Como una visión contagiosa. Si un soldado tenía una pesadilla, pronto todos tenían una; si uno soñaba con una chica, todos podían despertar con risitas incómodas. Una vez, el

sargento de Samm había soñado que se caía, y su grupo había despertado en el mismo momento aterrador, ahogando un grito unificado al apaciguarse el terror recordado a medias. Un soldado con antecedentes de buenos sueños (o, simplemente, con un recuerdo muy intenso de una mujer) era bienvenido en cualquier escuadrón, mientras que uno perseguido por la oscuridad o las pesadillas a veces se lo consideraba una maldición.

Los Parciales del laboratorio del doctor Vale eran un pozo de oscuridad junto al cual Samm apenas soportaba estar. No era que los sueños del Número Cinco fueran oscuros, pues había muchos arranques de datos activos, tensos y hasta felices que él había llegado a identificar como los sueños del Parcial dormido. Lo que le daba mucha lástima era el resto del tiempo: las largas horas, inquietas y desesperanzadas, en que Cinco no soñaba en absoluto. El soldado parecía existir en un estado de dolor y desesperación constantes, y presentir en algún nivel inconsciente que algo estaba profunda y

horriblemente mal, pero sin la observación y el pensamiento racional para descifrar qué era. Lo mismo ocurría con los demás, con apenas pequeñas variaciones en la duración y la magnitud de sus breves remansos oníricos. Samm percibía el ambiente lóbrego que generaban en todo el piso del hospital, y le preocupaba la conmoción que podrían causar cuando por fin volvieran en sí. No era posible pasar trece años en semejante pozo sin quedar horriblemente, quizás irrevocablemente, marcados por la experiencia.

¿Qué harían cuando despertaran? ¿Se alegrarían de recuperarse, o quedarían traumatizados de por vida?

No tenía manera de saberlo.

Mientras observaba al Parcial que despertaba, sumido en esos pensamientos, Samm no pudo sino volver a sentirse inadecuado para una tarea que no había buscado y que parecía a punto de aplastarlo: el liderazgo de la Reserva. Él no era un líder, ni por concepción ni por naturaleza; a lo sumo era un subalterno, el

soldado perfecto, dispuesto a seguir a su comandante hasta el mismo infierno, pero lleno de dudas a la hora de encabezar el ataque. Y sin embargo, allí estaba: más fuerte y mejor informado que casi todos los demás en la Reserva, y habían empezado a verlo como a un líder. Técnicamente, Laura estaba a cargo, pero era Samm quien sabía sobre los Parciales dormidos; era Samm quien sabía adónde habían llevado a Kira y al doctor Vale, y por qué; era Samm quien donaba su respiración y su cuerpo para producir la cura del RM y salvar a los recién nacidos. Él tenía todo el poder, y ellos lo sabían; probablemente también podía vencer a diez de ellos, y supuso que eso también lo sabían. Hasta Heron lo seguía, a menudo sin palabras, aunque él suponía que no lo hacía tanto por subordinación como por el simple disgusto de asumir ella misma el liderazgo.

Observó los movimientos del Parcial al volver en sí, percibió el horror de aquella alma y volvió a preguntarse si había sido buena idea despertarlos. Nueve Parciales podían destruir

una comunidad como esa; nueve Parciales furiosos, posiblemente desquiciados, caerían sobre ella como una lluvia de cuchillos. *Debería ser Kira quien decidiera esto, pensó, no yo; ella era la líder, la pensadora, la visionaria. Yo no soy más que un tipo.*

Sin embargo, le gustara o no, la decisión era suya, y no pensaba decidir en contra de su propia gente.

Fue así que los Parciales recibieron atención médica, con todos los riesgos que ello implicaba, y cuando despertaran, se encontrarían con un tipo llamado Samm que esperaba para saludarlos. Haría lo mejor que pudiera. A veces traía niños a la sala, y trataba de enviar pensamientos felices a través del enlace con la esperanza de contrarrestar sus trece años de oscuridad. Era un plan sencillo, porque él era un tipo sencillo, y a veces lo sencillo era bueno. Esperaba que aquella fuera una de esas veces.

—Aquí viene —dijo Heron.

Samm la miró brevemente, sorprendido de que fuera ella la primera en anunciar el último

paso del despertar del Número Cinco, pero una súbita exclamación de Calix lo hizo volver la mirada. Heron tenía razón. Ahora el soldado demacrado forcejeaba activamente; no solo estaba despertando de modo natural, sino que luchaba, prácticamente arañaba el universo para obligarse a despertar por decisión propia.

Tosió y farfulló, y Samm se levantó de un salto, extendió la mano y le retiró el tubo del respirador de la garganta. Los ojos del soldado se abrieron de inmediato, y su mano voló y sujetó el brazo de Samm con una fuerza sorprendente para alguien tan atrofiado.

—Auxilio.

Tenía la voz ronca por el desuso, débil y áspera, pero los datos en el enlace golpearon a Samm como un camión en movimiento. Sus ojos estaban desorbitados de terror, y Samm sintió que el mismo terror subía por su interior: una sensación paralizante, incapacitante y abrumadora de iniquidad, de indefensión, de miedo infinito. Se apuró a ordenar sus pensamientos, tratando con desesperación de

separar su mente de aquel miedo irracional antes de que el enlace lo abrumara. Cerró los ojos y repitió todos los detalles reconfortantes que se le ocurrieron, uno tras otro, como un mantra.

Estás a salvo. Somos tus amigos. Estamos protegiéndote. Estamos curándote. Estás a salvo. Se dio cuenta de que probablemente el soldado pensaba que lo habían capturado, al despertar de pronto sin ninguno de sus compañeros y ningún oficial que lo tranquilizara. Cualquiera de sus compañeros de escuadrón que pudiera percibir en el enlace estaría transmitiendo la misma confusión catastrófica que él.

Somos tus amigos. Estamos protegiéndote. Estamos curándote. Estás a salvo.

—Socorro —era doloroso oír la voz del soldado, como si las palabras mismas sangraran—. Arma.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Calix—. ¿Quiere su arma? ¿Por qué dijo «arma»?

—Sabe que está desarmado —respondió Phan—. Tiene miedo.

—Todavía está despertando —repuso Laura, sacudiendo la cabeza—. No está razonando. Denle tiempo.

—Tal vez nunca recupere la razón —opinó Heron—. No sabemos qué daño cerebral habrá sufrido al pasar trece años dormido.

—No estás ayudando —dijo Calix.

—Puedo volver a dispararte —le respondió Heron—. ¿Eso te ayudaría?

—Estás a salvo —dijo Samm—. Somos tus amigos. Estamos protegiéndote. Estamos curándote.

—Agujero —dijo el soldado—. Sangre.

Una de las pocas enfermeras del hospital irrumpió en la habitación.

—Uno de los otros está despertando —miró por encima de su hombro al oír un grito lejano y luego se volvió con frenesí—. Dos.

Antes de la mañana, habían despertado cinco de los nueve, aunque a cuatro de ellos hubo que amarrarlos.

Parecían enloquecidos, estaban furiosos y berreaban como niños con superpoderes. Laura pensó que el coma impuesto por Vale les había destruido la mente, mientras que Calix, más caritativa, sugirió que simplemente aún tenían la mente dormida, que solo sus cuerpos habían despertado. Samm lo pensó apenas el tiempo suficiente para decidir que no contaba con suficiente información para decidir, y que de todos modos su curso de acción sería el mismo. Ayudó a sujetar sus extremidades, mientras las enfermeras los amarraban con fuertes tiras de cuero.

Le preocupó brevemente la posibilidad de que el daño cerebral de los Parciales fuera culpa suya, que de alguna manera los hubiera perjudicado al desconectarlos de sus sistemas de apoyo vital, pero hizo la idea a un lado. Ya no se podía volver atrás, y no había nada que pudiera hacer. Solo podía resolver cierta cantidad de problemas a la vez, de modo que no perdería tiempo preocupándose por cosas que no podía cambiar.

Cuando salió el sol y el siguiente turno de enfermeras llegó al hospital, Samm les dio un informe completo antes de enviar a las del turno nocturno a sus apartamentos. Murmuró un agradecimiento mientras salían, pero él se quedó; aún faltaba que despertaran cuatro Parciales, y si bien los habían amarrado preventivamente, necesitaba estar allí cuando volvieran en sí.

No quiero que despierten y piensen que están en prisión, pensó. Phan le recomendó que fuera a dormir un poco, pero él estaba bien; fatigado, sí, pero no en demasía. Estaba preparado para esfuerzos físicos mucho peores que una noche insomne. En cambio, emocionalmente...

Ese era otro problema que no podía resolver, de modo que lo hizo a un lado. Los demás podían ayudar a los Parciales cuando despertaran, susurrándoles para tranquilizarlos y calmar su agitación dispersa, pero solo con palabras. Él era el único que podía hablarles por medio del enlace, y por eso se quedó. El aire

mismo, cargado de los datos de nueve desastres traumáticos, lo rodeaba como veneno. Se sentó en la habitación del Parcial Número Tres, el siguiente que esperaban que despertara, y trató de pensar en cosas felices.

¿POR QUÉ?

El pensamiento resonó en su cabeza durante casi un minuto hasta que se dio cuenta de que no era suyo. Levantó la vista y vio a Heron de pie en el rincón detrás de la puerta, aunque estaba seguro de que no estaba allí antes. O estaba volviéndose loco o ella estaba tratando específicamente de ser misteriosa.

Supuso que era lo segundo, y se preguntó qué malhumor habría provocado una actitud tan extraña. O quizá simplemente no quería que nadie más la viera.

—No eres un fantasma —dijo Samm—. Sé que no atravesaste esa pared.

—Y tú no estás tan atento como crees —repuso ella. Salió de la oscuridad y se acercó a él, caminando con el sigilo de un gato. Samm la imaginó arrojándose sobre él mostrando los

dientes, desgarrándole la carne del rostro, y se dio cuenta de que probablemente estaba mucho más exhausto de lo que había creído. Raras veces un Parcial tenía ensoñaciones tan coloridas. Heron giró la otra silla y se sentó con visible falta de elegancia. Ella también estaba agotada—. Supongo que es fantástico que me hayas visto, con tanto infierno en el aire.

—Te sentí en el enlace —respondió, e hizo una pausa, demasiado cansado para explicarse con claridad—. Aunque supongo que en el enlace hay todavía más distracciones que las visuales.

—No es necesario que hagas esto.

—Solo estoy sentado en una habitación —dijo, y miró alrededor—. Es lo mismo que haría si me fuera a casa.

—Tu casa está a varios miles de kilómetros de aquí.

—Sabes lo que quise decir.

—No, no lo sé. ¿Piensas que este lugar es tu casa? Ni siquiera deberíamos estar aquí.

—No tenías por qué quedarte.

—Tú tampoco.

—Prometí que lo haría —dijo Samm—. Eso significa que tengo que hacerlo, con tanta seguridad como si estuviera encadenado aquí.

—Si las promesas son cadenas, deberías aprender a no hacerlas.

—Tú no entiendes —dijo. Y observó al Parcial Número Tres, que estaba tendido en la cama del hospital, parpadeando rápidamente. Estaba soñando, y a juzgar por la intensidad de sus datos en el enlace, Samm supo que era algo terrible. El soldado corría a toda velocidad, y la habitación se llenaba de su miedo.

SALIR

Y por debajo, más tenue pero siempre presente, la pregunta de Heron: ¿POR QUÉ?

Él la miró, cansado de juegos, y le preguntó directamente:

—¿Por qué qué?

Ella lo miró entornando los ojos.

—Realmente no entiendes por qué estoy aquí, ¿verdad? —le preguntó Samm, inclinándose hacia adelante—. Eso es lo que

siempre estás preguntándome —escudriñó el rostro de ella, perdido en el enlace y tratando de interpretar su mirada, su boca, sus expresiones. Como hacían los humanos. Pero no vio más que una cara. Tal vez Heron no tenía emociones, ni en el rostro ni en el enlace. Solo preguntas en un cascarón vacío—. Tú también te quedaste. Nos delataste a Morgan, pero te quedaste. ¿Por qué sigues aquí?

—Solo te quedan unos meses de vida —respondió ella—. La doctora Morgan está buscando una cura, pero no puedes recibirla aquí.

—Entonces, ¿te quedaste para ayudarme a regresar?

—¿Quieres regresar?

Sí, pensó Samm, pero no lo dijo en voz alta. Ya no era tan fácil. Vaciló, sabiendo que ella percibiría claramente su confusión en el enlace, pero no podía evitarlo.

SALIR, transmitió el soldado, retorciéndose por sus amarras, atrapado en su propia pesadilla.

—Prometí quedarme —Samm respiró

lentamente.

—Pero no quieres.

—Fue mi elección.

—Pero ¿por qué? —insistió ella, elevando el tono de voz, y sus palabras lo golpearon en el enlace—. ¿Por qué estás aquí? ¿Quieres saber qué es lo que estoy preguntando? Te estoy preguntando por qué estás aquí. ¿Quieres saber por qué me quedé? Porque quiero saber por qué lo hiciste tú. Nos conocemos desde hace casi veinte años; peleamos juntos en dos guerras, te seguí a través de un infierno tóxico porque confío en ti, porque eres lo más parecido a un amigo que he tenido, y ahora vas a matarte por la inacción.

Esa no es la decisión de una persona racional. Va a llegar tu fecha de vencimiento, morirás y... ¿por qué?

Piensas que estás salvando a estas personas, pero solo estás dándoles, ¿cuánto? ¿Ocho meses más?

Salvas a algunos niños, una generación ligeramente más grande sobrevive, y luego te

mueres y ellos dejan de tener hijos, y crecen y todo el mundo se muere. Ocho meses más tarde de lo que lo habría hecho —hablaba con voz ardiente y enojada, escupiendo las palabras entre los dientes apretados—. ¿Por qué?

—También los ayudo a ellos —agregó, señalando al Número Tres.

—¿Haciéndolos pasar por esto? —replicó Heron, dando un tirón a las correas de cuero.

SALIRSALIRSALIR

—Sus fechas de vencimiento están todavía más cerca que la tuya —prosiguió Heron—. ¿Estás despertándolos, desintoxicándolos de lo que sea esa distorsión mental a la que los sometió Vale, obligándolos a pasar por esta tortura, solo para que puedan despertarse y morir?

—Estoy ayudándolos.

—¿Sí?

—Les doy una oportunidad. Es más de lo que tenían antes.

—Pues entonces date la misma oportunidad a ti mismo —insistió ella—. Vive ahora, y

averigua cómo seguir haciéndolo mañana. Esta gente está perdida, déjala; vayamos con Morgan para recibir la cura y sobrevivir a la fecha de vencimiento. Volvamos a casa.

—Ni siquiera sabemos si encontró la cura.

—¡Pero si vas a casa, hay una oportunidad! —rugió—. Allí, podrías morir de todos modos, pero si te quedas aquí, morirás sin remedio.

—No se trata solo de vivir...

—¿De qué diablos se trata?!

—De vivir correctamente.

Ella no dijo nada, pero se quedó mirándolo con fuego en los ojos.

—Estos soldados mantuvieron viva la Reserva durante trece años —continuó Samm—. Hoy hay miles de niños que están vivos porque estos hombres los ayudaron... tal vez no voluntariamente, tal vez sin saber siquiera lo que hacían, pero lo hicieron, y vivieron un infierno, y no puedo dejarlos morir por eso.

Digamos que, de los nueve, solo la mitad despierta en sus cabales, y solo la mitad de esos están en condiciones de hacer el viaje para

volver con Morgan; aun así, son dos más que pueden recibir la cura, y son el doble que yo. Si nos quedamos aquí, por lo menos se duplica la cantidad de Parciales a los que puedo salvar del vencimiento, y hasta tu cerebro frío y calculador tiene que entender que vale la pena.

Su fervor iba en aumento mientras hablaba, y escupió las últimas palabras como una acusación; se sintió bien al dejar salir sus emociones. Permaneció sentado observando a Heron, esperando una respuesta, pero el enlace estaba vacío. El soldado se había dormido, y ella era una página en blanco. Un vacío total.

—Puedes salvar a más Parciales... —La voz de Heron se apagó—. Pero ninguno eres tú.

Se puso de pie y salió, silenciosa como una sombra, y mientras la observaba alejarse, Samm no pudo sino preguntarse si había malinterpretado por completo la conversación.

CAPÍTULO ONCE

Marcus observó el bosque a través del vidrio roto de una vieja ventana, conteniendo la respiración. El comandante Woolf había elegido el escondite justo en las afueras de Roslyn Heights, y era bueno: una casa tan recubierta de enredaderas que, desde afuera, nadie sabría siquiera que había una ventana en esa parte de la pared, y menos aún que adentro se escondían cuatro personas. Galen, uno de los soldados de Woolf, estaba vigilando la puerta principal con el arma más grande que tenían: un fusil de asalto que habían recuperado de un soldado de la Red muerto, mientras el cuarto hombre del grupo, un Parcial llamado Vinci, vigilaba desde otra ventana. Quienes formaban aquel grupo

variopinto eran los únicos sobrevivientes de la infortunada misión diplomática que Woolf había enviado a territorio enemigo. Habían tenido la esperanza de formar una alianza con la mayor de las facciones Parciales, en un intento desesperado de repeler la invasión de la doctora Morgan, pero un cisma en las filas Parciales había destruido aquel plan casi antes de que pudiera comenzar. La facción amigable había perdido, y ahora la doctora Morgan gobernaba a todos... menos a Vinci y a un puñado de diminutas facciones independientes que estaban desparramadas por el continente. El nuevo plan de Woolf consistía en unir a todas estas para oponerse al ejército de Morgan, pero no podían hacerlo solos.

Necesitaban encontrar al único grupo humano de resistencia que había tenido éxito.

Tenían que encontrar a Marisol Delarosa.

Marcus vio un movimiento por el rabillo del ojo; apenas una hoja que se sacudía, pero había aprendido por experiencia propia a no dar nada por sentado. Observó la hoja y el follaje que la

rodeaba con aguda intensidad, mientras pasaban por su mente toda clase de posibilidades horrendas: podía ser uno de los guerrilleros de Delarosa, o bien un soldado Parcial; tal vez todo un escuadrón que iba rodeándolos poco a poco, preparándose para atacarlos. Quizá fuera un francotirador, escondido entre hojas, ramas y camuflaje, preparando el disparo perfecto para perforar justo su ojo.

Este es el momento en que aparece el pajarito y yo me río de mi propia paranoia, pensó Marcus.

Nada se movió. *Vamos, pajarito. Tú puedes.* Se quedó mirando el follaje durante dos minutos, cinco minutos, diez, pero no apareció ningún pájaro ni tampoco soldados. *Probablemente es mejor así,* pensó.

Si me riera de mi propia paranoia, seguramente me delataría y recibiría un tiro. Gracias por no hacerme bajar la guardia, pajarito hipotético.

El comandante Woolf se le acercó con sigilo y se acomodó de manera de que pudieran

susurrar el último informe.

—¿Algo? —preguntó Woolf.

—Solo maldecía a los animales imaginarios.

—¿Locura o aburrimiento?

—Bueno —susurró Marcus—, es muy difícil elegir una sola.

—Vinci no ha percibido a otros Parciales en el enlace, de modo que es casi seguro que no haya patrullas en el área. No sé si eso implica que sea más o menos probable que encontremos a Delarosa, pero así es.

—Implica que es mucho menos probable que nos maten los Parciales —respondió Marcus—, así que acepto lo que venga.

Los Rinocerontes Blancos, como llamaba Delarosa a sus guerrilleros, llevaban meses eludiendo a los Parciales gracias a una estrategia que combinaba manejarse en grupos pequeños, mantenerse en terreno conocido y ejecutar un hábil sistema de señuelos y distracciones, todas tácticas clásicas de una guerrilla defensiva, y todas endiabladamente eficaces. Marcus y sus compañeros no habían

tenido más suerte que los Parciales para encontrar a aquel ejército esquivo, pero contaban con algunos trucos que los Parciales no tenían. De tanto en tanto, se habían topado con otros refugiados humanos, fugitivos solitarios que se ocultaban de la ocupación, los cuales les habían asegurado que los Rinocerontes Blancos se dirigían al norte, en marcha lenta y secreta hacia la costa. Algunos de esos refugiados habían sido rescatados por los Rinocerontes; a otros les habían dado comida u otras provisiones, pero todos contaban lo mismo. La resistencia humana tenía un plan, y marchaban hacia allí. Lo único que tenía que hacer el grupo de Marcus era esperarlos.

Pero llevaban días allí y se les estaban terminando las provisiones.

—Te toca dormir pronto —le dijo Woolf—. Ve ahora e intenta descansar; yo me haré cargo de tu guardia.

—¿Cuánta comida nos queda? —preguntó Marcus.

—Para un día. Quizá más. Creo que Vinci

no está consumiendo sus raciones completas.

—Tal vez no lo necesita —susurró Marcus—. Que nosotros sepamos, podría hacer... fotosíntesis o algo así. O bien está comiendo esto —añadió, y jaló la enredadera que crecía sobre la pared interior. Jaló con demasiada fuerza, la hoja no se rompió como había esperado, y toda la sección de zarcillos se sacudió... Levantó la vista, sorprendido por el movimiento tan exagerado—. Maldición.

Una ráfaga de balas dio contra la pared de ladrillos, la perforó y provocó una lluvia de fragmentos de yeso en toda la habitación. Marcus se arrojó al suelo, Woolf hizo lo propio a su lado, se cubrieron la cabeza y se arrastraron hacia el pasillo. Los disparos eran menos ruidosos que de costumbre; no silenciosos, sino más bien como el sonido de una pistola de clavos en comparación con las fuertes detonaciones a las que él estaba acostumbrado. Llegaron al pasillo y se pusieron a cubierto detrás de esa segunda pared, justo en el momento en que cesaba el granizo de

proyectiles.

—¿Será que pueden vernos? —preguntó Marcus.

—Averigüémoslo —dijo Woolf, y volvió a sacar la mano por el vano de la puerta. No hubo ningún disparo—. Probablemente no.

—O bien no quieren molestarse por una mano solamente —sugirió.

—Si pudieran vernos tan claramente, nos habrían dado —susurró Woolf—. Lo más probable es que estuvieran pasando por aquí, vieron el movimiento y pensaron que era una emboscada.

—Todos los disparos que oí estaban amortiguados —observó Marcus—. Eso significa que Galen no respondió al fuego.

Woolf sacudió la cabeza.

—No le habrían dado; dispararon por tu movimiento.

—Buena noticia, aunque me dé vergüenza —dijo Marcus, asintiendo—. Pero entonces, ¿por qué no disparó? Desde donde está apostado, debería haber tenido una buena vista

del origen del ataque.

Woolf pasó a la posición de agachado y revisó su arma mientras se preparaba para correr.

—En ese caso, es la mejor noticia que hemos tenido en todo el mes. ¿A quién podría haber visto Galen sin dispararle?

—¿Le parece? —Marcus sonrió.

—Averigüémoslo.

Se escabulleron hasta la escalera y desde allí hasta la planta principal, donde Galen estaba agazapado en otro puesto disimulado.

—Humanos —susurró Galen.

—¿Cómo lo sabe?

—Tipos físicos demasiado variados —respondió el soldado—. Los Parciales son todos hombres jóvenes, como Vinci. En este grupo hay mujeres, una de ellas de bastante edad.

—Qué astuto —comentó Woolf—. ¿No les hizo señas?

—Estaba esperándolo.

Woolf asintió, se apartó de la ventana y fue hasta otra más alejada, en parte para tener otro

ángulo de visión, pero Marcus se puso nervioso al darse cuenta de que también era una medida de precaución. Si el enemigo volvía a disparar cuando Woolf los llamara, solo le darían a él. Marcus admiró la astucia del movimiento, pero el hecho de que fuera necesario le provocó un nudo en el estómago.

—¡Rinocerontes! —gritó Woolf. No estaba mirando por la ventana, sino tendido por debajo de ella, aprovechando un armario pequeño como capa extra de blindaje improvisado. Los tres contuvieron el aliento, esperando la respuesta... ¿Serían palabras o balas?

—¡Silencio!

Era una voz de mujer, y a Marcus le pareció reconocerla, pero no era la de Delarosa. *Demasiado joven*, pensó.

Fue la única respuesta. Marcus espió por entre la maleza, pero no vio nada.

—Desaparecieron —dijo Galen, y sacudió la cabeza—. Ahora que saben que estamos aquí, es demasiado fácil esconderse de nosotros.

—¿Alguna noticia de Vinci? —susurró

Marcus. Aunque se tratara del grupo de Morgan, querían mantener en secreto la verdadera naturaleza de Vinci, al menos al principio. Un aliado Parcial era muy valioso, pero primero necesitaban explicarlo bien.

—No. Sigue arriba, creo. En silencio.

—Oye —protestó Marcus—, no tengo la culpa de habernos delatado.

—¿Tú nos delataste? —preguntó Galen levantando las cejas.

—Y tampoco tengo la culpa de haberte dicho eso —respondió Marcus con exasperación.

—No puedo creer que hayas sido tú.

—No fue a propósito —se defendió—. La próxima vez que no sepas sobre alguna estupidez que yo haya hecho, avísame antes de que te lo diga en voz alta.

—¿Cómo puedo...?

De pronto se oyó un golpe en la habitación del fondo, y un grito estrangulado que se cortó justo antes de llegar a tener el volumen suficiente para que se oyera afuera. Marcus dio

media vuelta hacia la puerta desvencijada de la cocina, con el fusil levantado y listo, pero se detuvo, sorprendido, al oír la voz serena de Vinci.

—Soy yo.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Marcus, confundido.

—Enviaron flanqueadores por el fondo —explicó Vinci—. No sé si será la gente de Delarosa, pero sin duda son humanos.

—¿Y por eso los atacaste? —le preguntó Woolf.

—Solo los desarmé —respondió—. No disparen, los traeré.

Abrió la puerta de la cocina e hizo pasar a la sala a dos figuras con capas. Marcus se quedó mirándolas, sorprendido, y luego saltó de entusiasmo al reconocer a la muchacha que iba adelante.

—¿Yoon?

La chica lo miró, y en su rostro se formó lentamente una sonrisa al reconocerlo.

—¿Marcus? —La alegría desapareció casi

de inmediato, y lo miró con severidad—. ¿Estás tratando de que te maten?

—Estamos buscando a Delarosa.

—¿Asustándonos y luego gritando como para atraer a todos los Parciales que estén por la zona?

—Lo siento —dijo Marcus—. No quisimos hacer nada de eso.

—La reconozco —dijo Woolf, poniéndose de pie—. Es una de los soldados de la Red que fueron con Kira y capturaron al Parcial llamado Samm. La recuerdo de la audiencia disciplinaria.

—Me reasignaron a un puesto de avanzada en la Costa Norte —explicó Yoon—. Cuando los Parciales invadieron, huimos al sur y la unidad se disgregó, y a la larga me encontré con los Rinocerontes —señaló a su acompañante, un muchacho que no aparentaba más de dieciséis años; Marcus se sobresaltó al darse cuenta de que eso lo convertía en uno de los humanos más jóvenes que quedaban en el mundo—. Él es McArthur.

—¿Tienes nombre de pila? —le preguntó

Marcus, mientras le estrechaba la mano.

—No, señor —respondió, y Marcus asintió. Se había vuelto común que algunos de los humanos más jóvenes dejaran de usar su nombre de pila; preferían utilizar el apellido porque los unía al pasado. Por lo general, un niño de tres años que había perdido todo lo que amaba recordaba que había tenido padres, pero seguramente no mucho sobre ellos. Al identificarse por medio de su apellido, las personas como McArthur sabían que venían de alguna parte, y eso las ayudaba a sentirse conectadas. A veces eso era más importante que una identidad individual.

—Bien, entonces —dijo Marcus—. Yoon, McArthur, les presento a Galen, Vinci, y al comandante Asher Woolf. Los hemos buscado por todas partes.

—No somos fáciles de encontrar —respondió Yoon—. Aunque probablemente haya una mejor manera de saludar que sacudir la maleza al costado de la casa. Pensamos que era una emboscada.

—Eso fue un accidente —dijo Marcus, avergonzado—. Pero dio resultado, después de todo.

—¿Cómo es que siguen vivos? Pensábamos que habían muerto hace meses —preguntó McArthur, asombrado.

—Me agrada este chico —dijo Woolf, dándole una palmada en el hombro—. Pero ya hicimos suficiente ruido como para atraer a todos los exploradores del bosque; ¿qué tal si volvemos con su grupo y continuamos esta conversación donde estemos a salvo?

—¿Nos devuelves nuestras armas? —le pidió Yoon a Vinci.

Él se las entregó sin vacilar: dos fusiles robustos y un cuchillo de hoja ancha y curva.

—Solo quería asegurarme de que no tuviéramos más emboscadas accidentales —explicó.

Yoon tomó el fusil y el cuchillo, y guardó este último en una funda de cuero que llevaba en la espalda.

Se acercó a la ventana, silbó una breve

señal que imitaba el canto de un pájaro, y esperó en silencio la respuesta. Marcus esperaba otro silbido, pero se sorprendió al oír un gruñido grave y profundo. La chica abrió la puerta y un enorme gato negro espió hacia adentro, bostezó y se alejó hacia los árboles.

—¿Eso es una mascota? —le preguntó. Los gatos pequeños, que en el viejo mundo solían ser mascotas, se habían adaptado perfectamente al mundo posterior al Brote y prácticamente eran ubicuos en toda la isla, pero él jamás había visto uno tan grande—. Parece una pantera.

—Porque es una pantera —respondió ella, con una sonrisa traviesa.

—¿Tienen panteras? —preguntó Vinci con voz calmada, aunque Marcus había llegado a conocer sus estados de ánimo lo suficiente para reconocer un tono de sorpresa.

—Por lo general, no —respondió Marcus—. Yoon es... especial.

—Encontramos algunas salvajes en Brooklyn —explicó ella—. Creo que escaparon de un zoológico. El año pasado, patrullando,

encontré este cachorro, y lo estoy criando. Es bastante dócil.

—Hasta que Yoon le ordena arrancarle la cabeza a alguien... —dijo McArthur—. Después, todos tenemos pesadillas durante varios días.

Un hombre de capa verde oscura se acercó a la puerta, con un fusil en la mano y un par de gafas de visión nocturna alzadas sobre la frente.

—Diste la voz de que todo estaba bien. ¿Qué pasa aquí?

—Comandante Asher Woolf —dijo Woolf, al tiempo que extendía la mano—. Buscamos a Delarosa.

El soldado examinó rápidamente al grupo.

—A ustedes los reconozco de la Red —dijo, señalando a Woolf y a Galen; luego miró a Marcus—. Y tú pareces Marcus Valencio.

—Lo soy —dijo. Había llegado a ser una celebridad menor después de ayudar a Kira a llevar la cura a East Meadow.

Luego el soldado miró a Vinci con el ceño fruncido, y Marcus sintió un asomo de

nerviosismo.

¿Sabrían lo que era Vinci? ¿Sospecharían algo?

—A ti no te conozco —dijo el soldado.

—Yo respondo por él —respondió Woolf—.

Ahora tenemos que salir de aquí.

El hombre pensó un momento más, y por fin asintió.

—Vámonos.

Marcus y sus compañeros recogieron su equipaje (a esas alturas, poco más que sus bolsas de dormir, pues casi no les quedaba comida ni municiones) y siguieron a los Rinocerontes Blancos hacia los árboles. Aunque lo llamaban bosque, en realidad era solo un vecindario con vegetación muy crecida: casas abandonadas y cercas desvencijadas que se derrumbaban luego de trece años de desuso, y en los patios desatendidos crecían los árboles viejos y una explosión de retoños. Woolf había elegido aquella casa porque estaba sobre una pequeña cuesta, lo cual les brindaba una vista ligeramente mejor del camino que suponían iba a

tomar Delarosa. El hecho de que los Rinocerontes Blancos hubieran pasado de largo en lugar de mantenerse por la ruta más obvia era, pensó Marcus en retrospectiva, gran parte de la razón por la cual había sido tan difícil dar con ellos. Sabían que el ejército Parcial los buscaba, y sabían qué hacer para que no los vieran.

El resto del grupo estaba más lejos, entre los árboles, dispuesto en formación de ataque en torno del escondite de Marcus, bien disimulados y a cubierto. Delarosa en persona estaba próxima al centro del grupo, cerca de un carrito. Marcus frunció el ceño al ver aquello, preguntándose qué cosa podía ser tan importante (y tan pesada) como para que se arriesgaran con los pozos del camino y a dejar huellas de ruedas con tal de transportarla. No tuvo oportunidad de preguntar, pues cuando Delarosa reconoció a Woolf asintió bruscamente y cortó toda posibilidad de conversación con una pregunta:

—¿Los envió el Senado?

—No tenemos noticias de ellos —respondió el comandante—. Suponemos que los capturaron.

—Más tarde hablaremos —dijo Delarosa, y arrojó a cada uno una capa oscura salpicada de verde y marrón—. Pónganse esto, y quédense lo más callados que puedan. Si atraen a los Parciales, los dejaremos con ellos.

—Entendido —respondió Woolf.

Marcus se echó la capa sobre los hombros, tapando su mochila, su arma, todo, y se cubrió la cabeza con la capucha. Los Rinocerontes Blancos se movían casi en silencio entre los árboles; la pantera negra de Yoon iba por delante, como una sombra malévola. Marcus se esforzaba por hacer el menor ruido posible, pero constantemente pisaba ramitas o hacía chocar trozos de cemento entre sí. En más de una ocasión, Delarosa le echó una mirada enojada, pero miraba con la misma frecuencia a Woolf y a Galen.

Vinci era mucho más sigiloso, aunque no tanto como Yoon y algunos de los guerrilleros

con más experiencia. Eso hizo que Marcus se preguntara una vez más sobre las diferentes capacidades de los distintos modelos de Parciales. Vinci era de infantería; seguramente no estaba preparado para infiltrarse.

Heron, en cambio, que una vez lo había aterrado al aparecer como un fantasma entre las sombras, decididamente lo estaba.

Mientras caminaban, Marcus estudiaba a los Rinocerontes Blancos. La mayoría llevaban uniformes Parciales; viejos y gastados, pero reconocibles. *¿Quitados a los enemigos caídos?*, se preguntó.

Observó también que todos llevaban máscaras antigases colgadas de un cinturón o de sus mochilas. Eso le extrañó, pues parecía que los Parciales no estaban usando armas químicas, pero cuando volvió a mirar los uniformes sonrió, al darse cuenta con entusiasmo qué era lo que estaba pasando. En la primera parada para descansar, aprovechó para hablar con Yoon de ello.

—Están disfrazados de Parciales —dijo, en

un susurro apenas audible—. Las máscaras antigases bloquean el enlace, entonces se las ponen y usan esos uniformes para que, desde lejos, los Parciales no puedan saber que son humanos.

—Astuto, ¿no te parece? —sonrió ella, con aire burlón.

—Asombroso —dijo, y silbó por lo bajo—. Todo el mundo se pregunta cómo se las ingeniaron para mantenerse escondidos tanto tiempo, pero con un disfraz así, podrían pasar por delante de sus narices.

—Solo los que parecen Parciales —respondió ella—. McArthur es demasiado joven, Delarosa tiene demasiada edad, pero yo puedo pasar con bastante facilidad; por alguna razón, piensan que soy conductora de tanques.

—Samm dijo que los conductores y los pilotos son siempre muchachas menudas —comentó Marcus, maravillado por el engaño—. Aparentemente, de esa manera el gobierno se ahorra mucho dinero, pues podía hacer tanques y *jets* más pequeños. Entonces, ¿de

veras hablaste con ellos? ¿Y no sospecharon nada?

—Al principio era difícil —admitió Yoon—, porque suelen usar las máscaras solo para pelear entre sí; contra los humanos, no las necesitan. Hicimos correr la voz de que los humanos estaban usando algún tipo de arma biológica, y parece que lo creyeron —rio—. Hasta oímos rumores de que en East Meadow murieron varios Parciales de eso, así que parece que la leyenda cobró vida propia.

—Qué gracioso —dijo él—. ¿Usan los disfraces solo en caso de emergencia, por ejemplo, si un grupo de Parciales los encuentra en el bosque, o los buscan para sonsacarles información o algo así?

Yoon iba a responder, pero Delarosa silbó un llamado y el grupo volvió a ponerse en movimiento.

Caminaron durante horas, casi hasta que oscureció, y se detuvieron a pasar la noche en una arboleda espesa. Eso sorprendió a Marcus, porque había aprendido a acampar siempre en

los edificios abandonados que cubrían la isla: ofrecían abrigo, escondite, y eran más fáciles de defender en caso de ataque. Hasta los Parciales los usaban. Sin embargo, una vez más los Rinocerontes Blancos parecían decididos a desafiar las expectativas, y él llegó a la conclusión de que tal vez evitaban las casas precisamente porque todo el mundo suponía que estarían allí. Delarosa eligió un sitio cerca de un arroyo murmurante para enmascarar cualquier sonido indeseado con el ruido blanco del agua, e hizo que todos se mantuvieran agachados para reducir el perfil del campamento. Los guardias se quedaron junto al perímetro exterior, mientras que el carro misterioso fue llevado cerca del centro del campamento.

—Ayúdame a cavar un pozo para el fuego —pidió Yoon.

—¿Van a hacer fuego? —preguntó, alarmado.

—Uno de los beneficios de acampar afuera —respondió ella. Levantó un par de conejos—. Si no, ¿cómo vamos a cocinarlos?

—Pero ese es justamente el problema. Estamos *afuera*. Cualquiera que esté en la zona podrá verlo.

—Observa y aprende, chico de ciudad —dijo Yoon con cara de exasperación—. Sostenme esto —le puso los conejos en las manos, sacó una pala pequeña de su mochila y examinó el suelo en torno del campamento—. Ese es el mejor lugar —dijo, señalando la ligera depresión donde Delarosa había dejado el carro —, pero podemos buscar otro.

—Podríamos correr el carro —le sugirió.

—El *carro tiene prioridad* —respondió Yoon, en un tono de voz que le daba a cada palabra peso de ley, si no es que directamente de mandamiento religioso—. Y créeme, no querrás hacer fuego ni remotamente cerca de eso. Probemos por aquí —caminó diez pasos al este del carro, quizás unos siete metros y medio, y se arrodilló para empezar a cavar.

Él se arrodilló a su lado y le preguntó, en voz aún más baja que de costumbre:

—Y ¿qué hay en el carro?

—Secretos —respondió la chica.

—Bueno, sí; pero ¿vas a contármelos?

—No —siguió cavando.

—Entiendes que estamos del mismo lado, ¿verdad? —insistió Marcus, sujetando mejor los conejos.

Eran suaves y peludos, y lo suficientemente adorables como para impresionarlo al recordar que estaban muertos.

—El *carro tiene prioridad* —repitió ella—. Cuando Delarosa lo decida, te lo contará, y probablemente lo haga esta noche, así que deja de preocuparte. Hasta entonces, sin embargo, soy un soldado y voy a guardar los secretos de mi comandante.

—Tu comandante es una delincuente condenada —repuso.

—Yo también, ¿recuerdas? Todos tenemos nuestro equipaje —dejó de cavar un momento y lo miró. Luego prosiguió—. Delarosa hace lo que nadie más está dispuesto a hacer. Eso es lo suyo. El año pasado eso la convirtió en delincuente; ahora puede que sea la única

esperanza de la raza humana.

Marcus lo pensó y se inclinó hacia ella.

—¿Realmente han tenido tanto resultado? Según lo que nos hemos enterado, todo sugiere que son una molestia para el enemigo, que le traen problemas como para desequilibrarlo, pero no los suficientes como para ganar terreno de verdad. ¿Crees que pueden expulsarlos por la fuerza?

—Todavía no —admitió Yoon—. Pero más adelante, sí. Después.

—¿Después de qué?

—El *carro tiene prioridad* —repitió, con una sonrisa burlona.

—Bien —dijo Marcus, asintiendo—. Tenía la esperanza de que volvieras a decir eso. Las respuestas enigmáticas son las mejores.

La chica terminó de cavar: un pozo angosto, como para insertar un poste, de unos veinte centímetros de ancho y por lo menos el doble de profundidad. Se apartó algunos centímetros y cavó otro hoyo similar, manteniendo cerca las pilas de tierra removida, y una vez que terminó

el segundo, hizo un túnel entre los dos, que los conectaba por la base. McArthur le alcanzó una cantidad de ramitas, palos y corteza que había recogido, y Marcus se alarmó al ver que la pantera traía un gato muerto entre sus dientes. Lo depositó a sus pies, lo miró con aire misterioso y volvió a alejarse en silencio. Yoon apenas pudo contener la risa.

Conmocionado, Marcus se quedó mirando el gato muerto.

—¿Le enseñaste a traerte comida?

—Esa es una conducta canina —respondió, esforzándose por no soltar una carcajada—. Cuando los felinos traen animales muertos, es porque piensan que no sabes conseguir alimentos y están tratando de enseñarte a ti. En East Meadow, yo tenía un gato que siempre me dejaba ratones muertos en el porche —sonrió y le palmeó la cabeza—. Pobrecito Marcus, no sabe cazar sus propios gatitos.

—Tampoco sé si puedo comerme mis propios gatitos.

—Te entiendo perfectamente —le confió

ella—. Pero la carne es carne, y aunque los gatos tengan poca, de todos modos los dos conejos no alcanzaban. Voy a vigilar a Mackey mientras cocine, y te avisaré qué trozos son de qué.

—Nunca había sentido una gratitud dudosa —dijo Marcus.

Yoon llenó el primer pozo con palitos: los más grandes en el fondo, y los más pequeños, del tamaño de escarbadienes, arriba; luego sacó un fósforo.

—El momento de la verdad —anunció. Lo protegió con la mano, lo encendió y lo dejó caer sobre la leña.

El fuego prendió casi de inmediato, y se fue propagando de las ramitas a la corteza y luego a los palos más gruesos que estaban debajo, mientras el segundo pozo hacía las veces de chimenea que llevaba aire al fondo de la fogata. En un momento el fuego ya estaba ardiendo parejo y con fuerza, sin nada de humo, y bien por debajo del borde de tierra que ocultaba las llamas.

—Un solo fósforo —dijo ella con orgullo—. Inclínate ante mi grandeza.

—Ayúdame a despellejar a estos —dijo otra mujer, y tomó los conejos de las manos de Marcus.

Empezó con uno y Yoon, con el otro, y enterraron la sangre, la piel y las vísceras en un tercer pozo cerca de allí. El gato muerto yacía en el suelo a su lado, esperando su turno.

Marcus era cirujano, o al menos había estado entrenándose para serlo antes de que el mundo se volviera loco. La sangre nunca lo había impresionado, pero de alguna manera, dos conejitos y un gatito eran demasiado para él. Se dirigió hacia donde estaban Woolf y los demás, ya enfrascados en una conversación con Delarosa.

—Por eso necesitamos su ayuda —decía Woolf—. Podemos reclutar a las facciones más pequeñas y oponer una resistencia considerable, pero no podemos solos. Usted y sus guerrilleros tienen la pericia que necesitamos para atravesar las líneas de Morgan y encontrar a los grupos de

resistencia del otro lado.

—A ustedes no les ha ido tan mal —respondió Delarosa, pero luego echó un breve vistazo a Marcus—. La mayor parte del tiempo.

—Una sola enredadera —protestó él.

—Cuanta más gente tengamos, más rápido podemos trabajar —prosiguió Woolf—. No sabemos con certeza cuántas facciones Parciales hay, pero como sea, necesitamos sumar las fuerzas de los Rinocerontes. El tiempo se acaba.

—¿Oyeron los rumores? —preguntó Delarosa.

Woolf sacudió la cabeza, y Marcus se acercó un poco más.

—Hemos estado bastante desconectados —comentó Marcus—. ¿La doctora Morgan intensificó la invasión?

—No tiene que ver con los Parciales —respondió ella—. Es algo nuevo. Nos lo mencionaron en algunas granjas, y también los Parciales cuando hemos hecho inteligencia —miró a Woolf—. Parece que hay una... cosa.

—Esa frase no resulta demasiado útil como tal vez haya sido su intención —opinó Marcus.

—¿Qué clase de cosa? —preguntó Woolf.

—Ni siquiera sé cómo llamarla —dijo Delarosa, echando una mirada enojada a Marcus. Este se dio cuenta de que se estaba pasando de la raya, pero cuando se ponía nervioso, instintivamente hablaba de más. Decidió contenerse. La mujer hizo una mueca, como si le costara encontrar las palabras indicadas—. ¿Un monstruo? ¿Una... criatura? No se entiende mucho, pero los relatos son notablemente similares: una... cosa de forma humana, de dos metros y medio o tres de altura, y del color de un hematoma reciente. Entra en los pueblos, en los asentamientos, dondequiera que haya gente, y los previene.

—¿Los previene sobre qué? —preguntó Woolf.

—Nieve.

Marcus asintió lentamente, tratando de pensar en una respuesta que no le valiera un golpe.

Aparentemente, Woolf hacía lo mismo, aunque su tono fue diplomático.

—¿Y usted cree en esos relatos?

—No lo sé —respondió ella—. No voy a negar que parecen una locura, más una leyenda popular que una noticia de verdad —sacudió la cabeza—. Pero, como dije, los relatos se parecen demasiado como para descartarlos. O una isla llena de refugiados de guerra se confabuló para jugarnos una broma gigantesca, o realmente está pasando algo.

—Una isla llena de Parciales —acotó Marcus—. Tal vez tienen sus propias razones para difundir esos rumores.

—No. Estaban tan confundidos como nosotros —dijo Delarosa—. A ellos también se les apareció la criatura, y creo en sus relatos más que en los de cualquier otro. De haber sabido que nuestros agentes eran humanos, los habrían capturado en lugar de difundir el mismo cuento insólito.

—Trimble no tenía criaturas así —acotó Vinci—. Y no creo que Morgan las tuviera.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Delarosa, con súbito interés.

—Llegaremos a eso en un minuto —dijo Woolf—. Cuando dice que está previniendo a la gente sobre la nieve, ¿a qué se refiere?

—El invierno no parece algo sobre lo cual habría que prevenir a la gente —opinó Marcus—. ¿Será que el monstruo gigante quiere que nos pongamos un suéter?

Esta vez fue Woolf quien lo miró, pero en lugar de desdén, sus ojos estaban llenos de tristeza. Marcus frunció el ceño al verlo, preguntándose de qué debería sentirse culpable, y se dio cuenta de que Delarosa tenía la misma expresión extraña.

—¿Qué se me escapa?

—Hace treinta años que no tenemos un invierno de verdad —respondió Woolf—. Tal vez se refiere a eso.

—¿Un invierno de verdad? —repitió Marcus.

—Con nieve —asintió Delarosa.

Marcus había oído hablar de la nieve, pero

nunca la había visto en persona.

—Nunca nieva tan al sur.

—Estamos en Long Island —dijo Delarosa—. Aquí siempre nevaba; «tan al sur» eran lugares como Florida o México. Pero el clima cambió, y al momento del Brote, hasta Canadá era demasiado templado para que hubiera una verdadera nevada.

—Fue después de la guerra —comentó Woolf—. No la Guerra de Aislamiento, sino la anterior, cuando perdimos el Medio Oriente. Fue un efecto secundario de las armas que usaron para destruirlo —su expresión era solemne—. Las zonas frías del planeta se volvieron templadas, las zonas templadas se volvieron cálidas, y las zonas cálidas se hicieron insoportables. Nos dijeron que era permanente.

—Nada lo es, desde el punto de vista geológico —dijo Marcus.

—Permanente desde la perspectiva humana —explicó Delarosa—. Nada que se mida en tiempo geológico podría revertirse en treinta años.

—Entonces tiene que significar otra cosa — opinó Marcus—. ¿Por qué aparecería un monstruo gigante para prevenirnos sobre un aspecto climático que no vemos desde hace décadas?

—¿Por qué aparecería un monstruo, punto? —preguntó ella—. Ya les dije que no se entiende, y no estoy diciendo que signifique una cosa u otra, ni que tenga algún significado. Es una locura —se encogió de hombros—. Pero así es.

—¿Dónde se vio a esa cosa? —preguntó Vinci.

—En el sur, pero avanzando lentamente hacia el norte —respondió.

—¿Por eso ustedes también van hacia el norte? —preguntó Woolf.

—No. Tenemos otros motivos —respondió ella, señalando con un gesto hacia el carro misterioso—. Vamos hacia el norte porque pensamos poner fin a la guerra.

—¿Van a ayudarnos a reclutar a los otros Parciales? —preguntó Marcus, sorprendido.

—Mejor. Vamos a destruirlos.

—¿Está lleno de armas? —preguntó Marcus, y volvió a mirar el carro.

—Las armas no bastarían —opinó Galen—. Tienen que ser bombas.

—Una sola —respondió ella.

—No —Woolf palideció.

—Es la única manera de ganar —la mujer lo miró con expresión severa—. Nos superan en proporción de diez a uno, por lo menos, y su capacidad de combate nos supera por mucho más. Si vamos a sobrevivir a esta guerra, necesitamos emparejar las probabilidades, y esta es la única manera de lograrlo.

—¿Quieren explicarnos esto a los demás? —pidió Marcus.

—Es una ojiva nuclear —dijo Woolf—. Piensa volarlos.

—Es muy mala idea —opinó Vinci.

De pronto, Marcus reparó intensamente en los guerrilleros, que los rodeaban con sus armas a mano.

Si se iniciaba una pelea, no tendrían ninguna

oportunidad, ni siquiera contando con Vinci.

—No veo cómo van a impedírmelo —
repuso Delarosa.

—Son... —Vinci se interrumpió antes de delatarse—. No importa de qué lado de la guerra estén: no puedo permitirle...

—¿No puede permitirme? —Lo frenó ella, en tono cortante. En el campamento, la tensión se hizo aún más densa, y Marcus sintió la presión como una roca sobre los pulmones. La mujer miró a Woolf con fuego en los ojos—. Antes pregunté quién era él —siseó—. Dígamelo ya.

—Soy Parcial —respondió Vinci con calma—. Soy enemigo de la doctora Morgan y aliado de estos hombres. Vine aquí para ser también aliado suyo, pero no puedo permitir que haga esto.

Fue como si las armas de los guerrilleros volaran a sus manos, y Marcus y sus compañeros se encontraron en el centro de un círculo de fusiles preparados. Hasta Yoon les apuntaba, con rostro serio; del cuchillo con que

había estado despellejando los conejos todavía goteaba sangre.

—¿Trajeron a un Parcial a mi campamento?
—La voz de Delarosa sonó como un tornado de furia controlada.

—Está de nuestro lado —gruñó Woolf—. No todos los Parciales son enemigos.

—Por supuesto que lo son —replicó ella—. Ni siquiera son capaces de decidir por sí solos; ese enlace químico que tienen les impone obediencia.

—He jurado por mi honor que los ayudaría —se defendió Vinci.

—Hasta que aparezca un oficial Parcial y le ordene revelar todos nuestros secretos —repuso Delarosa. Miró a Woolf, y Marcus se asombró al ver formarse lágrimas en las comisuras de sus ojos—. ¡Son biológicamente incapaces de desobedecer, maldición, y no podemos poner este plan en peligro por asociarnos con el enemigo!

—Es imposible poner su plan en peligro —dijo el comandante—. No hay manera de que

pueda atacar a los Parciales con una bomba atómica sin diezmar también a la población humana; estamos demasiado cerca.

—Sin mencionar a todos los Parciales que morirían —acotó Marcus—. Pero supongo que esa parte del plan no es negociable.

—Átenlo —ordenó Delarosa.

—No lo toquen —dijo Woolf.

—Vamos a tomarlo como prisionero, hagan ustedes lo que hagan —replicó la mujer—. Lo único que pueden elegir es si también los apresamos a ustedes.

Se hizo silencio en el campamento; cada grupo miraba al otro con actitud tensa.

Por fin, Marcus se adelantó:

—Si insiste en pasar por encima de mí para apresarlo, allá usted. Pero le advierto que probablemente voy a llorar cuando me hagan daño, y luego se sentirá mal por eso.

—¿Ese es tu discurso desafiante? —le preguntó Vinci.

—Acostúmbrate —respondió Marcus—. Tengo muchos más actos inútiles de heroísmo.

CAPÍTULO DOCE

Kira estaba de pie en el pasillo frente a la oficina de la doctora Morgan, con la mano detenida sobre el picaporte. Si le explicaba su plan, la científica lo aceptaría: capturarían a un humano, le extraerían el virus y lo someterían a pruebas en busca de propiedades antivencimiento. Kira estaba segura de que las encontrarían; en un mundo donde nada parecía tener sentido, esto lo tenía. Los secretos que había pasado años tratando de develar, el plan que la había llevado a recorrer medio mundo, los secretos irresolubles escondidos dentro de cada humano, cada Parcial y cada espora del RM: todo señalaba esta respuesta, esta interacción compleja, enigmática y brillante de biología,

política y naturaleza humana. La respuesta era trabajar juntos: los Parciales podían curar a los humanos, y ahora estos podían curar a los Parciales. Estaba segura de eso. Lo único que tenía que hacer era demostrarlo, y Morgan podía colaborar.

Pero ¿llegaría solamente hasta allí?

El doctor Vale había esclavizado a Parciales para mantener con vida a su grupito de humanos, y Morgan era muy capaz de hacer lo mismo a la inversa. Kira pensó en los Parciales en el laboratorio de la Reserva, eternamente sedados, atendidos como una huerta humana y cosechados como hierbas demacradas y esqueléticas. Víctimas involuntarias siempre al filo de la muerte. Morgan haría lo mismo con los humanos; sus registros de experimentos anteriores ya incluían historias horribles de personas enjauladas, famélicas y desnudas, sometidas a torturas horribles, todo en aras de salvar a los suyos. Ella tenía el poder para volver a hacerlo, y Kira estaba a punto de darle un motivo. No tenía por qué ser así; no tenía por

qué ser un lado causando estragos en el otro, pero así sería. Siempre lo había sido, y esta nueva revelación solo empeoraría las cosas. La situación no cambiaría.

A menos que Kira misma la cambiara.

Pero ¿cómo?

El pasillo del hospital estaba vacío; había un puñado de soldados a quienes Morgan había puesto a trabajar como asistentes de laboratorio, pero ese día estaban en otras partes del complejo. En el edificio había electricidad, pero las salas y los corredores estaban vacíos y abandonados, desprovistos de vida, sonido y movimiento. Nadie veía a Kira allí de pie, trabada en su indecisión. Podía dar media vuelta y marcharse. Hasta podría salir del complejo sin siquiera ser vista ni disparar una alarma, dado que Morgan había perdido todo interés en mantenerla allí. Era un experimento fallido, un sueño hecho añicos.

Podría irme, pensó, pero ¿adónde? ¿Qué quedaba por hacer en un mundo tan arruinado? ¿Qué respuestas podía tratar de hallar, qué

esperanza podía encontrar? Allí tenía una respuesta, prácticamente en la palma de la mano, y también los medios para tomarla, modelarla y hacerla realidad. Las implicaciones eran terribles, y las repercusiones serían catastróficas, pero si estaba en lo cierto, la civilización sobreviviría: humanos y Parciales, esclavizados, inmorales e inescrupulosamente transigentes, pero vivos. Las cosas estarían mal, pero mejorarían; quizá no por varias generaciones, pero sí algún día.

¿Eso basta?, pensó . ¿Acaso la supervivencia es lo único que importa? Si se lo digo a Morgan, y ella esclaviza a la raza humana para salvar a los Parciales, van a vivir... pero en el infierno. ¿Cómo puedo tomar esa decisión? Si tengo la oportunidad de salvar siquiera una sola vida y no lo hago, ¿soy una asesina? Si tengo la oportunidad de salvar al mundo entero y lo dejo morir, ¿cuánto peor soy? Sin embargo, sería responsable por la mayor opresión que se haya impuesto jamás a la especie humana.

Cada persona a la que salvara maldeciría mi nombre, desde ahora hasta el fin de los tiempos.

No se me ocurre otra manera, pero no me resigno a llevarla a cabo.

Su mano vaciló sobre el picaporte, a cinco centímetros de tomar su decisión. El calor de la palma de su mano estaba entibiando el picaporte, y la sangre caliente que circulaba por sus venas irradiaba un aura de vitalidad. Si se marchaba ahora, ese calor quedaría: una imagen residual de su presencia, que había estado allí y había desaparecido en un instante. Unos meses más para los Parciales, unos años más para los humanos. Caería la lluvia, las plantas crecerían, los animales comerían, matarían y morirían y volverían a crecer, y el fantasma de la vida consciente se esfumaría, un eco insignificante en la memoria de la Tierra. Algún día, un millón de años más tarde, quizá mil millones de años después, cuando otra especie evolucionara, despertara o descendiera de las estrellas, ¿sabría siquiera que había habido alguien en el

planeta?

Podría haber edificios, o residuos plásticos, o algo que indicara que alguna vez existimos, pero nada que explicara por qué. Nada que dijera por qué valdría la pena recordarnos.

Podría irme, pensó de nuevo. Buscar a Samm, o a Xochi, Isolde o Madison. Podría ver a Arwen por última vez. Buscar a Marcus.

Marcus.

Quería casarse conmigo, y yo quería estar con él. ¿Qué cambió? Supongo que yo cambié. Tenía que averiguar quién era, y qué significaba eso, y ahora sé que no soy nada. Solo una chica más que no puede salvar al mundo.

Bueno, no a menos que lo condene.

Marcus quería aceptar el fin del mundo, disfrutar nuestro tiempo juntos porque era el único tiempo que teníamos. ¿Tenía razón? Le dije que no y me marché, y ¿qué conseguí? Estoy tan perdida y desesperanzada como

siempre... ahora todavía más, porque lo intenté y fracasé.

Pero al menos lo intenté.

Y Samm.

Él me enseñó a aceptar, no el fin del mundo, sino el mío. A sacrificarme porque era la única elección moral cuando todas las demás opciones eran demasiado terribles. Yo hice esa elección, y me entregué, y sin embargo aquí estoy, sin haber mejorado nada. El mundo aún se está terminando. El calor de nuestra presencia sigue borrándose de la Tierra.

Pero ni siquiera eso es verdad. El mundo se acabó hace trece años, y ahora se extingue la raza humana, y con nosotros los Parciales; no es más que una imagen residual. Ya estamos muertos, como una cabeza cortada que sigue parpadeando en el suelo.

Jamás me di por vencida. Pero siempre tuve opciones que podía seguir. Otras alternativas para elegir, otros caminos para

tomar y... algo. Y ahora, ¿qué tengo? ¿Acaso vender a mi gente, a mi familia, a toda la especie humana es realmente la única respuesta? Si lo hago, ¿podré vivir conmigo misma?

Y si no lo hago, ¿puede alguien vivir?

Apoyó la mano en el picaporte, lo sujetó con firmeza y sintió la curva de metal liso en la palma de la mano. Era el momento. Era ahora o nunca.

Soltó el picaporte y retrocedió un paso.

Retrocedió otro más.

Si la única opción que queda es la extinción, pensó, la elección que uno jamás contemplaría se convierte en la única elección moral que puede hacer. La esclavitud es un infierno, pero no es la aniquilación. Podríamos recuperarnos. A veces la mala elección es la correcta.

Pero a veces simplemente es mala.

Dio otro paso atrás.

La raza humana es más que sangre y huesos. Los Parciales son más que una doble

hélice y una feromona artificial. Son personas; personas a quienes conozco: Samm y Xochi y Madison y Haru y Arwen e Isolde y Marcus y todos a quienes alguna vez conocí, todos a quienes amé u odié o algo. Son Vale y Morgan. Soy yo.

No basta con salvarnos. Tenemos que ser dignos de salvación.

Retrocedió un paso más; ahora estaba de pie en el centro exacto del ancho pasillo del hospital, con la mirada clavada en la puerta cerrada.

Hay otros Parciales, se dijo. Otras facciones que viven en los pueblos, los bosques y el páramo. No se han puesto del lado de Morgan, y yo tampoco tengo por qué hacerlo. Si puedo lograr que algunos de esos grupos, siquiera uno de ellos, me acompañe; si logro que ayuden a los humanos como hizo Samm, que se unan a ellos, vivan y trabajen juntos, entonces podemos lograrlo. Podemos salvar al mundo. No solo nuestra vida, sino las razones por

las que vale la pena salvarla. Nuestros pensamientos y nuestros sueños.

Nuestras esperanzas.

Dio media vuelta y retrocedió por el pasillo, esta vez caminando con más seguridad, ya sin vacilar, con la decisión tomada.

Ahora solo le restaba esperar que esa decisión fuera la correcta.

CAPÍTULO TRECE

Ariel iba corriendo, aferrando su fusil; la mochila cargada le golpeaba frenéticamente la espalda. Las demás corrían delante de ella, jadeando, desesperadas, pero sin atreverse a mirar atrás: Isolde, con su bebé; Madison, con la suya; Nandita, con agilidad sorprendente, y Xochi y su madre, delante de todas. No sabían qué las había delatado, pero eso no importaba. Una patrulla de rutina las había encontrado fuera de la ciudad, y ahora los Parciales las seguían de cerca, recorriendo las calles rotas con el estruendo de *jeeps* y motocicletas, y atrás, un camión de acoplado plano con barras de hierro y envuelto con tela metálica.

Una jaula.

Kessler dobló a la izquierda y entró en un patio cubierto de vegetación, adelantándose en busca de una vía de escape, y Xochi se rezagó e hizo señas a las demás para que pasaran por la brecha en la cerca.

Khan y Arwen lloraban, reflejando el temor de sus madres. Ariel las alcanzó mientras Nandita atravesaba la cerca con dificultad, y giró para arriesgar una mirada atrás.

Los Parciales prácticamente les pisaban los talones. Xochi disparó una ráfaga con su fusil, que hizo añicos el parabrisas del primer *jeep* y obligó al conductor a agacharse; eso los retrasó apenas lo suficiente para que ella pudiera cruzar la cerca; y luego siguieron corriendo, esquivando arbustos, retoños y escombros cubiertos de hierba. Este patio estaba lleno de electrodomésticos viejos; tal vez había sido un taller de reparaciones, y lavavajillas y refrigeradores se alzaban como monolitos. Ariel oyó rebotar una bala contra uno de ellos al pasar.

—Están demasiado cerca —jadeó Xochi;

apenas pudo hablar mientras corría sin parar entre la maleza—. Esta vez no lograremos escapar.

Ariel sujetó a Nandita por el brazo mientras corría, para guiarla por el laberinto de obstáculos.

—Piensa qué fácil sería esto si nuestra bruja loca usara sus poderes de control mental sobre los Parciales.

—Sabes que no puedo hacerlo —respondió la mujer, resollando por el esfuerzo—. Sabrán que los he controlado, ya sea que los mantengamos con nosotras para siempre o los enviemos de regreso con la información de que alguien del Consorcio está en la isla.

—Y eso no puede pasar —replicó Ariel en tono mordaz, mientras se agachaba al oír otra ráfaga de balas—. Si empiezan a perseguirnos, esto podría ponerse muy serio.

—Es una patrulla que recoge fugitivos —dijo Nandita—. Una cacería más específica sería mucho peor.

Xochi disparó por encima del borde de un

lavavajillas oxidado, con lo cual demoró la persecución al obligar a los Parciales a ponerse a resguardo.

—En uno o dos minutos más ya no tendremos opción —dijo—. Son mejores en esto, y muchos más que nosotras.

—Esperen —dijo Ariel, ladeando la cabeza para escuchar. Algo había cambiado. Xochi volvió a disparar, y Ariel le hizo un gesto para que parara—. Silencio, ¿oyes eso?

Xochi volvió a agacharse, y las tres se quedaron escuchando con atención, mientras las demás seguían corriendo. Ariel cerró los ojos, tratando de concentrarse en el sonido. *¿Qué era?*

—Los motores —dijo Nandita—. Están en punto muerto.

Sí, pensó Ariel, *el sonido de los motores cambió, pero primero hubo otra cosa. Algo más grande, como un...* No lograba ponerlo en palabras.

—Recuérdeme qué significa que un motor esté en punto muerto —pidió Xochi—. En toda

mi vida habré oído, no sé, unos cuatro motores.

—Significa que están esperando algo —explicó Nandita—. Ya no nos persiguen.

—De todos modos, no pueden pasar por este basural con los vehículos.

—Volvieron a acelerarlos —dijo Ariel, todavía concentrada en los sonidos—. Pero parece que... se van.

—¿Cómo te das cuenta? —preguntó Xochi—. Oigo motores, pero nada de ese profundo matiz emocional que ustedes dos están captando.

—Eres humana —dijo Nandita—. Y no tienes ni una fracción de las modificaciones genéticas que tengo yo.

—No pueden haberse dado por vencidos —dijo Ariel—. Estaban demasiado cerca. ¿Será que intentan rodearnos? —Miró más adelante, tratando de ver al resto del grupo, pero ya habían doblado una esquina y se habían perdido de vista—. Tenemos que alcanzarlas. Kessler no puede defender sola a las madres.

—Puede que todavía haya Parciales detrás

de nosotras —objetó Xochi—. Si salimos al descubierto podrían matarnos.

—Están aquí para capturarnos, no para matarnos —dijo Nandita, y sacudió la cabeza.

—Eso fue antes de que les disparáramos —replicó Ariel—. Ahora somos combatientes enemigas.

—Denme un momento —pidió Nandita; cerró los ojos e inhaló larga y profundamente. Se quedó muy quieta, como concentrándose, y Ariel se dio cuenta de que trataba de percibir Parciales en las cercanías por el enlace. Ella también inhaló pero no sintió nada; nunca podía. *¿Tal vez con un poco de práctica?*

De pronto, Nandita abrió los ojos.

—Adelante. ¡Corran hacia los niños! —exclamó. Y las tres mujeres se levantaron y se lanzaron al rescate.

Ariel se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás, pero no vio nada. *¿Por qué nos habrán dejado?*

Aunque enviaran hombres por delante para cortarnos la huida, ¿por qué

abandonarían su posición detrás de nosotras?

Sacó ventaja a las demás y aminoró la velocidad en la esquina del siguiente edificio grande; levantó el fusil y dobló con cuidado, con el cañón a la altura de los ojos para disparar a cualquier enemigo que apareciera. Lo único que vio fueron una bota y un tobillo desapareciendo por una puerta. Un Parcial acababa de entrar. Un momento después oyó el llanto de una criatura y se lanzó a la carrera justo en el momento en que Xochi la alcanzaba.

—¿Dónde? —preguntó Xochi.

Ariel señaló la puerta abierta, y Xochi asintió. Cada una llevaba un fusil de asalto M16, tomado de su colección personal como integrantes de la vieja milicia de East Meadow. Todos los adolescentes de la isla habían recibido entrenamiento con armas de fuego como parte de su educación, y los fusiles tenían suficiente potencia como para derribar a un Parcial con armadura, si le daban en los lugares indicados.

Podemos hacer esto, pensó Ariel. Solo que

no sabemos cuántos son, ni dónde están.

Casi habían llegado a la puerta. Ariel susurró lo más suave que pudo, sin dejar de correr:

—¿Entramos con sigilo o disparando a discreción?

—Demasiado tarde para ambas cosas — respondió una voz masculina severa, y ambas chicas se detuvieron en seco—. Dejen las armas y colóquense contra la pared —ordenó el hombre, y obedecieron; Ariel se maldijo por su imprudencia. Echó un vistazo atrás pero no vio a Nandita por ninguna parte. Oyó que adentro lloraban los niños y luego, unos pasos a su espalda y un entrechocar de metales cuando el soldado Parcial apartó los fusiles de un puntapié—. Díganos lo que saben sobre la resis... —se interrumpió bruscamente, como alarmado por algo que ella no había oído.

Una fracción de segundo después, otro Parcial gritó desde el interior del edificio:

—Ced, tienes que ver esto.

—Dos combatientes en custodia; posición

vulnerable —respondió el soldado.

—Tráelos aquí adentro —indicó el otro—, y pregúntales qué saben sobre una criatura humana de un año.

Ariel maldijo por lo bajo, y oyó que Xochi hacía lo mismo. Volvió a mirar al costado, pero Nandita seguía escondida.

—¿A quién esperan? —preguntó el soldado.

Ariel volvió a maldecir, aunque esta vez mentalmente, con la esperanza de no haber delatado del todo a Nandita.

—Había otro grupo de ustedes persiguiéndonos —respondió ella—. Me sorprende que todavía no nos hayan alcanzado.

—Se quedaron manteniendo la posición mientras nosotros las flanqueábamos —dijo el Parcial, aunque Ariel sabía que era mentira.

Los demás se fueron a toda velocidad en sus transportes, pensó. Eso no puede ser un procedimiento normal; hasta el camión jaula se fue. ¿Cómo pensaban llevarnos? ¿Qué está pasando?

—Por la puerta —ordenó el Parcial—, y no

intenten ninguna tontería.

Xochi y Ariel ingresaron en fila al edificio en ruinas, con las manos por encima de sus cabezas. Era una especie de depósito, donde había más de los aparatos que habían visto oxidándose afuera. El interior estaba en penumbra pero no oscuro, pues gran parte del techo se había derrumbado y se veía el cielo.

Adentro estaba el otro Parcial, que sostenía su propio fusil y el de la senadora Kessler, mientras que esta, Madison e Isolde permanecían acurrucadas en un rincón con los dos niños. El Parcial las miró con recelo, pero no podía dejar de echar vistazos a Arwen, una y otra vez. Una criatura de un año era algo muy poco común, demasiado asombroso como para no prestarle atención. Con un gesto les indicó que fueran al mismo rincón, y al pasar, Ariel examinó el piso con el mayor disimulo posible, en busca de otras armas. No las había. Ella, Xochi y Kessler estaban desarmadas, pero quizá Madison e Isolde conservaban sus semiautomáticas.

Además, Nandita seguía afuera, donde el Parcial que las había capturado había dejado los fusiles tendidos en el césped.

—Es una criatura de un año, Cedric —dijo el segundo Parcial.

—Eso es... —El soldado que las había capturado las siguió al interior, pero se detuvo en seco al ver a Arwen. La miró pasmado, de espaldas a la puerta, y bajó la guardia solo un instante.

Ariel casi pensó que Nandita aparecería por detrás y le dispararía. No pasó nada. El Parcial recuperó la compostura y asumió una posición defensiva, con la cual pudiera vigilar tanto a las mujeres como la puerta. Ella estaba casi segura de que no había más soldados, solo dos para capturar a seis mujeres. A pesar de ser Parciales, se les dificultaría mucho llevarlas, y la idea de que tal vez su objetivo no era capturarlas le heló la sangre.

—Dígannos todo lo que saben —ordenó Cedric.

—Sé que los Parciales son asesinos

desalmados, demasiado imbéciles como para hurgarse las narices sin un oficial que les indique cómo —respondió Kessler—. ¿Esa es la clase de cosas que querían saber? ¿O quiere especificar un poco más esa estúpida pregunta?

—Comencemos por ella —indicó el otro Parcial, señalando a Arwen—. Pensábamos que todos los niños humanos morían instantáneamente.

—Bueno, ustedes hicieron lo posible para que así fuera —repuso Isolde. Kira les había dicho que ellos no habían desatado la epidemia, pero pocos le creían. Ariel no estaba segura de su postura al respecto.

Los dos Parciales no hicieron nada para confirmarlo ni para negarlo.

—¿Esta es la niña que salvaron? —preguntó Cedric—. ¿La que curó Kira Walker?

—No sabemos nada de Kira Walker —respondió Ariel, desviando el tema. Se obligó a no mirar hacia la puerta, para no delatar otra vez sus pensamientos. Aunque Nandita no quisiera aprovechar el enlace para controlarlos, podía

recoger los fusiles y atacar: lo único que necesitaban era un disparo por sorpresa que derribara a uno, y en la confusión Ariel podía tomar la pistola de Isolde.

O, si de todos modos vamos a matarlos, pensó, usa el maldito control mental y facilítanos las cosas. ¿Acaso Nandita era tan cuidadosa, tan paranoica y sigilosa, como para correr el riesgo de perderlas a todas en una balacera con tal de mantener oculta su mejor arma?

Claro que lo es, pensó con amargura. Es Nandita: siempre fue así, y siempre lo será. Es capaz de entregarnos a todas con tal de protegerse.

—No sabemos por qué mi hija no murió —dijo Madison; era la mentira que habían acordado en caso de que las capturaran—. Es inmune, como nosotras. Por favor, déjenos en paz.

—Teníamos un programa llamado Ley de Esperanza —prosiguió Kessler—. Creamos la mayor cantidad posible de embarazos.

Estadísticamente, alguno de esos niños iba a heredar la inmunidad de sus padres.

Es lo que ocurrió con esta niña.

—¿Hay más? —preguntó Cedric. El otro Parcial vigilaba la puerta, y Ariel lo vigilaba a él.

—No sabemos —Kessler se encogió de hombros—. Decían que tal vez sí, en el este, pero no sabemos dónde.

—Hacia allá íbamos —dijo Madison—. Pensamos que si allá hay más niños, podemos encontrarnos con ellos y tratar de seguir juntos. Eso es todo.

—No queda nadie en la parte este de la isla —respondió Cedric—. Hemos congregado a todos en East Meadow.

—¿Por qué? —preguntó Ariel. No esperaba que le respondieran, pero no pudo evitar la pregunta. ¿Para qué reunir a todos los humanos en un mismo lugar? ¿Qué pensaban hacer cuando los tuvieran a todos? Tal como había supuesto, el soldado no prestó atención a su pregunta.

—¿Qué saben de la resistencia? —indagó el

otro Parcial. Y Ariel reconoció la pregunta como lo primero que les había preguntado Cedric, cuando todavía estaban afuera. Ella no sabía que había un movimiento de resistencia, pero parecía bastante importante.

—No hay resistencia —respondió Xochi—. Quizás algunos grupos como nosotras, tratando de salir de East Meadow, pero nada más.

—Los humanos llevan a cabo una campaña de guerrilla desde que empezó la ocupación —repuso Cedric—. Háblennos del arma biológica.

—¿Qué arma biológica? —preguntó Ariel.

—Y sobre los ataques con misiles en Plainview —continuó el Parcial—. ¿Dónde consiguieron los misiles? ¿Dónde se esconden los cabecillas?

—No sabemos nada de eso —insistió ella—. No formamos parte de ninguna resistencia; solo tratamos de proteger a estos niños.

—Están escapando del sitio del mayor contraataque humano en la historia de esta ocupación —dijo con firmeza—. Están involucradas, y van a decirnos lo que saben.

Ariel trató de visualizar el mapa en su mente, de recordar los viejos caminos de Long Island. Habían abandonado East Meadow por Levittown, luego Bethpage y luego... Plainview. *Estuvimos allí esta mañana, pensó. No hubo ningún misil, ninguna clase de ataque. Tal vez ocurrió después de que pasamos. Pero eso fue hace apenas unas horas...*

El ruido que oí, pensó de pronto. Oí un ruido, algo grande a lo lejos, y entonces se detuvieron los motores, y un minuto después se fueron. ¿Habrá sido eso el ataque? Un movimiento humano de resistencia atacó Plainview hace apenas unos minutos, y la patrulla que nos perseguía recibió una petición de refuerzos. Estos dos no están aquí para capturarnos, sino para interrogarnos.

Abrió la boca para responder, pero ambos Parciales se pararon bien firmes, casi al unísono, se miraron brevemente y luego observaron la habitación. Ella no distinguió si estaban asustados o solo confundidos.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Cedric.

—Se está acercando —dijo el otro.

Ariel echó un vistazo a las otras mujeres, que estaban acurrucándose más juntas para protegerse. Y luego se recargó contra el costado de Isolde; sintió la pistola bajo la camiseta de la muchacha.

—Me llevo esto —susurró.

—Están percibiendo algo en el enlace —murmuró Isolde, y asintió cuando Ariel tomó la pistola.

—¿Será Nandita? —preguntó Xochi.

—No. La he visto actuar a Nandita, y no fue así —dijo Ariel, y volvió a mirar a los Parciales, que se ponían a resguardo.

—¿Tienen más armas? —les preguntó Cedric.

Ariel tardó un momento en darse cuenta de que les hablaba a ellas.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Viene algo. Si tienen armas, prepárenlas —respondió Cedric.

—Tiene que ser Nandita —susurró Isolde.

Como en respuesta, la anciana entró por la puerta, prácticamente caminando hacia atrás. Los soldados casi no reparaban en ella, sino que mantenían las armas apuntadas a la puerta.

—¡Abajo! —gritaron. Nandita buscó refugio, con los ojos desorbitados. La voz de Cedric sonaba dura como el acero—. ¿Lo vio?

—No —respondió Nandita—. ¿Qué es?

—No lo sabemos —dijo el otro—, pero hemos oído algunos relatos.

Ariel se quedó mirándolos con asombro, preguntándose qué podía ser tan aterrador para que los Parciales desistieran del interrogatorio y Nandita abandonara su escondite. Un latido después, decidió que no importaba lo que fuera: si ellos le temían, ella también. Levantó la pistola de Isolde, y vio que Xochi hacía lo mismo con la de Madison. Esperaron, agazapadas en las ruinas, con los ojos fijos en la puerta.

Y entonces llegó.

Ariel lo sintió primero: no con su cuerpo, sino en alguna parte de su mente. Era una presencia inmensa pero a la vez invisible. Se

tambaleó, igual que Isolde. *Es el enlace*, pensó. *Estamos percibiéndolo*. Khan, que había estado callado empezó a llorar, casi como si él también lo sintiera.

Una sombra pasó por el umbral, e instantes después apareció una forma enorme, humanoide, pero inmensamente extraña. Era de un tono rojo oscuro o púrpura, cubierto con lo que parecían placas irregulares de una coraza de cuero; Ariel no pudo distinguir si eran parte de su cuerpo o algo que se podía retirar. Era tan grande que tuvo que inclinarse para mirar por la puerta, y los observó un momento con ojos negros diminutos. Tenía una voz profunda, aunque ella no le vio la boca.

—Es hora de prepararse —dijo la criatura—. Prepárense para la nieve.

—¿Quién es usted? —le preguntó Cedric, en tono imperativo, pero la criatura hizo oídos sordos a la pregunta.

—Avisen a los demás —dijo, y se enderezó para marcharse.

Cedric disparó su fusil una sola vez, y le dio

al monstruo en la pierna. Ariel no pudo ver si lo había herido. La criatura volvió a agacharse para trasponer la puerta con paso medido y deliberado, y en los hombros se le abrieron una especie de aletas, como orificios nasales gigantescos. Los dos Parciales cayeron inconscientes y Ariel sintió un mareo, como si estuviera a punto de desmayarse. Se sostuvo de Xochi, esforzándose por mantener los ojos abiertos, y notó con aturrido interés que Isolde y Nandita parecían igualmente inestables. La criatura las observó un momento, como esperando para ver si alguna caía, y luego volvió a hablar.

—No me sigan —dijo—. Yo ya lo sé. Tienen que avisar a los demás.

Se detuvo un momento, y Ariel tuvo la impresión súbita e inconfundible de que la criatura estaba sorprendida. Percibió ese sentimiento como una oleada espesa, viscosa, y apenas pudo contener un grito de terror.

—Nandita —dijo la criatura.

Ariel no sabía dónde terminaba la sorpresa

de la criatura y dónde empezaba la propia.

—¿Quién es usted? —le preguntó la anciana.

—Ya casi llega —respondió—. Estoy arreglándolo, y casi he terminado.

—¿Qué está arreglando? ¿Quién es?

—Soy yo —dijo la criatura—. El mundo quedará arreglado. Habrá nieve otra vez.

Dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO CATORCE

Samm estaba de pie en el centro de la cafetería del hospital, observando las reacciones de los Parciales a las últimas noticias. Ya estaban despiertos los nueve, reunidos allí en sillas de ruedas y en camas, la mayoría de ellos aún demasiado débiles como para caminar, y algunos aun peor.

El Número Ocho, un soldado llamado Gorman, seguía con oxígeno; tenía los pulmones demasiado atrofiados como para que funcionaran del todo sin ayuda. Ninguno de ellos era oficial, pero habían servido juntos antes del Brote, y todos lo veían como su líder.

—Doce años —dijo Gorman. Tenía el rostro enjuto, los ojos lacrimosos y caídos. Físicamente

tenía dieciocho años, como todos los Parciales de infantería, pero estaba tan demacrado que aparentaba varias décadas más—. Eso es... —hizo una pausa, sin hallar las palabras—. Doce años.

—Casi trece —dijo Samm—. No sé con exactitud cuándo los sedaron, pero estamos en 2078.

Echó un vistazo a Heron, que permanecía callada en su rincón, y luego a la puerta; no tenía llave, pero Calix había prometido no dejar entrar a nadie para que tuvieran un poco de privacidad. Hasta ahora había cumplido, y en la reunión había solo Parciales.

—La rebelión empezó en 2065 —recordó un soldado que estaba en silla de ruedas—. Puede que nos equivoquemos por uno o dos meses, pero como sea, son casi trece años —Samm se había enterado de que se llamaba Dwain.

—Lo último que recuerdo fue que vinimos aquí —comentó Gorman. Abarcó con un gesto el complejo hospitalario en general—. Era cuando el RM estaba en su auge, cuando los

altos mandos decidieron por fin que los humanos no se recuperarían. Nos habían asignado buscar el complejo de ParaGen, para ver si había algo que pudiéramos hacer con respecto a la epidemia, y entonces... bueno. Aquí estoy.

—¿No recuerdan quién los sedó? —preguntó Samm.

—No fue una persona —respondió un soldado llamado Ritter—. Yo tenía todo mi equipamiento cuando ocurrió; no recuerdo bien, pero seguramente estaríamos patrullando. Creo que fue... —Emitió una oleada de frustración por el enlace—. No recuerdo. En uno de los edificios del laboratorio; quizás en este, por lo que sé. Fue como un ataque químico.

Los otros Parciales expresaron su acuerdo por el enlace, y Samm asintió.

—El mismo hombre que los hizo prisioneros también tenía a otro, un soldado llamado Williams, a quien modificó para que produjera en su aliento un sedante para Parciales. No... no tenemos manera de volver a modificarlo.

Todos se sintieron incómodos.

—El mundo en el que despertaron no es el mismo que dejaron —prosiguió Samm—. Ya les hablé del Brote, del RM y de la Reserva. Lo que les ocurrió a ustedes se hizo por temor a la extinción, y si bien eso no lo justifica, al menos lo hace comprensible. Fuera de la Reserva, el mundo está vacío. Los únicos asentamientos que quedan además de este en el continente (y, que nosotros sepamos, en el mundo entero) están en el este: los humanos se ubicaron en Long Island, en una ciudad llamada East Meadow, donde hay aproximadamente treinta y cinco mil.

El enlace se cargó de sorpresa, seguida casi de inmediato por una gran oleada de confusión cuando por fin comprendieron todas las implicaciones del Brote. El primero en hablar fue Dwain.

—¿Solamente treinta y cinco mil humanos?
¿En todo el mundo?

—Esa es la población mundial total de la especie —confirmó Samm—. Puede que haya otros grupos pequeños desperdigados, pero dentro de los próximos cien años, cuando

mucho, se extinguirán.

—Y los Parciales, ¿dónde están? — preguntó Gorman—. Éramos inmunes al RM, y es imposible que un grupo de treinta y cinco mil humanos haya podido doblegar a todo nuestro ejército.

Samm sintió que se le comprimía el pecho, y vaciló antes de hablar, como si hubiera algún modo de protegerlos de la noticia que estaba a punto de darles.

—Los Parciales están al norte de ellos — respondió—, en nuestra antigua sede en White Plains. Todos... —hizo una pausa— doscientos mil.

—¿Doscientos mil? —preguntó Ritter—. Es una broma.

—No.

—¿Qué pasó con los demás? —preguntó Gorman, en tono imperioso—. ¿Los humanos atacaron? Oímos rumores de un ataque naval, pero después vinimos aquí y... —Se le quebró la voz, y los datos que circulaban por el enlace se volvieron amargos y tristes—. Lo consiguieron,

¿no es cierto? La Última Flota logró pasar y masacró a nuestro ejército.

—La Última Flota fue detenida —respondió Samm—. Los humanos no mataron a nadie.

—Al menos, no directamente —acotó Heron.

Gorman le echó un vistazo, y luego se volvió nuevamente hacia Samm. Tenía la voz débil, aún resollaba por el respirador, pero sus datos en el enlace prácticamente ardían de indignación.

—¿Entonces qué fue lo que sucedió? —le preguntó.

—Hace unos tres años empezó a morir la primera generación —respondió—. La primera serie de Parciales que crearon para la guerra, todos los veteranos que desembarcaron primero en la Guerra de Aislamiento simplemente... murieron. Un día estaban sanos, y al día siguiente estaban pudriéndose, como un pedazo de fruta bajo el sol. Descubrimos que cada uno de nosotros fue creado con una fecha de vencimiento. Al cumplir los veinte años, o alrededor de esa fecha, todo Parcial muere —

hizo una pausa, para darles un momento para digerirlo—. A la siguiente serie le toca en un mes; a la última serie, la mía, le quedan unos ocho meses. Según cuándo hayan salido de los capullos, les quedan entre cuatro y treinta y dos semanas de vida.

La habitación quedó en silencio; todos los Parciales se quedaron pensativos. Haciendo números.

Heron también permanecía callada, observando a Samm con ojos oscuros y profundos. Los datos del enlace crujían en el aire con una mezcla desarticulada de confusión y desesperación.

—¿Y dices que eso mata a todos? — preguntó Gorman.

—No es una enfermedad: está incorporado a nuestro ADN —asintió—. Es imposible detenerlo, incurable e irreversible.

—¿Veinte años?

—Sí.

—¿Y dices que estamos en 2078?

Samm frunció el ceño, confundido por la

sarta de preguntas. Había esperado incredulidad, pero la confusión de Gorman en el enlace se volvía menos acongojada a cada segundo.

—En octubre. ¿Por qué?

—Soldado —dijo Gorman—, somos de la Tercera División. Salimos de los capullos en 2057 —abrió los ojos muy grandes, como si ni siquiera él pudiera creer lo que estaba por decir—. Todos cumplimos veintiún años hace cinco meses.

—Eso es imposible —dijo Samm, y se quedó mirándolo.

—Es obvio que no.

—Nunca nadie ha vivido más allá de su fecha de vencimiento —insistió—; probamos de todo...

—¿Cómo sabemos que esa fecha de vencimiento es real? —preguntó Ritter.

—No es invento mío, si eso es lo que piensas —respondió Samm.

—Si esto es mentira, todo lo demás también podría serlo —dijo Dwain.

—No les estoy mintiendo. Estamos en 2078,

el mundo se está acabando, y de alguna manera ustedes han sido salvados, y necesitamos averiguar cómo...

En un movimiento casi imperceptible, Heron se apartó de la pared, sacó un cuchillo de combate de una funda que llevaba sujeta al cinturón y tomó a Ritter por el hombro. Antes de que Samm pudiera parpadear siquiera, el Parcial estaba en el suelo y su silla volcada en el piso; Heron le puso la rodilla en el pecho y el cuchillo contra la piel de la garganta.

—Dime la verdad —le dijo.

—Heron, ¿qué haces? —exclamó Samm, levantándose de un salto.

Se le unió un coro de protestas de los demás, la mayoría demasiado débiles como para ponerse de pie. Gorman forcejeó con los tubos del respirador que tenía en torno del cuello, tratando de levantarse, pero el esfuerzo fue excesivo y volvió a caer en la cama. El enlace se llenó de oleadas de indignación.

—¿Qué edad tienes? —insistió ella. Apretó más el cuchillo contra la garganta de Ritter—.

No me obligues a demostrarte que hablo en serio.

—Apenas puede respirar —gritó Dwain—. ¿Cómo quieres que diga algo si le estás aplastando la caja torácica?

—Entonces que alguien responda por él, antes de que me apiade y lo mate, y elija al siguiente.

—Tenemos veintiún años —respondió Gorman, tosiendo las palabras, entre inhalaciones profundas y ávidas del respirador—. Es cierto. Tenemos veintiuno.

Heron se puso de pie y guardó el cuchillo en su funda casi con la misma rapidez con que lo había desenfundado. Ofreció una mano a Ritter para ayudarlo a levantarse, pero él la rechazó, enojado, y se quedó jadeando en el suelo.

—Aquí hay algo que los mantuvo con vida —le dijo Heron a Samm.

—¿Algo en el sistema de apoyo vital? —preguntó él, confundido.

—¿Realmente va a ser tan sencillo? —opinó Heron.

—¿Cómo saben que no fue por el coma? — preguntó un Parcial llamado Aaron, que estaba cerca de la pared.

Samm lo miró brevemente y reflexionó un momento.

—Podría ser, pero no me parece probable. Si el hecho de frenar el metabolismo posterga el vencimiento, habríamos visto más variación en las fechas.

—No el coma en sí —explicó Aaron—, sino su causa: el sedante. ¿Y si los humanos que nos hicieron esto incorporaron una manera de mantenernos vivos?

—¿Williams es la cura? —balbuceó Heron, que seguía sin apartar la mirada de Samm.

—Eso sería irónico —respondió él.

—Sería inútil —repuso Gorman—. Ya vieron lo que nos provocó. Aunque nos dé trece años más, ¿realmente es una solución? De todos modos moriremos a los veinte, y mientras tanto sería una tortura física y mental.

—Los diferentes usos podrían tener distintos efectos —sugirió Heron—. Utilizarlo en dosis

pequeñas puede que nos ayude a dormir y nos alargue la vida.

—Él no es una píldora para dormir —protestó Dwain—; es un miembro de nuestro escuadrón, y no pueden usarlo así.

—De todos modos, no puede tratarse de eso —dijo Samm—. La doctora Morgan llevó a Vale específicamente para buscar una cura para el vencimiento. Si él ya la tenía, habría dicho algo.

—Si decía algo, se habría visto obligado a revelar lo que les había hecho a estos hombres —repuso Heron—. Morgan lo habría despellejado vivo, a él y a la mitad de los humanos de la Reserva.

—Pues a mí me dan ganas de hacer lo mismo —dijo Gorman.

—No les hicieron nada —replicó Samm, en tono cortante.

Con un gesto débil, Gorman señaló el respirador, la camilla y toda la sala, llena de Parciales enfermizos y discapacitados.

—¿Esto te parece nada?

—Fue obra del doctor Vale, no de ellos.

—No nos referimos solo al coma —agregó Gorman—. ¿Y todo lo demás? Declaramos una guerra para librarnos de la opresión humana, una guerra que, según nos dices, literalmente acabó con el mundo, y trece años más tarde despertamos, ¿y qué encontramos? Más opresión. Una mucho peor. Toda nuestra especie está muriendo, y tú vienes como si fueras la mascota Parcial de alguien a decirnos lo mal que lo están pasando los humanos. ¿Acaso no tienes carácter, soldado? ¿No tienes respeto por ti mismo?

Samm no dijo nada. Ni siquiera necesitó mirarlos para sentir su asco, su ira, su lástima, que llenaban el aire como una nube venenosa. Había intentado ser su amigo, guiarlos en el nuevo mundo en el cual habían despertado, pero lo único que veían en él era un traidor. Abrió la boca para protestar, para decirles que no era una mera herramienta de los humanos, para explicarles todo lo que había pasado y sus motivos, pero era... demasiado. Miró a Gorman, pero gritó hacia el pasillo.

—¡Calix!

Esperó, preguntándose si la muchacha se habría ido, rogando que no los hubiera dejado encerrados.

Le pareció una eternidad, pero apenas un segundo después se abrió la puerta.

—¿Necesitas algo? —preguntó Calix, apoyándose en su pierna sana.

Sin dejar de mirar a Gorman, la mantuvo en su visión periférica. *Escuchen bien*, pensó, con la esperanza de que los soldados estuvieran prestando atención.

—¿Calix, hay noticias de los cazadores? —indagó.

Ella parpadeó, un gesto que Samm había llegado a reconocer como confusión. No era la pregunta que esperaba recibir, pero la respondió.

—Phan cazó un venado; él y Frank lo traen hacia acá. Deberían llegar pronto.

—¿Y la cosecha?

Calix volvió a parpadear. Esta vez respondió con voz más vacilante, buscando respuestas a su vez.

—Ya se cosechó todo; todavía están... enlatando las frutas, los frijoles y esas cosas... ¿todo bien?

—Todo muy bien —respondió él, observando atentamente a Gorman—. ¿Y las colmenas? ¿Están dando suficiente miel?

Esta vez, si la chica seguía confundida por el interrogatorio, lo disimuló.

—No tanta como el año pasado, pero estamos bien —dijo. Hizo una pausa y luego agregó—: Suficiente para alimentar a diez bocas más.

—Excelente —Samm eligió con cuidado sus siguientes palabras; no quería que pareciera una petición, pero tampoco una orden—. Sé que te dije que estos hombres debían comer ligero y sin mucho condimento al principio, pero les han pasado muchas cosas y creo que se merecen alguna cosita más. Esos caramelos de miel que hace Laura son deliciosos. ¿Por qué no les damos algunos?

—¿De limón o menta? —ofreció Calix con una sonrisa; había ayudado a Laura a preparar

las últimas tandas y le encantaba hacer alarde de eso.

—¿Estás sobornándonos con caramelos? —preguntó Dwain con incredulidad.

—Probaremos los de menta —respondió Gorman. Calix asintió y cerró la puerta, y Gorman miró a Dwain con enojo—. Eso no fue un soborno; fue una demostración —echó una mirada penetrante a Samm—. Está demostrándonos que tienen una relación de igual a igual.

—Estamos trabajando juntos —confirmó él—. Socios, amigos, como quieras llamarlo.

—Y tú, ¿cómo quieres llamarlo? —le preguntó Heron. Samm la miró brevemente, pero no respondió.

—Pero ¿por qué? —preguntó Gorman—. Después de todo lo que pasó, después de todo lo que nos contaste de los humanos y del mundo y de las millones de cosas que están mal... ¿Por qué?

Samm seguía mirando a Heron al responder.

—Si quieres sobrevivir en este mundo,

tienes que dejar de preguntar por qué la gente trabaja en conjunto y empezar a hacerlo tú también.

CAPÍTULO QUINCE

Kira estaba agazapada en la sombra, examinando la destrucción que había frente a ella. Calculó que las cenizas llevarían allí por lo menos un mes, quizá más. Los animales — zorros, tal vez, probablemente gatos y, por lo que parecía, un cerdo salvaje— ya habían hecho estragos en el lugar: habían arrastrado la ropa y la mochila por la tierra y desparramado los restos de equipos viejos y gastados, para limpiar los huesos.

Levantó un trozo de chaqueta acorazada y la dio vuelta en las manos antes de dejarla caer otra vez al suelo. Los registros de la doctora Morgan sobre las facciones menores eran exactos, pero aparentemente estaban

desactualizados: ella había enviado una patrulla en esta dirección, pero no había informes de esta batalla. Los cadáveres podían ser soldados de Morgan, soldados rivales o una mezcla de ambos. Kira se preguntó si habría registros más recientes y completos escondidos en algún disco, encriptados y secretos, o si simplemente Morgan había dejado de tomarse el trabajo de completarlos. Ambas cosas eran igualmente factibles, pero sospechó que esto último era más probable. La doctora estaba obsesionada y buscaba la cura de la fecha de vencimiento con un ahínco fanático. Todo lo demás quedaba de lado, incluso las mismas personas a las que la mujer intentaba salvar. Aquel campo de batalla bien podía ser el último ataque que había ordenado. Kira rogó que así fuera.

Una leve brisa levantó las cenizas de una vieja explosión de granada. Kira se sentó en un tronco caído, siempre bajo los árboles y de espaldas al agua, de donde era menos probable que surgiera un ataque, y sacó su mapa. Estaba en un denso bosque de hayas, en las costas del

embalse de North Stamford —a unos quince o veinte kilómetros del cuartel general de Morgan en Greenwich—, donde los exploradores de la doctora habían marcado la ubicación de un posible campamento de una facción Parcial llamada Ivies. Obviamente, el campamento ya no existía, pero ¿y el resto de los Ivies? Ella no había podido encontrar datos claros acerca de las creencias o inclinaciones de cada facción, pero el archivo de suposiciones decía que los Ivies mostraban una «fuerte oposición a la experimentación médica». Eso los convertía en posibles aliados para Kira, y el territorio donde se sospechaba que estaban se encontraba relativamente cerca.

Examinó el mapa, que había encontrado en la biblioteca de una escuela secundaria al salir de Greenwich. Había copiado los registros de Morgan en una pantalla de datos, solamente para ganar tiempo, pero la batería no duraría más que unos días, y apenas estuvo fuera del alcance de Morgan, se había sentado a copiar minuciosamente toda la información posible en

un cuaderno mohoso. Había marcado también el mapa con lápiz, señalando todos los posibles campamentos de las facciones y las rutas más probables para viajar entre ellos. Algunos quedaban a varias semanas de distancia, ya fuera hacia el norte, siguiendo el Hudson, o hacia el este, atravesando Connecticut y Rhode Island. Se decía que un grupo había llegado hasta Boston y escapado por completo de la guerra entre facciones. Si los exploradores estaban en lo cierto, los Ivies se habían retirado a las áreas intermedias no urbanizadas y se habían instalado en un sitio llamado Lago Candlewood. A unos treinta kilómetros, a vuelo de pájaro.

Revisó sus provisiones: una bolsa de dormir, una manta, una pistola, una brújula y un cuchillo. Una bolsa de manzanas. Lo único que había podido sacar del hospital sin despertar sospechas. Buscaría más por el camino.

Llenó su cantimplora en el embalse. *Hora de irme.*

Durante el primer tramo del viaje abandonó

la carretera y cortó camino a campo traviesa, por una zona arbolada que según el mapa era un bosque vacío, pero donde resultó que había caminos pavimentados rotos que serpenteaban en torno de un conjunto de casas inmensas, cada una con su piscina fétida y la mayoría con su propia cancha de tenis. Siguió caminando entre los árboles mientras le fue posible, pero al llegar a la localidad de New Canaan, dobló hacia el norte por la Ruta 123 y pudo hacer mejor tiempo. El año estaba avanzado y la mayoría de las hojas habían cambiado ya de color, así que el follaje parecía encendido de anaranjados y amarillos brillantes. Muchas hojas caerían pronto, como recordatorio de los viejos tiempos en que los inviernos eran feroces y duros, pero las hayas conservaban las suyas hasta bien entrada la primavera. Se preguntó si siempre había sido así o si era algo nuevo: la manera que tenía la naturaleza de adaptarse al mundo sin invierno que habían creado los humanos.

Pasó por un campo de golf con los *greens* largos y abiertos ahora cubiertos de retoños.

Siempre que veía eso le parecía un desperdicio; los viejos campos de golf eran los más fáciles de despejar para el cultivo. Decidió que era una buena señal de que los Ivies no estaban en las cercanías.

Kira acampó en un cuartel de bomberos para pasar la noche. Los portales estaban abiertos y no había camiones, lo que la hizo preguntarse si los bomberos habrían sucumbido al RM en medio de una misión.

El virus no solía matar con tanta rapidez, pero si ya estaban infectados y trabajaban enfermos... Hacía trece años que no veía a un adulto infectado, pero sabía que la enfermedad era dolorosa, y no lograba imaginar la fortaleza que haría falta para seguir adelante en esas etapas finales. No podía sino admirar a cualquiera que hubiera tratado de apagar un incendio mientras moría por la epidemia. Extendió su manta en la caverna del cuartel abierto, que semejaba un granero, donde estaría protegida de la lluvia aunque podía oler el aire fresco de la noche. Se durmió y soñó con fuego

y muerte. Por la mañana sintió que no había descansado en absoluto. Guardó su bolsa de dormir y reanudó la caminata.

Siguió la Ruta 123 hacia el norte hasta que se acabó, y luego continuó hacia el este por un camino llamado Old Post, que parecía serpentear entre Nueva York y Connecticut, y sintió curiosidad por cómo se habían decidido aquellas antiguas divisiones y qué significaban para la gente que había vivido allí. No había portales ni muros, ninguna demarcación clara de dónde terminaba un estado y empezaba otro. Ni siquiera sabía qué función cumplía esa división. Para los adultos había sido tan obvio, pero tan incomprensible para los niños de la época posterior al Brote, que nunca se habían molestado en enseñarlo en la escuela.

Como quiera que funcionara la relación entre estados, ya no existía. Las casas estaban vacías; los autos, oxidados y desvencijados; los caminos tenían el asfalto levantado por los nuevos árboles y plantas que volvían a avanzar, implacables, sobre su antiguo territorio. Los

pájaros anidaban en las ventanas superiores de las casas semiderruidas, mientras los venados y otros animales caminaban con paso leve por los patios cubiertos de malezas y mordisqueaban las hojas nuevas que crecían entre las ruinas. En cien años más, pensó, aquellas casas se derrumbarían por completo y el bosque se las tragaría, y los venados, jabalíes y lobos olvidarían que alguna vez alguien había vivido allí.

Al pensar en lobos se preocupó por los Perros Guardianes, los rarísimos caninos parlantes que ParaGen había creado para explorar y acompañar a los soldados Parciales. No los había en Long Island, pero a ella la había atacado una jauría salvaje durante su viaje a Chicago con Samm. Él le había asegurado que no eran del todo inteligentes, al menos no en la misma medida que un humano, pero Kira no lograba discernir si eso la ponía más o menos nerviosa, más o menos incómoda. No tenía idea de hasta dónde habían llegado, y rogó no toparse con ninguno en su trayecto hasta el Lago

Candlewood.

A la larga, el camino Old Post también se terminó, y dobló hacia el norte por la Ruta 35 hacia Ridgefield. La ciudad no era grande en absoluto, pero sí mucho más desarrollada que el bosque y las casas desperdigadas por las que había pasado desde su salida de Greenwich, y el aumento de visibilidad la hizo aminorar el paso. Lo más probable era que no hubiera nadie, ni allí ni en varios kilómetros, y si lo había, probablemente sería un explorador o un vigía de los Ivies y no un agente de la doctora Morgan.

Aun así, el centro urbano la asustaba. En lugar de árboles y tierra, a los costados del camino solo había más cemento, lo cual significaba que allí el bosque no había vuelto a crecer con tanta fuerza. Las líneas visuales eran más largas y abiertas. Un enemigo podría verla desde varias cuadras de distancia, sería más fácil de emboscar o, simplemente, de acertar con un disparo de largo alcance. Vaciló en las afueras del bosque, ahora más ralo, tratando de convencerse de no ponerse paranoica, pero al

final volvió sobre sus pasos y siguió caminando entre los árboles y patios, atravesando cercas desvencijadas y cruzando cada calle abierta a toda velocidad. La desviación no fue de más de dos kilómetros, tal vez tres, pero respiró con más tranquilidad cuando por fin pasó por el último centro comercial y retomó la carretera angosta a través del bosque.

Más adelante, la Ruta 35 se unía a la 7, y Kira acampó en una casita que estaba justo en la encrucijada. Todas las ventanas estaban rotas, pero el techo resistía, y excepto por algunas huellas de gato en los pasillos, no parecía haberse convertido en guarida de ningún animal. En el dormitorio había dos esqueletos humanos, los brazos huesudos de uno apoyados flojamente en el otro, y los restos podridos de una manta adheridos en jirones a sus costillas. Dos víctimas del RM. Hizo un poco de espacio en la sala y se durmió mirando las viejas fotos descoloridas de la familia en la pared.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Al día siguiente llegaría a Candlewood, pero la ruta pasaba por la ciudad de Danbury, que estaba justo a orillas del extremo sur del lago y que era varias veces más grande que aquella que la había asustado tanto el día anterior. Si los Ivies estaban allí, sin duda la verían llegar.

—Eso tal vez no sea malo —murmuró para sí; estaba volviendo a su viejo hábito de hablar en voz alta.

Había pasado unos meses sola en Manhattan, la única persona viva en muchos kilómetros en cualquier dirección, tratando de encontrar una antigua oficina de ParaGen; al final, ya mantenía conversaciones enteras consigo misma, desesperada por tener cualquier

clase de compañía. Se sentía tonta al hacerlo, pero también si se obligaba a callarse. Ya haría silencio cuando llegara a la ciudad, pero allí, en medio de la nada, ¿por qué no habría de hablar?

El asunto era cuánto de la ciudad debería atravesar. Masticó una manzana a la luz temprana de la mañana, sentada en el porche, lejos de los esqueletos y sus rostros fantasmales que miraban desde las fotos de la sala. Tenía el mapa extendido sobre la rodilla, pero no era tan detallado como le habría gustado.

—Si los Ivies están allá y me ven, eso es bueno, porque quiero que lo hagan. A eso vine —tragó el bocado de manzana—. A menos, claro, que me disparen apenas me vean. Lo cual es menos probable, pero ¿qué sé yo? ¿Quiero correr ese riesgo? Si se acercan lo suficiente para percibirme en el enlace, lo que no pueden hacer porque no estoy en el enlace, pensarán que soy humana —mordió otro trozo de manzana—. Pero, que yo sepa, si piensan que soy humana quizá sea más probable que me disparen, y no menos. No sé nada sobre ellos —

tragó—. ¿Y si Morgan tiene espías por aquí? ¿Qué pasa si me encuentran primero? Creo que será mejor seguir oculta el mayor tiempo posible. Necesito un mapa más detallado para planear esta ruta.

Volvió a empacar sus pocas posesiones y se encaminó a la encrucijada, donde había una antigua estación de servicio en una de las esquinas. El ancho toldo de metal se había derrumbado encima de los surtidores, y eso, además de los restos desperdigados de los autos oxidados, le dio cobijo mientras corría por el estacionamiento. Toda la pared del frente había sido de vidrio, y ahora estaba destrozada y crujió bajo sus pies. Años de lluvia habían arrugado y decolorado las revistas que había en exposición en el frente. Kira avanzó entre las estanterías en busca de mapas de carreteras, y por fin los encontró en un exhibidor giratorio de alambre que llevaba demasiado tiempo caído en el suelo. Muchos mapas estaban húmedos, y algunos, roídos por las ratas, pero halló uno de Connecticut que estaba en buenas condiciones.

Divisó un estante metálico vacío, sin vidrios rotos, y se sentó a inspeccionar su ruta.

La carretera en la que se encontraba seguía derecho hasta Danbury, donde se ensanchaba y se fundía con la Interestatal 84, una enorme autopista de múltiples carriles que parecía bordear la ciudad y luego se curvaba hacia el Lago Candlewood.

—Esa parece la ruta más fácil —dijo en voz baja—, pero también la más obvia. Si hay vigilancia, estará en esa carretera.

Examinó la ciudad misma, siguiendo las calles principales y buscando otras opciones, y marcó con su lápiz los dos hospitales más grandes. Todos los asentamientos posteriores al Brote, tanto humanos como Parciales, tendían a instalarse alrededor de los hospitales, y probablemente los Ivies hubieran hecho lo mismo.

— *Podría* ser —se recordó. Los registros de Morgan los ubicaban más al norte, en la costa del lago o en sus inmediaciones, y estando tan próximos el lago y la ciudad, era llamativo,

pensó, que los exploradores los hubieran ubicado específicamente en el lago—. Tal vez no les agradan las ciudades —murmuró—. A mí tampoco me encantan, pero soy forastera. Si este es su territorio, podrían proteger la ciudad y tener muchas ventajas defensivas que el lago no puede ofrecer.

Observó el lago con más detenimiento, preguntándose cuáles podían ser esas ventajas. Agua dulce, sin duda, y quizá mayor visibilidad por encima del agua. Si querían cazar o cultivar, sería igualmente fácil en la ciudad; ella se había criado haciendo lo mismo en las densas zonas urbanas de Long Island. No le parecía lógico. Volvió a consultar las notas: los Ivies manifestaban una «fuerte oposición a la experimentación médica». Esa era toda la información que tenía. Se quedó mirando el mapa, sin estar aún completamente segura de la mejor manera de encarar el trayecto.

—Mejor ir con cuidado —decidió por fin, y planeó una ruta que se curvaba al oeste, rodeando la ciudad, y se acercaba al lago por

una localidad suburbana más pequeña llamada New Fairfield. Evitaría las carreteras casi todo el trayecto, y resolvió los detalles como para guiarse por la brújula, siguiendo un hito tras otro, empezando por el extremo occidental de un sitio llamado Bennett's Pond. Allí el bosque era más denso y tenía lomas empinadas, así que empezó a cansarse más rápidamente. A eso de las diez de la mañana cruzó la I-84, un tramo boscoso de carretera al oeste de la ciudad, y luego atravesó un arroyo angosto y otro denso bosque maduro. Al mediodía había llegado a otra laguna ancha, circundada por una serie de campos de golf. La orilla occidental era un pantano bajo lleno de nidos vacíos. Hiciera frío o no, la necesidad de emigrar al sur estaba demasiado arraigada en las mentes de las aves, y el humedal estaba tranquilo y silencioso. Vio un conjunto de bultos redondeados, pequeños y brillantes, y se sorprendió de encontrar una nidada de huevos, pero al acercarse descubrió que eran simplemente pelotas de golf, amarillentas y resquebrajadas por el sol.

Siguió atravesando el bosque con rumbo al norte, bordeando la línea invisible entre los estados, hasta que un grupo de casas le indicó que era hora de volver a dirigirse al este. Fueron apareciendo más y más casas a medida que se acercaba a New Fairfield, edificios desvencijados y descoloridos entre los árboles. Ella las imaginó no como casas sino como espíritus de las casas que solían estar allí, que persistían, obstinados y etéreos, mucho después de la desaparición de las estructuras. Bordeó la costa de la laguna Corner, cruzó un camino angosto y dobló casi directamente hacia el este. El bosque poco desarrollado iba raleando con rapidez.

Y entonces divisó una marca blanca brillante en el tronco de un árbol; la habían tallado recientemente, quizá tres días antes, cuando mucho. El número cuatro romano. IV.

Los Ivies.

Se le aclaró tan súbitamente, que se asombró de no haberlo pensado antes: los Ivies se habían denominado así por su antigua

designación militar. IV. La cuarta división, el cuarto regimiento, o algún segmento del ejército Parcial por el estilo. Eran reales, y estaban allí. Esa señal indicaba un límite o un sendero, y Kira no pudo sino preguntarse si usarían aquel mismo corredor boscoso para evitar las áreas más desarrolladas que había a ambos lados. Era posible, quizás incluso probable, pero ¿por qué? ¿Qué tenía que temer un ejército defensivo de las casas y las calles abiertas de un suburbio abandonado tanto tiempo atrás?

La invadió una idea repentina, y se acercó con sigilo a la marca para examinarla. Los perros y otros animales utilizaban el olor para marcar su territorio, y el sistema del enlace era similar a eso en muchos aspectos. ¿Sería que las feromonas de datos de los Parciales persistían del mismo modo? Era posible que aquella señal fuera más que visual, que señalara dónde se encontraban los datos de verdad. Ella había practicado con Samm para desarrollar su propia conexión, aunque menor, al enlace; si allí había algo, tal vez podría percibirlo. Se aproximó con

cautela a la marca, inhalando profundamente. Y nada. Cuando llegó, tocó ligeramente la corteza, palpando los bordes de las tres líneas blancas: IV. Parecían haber sido talladas con un hacha pequeña: dos golpes secos por línea para atravesar la corteza y dejar al descubierto la madera blanca que había debajo. Blanca, salvo por una extraña decoloración al pie de cada letra, como si algo hubiera goteado, o lo hubieran manchado adrede.

Era sangre.

Vaciló y echó un vistazo, nerviosa, al bosque que la rodeaba. Nada se movió, ni siquiera las hojas por el viento. Volvió a mirar las letras ensangrentadas, preguntándose por qué estaría allí esa sangre.

¿Habría sido un accidente? ¿Una advertencia? ¿Acaso era la mejor manera de que los datos del enlace persistieran más tiempo? Se inclinó hacia el árbol, sosteniéndose, e inhaló profundamente.

MUERTE DOLOR SANGRE
TRAICIÓN...

Retrocedió y trastabilló, jadeando. Se frotó la nariz para quitarse el olor.

MUERTE TRAICIÓN ESTÁN
MATÁNDONOS...

Tropezó con la raíz de un árbol y gritó al caer; luego giró sobre sí misma para ponerse de pie y recogió puñados de tierra, hojas y hierba al levantarse. Corrió por el bosque absolutamente aterrada, cubriéndose el rostro con lo que había recogido del suelo y aspirando el olor, tratando con desesperación de anular la señal.

MUERTE DOLOR... MUERTE

Y luego desapareció. Kira se desplomó en el suelo, con el corazón acelerado y la sangre latiéndole en los oídos.

El enlace se había diseñado como herramienta de combate, un método rápido y sin palabras para que los Parciales pudieran prevenirse unos a otros cuando había peligro y coordinar sus movimientos en el campo de batalla. Cuando un soldado moría, emitía un estallido de feromonas de muerte, que advertía a sus compañeros que algo estaba mal; ella lo

había percibido en otra ocasión, pero no de esa manera.

Aquellos habían sido datos en su forma más esencial: un anuncio de lo que había ocurrido y dónde. Esto era una advertencia frenética y abrumadora, un grito por medio de las feromonas. Una muerte normal no produciría nada así, y Kira no quería siquiera pensar qué cosa podía haberla producido. Allí habían asesinado a Parciales, y probablemente los habían torturado, quizá con el único propósito de crear esos datos. Ella había necesitado acercarse mucho para olerlo, pues su conexión con el enlace era débil.

¿Sería que todo el bosque olía así? ¿Acaso esa advertencia se extendía alrededor de todo el lago?

En su carrera alocada intentando escapar, se había desorientado, así que sacó su brújula con manos temblorosas. El norte estaba a su espalda, lo que significaba que había estado corriendo hacia el sur; obviamente no demasiado lejos, dado que no se había topado con ninguna

casa. Levantó la vista, tratando de ubicarse.

¿Sigo corriendo o continúo con el plan?
Estaba demasiado asustada como para hablar en voz alta.

Los Ivies se oponen a la «experimentación médica», y si así es como advierten a la gente que no se acerque, parece que se oponen mucho más de lo que pensé. Y tal vez no sea solamente eso lo que rechazan. Los registros de Morgan hablaban de experimentación porque es lo único que le importa; no quieren colaborar con su trabajo, y están demasiado lejos para interferir con él, de modo que se olvida de ellos y sigue con sus asuntos. No le interesan los detalles.

Su respiración se fue haciendo más lenta a medida que se iba calmando y se obligaba a pensar con claridad. Le costó más de lo que debería, y se preguntó cuánto de las feromonas de advertencia seguirían en su nariz, llenando aún su torrente sanguíneo de adrenalina. Cerró los ojos e intentó concentrarse.

Todavía podrían ser mis aliados, se dijo. Ponen estas señales como advertencia para los Parciales, para las fuerzas de Morgan. Es posible que su comunidad se solidarice con los humanos, y casi seguro que acuerde con un plan contrario a la doctora. Y en todo caso, están por llegar a la fecha de vencimiento; al menos para eso puedo ofrecerles una posible solución. Volvió a pensar en el dolor y el miedo que habrían sido necesarios para provocar semejante advertencia en el enlace, y se estremeció.

¿Realmente quiero aliarme con gente así? Todas las cosas que me preocupaba que hiciera Morgan... ¿acaso ellos harían lo mismo?

Sacudió la cabeza. Tal vez estoy malinterpretando todo; no solo el modo en que crearon esa marca limítrofe, sino el hecho de que sea un límite. Quizás uno de los Ivies fue emboscado por los soldados de Morgan y talló esa marca como advertencia para sus amigos. No puedo juzgarlos sin más

información.

Consultó la brújula, apretó la mandíbula y se puso en marcha al este, hacia el lago.

CAPÍTULO DIECISIETE

Marcus estaba sentado lo más quieto que podía, tratando de no jalar las esposas que sujetaban sus muñecas a una barra de metal que estaba detrás de él; había forcejeado mucho la primera noche, con la esperanza de zafarse, y de tanto rasparse ya tenía las muñecas en carne viva. Ahora cualquier movimiento le provocaba unas punzadas de dolor tan fuertes que lo hacían morderse el interior de la mejilla. Woolf, Galen y Vinci estaban atados a su lado, sentados en silencio contra una pared en la trastienda de un antiguo supermercado, pero ninguno de ellos parecía tan dolorido.

Marcus se preguntó si lo disimulaban mejor, o si simplemente habían sido más sensatos con

sus muñecas. Como fuera, se sentía tonto. Lo cual era de esperarse, decidió, cuando te encuentras amarrado por un terrorista a quien estabas buscando.

—Esto es lo que ganamos por confiar en ella —se lamentó.

—Era nuestra única opción —respondió Galen.

—También es una delincuente condenada —agregó Marcus. Miró a los demás con una sonrisa tan perpleja como pudo—. Creo que deberíamos haber pensado más en eso cuando hicimos nuestro plan para encontrarla.

—Estaba trabajando con el Senado y la Red de Defensa —le recordó Woolf—. Desde el comienzo de la invasión, no había hecho nada sospechoso ni ilegal... que nosotros supiéramos —añadió.

Marcus cerró la boca y se tragó su comentario desdeñoso.

—Obviamente, de haber sabido que había conseguido una ojiva nuclear, lo habríamos pensado dos veces —repuso Woolf,

decepcionado.

—De haberlo sabido, habríamos hecho exactamente lo mismo —replicó Vinci—. Solo que habríamos manejado el encuentro de otra manera. Lo mejor habría sido infiltrarnos en su ejército.

—Supongo que ya es tarde para eso, ¿no? —dijo Marcus, mirando al guardia que estaba al otro lado de la habitación.

—Así es —asintió el hombre.

—Qué pena —dijo Marcus—. Me pareció que teníamos algo.

—¿Por qué está haciendo esto? —preguntó Vinci—. Una bomba lo suficientemente potente para destruir al ejército Parcial invasor mataría en el mismo instante a casi todos los humanos de la isla. El noventa por ciento de los dos grupos está en East Meadow; eso no puede parecerle una pérdida aceptable.

—No va a detonarla en Long Island —respondió Woolf—. La llevará al norte, a White Plains, o lo más cerca que pueda llegar. Para emparejar los números, como dijo ella.

—Eso es genocidio —opinó Vinci.

—¿Como el RM? —preguntó el guardia—. ¿Como lo que nos hicieron hace trece años?

—Los Parciales no tuvimos nada que ver con el RM —respondió Vinci, en tono sereno y desapasionado. No estaba discutiendo, observó Marcus, sino simplemente explicando. Le bastó un breve vistazo al guardia furioso para ver que era poco probable que escuchara razones.

—Estás hablando con un hombre dispuesto a detonar un artefacto nuclear a ochenta kilómetros de los últimos sobrevivientes humanos —le dijo Marcus—. Demos por hecho que no te cree y sigamos adelante.

—Hay que destruir a los Parciales —dijo el guardia, levantando su fusil—. A todos. No puedo creer que todavía no nos haya permitido ejecutar a ti —se puso de pie, con el rostro duro como la piedra.

Marcus se aplastó lo más que pudo contra la pared:

—¿Ves? —dijo, tratando de que no se le quebrara la voz por el miedo—. Te dije que esto

sería más divertido.

El guardia tenía los ojos rojos de furia, y Marcus casi pensó que los mataría a todos con una sola ráfaga de balas. Pero se abrió la puerta de la trastienda y entró Delarosa, flanqueada por Yoon y otro guerrillero.

Marcus lanzó un suspiro de alivio muy audible.

—Más oportuna, imposible.

—A menos que ella también quiera vernos muertos —acotó Vinci.

—Aun así, fue oportuna —repuso Marcus—. Sería una pena que este tipo nos matara y ella no lo presenciara.

—Nadie va a matarlos —dijo Delarosa. Se adelantó y los miró, no con arrogancia ni con enojo, sino como quien está haciendo su trabajo—. No somos monstruos.

—Además, le resultamos más valiosos vivos —acotó Marcus.

—¿Cómo es eso? —preguntó Delarosa, intrigada.

—Porque, este... —Él hizo una mueca—.

En realidad no lo sé, solo lo supuse porque eso es lo que dice siempre la gente en momentos como este.

—Ha visto demasiadas películas —observó ella.

—Nunca vi ninguna —replicó, encogiéndose de hombros—. Fui un niño de la epidemia. Pero sí leí muchas novelas de espías; esas no necesitan baterías.

—Como sea —dijo Delarosa—. No tenemos más razones para mantenerlos con vida que nuestra propia decencia humana, y nada que ganar con matarlos más que comodidad.

—¿Eso es una frase hecha: «decencia humana»? —preguntó Vinci.

—¿Le parece insultante? —cuestionó ella.

—Me parece confusa. Especialmente tomando en cuenta su plan.

—No es algo que me agrada demasiado —repuso Delarosa—. Perdí muchas horas de sueño buscando una alternativa. Todos los Parciales están muriendo; ¿puedo dejar pasar un año y esperar hasta que mueran, y liberarnos sin

mover un dedo?

—Yo voto por eso —dijo Marcus—. ¿Votamos? Levanten las manos, todos; no me dejen solo —hizo un movimiento, y luego una mueca al sentir la súbita punzada de dolor en las muñecas.

—Ese plan no va a funcionar —dijo Delarosa—. El ejército de ocupación en East Meadow está matando a demasiados humanos, y ahora puede que ellos no mueran porque hallaron a Kira...

—No puede ser —exclamó Marcus—. ¿Encontraron a Kira?

—Las transmisiones cesaron —respondió la mujer—. Ya no toman rehenes. La explicación más probable es que hayan conseguido lo que querían.

—Tenemos que rescatarla —exclamó Marcus.

—Los Parciales creen que Kira les servirá para curarlos de la fecha de vencimiento —dijo Delarosa—. No sé de qué manera va a ayudarlos con eso, pero así es. Cuanto más

esperemos, menos probable es que esta situación termine; si queremos deshacernos del enemigo, tenemos que atacar ahora y con fuerza contundente. No tenemos un ejército semejante, por eso nuestra única opción es un arma nuclear: puede llevarla una sola persona, sin que la detecten, y acabar con esto de un solo golpe.

—El ejército invasor seguirá allá —le recordó Galen—. Una bomba en el continente no va a poner fin a la ocupación.

—Vinci, ¿qué hará el ejército Parcial cuando White Plains vuele en una bola de fuego? —le preguntó Delarosa.

—Regresarán allá —respondió con calma—. Tratarán de encontrar la mayor cantidad posible de sobrevivientes en el continente.

—Aunque no se vayan, morirán unos meses después —dijo Marcus—. Todas las investigaciones que hayan hecho para encontrar la cura de la fecha de vencimiento se destruirán con la explosión, igual que cualquier persona capacitada para continuarla.

—Hay que hacerlo —insistió ella—, y hay

que hacerlo ahora. Al crear a los Parciales alteramos el equilibrio de la naturaleza, y ahora tenemos que restablecerlo.

—Esa ojiva no se puede detonar en forma remota —observó Woolf—. ¿A cuál de estos bobos engañó para que la detone por usted?

—No soy un monstruo. Es mi plan y mi responsabilidad.

—¿Va a hacerlo usted misma? —preguntó Marcus.

—Vine a despedirme —dijo ella—. No quiero matarlos, pero no podemos transportarlos con eficiencia sin llamar demasiado la atención. Me voy esta noche, y dejo a Yoon a cargo de este puesto, con órdenes explícitas de que no se les haga daño.

—Dígaselo también a este tipo —dijo Marcus, señalando al guardia con la cabeza. La oyó, ¿no? No deben hacernos daño.

—¿Por qué me deja con vida si piensa asesinar a toda mi especie? —observó Vinci.

—Porque no es asesinato —respondió Delarosa—. Es necesidad.

—Eso no significa que no sea asesinato —
repuso Marcus.

—Caramba, Marcus —dijo ella con frialdad
—. Yo creía que lo único que hacías era hablar
en broma.

Dio media vuelta y se marchó, y Yoon se
quedó mirando con ojos feroces al guardia, que
mantenía el fusil levantado, hasta que este se
sentó a regañadientes.

—Están vivos —explicó Yoon—, pero aún
se los considera combatientes enemigos. Vamos
a mantenerlos aquí, bajo custodia.

—¿Hasta que muramos de viejos? —
preguntó Woolf.

—Hasta que dejen de ser una amenaza. O
hasta que ya no importe —respondió la chica.

—No puedes estar de acuerdo con ese plan
demencial —dijo Marcus—. Tú tampoco
quieres que estalle esa bomba.

—Hay muchas cosas que no quiero. A
veces tenemos que aceptarlas para obtener lo
que sí queremos.

—Si para conseguir lo que quieres hay que

matar a miles de personas, ¿realmente vale la pena? —Intentó convencerla Marcus.

—No sé —respondió ella, y echó un vistazo a Vinci—. ¿La vale?

—No me avergüenzo de lo que hicimos —respondió el Parcial—. Pero erradicar su especie nunca fue parte de nuestro plan.

—Ustedes siempre dicen eso —dijo Yoon, mirándolo directamente—. Tomando en cuenta nuestra situación actual, ¿crees que debería haberlo sido?

Vinci no respondió. Yoon se puso de pie y salió de la habitación.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ariel se plantó delante de Nandita, dispuesta a no ceder ni un centímetro.

—Dinos qué era eso.

—Ya les dije que no lo sé —respondió Nandita.

—Te conocía.

—Jamás había visto algo así en mi vida. Ni aquí, ni antes ni en ninguna parte.

—Algo así tiene que provenir de ParaGen —dijo Kessler—. Ustedes hicieron toda clase de monstruos genéticos antes del Brote: Perros Guardianes, dragones y quién sabe qué más. Y nos dijiste que los integrantes del Consorcio se aplicaron cualquier cantidad de modificaciones genéticas. Para prolongar la vida, para

incrementar la capacidad intelectual y física. A mí me parece que esa abominación deforme tiene que ser obra de ustedes.

Ariel observó a Xochi y a Kessler, que por lo general se llevaban como perro y gato, pero que en ese momento estaban totalmente en consonancia. Hasta se paraban del mismo modo, expresando su ira con la misma postura y los mismos gestos feroces. Hacían todo lo que podían por diferenciarse, y sin embargo allí estaban. *¿Será que Nandita y yo también nos parecemos?*, se preguntó Ariel. *A pesar de todo el odio que le tengo, ¿cuánto de mí no es otra cosa que un reflejo de ella? Me crio durante once años... más del doble de tiempo que mis verdaderos padres.*

Salvo que nunca fueron mis verdaderos padres. No me queda nada que sea verdaderamente mío.

Ni siquiera la furia.

—Les aseguro que si hubiera trabajado en un proyecto como ese, o lo hubiera visto siquiera, lo recordaría —dijo Nandita.

—Antes nos dijo que algunos del Consorcio no confiaban en los demás —dijo Isolde—. Que tenían proyectos de los que no hablaban entre sí. ¿Y si es algo así?

—¿Una especie de protoparcial? —preguntó Nandita—. ¿Un modelo que uno de los otros milagrosamente haya mantenido en secreto durante más de treinta años? Imposible.

—Entonces alguien más —sugirió Madison—. ¿Alguna otra compañía de genética, que haya hecho su propia versión de la misma tecnología?

—En ese caso no conocería a Nandita —repuso Ariel—. Esta cosa la conocía, lo cual significa que provino de ParaGen, o sea que ella sabe algo que nos está ocultando.

Nandita suspiró, al tiempo que miraba detrás de ellas.

—¿Podemos al menos seguir caminando? Aquí estamos demasiado expuestas.

—Ahora deberíamos ir hacia el sur —dijo Kessler—. Estamos llegando a Commack, y tenemos dos granjas en esta región. Hay que

dar por sentado que los Parciales tienen presencia aquí, aunque sean solo algunos exploradores.

—Para eso tenemos que cruzar la autopista de Long Island —observó Xochi, mirando el mapa—. Si no les gusta lo expuestas que estamos aquí, eso les gustará todavía menos.

—Si hay que hacerlo, lo haremos —dijo Ariel, y trotó para alcanzar a Nandita—. Ahora habla.

—Casi no cabe duda de que esa criatura era de ParaGen. Pero no la reconozco, y en verdad no sé quién tenía conocimientos como para hacer algo así. Es más: dado que no la reconozco, es casi seguro que haya sido creada después del Brote.

—¿Quién tiene esa clase de tecnología? —preguntó Ariel.

—Yo creía que nadie, pero haber encontrado ese establecimiento en Plum Island me obligó a repensar algunas cosas. Si ese laboratorio pudo continuar, es probable que haya otros, remanentes del antiguo movimiento

ecológico, diseñados para funcionar por completo con energía autosostenible. El primero que me viene a la mente, por supuesto, es el complejo de ParaGen.

—ParaGen fue muy bombardeado durante la Guerra Parcial —recordó Kessler.

—Lo sé —respondió Nandita con frialdad—. Yo estaba allí. Pero era un establecimiento robusto, y puede que algo haya quedado. La compañía tenía el equipamiento necesario para crear una criatura como esa, aunque en aquellos tiempos habríamos hecho los cambios más sutiles, más humanos; y también para hacer todo eso que dijo la criatura: componer el mundo, el clima.

—¿Cómo podría ParaGen «componer» el clima? —preguntó Ariel, con una sonrisa burlona—. Ustedes eran una compañía de genética; no se puede aplicar modificaciones genéticas al viento.

—La genética se puede usar para componer cualquier cosa, con suficiente tiempo y energía —repuso Nandita—. La ingeniería genética es

la fuerza más poderosa del planeta. El establecimiento de ParaGen estaba construido sobre un antiguo depósito de materiales radiactivos, y desarrollamos microbios para que absorbieran la radiación y la neutralizaran; hicimos otros para nutrir el suelo y las plantas. Al momento del Brote, había llegado a ser un vergel. No digo que sea eso lo que pasó, porque no lo sé; pero alguien que contara con tiempo y medios suficientes podría alterar el clima desarrollando bacterias que irradian o absorban calor, o para liberar el agua atrapada en ciertas zonas o ciertos acuíferos.

Haciéndolo a una escala suficientemente grande, se podrían modificar los perfiles meteorológicos y, a la larga, las estaciones mismas, pero haría falta una cantidad increíble de energía para crear y distribuir esa clase de bacterias en un lapso menor a una era geológica. Es posible que el antiguo establecimiento todavía tenga energía, pero no tanta.

—Entonces alguien desarrolló una cantidad

de gérmenes para modificar el tiempo —dijo Isolde—, y un monstruo horrendo para que viniera a contárnoslo. Esa afirmación dice mucho sobre lo loco que está el mundo.

—Pero no explica cómo es que reconoció a Nandita —objetó Ariel—. Ese no era un monstruo aleatorio fabricado en un capullo: te conocía. Te había visto antes, y por su manera de hablar, pensó que lo reconocerías.

—¿Y si tenía modificaciones genéticas? —preguntó Xochi—. Quizá no haya sido una criatura, sino alguien a quien conocías... modificado y... «monstruificado». Ustedes me entienden.

—Semejante cantidad de modificaciones genéticas volverían loca a una persona —respondió Nandita—. Vimos casos así en aquel entonces, y a escala mucho menor. Algo así de drástico le destrozaría la mente a quien se lo hiciera.

—Eso podría ser una explicación —dijo Ariel—. ¿Tienes idea de quién podría ser?

—Allá está la autopista —anunció Kessler.

Habían seguido un sendero de postes telefónicos que cortaba un estrecho camino boscoso entre las viviendas y los comercios a ambos lados, pero el sendero se había terminado. Los pocos cables telefónicos que quedaban sujetos a los postes se extendían por encima de una ancha hondonada, llena de asfalto y automóviles.

Ariel se abrió camino entre la maleza para poder ver mejor y contó diez carriles, más cuatro arcenes abiertos que las separaban de los bordes de la carretera.

—Sesenta metros de ancho, por lo menos —dijo Kessler—, y sin vehículos suficientes para protegernos.

Si hacemos esto, tenemos que ser rápidas y tener suerte.

—La última vez que crucé esta autopista, pasamos por debajo —recordó Isolde—. Eso me gustó más.

—Aquí no hay por dónde cruzar por debajo —repuso Kessler—. Solo puentes por encima, como aquel, que no tiene costados y

probablemente nos exponga más que cruzar corriendo por aquí.

—Ya hice esto antes —dijo Xochi—. Cruzamos sin problemas.

—¿Dónde nos metemos si nos quedamos de este lado? —preguntó Madison—. ¿Realmente vale la pena arriesgarnos a cruzar?

—En esta zona es más probable que haya Parciales patrullando —respondió Kessler. Tomó el mapa de Xochi y lo sostuvo abierto para que todas lo vieran—. Además, en dos o tres kilómetros nos encontraremos con este nodo vial, y más allá, toda esta área es un distrito comercial: calles anchas con grandes estacionamientos. Allí estaremos más expuestas. Pero si cruzamos ahora podemos perdernos en una serie de zonas residenciales, y pasar la noche en el campus de esta universidad comunitaria; tiene algunos espacios abiertos, pero son jardines, de modo que seguramente tendrán mucho follaje para ocultarnos, y nunca los usamos para cultivo, o sea que no debería haber asentamientos ni Parciales por allí.

—Es poco probable que haya alguien vigilando este tramo de la autopista justo en este momento —opinó Xochi—. No tan poco como quisiéramos, pero poco. Si nos lanzamos y corremos, podemos hacerlo.

—Pues vamos, entonces —dijo Isolde—. Khan va a despertar pronto, y cuando eso pase, nos conviene estar lo más lejos posible de las patrullas Parciales.

Ariel asintió y echó un vistazo al bebé dormido; sedado, en realidad, pues debido a su llanto constante Nandita había empezado a administrarle fármacos en dosis bajas para mayor seguridad. Pero a la larga el efecto de los sedantes pasaba, y necesitaban estar bien escondidas cuando volviera a despertar. El grupo se abrió camino entre los árboles (que allí parecían más densos que en el sendero que acababan de recorrer) y bajaron al borde de la autopista abierta.

—¿Todas listas? —susurró Ariel. Escuchó con atención mientras cada una de las mujeres respondía que sí. Respiró hondo—. Vamos.

El grupo echó a correr, con las mochilas golpeándoles las espaldas y los pies dando furiosamente contra el asfalto. El borde de la autopista estaba resquebrajado y roto por las plantas que luchaban por recuperar su antiguo territorio, pero la carretera era tan ancha que el centro seguía liso, cubierto de hojas muertas y tierra arrastrada por el viento, pero entero. Corrieron hasta ubicarse detrás de un camión de reparto, y luego delante de una camioneta. Tres carriles. Cuatro. Ariel casi había llegado a la barrera central cuando oyó un grito, y al levantar la vista vio tres figuras en el puente cercano.

—¡Parciales! ¡Sigán corriendo! —gritó, se agazapó junto a los restos oxidados de un vehículo todo terreno y empezó a disparar, tratando de obligar al enemigo a ponerse a cubierto. Las figuras desaparecieron, pero mantuvo los ojos en el puente, lista para disparar a la primera cabeza que se asomara—. ¡No se detengan! —gritó—. ¡Tenemos que ir al sur!

Xochi llegó primero a la barrera y saltó por encima; luego se volvió para recibir a Arwen de

brazos de Madison. Ambas muchachas corrieron hacia los árboles que había al sur, mientras Kessler, que las seguía de cerca, se parapetaba detrás de un camión de mudanzas y disparaba otra ráfaga.

—¡Ariel! —gritó—. ¡Yo te cubro! ¡Corre!

Nandita saltó ágilmente por encima de la barrera, y luego se detuvo para ayudar a Isolde a cruzar con Khan aún sujeto a su pecho. Ariel oyó llorar al bebé; probablemente lo habían despertado los disparos.

Llegó a la barrera justo en el momento en que Isolde terminaba de cruzarla, y la saltó sin detenerse.

Una voz gritó desde el puente durante el breve momento de silencio.

—¡No disparen!

—¡Al diablo! —Gruñó Ariel; corrió más allá de donde estaba Kessler y se parapetó detrás de un sedán blanco amarillento que estaba torcido de lado sobre la calzada. Había un esqueleto caído contra el volante. Ariel disparó hacia el puente y gritó a Kessler que avanzara—.

¡Vayan a los árboles! —Disparó otra ráfaga—.

¡Podemos perderlos en las casas del otro lado!

—¡Hay un alambrado! —gritó Xochi—.

¡Necesitamos más tiempo para derribarlo!

Ariel apretó los dientes y volvió a disparar.

—Vamos, malditos, asomen las cabecitas —disparó una vez más—. A ver si se atreven.

—¡No disparen! —gritaron las figuras desde el puente—. ¡Madison!

Ariel frunció el ceño, confundida.

—¿Dijo mi nombre? —Madison se volvió al instante.

—¿Cómo es que todas estas cosas saben nuestros nombres? —preguntó Kessler, al tiempo que llegaba al otro lado y se arrojaba contra el alambrado.

—¡Madison! ¡Soy yo! ¡Madison, te encontramos!

—¡Es Haru! —dijo ella, y volvió a correr hacia la carretera.

—No es él —gruñó Ariel—, es una trampa. ¡Agacha la cabeza antes de que te maten de un tiro!

—¡Ya cruzamos el alambrado! —gritó Xochi.

—Madison, diles que no disparen —la voz resonó en la hondonada bordeada de árboles—. ¡Soy yo, voy a ponerme de pie!

—No le disparen —ordenó Madison—, es mi marido.

—No puede ser —dijo Isolde.

Una figura se puso de pie en el puente, y a su lado otra, y otra más. Estaban a casi cien metros de ellas y no era fácil distinguirlos, pero Ariel vio que no llevaban uniformes Parciales.

—¡Es él! —Madison cayó de rodillas, en medio de fuertes sollozos—. Es él, está vivo.

—Reúnanse con nosotros del otro lado —dijo Haru, y corrió por el puente hacia el sur. Lo siguieron algunas figuras más, mientras que otras se quedaron atrás y se pusieron en posición de disparar para cubrir el último tramo de la carrera de las mujeres. Ariel no sabía qué pensar y se quedó agazapada, apuntándoles directamente.

—Vamos —dijo Isolde—. Si fueran

enemigos, ya nos habrían matado.

—A menos que nos quieran vivas —repuso Ariel.

—Es Haru —insistió Isolde—. Tú no lo conoces como nosotras; reconozco su voz.

—Salgan del camino —gritó Kessler—. Sea quien sea, tenemos que resguardarnos.

Ariel gruñó con frustración, pero comprendió que Kessler tenía razón. Echó un último vistazo a los tiradores que estaban en el puente, luego se levantó de un salto y corrió hacia los árboles. Xochi y las demás habían volteado el alambrado lo suficiente como para poder pasar por encima, y Kessler y Nandita estaban ayudando a Isolde. Khan lloraba de un modo lastimoso, otra vez despierto en su vida de dolor infinito. Isolde pasó por encima del alambrado, seguida de cerca por Kessler y Nandita. Ni siquiera habían llegado al camino de acceso, en lo alto de la pendiente, cuando Haru llegó corriendo entre la maleza, gritando el nombre de Madison. Ella le respondió y corrió hacia él, y se arrojó en sus brazos con Arwen

aprisionada entre los dos: el primer reencuentro de una familia de verdad en trece años. Ariel vio que Isolde y Xochi lloraban; hasta Kessler tenía los ojos húmedos. Ariel también quería llorar, pero no le vinieron las lágrimas. Nandita estaba tan impasible como siempre.

—Te encontré —dijo Haru—. Te encontré. Te encontré.

—Pensé que habías muerto —respondió Madison.

—Tenemos que escondernos —dijo él—. Ya hemos hecho demasiado ruido. Todos los Parciales de la isla pueden oírnos, y... — Súbitamente se interrumpió y paseó la mirada de Arwen a Khan y viceversa—. ¿El bebé que llora no es Arwen? ¿Hay dos bebés?

—Este es mío —respondió Isolde. Tenía los ojos hundidos y la voz cargada de fatiga—. Tiene casi un mes.

—Pues esto sí que empieza a ponerse interesante —dijo él.

—¿Qué pasa? —preguntó, confundida.

Los compañeros de Haru llegaron entre el

follaje, encabezados por el senador Hobb:

—Tenemos que escondernos. ¿Pueden hacer callar a esa criatura?

—Lo felicito, Hobb —le dijo Haru secamente—. Ya es padre.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—¿Qué haces aquí, Hobb? —preguntó Isolde atónita.

—¿Isolde? —El senador parecía entre sorprendido y aterrado.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Ariel, mientras pasaba junto a ellos entre los árboles—. En cualquier momento podría llegar una patrulla Parcial; tenemos que seguir avanzando.

—¿Ese es... —Hobb se quedó mirando al bebé que lloraba, demasiado sorprendido como para moverse— mi... hijo?

—Podemos hablar de eso mientras corremos —dijo Nandita. Miró a Haru—. ¿Vienen del norte o del sur?

—Del sur —respondió—. Hace dos días

que no vemos a ningún Parcial.

—Entonces sigamos hacia el sur —dijo Nandita—. Xochi, búscanos un sitio donde pasar la noche.

—Vimos un buen lugar cerca de aquí —dijo Hobb—. Era una escuela secundaria, por esta misma calle, a unas cuatro cuadras...

—Gracias —dijo Nandita apresuradamente—, pero podemos buscar nuestros propios escondites. Por los niños, necesitamos un tipo muy especial de campamento; y una escuela no nos sirve.

Los hombres se pusieron en marcha junto a ellas; Xochi y Kessler iban por delante. Un momento después se les unieron los tiradores de Haru que se habían quedado en el puente, y asumieron la retaguardia, de modo que Ariel trotó para alcanzar a Isolde. Había seis hombres en total, un número exacto para las seis mujeres.

—¿Es niña o varón? —preguntó Hobb.

—Varón —respondió Isolde, sin mirarlo siquiera.

—Tengo un hijo —exclamó, con voz

reverente.

—Después de embarazarme, dejaste bien claro que no tenías ningún interés en mí ni en el bebé —replicó ella—. Eso significa que yo tengo un hijo, y tú solo el recuerdo de algo que nunca volverás a tener.

—Te comportas como si te hubiera echado de mi lado. Soy un hombre ocupado. No puedes pensar que te odio solo porque no tenía tiempo para una conversación profunda todos los días.

—Yo trabajaba en tu oficina —le recordó Isolde—. Ni siquiera tenías tiempo para un «Buenos días, Isolde», y eso me parece una señal bastante clara.

—Estábamos bajo la Ley de Esperanza —protestó Hobb, indignado—. Embarazarte era nuestro deber cívico, tuyo y mío, pero nunca pensé que el niño viviría. Nunca sobreviven. De haberlo sabido...

—¿Sinceramente crees que algo de lo que estás diciendo habla a tu favor? —lo interrumpió Isolde.

—Pero yo...

—Creo que ya es hora de que se calle —intervino Ariel—. Podemos hablar de esto más tarde.

—O nunca —acotó Isolde.

—Nunca también me parece bien —dijo Ariel. Hobb la miró enojado, pero obedeció.

Xochi los hizo abandonar el camino principal en la primera calle buena que cruzaron, y fueron serpenteando por una serie de calles angostas y arboladas hasta que por fin encontraron una casa escondida detrás de las otras, rodeada por un bosque espeso. El grupo fue hasta el fondo; entraron por una ventana ancha y rota que no parecía usada, y bajaron al subsuelo. Estaba húmedo y olía a encierro, pero bloquearon las puertas del sótano y arrimaron colchones contra ellas, para amortiguar los sonidos lo más posible. Arwen se puso a jugar y balbucear, entusiasmada por ver a su papá, sentada en la alfombra enmohecida. Isolde sacó a Khan del portabebés y trató de amamantarlo, pero el niño estaba demasiado alterado como para alimentarse, de modo que ella se dedicó a

intentar calmarlo. A Ariel le pareció que las ampollas estaban peor que de costumbre, pero era difícil estar seguro.

Hobb miró al niño, alarmado.

—¿Qué le pasa? ¡Está enfermo!

—Nació así —explicó Nandita—. Tenemos algunos analgésicos y antifebriles para mantenerlo cómodo, pero por ahora es lo mejor que podemos hacer.

—Sabes a qué se parece eso —dijo Hobb, observándolo con atención.

—Es el arma biológica —dijo Haru, inclinándose hacia adelante, al reparar en lo mismo—. Los síntomas parecen idénticos.

—¿Qué arma biológica? —preguntó Isolde.

—No lo sabemos con exactitud —respondió Haru—. Los Parciales se están enfermando; pensábamos que era parte de su proceso de vencimiento, pero todo lo que pudimos averiguar indica otra cosa. Están diciendo que es un arma biológica, y piensan que es nuestra represalia.

—Los dos que encontramos en las afueras de Plainview dijeron lo mismo —recordó Ariel

—. ¿Por qué no consideran que es una simple enfermedad?

—Porque aparece en áreas muy específicas —explicó Haru—. Supimos toda la historia por dos víctimas, también cerca de Plainview; eran exploradores, creo, que se habían contagiado en una misión y nunca volvieron a su base. Cuando los encontramos, estaban demasiado enfermos como para resistirse, de modo que averiguamos todo lo que pudimos a cambio de una muerte piadosa.

—¿Les pidieron que los mataran? —
Madison palideció.

—Aparentemente, es muy dolorosa —
continuó Haru—. Creen que el arma biológica se disparó en East Meadow, en la zona donde vivía Nandita, y que quien la tenía se trasladó al este por una ruta que los Parciales todavía no han podido descubrir. Los síntomas parecen más o menos lo que tiene tu hijo: piel escamosa, ampollas amarillas, mucha fiebre, y los dos con quienes hablamos además alucinaban. No dejaban de hablar de un monstruo gigantesco, y

de nieve...

—No puede ser —dijo Ariel. Estaba mirando a Isolde, que le devolvía la mirada con la misma expresión atónita. Luego observó a las otras mujeres y se le fue el alma al suelo al ver que aparentemente cada una de ellas había llegado a la misma conclusión.

—Este silencio tan repentino me asusta mucho —dijo Haru—. ¿Qué está pasando?

—No puede ser él —dijo Isolde.

—Claro que sí —replicó Kessler—. Por donde hemos estado...

—Lo sé —gruñó Isolde—. Sé que probablemente se trata de Khan. Solo que no quiero que lo sea.

—¿Ese nombre le pusiste? —preguntó Hobb—. ¿Khan?

—No es lógico que Khan también se haya contagiado —dijo Haru—. Está dirigido a los Parciales...

—Él es Parcial —replicó Isolde—. Y yo también —señaló a Ariel—. Las dos lo somos. Pregúntenselo a Nandita.

Los hombres miraron a Ariel, y luego a Nandita.

—¿Qué?! —preguntó Hobb.

—Es una larga historia —respondió Ariel—, y Nandita la cuenta muy mal. Les haré un resumen: Nandita trabajaba como genetista en ParaGen. Ellos crearon a los Parciales y los llenaron de varias enfermedades raras, entre ellas el RM y una enfermedad alternativa que los mata. Cuando se rebelaron, se liberó la enfermedad que no debía, porque la que mataba a los Parciales solo estaba dentro de un puñado de Parciales de modelo más reciente, que imitan un ciclo de vida humano normal. Isolde, Kira y yo.

Hobb se quedó mirándola, inexpresivo.

—¿Qué?! —volvió a preguntar.

—Creo que lo que quiere decir es «¿Qué diablos dijiste?». —Haru sacudió la cabeza.

—Ariel omitió contarles los motivos de nuestras acciones —intervino Nandita—, pero sí les contó lo básico. El ADN de Isolde tiene codificados todos los detalles de una epidemia

que mata a los Parciales, y cuando ese ADN se combinó con el de Hobb al concebir a Khan, puede que se haya... desatado.

—¿Desatado? —repitió Hobb—. ¿Mi hijo se está muriendo de un mal que usted creó, y lo único que dice es que se «desató»?

—Tal vez yo pueda curarlo —dijo Nandita—. Aparentemente, su mitad humana lo mantiene con vida, y si logramos llegar al laboratorio de Plum Island, allá hay equipos que pueden eliminar la enfermedad.

Ahora Isolde sostenía a Khan con más fuerza, meciéndolo suavemente, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Eres Parcial? —Hobb seguía estupefacto.

—Tiene que aceptar esa parte —le dijo Ariel—. Ninguna de nosotras lo sabía hasta hace unas semanas.

—Hagamos una pausa y pensemos en esto —propuso Kessler—. Íbamos camino a Plum Island, y a la larga deberíamos ir allá, pero si es un arma biológica...

—No —dijo Isolde.

—Si mató tan rápido a esos dos soldados en Plainview —prosiguió Kessler—, piensen en lo que podría hacer si lo metiéramos en medio del ejército Parcial.

—Ni lo sueñe —siseó Isolde—. ¡Es un bebé, no una bomba!

—Los Parciales han arruinado todo lo que alguna vez amamos —arguyó Kessler—. Podríamos terminar con todo ahora mismo: la guerra, la ocupación, los que nos buscan...

—¿Quiere que nos entreguemos para acabar con los que nos buscan? —se burló Ariel.

—Estaríamos en custodia un par de días, a lo sumo —dijo Kessler—; después todos ellos morirían, y podríamos ir a Plum Island más rápido, sin tener que parar a escondernos a cada rato. Podríamos curarlo antes.

—¡No va a usar a mi hijo como arma! —exclamó Isolde.

—De todos modos, no importa —dijo Haru—. Por eso les seguimos el rastro por toda la

isla: tenemos que irnos ahora. No hay tiempo para atacar a los Parciales, y menos aún para visitar un laboratorio.

—Si no llegamos al laboratorio, él morirá —advirtió Nandita.

—Si no vamos al sur lo más pronto posible, también morirá —replicó Haru—. ¿Se enteraron del atentado explosivo en Plainview?

—Los soldados pensaron que habíamos sido nosotras —asintió Ariel.

—Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado —dijo Haru—. Fue el primer ataque de una campaña militar para distraer al ejército Parcial y llevarlo hacia el norte, lejos de East Meadow y de todo lo que está al sur de allí. Estamos desalojando a todos los humanos que podamos: primero de East Meadow, luego de la isla, y luego bajando por la costa hasta donde lleguemos.

—No podemos escapar de los Parciales —objetó Xochi—. Necesitamos sus feromonas para curar el RM.

—Estoy seguro de que algunos nos seguirán

—respondió Haru—. No habrá otro lugar adónde ir.

—¿De qué hablas? —le preguntó Ariel, preocupada—. ¿Qué es lo que va a suceder?

—La exsenadora Marisol Delarosa está llevando un artefacto nuclear a White Plains. El radio de la lluvia radiactiva alcanzará gran parte de Long Island; no sabemos cuánto ni dónde, por eso es más seguro no estar aquí. Si viajáramos al norte y al este hacia ese laboratorio, estaríamos siguiendo el viento y metiéndonos en más problemas.

—¿Cómo diablos hizo para conseguir una bomba atómica? —preguntó Kessler.

—¿Qué importa eso ahora? —dijo Xochi. Miró a Haru—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Eso tampoco lo sabemos. Probablemente viaja despacio para que no la descubran. No sé qué tamaño tendrá esa ojiva, pero no creo que sea muy fácil transportarla. Por otra parte, ustedes viajan aún más despacio por los niños. Si quieren llegar a un área segura, tienen que ponerse en marcha ahora mismo.

—No podemos irnos así como así — protestó Isolde—. Si nos atrapa la lluvia radiactiva, Khan podría morir, pero si no llegamos a ese laboratorio, es seguro que morirá. Prefiero arriesgarme con la lluvia.

—Yo... —La voz de Madison se apagó, con un dejo de culpa—. No puedo poner a Arwen en peligro.

Se hizo un breve silencio. Ariel miró a una madre y a la otra; se sentía atrapada.

—Saben que las seguiría hasta los confines de la tierra, si pudiera —dijo Madison. Miró a Isolde, con los ojos llenos de lágrimas—. Haría lo que sea para ayudar a tu bebé, pero ya no puedo pensar solo en mí.

Tengo que salvar a Arwen, y si eso significa... —Cerró los ojos—. Creo que tenemos que separarnos.

—No podemos hacer eso —dijo Haru.

—Es que no pondré a Arwen en peligro... —dijo Madison furiosa.

—No estoy diciendo que debemos hacer eso —respondió Haru—. Sino que tenemos que

alejarnos del peligro, todos juntos —Isolde empezó a protestar, pero Haru la hizo callar levantando la voz—. Sé que quieres ayudar a tu hijo, pero de todos modos el plan que tienen para eso es bastante improbable. Evitar que las atrape el ejército Parcial, hallar ese laboratorio, que Nandita pueda curarlo... son demasiadas condiciones. Es completamente azaroso. Vengan al sur con nosotros, lejos de la explosión, y encontraremos otra manera de ayudarlo.

—¡Si esperamos tanto tiempo, morirá! —exclamó Ariel.

—No griten —pidió Xochi—. No queremos que nos descubran.

—Nunca encontraremos otro laboratorio como el de Plum Island —dijo Isolde—. Es autosostenible, tiene energía propia y está preparado para combatir las enfermedades. Si vamos a salvarle la vida, tenemos que ir allá.

—Deberíamos dividirnos —dijo el senador Hobb, con expresión solemne, y Ariel vio en él una chispa del antiguo Hobb, el líder carismático que había gobernado la isla durante los peores

días de su guerra civil. Miró a Haru—. Lleva a tu esposa y a tu hija, y a quien quiera ir contigo. Reúnete con los demás refugiados y salgan de la isla. Yo iré con Isolde y Nandita al laboratorio, y los alcanzaremos apenas podamos.

—Van a morir —les advirtió Haru.

—Pues entonces moriré protegiendo a mi hijo —repuso Hobb—. Valdrá la pena.

—Yo me quedo con Isolde —dijo Ariel.

—Yo también —asintió Xochi.

—O sea que yo también —dijo Kessler—.

También soy madre, ¿sabes?

—No es lo mismo —replicó Xochi, pero Kessler sacudió la cabeza.

—El hecho de que no me caigas muy bien no significa que no te ame. Te crie durante diez años; eres mi hija, te guste o no.

—Lo siento mucho, Isolde —dijo Madison, enjugándose las lágrimas—. Ojalá pudiera ir contigo.

—Protege a Arwen —le respondió ella—. Estás haciendo exactamente lo que haría yo en la misma situación. No te preocupes.

—Te quiero —dijo Madison, y envolvió a su hermana adoptiva en un abrazo triste.

—Yo también te quiero, Mads.

—No voy a obligar a nadie más a venir con nosotros —dijo Hobb, dirigiéndose a los cuatro soldados de la Red de Defensa que estaban en el grupo—. Estas muchachas se han manejado muy bien hasta ahora; ustedes pueden hacer más si acompañan a Haru al sur y evacúan a todos los humanos que puedan.

—Entonces saldremos a primera hora de la mañana —anunció Haru—. Descansen bien, porque tenemos mucho camino que andar.

CAPÍTULO VEINTE

El mapa de Kira indicaba una prisión. Estaba cerca de la costa del Lago Candlewood, en un largo brazo de agua hacia el sur llamado Bahía Danbury. Ese, decidió, sería el sitio más probable para que un grupo de rebeldes Parciales establecieran su base: las mismas defensas que impedían salir a los prisioneros se podían aprovechar para bloquear la entrada del enemigo. Allí los Ivies estarían bien preparados para repeler a las fuerzas de Morgan. Abandonó el sendero que consideraba seguro y siguió por las calles residenciales, en lugar de la franja boscosa que había entre ellas, con la esperanza de evitar toparse con aquellas horrendas marcas de advertencia... y con la gente que las había

hecho. Aún no sabía qué pensar de los Ivies, y cuando por fin los conociera, quería que fuera en sus propios términos.

Si bien había tratado de no ir por los bosques, estos estaban tan extendidos que acabó por cruzar una cantidad de lomas y hondonadas densamente forestadas. Al cruzar un arroyo próximo a Padanaram Road, encontró otra IV brillante tallada en un árbol, y se apartó para no pasar cerca de ella. A partir de allí, el terreno iba en subida, una pendiente leve pero continua, y cuatrocientos metros más adelante pasó por una granja abandonada. Sus tierras estaban completamente cubiertas por árboles jóvenes. Del otro lado del campo se encontraba la prisión, y Kira avanzó muy despacio entre la maleza, con cautela, casi arrastrándose, y deteniéndose cada varios segundos para ver si oía algo, ya fuera delante o detrás de ella.

No percibió nada, y cuando se atrevió a usar el enlace, tampoco. Cruzar le pareció una eternidad, y el sol ya había pasado su punto más alto cuando se encontró a varios metros de la

prisión.

Ahora tengo la luz atrás, pensó, agazapada entre la maleza, mientras planeaba cómo acercarse. *Si me pongo de pie, todo el mundo podrá ver mi silueta, pero si me quedo abajo, les dará el sol en los ojos y a mí me ocultarán las sombras.* Avanzó despacio y en silencio, conteniendo el aliento.

La prisión estaba tan vacía y decrepita como el resto de los edificios por los que había pasado.

Permaneció otra hora vigilándola, para estar segura, obligándose a tener paciencia y no delatarse.

Solo cuando el sol se hundió en el horizonte se atrevió a salir de su escondite en el límite del bosque, y a cruzar con todo sigilo la playa de estacionamiento resquebrajada hasta la valla oxidada de la prisión.

Estaba rota y torcida, y el interior estaba lleno de esqueletos envueltos en overoles anaranjados desteñidos: una fuga detenida trece años atrás, cuando los últimos presos moribundos trataban de huir antes de que la

peste acabara con sus vidas. Kira se preguntó cuántos habrían logrado escapar, solo para caer muertos después en el campo que acababa de atravesar. Los cadáveres que estaban detrás de la valla habían sido picoteados por los cuervos, y tenían la vestimenta rasgada y desgarrada; en los sectores de la valla donde había brechas, habían entrado perros salvajes, que habían mordido y arrastrado los cuerpos por el campo. Nadie, ni humanos ni Parciales, había puesto un pie en esa cárcel desde el Brote. Recorrió todo el perímetro, solo para estar segura, pero el escenario era el mismo por todos los costados. No había dónde buscar, excepto en el lago mismo, y en las casas que hubieran elegido los Ivies en la costa para establecer su comunidad.

Esa noche durmió en la cárcel, no quiso encender una fogata, y comió su última manzana. Le gruñía el estómago, pero no se atrevió a salir a buscar más comida. Aún le preocupaba el mensaje que había dejado el árbol ensangrentado en el enlace.

MUERTE.

SANGRE.

Desde la prisión, nació un camino angosto que serpenteaba a través del bosque hasta un muelle en la bahía, pero cuando Kira salió por la mañana optó por caminar entre los árboles, para seguir sin tomar las rutas obvias. La bahía era ancha, unos ciento cincuenta metros en la parte más angosta, y mientras que en la costa cercana no había más que bosque, la orilla opuesta estaba bordeada de casas, cada una con su muelle privado. Alcanzaba a ver las casas por entre el follaje, pero parecían vacías. Caminó hacia el norte por la ribera occidental, siempre a varias decenas de metros del agua para mantenerse oculta, alerta ante cualquier indicio de vida o movimiento.

Un kilómetro y medio más adelante, llegó a un promontorio ancho, donde terminaba la bahía y empezaba el lago; al final de aquel había un embarcadero pequeño. Se acercó con cautela, tratando de divisar mejor al otro lado del agua, y se detuvo en seco al ver el embarcadero en sí. Erguido en el borde de la madera agrietada

había un tronco delgado, quizás un antiguo poste de señalización, pero el cartel ya no estaba y en su lugar había una mano, humana o Parcial, clavada con una gruesa flecha emplumada.

Kira sintió que se le dilataban los ojos, y se tapó la boca con los dedos para ahogar un grito. Se acercó algunos pasos con sigilo, para ver mejor. La mano estaba seccionada a la altura de la muñeca; la palma estaba presionada contra el poste y la flecha le había atravesado directamente el dorso. Debajo de la muñeca, la madera estaba oscura y descolorida, y a Kira le pareció ver una marca de arma cortante en la madera en sí; alguien había clavado la mano a la madera mientras seguía sujeta al cuerpo, y luego la había cortado y dejado desangrar. La piel estaba gris, pero no descompuesta. Aquello había pasado en los últimos días.

Dio otro paso hacia adelante en busca del cadáver, pero se detuvo y se adentró más en el bosque, donde se agachó al abrigo de una roca gigantesca y sacudió la cabeza compulsivamente.

—Esto no está bien. No está bien — murmuró. Desenfundó su pistola, solo porque la reconfortaba tenerla en la mano, y espió entre los árboles. Una brisa suave agitó las plumas en el extremo de la flecha—. Es solo una advertencia... un mensaje para las fuerzas de Morgan, que son el único enemigo que tienen en esta parte del país. Quizá sean amigables conmigo... incluso con los humanos... —suspiró con exasperación—. ¿A quién quiero engañar? No soy tan tonta —se puso de pie—. Hay otras facciones Parciales con las que puedo hablar. Voy a buscar alguna que no acostumbre desmembrar a sus enemigos y usar las partes de su cuerpo como elementos decorativos.

Giró para marcharse, pero desde su nueva ubicación alcanzó a divisar un pie en el embarcadero, y parecía estar todavía sujeto a un cuerpo. Se detuvo. Si lograba reconocer qué ropa tenía el cadáver, sabría quién lo había matado y de qué lado estaba. Volvió a mirar la flecha y la mano grisácea. *La gente de Morgan no usa flechas. Pero quizá tampoco sean los*

Ivies. Volvió a rezongar. No importa de quién sea ese cuerpo; necesito salir de aquí ahora mismo...

Y entonces el pie se movió.

Kira maldijo por lo bajo, apretó los dientes y se quedó observando el muelle con espanto. Si allí había alguien con vida, tenía que ayudar... pero para llegar al embarcadero debía salir de entre los árboles. Cualquiera que estuviera en el lago podría verla. Aún no sabía en qué zona vivían los Ivies ni qué otros grupos podían andar por allí, peleando con ellos. Trató de dar media vuelta y alejarse, pero no pudo. Si aquella víctima estaba con vida, necesitaba su ayuda. Revisó su pistola para asegurarse de que tenía el cargador lleno y una bala en la recámara, y avanzó con sigilo.

El lago resplandecía bajo la luz matutina. Como tenía el sol al este, se hallaba en la situación contraria a la de la noche anterior: quedaba totalmente expuesta y la cegaban los destellos en el agua. Dio otro paso adelante, mirando a todos lados con inquietud. ¿Se había

movido algo entre los árboles? ¿Y en el agua? Sostuvo la pistola con manos temblorosas, tratando de tranquilizarse: *Esto no es una emboscada. Le cortaron la mano y se fueron. Es la única explicación lógica.*

¿Cierto?

Llegó al camino que pasaba frente al muelle; probablemente era una antigua ruta de senderismo que se había mantenido abierta por el paso de los venados o los zorros. Miró a izquierda y derecha, agazapada en el límite del angosto claro, pero el bosque era denso y el sendero se curvaba en ambas direcciones, lo cual limitaba su visión. Volvió a mirar el cuerpo que estaba en el embarcadero, que se hallaba medio oculto por un conjunto de árboles pero iba apareciendo lentamente ante su vista a medida que avanzaba. La pierna volvió a moverse, débilmente, pero Kira habría jurado que el movimiento había sido deliberado, no una sacudida espontánea de un sistema nervioso agonizante. El hombre estaba vivo, y quizás incluso semiconsciente.

Se detuvo donde terminaban los árboles y se escondió en silencio detrás de un tronco. Un paso más y quedaría al descubierto, visible desde el otro lado del lago.

—Si vuelvo a ver a la doctora Morgan, voy a darle un puñetazo en la boca —dijo en voz baja—. ¿Que se oponen a la experimentación médica? ¿Era todo lo que podía decir sobre este grupo? ¿Nada de «salvajes psicópatas que asesinan a la gente en un lago endemoniado»? ¿Acaso no valía la pena apuntar eso?

La pierna se movió. Kira vio otro movimiento por el rabillo del ojo y dio media vuelta, impulsada por su entrenamiento y por la adrenalina, con la pistola apuntada en esa dirección. Solo era una rama agitada por el viento.

Puso un pie en el embarcadero. Ahora podía ver al hombre entero, tendido en el suelo, sujetándose el muñón del brazo con la mano sana. Llevaba puesto el uniforme gris del ejército Parcial, igual que todos los soldados de Morgan. Tenía sangre seca mezclada con

manchones de sangre fresca. Kira se acercó a la flecha, y al hacerlo se enlazó con el hombre herido: DOLOR SANGRE AYÚDENME SOCORRO. El ancho lago se extendía ante ella, inquietantemente idílico en comparación con la escena macabra. Guardó la pistola en la mochila, se arrodilló junto al hombre y le palpó el cuello para comprobar su pulso. Él se sobresaltó cuando lo tocó, pero estaba demasiado débil como para apartarse.

—No... —graznó.

—Vine a ayudarte —le dijo, al tiempo que arrancaba un jirón de la ropa del hombre y le vendaba la muñeca—. ¿Quién te hizo esto?

TRAICIÓN, decía el enlace. El hombre trató de hablar, pero tenía la voz demasiado quebrada y ronca. SANGRE.

—Tienes que decírmelo —insistió Kira—. ¿Fueron los Ivies? ¿Dónde están? ¿Qué están haciendo?

—Fue el... Hombre de la Sangre.

—¿El Hombre de la Sangre? —Le ató el vendaje y empezó a palparle el resto del cuerpo

en busca de heridas. Había demasiada sangre como para que proviniera solamente de la muñeca... y entonces encontró la causa: una gran herida abierta en el abdomen, donde la sangre se mezclaba con las vísceras. El hedor la espantó—. Esta herida te perforó los intestinos —observó, tragándose el asco—. Necesitas antibióticos.

—El Hombre de la Sangre —graznó el soldado—. Sirven al Hombre de la Sangre.

—¿Los Ivies? —le preguntó. Miró alrededor buscando algo con qué restañar el sangrado abdominal, pero sabía que el hombre moriría. Estaban demasiado lejos de cualquier persona que pudiera ayudarlo, aunque encontrara el modo de trasladarlo. Gruñó de frustración, luego rasgó su propia camiseta a varios centímetros del dobladillo y aplicó el trozo sobre la herida.

—Tienes que huir —le dijo él, con voz tan ronca que hasta dolía oírlo—. Van a querer también la tuya.

—¿Mi mano?

—Tu sangre.

Kira vio un movimiento fugaz en el lago, no en la superficie del agua sino por debajo: la sombra oscura de un pez enorme.

—¿Qué está pasando aquí?

MUERTE

El agua hizo erupción como un géiser; una figura pálida emergió junto al embarcadero y la sujetó por un brazo. Kira gritó y retrocedió, buscando a tientas su pistola, pero la figura pálida la jaló hacia adelante, de modo que perdió el equilibrio y cayó al agua. Lo último que vio fueron las aberturas en su cuello, como anchas branquias de pez que flameaban con delicadeza en el aire; luego su rostro golpeó el agua y el mundo se oscureció.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Samm soñó con Kira. Caminaban juntos por las ruinas del antiguo Illinois; no por la necrópolis inundada de Chicago ni por el páramo tóxico al oeste del río Mississippi, sino por los campos ondulados y la inmensa llanura que había entre ellos. Iban tomados de la mano.

Arriba, en el cielo, los pájaros volaban con indolencia, y manadas de potros salvajes vagaban entre campo y campo, pisoteando los alambrados que separaban la inmensa cuadrícula de granjas vacías, corriendo libres en un mundo que no recordaba la guerra, el Brote ni nada más que el sol, el viento, la lluvia y las estrellas. Bebían agua fresca de los arroyos y se tendían de espaldas a contemplar la luna,

buscando formas y rostros en los cráteres. El mundo era silencioso, antiguo y nuevo, y ellos estaban juntos.

Los sueños nunca duraban mucho.

Samm despertó, adormilado, y se quedó mirando un poco aturdido las paredes descoloridas de la antigua oficina que usaba como apartamento.

—Hoy abandono todo y voy a buscar a Kira —murmuró.

Decía eso todas las mañanas. Se puso la camiseta y los zapatos; luego bajó con desgano la escalera y atravesó el complejo hacia el hospital. Su cuerpo desarrollaba una cantidad considerable de la Partícula 223 cada seis días, y aquel día le tocaba otra extracción. Calix había empezado a hacer trabajos voluntarios en el hospital, pues todavía no se sostenía de pie con mucha firmeza para salir a cazar, y lo recibió en el laboratorio con una sonrisa. Él le sonrió con fatiga y se acomodó sobre la manta casera que cubría el plástico agrietado de la camilla.

—Buenos días —dijo Calix y preparó una

jeringa de anestésico local.

El procedimiento consistía en insertar una aguja muy grande durante mucho tiempo en un punto muy profundo de su cavidad nasal. Si bien a Samm no le agradaban los fármacos, la aguja le gustaba mucho menos.

Se quedó tendido de espaldas, mientras ella le aplicaba la primera inyección: un pinchazo leve, una insensibilidad que se extendía lentamente. Esperaron que surtiera efecto, mientras Calix conversaba animadamente.

—Gorman estaba caminando bastante bien anoche.

Era una buena noticia; en los últimos días, la salud del soldado parecía haberse estabilizado.

—¿Cuánto caminó?

—Solo hasta el baño y de vuelta a la cama. Ni siquiera nos llamó para el primer tramo, solo para el regreso.

—No le gusta depender de los demás — comentó Samm.

—A nadie le gusta — Calix volvió a tomar la jeringa—. Vamos con la segunda —él se quedó

quieto y ella deslizó la aguja hasta lo profundo del orificio nasal. Otro pinchazo, mucho más atrás, y Calix se sentó con una sonrisa traviesa —. ¿Quieres ver la aguja?

—No —respondió Samm—, pero muéstramela de todos modos.

Ella rio y se la mostró: medía unos diez centímetros.

—Siempre quieres verla.

—Porque juraría que me la estás clavando hasta la mitad del cerebro.

—Apenas ingresa hasta aquí —explicó ella, mientras ponía un dedo enguantado a mitad del fino metal—. Espera la tercera inyección, cuando llegemos a la pared posterior; esa es la que vale.

—Siempre es mi preferida —cerró los ojos.

—¿Soñaste algo bonito anoche?

—Con Illinois.

—Qué sueño más raro. ¿Qué hay en Illinois?

Samm pensó en Kira, en los caballos y en la luna.

—Nada.

Calix siguió charlando sobre el hospital, los otros Parciales y la clasificación de su equipo de fútbol en el torneo que se estaba disputando; ella aún no podía jugar, pero desde las gradas los alentaba más que nadie. Samm sonreía y asentía; sinceramente se alegraba por ella, pero estaba demasiado... *¿ocupado?*

¿Demasiado ocupado para que le importara? Esa no es la palabra indicada, pensó. ¿Fatigado? ¿Solo?

Perdido, decidió. Me siento perdido.

Calix le aplicó la tercera inyección, y al cabo de unos minutos fue a llamar a una enfermera con más experiencia para que ayudara en el largo proceso de encontrar la glándula correcta y extraer la feromona que curaba el RM. Samm no podía hablar durante la extracción, y pasó los siguientes cuarenta minutos catalogando su día, planificando las tareas que tenía por delante y el orden en que podía hacerlas con mayor eficiencia. Phan decía que parecía una agenda andante, pero a él nunca le pareció una

costumbre extraña: tenía mucho que hacer, y tiempo limitado. ¿Qué tenía de malo planificar un poco? Lo primero que haría sería ir a la sala de maternidad a saludar a las nuevas madres y recibir el informe sobre el estado de los niños. Allí no tenía ninguna responsabilidad específica, pero igual le agradaba hacerlo. Le gustaba ver el resultado de aquellas sesiones en el laboratorio.

Cuando las enfermeras terminaron la extracción, la mayor se llevó el tubo para procesarlo, y Calix ayudó a Samm a sentarse. La anestesia siempre lo dejaba un poco mareado, y comió un trozo de pan sin levadura, mientras esperaba que su cabeza volviera a alinearse. Calix lo observó, más pensativa que de costumbre, y al cabo de un rato le hizo una pregunta.

—¿Te gusta estar aquí, Samm?

—Es maravilloso —respondió automáticamente—. Tienen comida, agua y electricidad, y la gente no está matándose entre sí. Es genial.

—Sin embargo, no eres feliz.

Samm masticó lentamente, pensando.

—Estoy ayudando a la gente —dijo por fin—. La feromona que acabamos de extraer salva vidas, y estamos ayudando a los otros Parciales a recuperarse. Me hace feliz ser parte de eso.

—Estás orgulloso —replicó ella—, pero no *feliz*.

—La felicidad total de la Reserva es mayor conmigo aquí que afuera.

—Esa es la definición de felicidad más triste que he oído.

—¿Qué alternativa tengo? No puedo irme.

—Precisamente: puedes irte, y nadie podría impedírtelo. Podríamos intentarlo, pero seamos realistas.

Especialmente si te ayuda Heron... Esa chica le da pesadillas al monstruo que vive debajo de mi cama.

—Se siente mal por haberte disparado —sonrió Samm.

—Volvería a hacerlo sin pensarlo dos veces.

—Cierto... solo trataba de hacerte sentir

mejor.

Calix rio y le dio una palmada en el brazo.

—Déjame ser clara contigo: estamos inmensamente agradecidos de que te hayas quedado. Estás dándonos un futuro. Pero no tienes la obligación de... —se interrumpió.

Él levantó la vista y terminó la oración por ella:

—¿No tengo la obligación de quedarme? Claro que sí. Di mi palabra, y eso es un vínculo más fuerte que cualquier cadena que pudieran usar para retenerme o cualquier pared para encerrarme.

Ella se mordió el labio, pensativa, y por fin asintió.

—Lo entiendo, y te lo agradezco. Todos te lo agradecemos. Pero... te pregunté si eras feliz aquí, y tú hablaste de irte. Me dijiste lo maravilloso que es esto, y luego hablaste de irte. ¿Cómo crees que nos sentimos al saber que tu único concepto de felicidad tiene que ver con marcharte? Podrías ser feliz aquí, lo sé. Haríamos todo lo posible para hacerte feliz —

dejó de hablar súbitamente y se enjugó la mejilla con la mano tan rápido, que él no alcanzó a ver si en verdad había habido allí una lágrima o no.

Al instante Samm se sintió mal, pensando en lo ofensiva que debía de ser su actitud para los humanos de la Reserva. Ellos lo necesitaban por las feromonas, pero lo trataban como a una persona. Lo habían aceptado como a uno de los suyos, tal como él le había demostrado a Gorman. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos por incluirlo, él no estaba seguro de poder hacerlo.

La chica miró al suelo, evitando su mirada, y Samm tomó conciencia de otra cosa. Calix lo había deseado una vez, cuando llegaron a la Reserva. Él le había dicho que estaba enamorado de Kira, pero ahora Kira no estaba. ¿Qué podía impedir ahora que estuvieran juntos? ¿Acaso ella había estado esperando todo ese tiempo, demasiado amable como para aprovecharse de la ausencia de Kira, pero contando los días hasta que Samm llegara a la misma conclusión? Él había prometido quedarse

allí para siempre. ¿Qué estaba esperando? ¿Para qué se reservaba? Si en verdad ese era su hogar —no solo el lugar donde vivía, sino un verdadero hogar, con una nueva familia—, ¿por qué seguía portándose como si estuviera de visita?

Calix era buena, inteligente, graciosa, y hasta con una bala en la pierna había sido más que capaz de colaborar en la Reserva. En las últimas semanas habían pasado más y más tiempo juntos, hasta que Samm había llegado a considerarla una de sus mejores amigas. Además, no podía negar que era hermosa. Calix no era Kira, pero Kira tampoco era Calix.

Y Kira no estaba allí.

Ella levantó la vista, como si percibiera su mirada. Samm la miró, observó su rostro, sus ojos, recordó aquel beso. ¿Realmente estaba tan mal? De todos modos, él se quedaría... ¿acaso estaba tan mal que estuviera con ella?

—Samm —su voz sonó vacilante, tentativa.

—Calix —dijo él.

—Lo siento...

—No —se apresuró a decir—. Me has hecho tomar conciencia de algo.

—¿De qué? —Ella volvió a morderse el labio.

Samm volvió a mirarla largamente, y luego sacudió la cabeza.

—Yo prometí quedarme, pero los otros Parciales, no —suspiró y se puso de pie—. No puedo esperar que tomen la misma decisión ni que permanezcan aquí para siempre. Tengo que preguntarles qué quieren.

—¿Y después?

—Después se lo damos.

—¿Y después? —insistió ella. Se puso de pie con cuidado, apoyándose en su pierna sana—. ¿Cuál será la próxima gran crisis por la cual pondrás tu vida en pausa?

—Eres la mejor amiga que tengo —le dijo, al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

—Seguro que les dices eso a todas las chicas.

—Nunca se lo había dicho a nadie.

Samm recorrió los pasillos hasta el sector de

recuperación, donde vivían los nueve Parciales que estaban sanando. En el aire se enlazaba una mezcla de esperanza e inquietud; era una mañana típica.

Gorman estaba sentado en su cama, con la cánula del respirador en la mano.

—Eso funciona mejor si te colocas los tubitos en la nariz —le dijo Samm.

—Y las camas funcionan mejor cuando te acuestas en ellas —respondió Gorman—. No es el equipamiento lo que quiero que funcione bien, sino mi cuerpo.

—En ese caso, sigue practicando. Me enteré de que anoche diste un paseo.

—¿También te contaron qué hice en el baño? Si van a contarle a toda la Reserva lo que hago de noche, que no omitan lo más interesante.

—Puedes darme los detalles más tarde —respondió, mirando alrededor. Ahí estaban solo tres: Gorman, en su cama, y otros dos sentados en sillas junto a las ventanas abiertas, tomando el sol—. ¿Y los demás?

—Dwain sigue en cama —respondió Gorman—. Creo que le atrae la enfermera y por eso trata de prolongar su convalecencia más de lo necesario.

—¿Calix o Tiffany?

—Tiffany.

—A mal puerto va por leña —dijo Samm. Hizo una pausa—. Aunque tampoco quiero que vaya detrás de Calix.

—¿Tú y ella...? —Lo miró Gorman.

—No —respondió Samm—. ¿Y los otros?

—¿Y Heron? —insistió Gorman.

—¿Con cuántas chicas crees que estoy?

—No con tantas como podrías, si estoy interpretando bien las señales —inhaló por la cánula—. Calix te sigue como un cachorrito, y Heron... Bueno, supongo que no suena bien decir que te sigue como una serpiente, pero tú me entiendes.

—Heron es una vieja amiga. Peleamos juntos en la Guerra de Aislamiento.

—¿Y ahora?

—Ahora... —No sabía cómo describir su

relación con ella. En los últimos días casi no la había visto, pero él sabía que estaba cerca. Igual que antes, ella le había demostrado que estaba observándolo. Aparentemente, Gorman también lo había notado—. Heron es una buena amiga —repitió—. Pero eso no quiere decir que tenga idea de lo que quiere. Es un modelo de espionaje: hecha para actuar en secreto y con disimulo.

—Y para la seducción —acotó Gorman, señalándolo con la cánula—. Eso tiene que contar para algo.

—Si una mujer hecha para la seducción estuviera detrás de mí, creo que ya me habría dado cuenta —repuso. Volvió a centrar la conversación en Gorman y sus compañeros de escuadrón, indicando la habitación casi vacía—. ¿Y los demás?

—Afuera, caminando. Ritter está tan sano como tú; ya no tiene por qué estar internado. Aaron y Bradley, también.

—De eso quería hablar —dijo Samm, al tiempo que acercaba una silla a la cama del

soldado—. Ustedes ya están mejor, ciertas afecciones menores aparte —señaló la cánula con un gesto, y Gorman puso cara de exasperación—. Es hora de pasar de la recuperación a la vida real. No pueden quedarse en el hospital para siempre.

—Toco madera —dijo. Frunció los labios y pensó un momento—. ¿Y la Reserva?

—Son muy bienvenidos si quieren quedarse, pero nadie los obliga a hacerlo.

—Podrían obtener mucho más de esa feromona si los nueve estuviéramos aquí para ayudarte. Podrían acumularla antes de que llegue nuestro vencimiento, suponiendo que llegue, y durar unos años más.

—Son buena gente —dijo Samm asintiendo—. No quiero dejarlos sin una fuente de la cura, pero ellos piensan como yo: si para conseguirla tienen que esclavizarlos, no vale la pena conseguirla.

—Eso me suena a culpa.

—No es mi intención. De todos modos, tarde o temprano se les va a acabar, ya sea a mi

muerte o la tuya... cuando sea. No se sientan obligados.

—O sea que es una causa demasiado perdida como para que yo me tome la molestia —dijo Gorman—, pero tú sigues dando tu vida por esto.

—Di mi palabra —respondió Samm—. Ustedes pueden quedarse el tiempo que quieran, y aportar la feromona si lo desean, pero son cosas que deben decidir —Samm se frotó la nariz, adormecida aún por la extracción—. Pero como trabajo, una hora por semana sentado en un laboratorio es bastante ligero —sonrió—. Y francamente, quizá por ahora ustedes no podrían tolerar más que eso.

Gorman se llevó la cánula a la nariz, inhaló profundo y luego dejó caer las manos pesadamente sobre su regazo:

—Quiero retribuir con algo. Al principio sospechaba, pero nos han tratado bien. Merecen cualquier cosa que podamos hacer para ayudarlos.

—Y ellos estarían agradecidos —dijo

Samm. Echó un vistazo a los dos soldados que estaban junto a la ventana, y al patio soleado que estaba más allá—. ¿Hablaste con los demás?

—Creo que yo no puedo irme aunque quisiera. Los más sanos están ansiosos por volver.

—¿A White Plains?

—A donde sea. El mundo cambió, y quieren verlo. Y si las cosas realmente están tan mal como dices, quieren ayudar. Los Parciales matándose entre sí, los humanos muriendo de RM, la guerra todavía a pleno entre las especies... es duro quedarse aquí, en un paraíso al otro lado del mundo, sabiendo que el resto de nuestra especie se va al diablo.

—Ya lo creo —Samm levantó una ceja.

—Podríamos ponerle fin, ¿te das cuenta?

—¿A qué? ¿A la guerra?

—A la epidemia. Estas personas son buena gente, como dijiste, pero son apenas una fracción de los humanos que quedan vivos, y la comunidad de East Meadow no te tiene a ti para mantenerse sana. En este hospital tenemos un

nuevo bebé cada semana, más o menos; la gente de East Meadow probablemente tiene la misma cantidad, como mínimo, y como no tiene la cura, todos mueren. Podríamos terminar con eso.

—Yo pensé lo mismo —dijo Samm—. Lo que tenemos... si pudiéramos llegar allá, y si nos escucharan, y si aceptaran nuestra ayuda... lograríamos hacer mucho bien.

—Si todavía no se han matado entre sí —asintió con tristeza Gorman.

—Tú no soportarías el viaje. El Yermo es un infierno, y apenas está a mitad de camino.

—Pues ve tú en mi lugar —le propuso—. Llévate a Ritter, Aaron y Bradley y a quien sea.

Samm sabía que el aire estaba cargado con sus sentimientos encontrados: una súbita oleada de miedo y preocupación, y una esperanza abrumadora, desesperada. ¿Realmente podía marcharse? Había prometido quedarse.

—Llévate a ese chico, el cazador —continuó Gorman—. Phan, o como se llame. Él podría arreglárselas muy bien en ese Yermo,

incluso para ser humano; si hay en la faz de la tierra una tormenta capaz de matarlo, me gustaría verla.

—No, no te gustaría —Samm se frotó las cicatrices de ácido en el brazo.

—Hablo en serio —dijo, inclinándose hacia adelante—. Yo no puedo irme. El médico dijo que es posible que mis pulmones nunca se curen del todo, y no puedo llevarme uno de estos tanques de oxígeno en un viaje por tierras inclementes. Incluso cuando pueda volver a caminar, o correr, seguiré durmiendo en este edificio con este lazo de plástico barato al cuello por el resto de mi vida —agitó la cánula para dar énfasis a sus palabras—. Nada en el mundo me gustaría más que encontrar a ese canalla de Vale y patearle los testículos, una y otra vez, pero estas personas no son él, y han dado todo de sí para ayudarme. Quiero hacer lo mismo —hizo una pausa—. Déjame quedarme aquí, en tu lugar, donando la maldita partícula, y tú vuelve a casa. Ve a East Meadow y salva a los humanos. Ve a White Plains y dales unas buenas

bofetadas a unos cuantos. Y no olvides: si encuentras al doctor Vale, puedes castrarlo con una bota de punta de acero, pero primero lo primero.

—¿De veras harías eso?

—¿Qué otra cosa voy a hacer?

Alguien llamó a la puerta con golpes fuertes, y Samm apenas había alcanzado a levantar la cabeza cuando Calix irrumpió, casi sin aliento:

—Tienes que ver esto.

—¿Qué pasa? —Samm se levantó de un salto.

—No pasa nada —respondió ella, mientras lo tomaba de la mano y lo jalaba hacia la puerta—. Es la bebé de Mónica, la que nació anoche.

—¿Le aplicaste la inyección?

—No la necesita. No está enferma.

Samm se detuvo en seco, se quedó mirándola y echó un vistazo a Gorman.

—¿No está enferma?

—Nunca llegó a tener fiebre —explicó Calix—. Estuvieron vigilándola toda la noche, esperando tu extracción de esta mañana, pero

no se enfermó.

Samm echó a correr y se lanzó por el pasillo a tanta velocidad que dejó a Calix siguiéndolo con dificultad. Llegó al área de maternidad en menos de un minuto, y se abrió camino entre la multitud de enfermeras y espectadores que rodeaban la sala. Heron ya estaba allí, en un rincón, apartada de los demás.

—¿Dónde está? —preguntó Samm.

—Allí adentro —respondió Laura, señalando a una madre que miraba absorta a su bebé dormida en una habitación privada—. Fuerte como un toro.

Samm también se quedó mirándola, sin comprender lo que estaba pasando. ¿Por qué la niña no se había enfermado? ¿Acaso había nacido inmune? Sin duda, el RM seguía en el aire: todas aquellas personas eran portadoras. Entonces, ¿por qué no se había enfermado?

Un médico llegó a toda prisa y acercó un monitor pequeño al rostro de Laura.

—Acabamos de terminar de analizar la sangre: ella ya tiene la feromona en su sistema.

—¿Quién se la inyectó? —preguntó Laura.

—Nadie —respondió el médico.

—¿Uno de los otros Parciales, quizá? —preguntó Samm; miró la pantalla y leyó los resultados lo mejor que pudo.

—Estuvo bajo observación constante —repuso el médico—. En los días siguientes al nacimiento no nos apartamos de ellos ni por un segundo, y registramos todo lo que sucede. Nadie le administró nada; solo un antibiótico general y un poco de leche de su madre.

—Se transmite por el aire —dijo Heron.

—¿Qué cosa se transmite por el aire? —preguntó Calix, que acababa de llegar, apretando los dientes y saltando sobre un pie.

Samm miró a Heron; empezaba a entender a qué se refería.

—Hay nueve Parciales viviendo en el hospital desde hace un mes —dijo—. Diez, puesto que yo también paso mucho tiempo aquí. Estábamos inyectando la feromona directamente en el torrente sanguíneo porque así lo hacía Vale, pero es una feromona: por naturaleza se

transmite por el aire. Ahora que ustedes viven con nosotros veinticuatro horas al día, están respirándola, y está... por todas partes.

Calix miró el monitor, luego al bebé, y nuevamente a Samm:

—¿Cuántos vamos a ir?

—¿A dónde?

—A East Meadow. Esta es la respuesta; tenemos que avisarles.

—Si vamos a mantener en marcha toda esta incubadora de feromonas, necesitamos a Samm —advirtió Laura.

—Gorman se queda —dijo Calix—, y otros más. La mayoría todavía no puede viajar.

—Ninguno de ustedes puede —replicó Heron—. El viaje los matará.

—Es un riesgo que vale la pena correr —respondió Calix.

—Es demasiado peligroso... —Samm sacudió la cabeza.

—Volverás a ver a Kira —comentó Calix.

Samm calló. Y la chica lo miró con ojos duros:

—Si este sistema funciona, si Parciales y humanos pueden convivir, podemos salvar a los demás humanos, y ¿quién sabe?, quizá también a los Parciales. Gorman y su equipo siguen vivos, aunque no sepamos por qué —bajó la mirada, solo un momento—. Y también podemos salvar a Kira. Ella vino aquí para esto.

Samm respiró hondo, buscando algo que decir. Miró a Laura.

—Tiene razón.

—Lo sé —dijo la mujer—. Si realmente hay más humanos allá, tenemos que hacer lo que podamos por ellos.

—No sé si voy a poder regresar —dijo Samm.

—Si *vamos* a poder —lo corrigió Calix con ferocidad—. Voy contigo.

—Con esa pierna así, no.

—Tendrás que dispararme para impedírmelo.

—¿En la misma pierna o en la otra? —preguntó Heron, rozando con un dedo la culata de su semiautomática.

—Soy la mejor exploradora de la Reserva —arguyó Calix acaloradamente—, incluso con una pierna herida. Francamente, no creo que lleguen sin mí.

Samm recordó el viaje: las charcas de agua envenenada, los infinitos kilómetros de árboles blancos como huesos. Él y Heron tenían más capacidad de recuperación que cualquier humano, pero ninguno de los dos era explorador; les vendría bien alguien entrenado en supervivencia. Se frotó las cicatrices del ácido y frunció el ceño.

—Sería más piadoso dispararte —dijo, y Calix empezó a protestar, pero la interrumpió con un gesto—. Salimos mañana por la mañana. Si estás dispuesta a morir por esto, debes estar lista al amanecer.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—General.

Shon levantó la vista de sus mapas; estaba planeando la próxima etapa de su cacería de terroristas. En las últimas semanas la resistencia había intensificado sus ataques y golpeado con más crudeza y en más lugares que nunca, pero luego se habían desvanecido como fantasmas en los bosques y las ruinas.

Además, estaban volviéndose más audaces: el campamento de Shon había pasado la noche acorralado por disparos de francotiradores. Miró al mensajero con ojos adormilados.

—¿Qué hay de nuevo?

—Encontramos el refugio del francotirador, pero no había nadie: solo un fusil atado a un reloj

despertador.

—Es una broma —dijo Shon, confundido. El enlace le mostró la sinceridad del mensajero, mezclada con incredulidad.

—Lo vi yo mismo, señor. Le habían quitado el gatillo y estaba conectado a los engranajes de un reloj despertador, uno de los antiguos, de cuerda, completamente hecho a mano. Creemos que lo programaron para que disparara hacia el campamento a intervalos regulares, y el trípode estaba apenas lo bastante flojo para que, con cada disparo, el culatazo reacomodara la puntería; por eso no daba en el mismo lugar todas las veces. Los exploradores piensan que no hubo nadie allá desde el primer disparo de anoche.

Shon apretó el puño, y su rabia se reflejó en el enlace con tanta ferocidad que el mensajero trastabilló y se echó para atrás.

—Eso explica por qué nadie resultó herido, señor —continuó el mensajero—. Pensábamos que los humanos no tenían buena puntería, pero... ahora sabemos por qué fue. Ni siquiera

apuntaba; solo se disparaba cada media hora, más o menos. Tal vez lo colocaron allí y se encomendaron a la suerte.

—Lo único que buscaban era retrasarnos —dijo Shon—, y lo han hecho de maravilla. Justo cuando pensaba que habíamos descubierto las tácticas de los Rinocerontes Blancos, las cambian por completo.

—Ese es el otro asunto, señor: no creemos que hayan sido ellos. O si lo fueron, se trató de algún grupo disidente. Había una nota —se adelantó y se la entregó al general.

—Nunca habían dejado una —frunció el ceño y tomó el papel.

—Exacto, señor. Este ataque es diferente de todo lo que habíamos visto.

—«Disculpen que no hayamos podido esperarlos. Tenemos más sorpresas que preparar. Cariños y besos: Owen Tovar» —leyó Shon—. ¿Qué diablos...?

—Todavía no sabemos quién es él —dijo el mensajero—, pero estamos tratando de averiguarlo.

—Era uno de los senadores —respondió—. Creíamos que todos habían pasado a la clandestinidad. Pero ¿por qué?... —Se quedó mirando la nota y la dio vuelta con la débil esperanza de encontrar otra pista en el dorso. No había nada—. ¿Por qué se identifica? ¿Será solo para provocarnos o tendrá algún mensaje más profundo?

—Quizá trata de irritarnos —sugirió el mensajero—. Después de todos esos disparos al campamento, los soldados están dispuestos a incendiar el bosque con tal de encontrarlo.

Shon suspiró y se frotó los ojos; sentía más que nunca la tensión del largo día.

—¿Cómo se llama, soldado?

—Thom, señor —respondió en posición de firmes.

—Thom, quiero que siga a los exploradores que están rastreando al dueño de ese fusil. Avíseme inmediatamente cuando averigüen quién es el responsable. ¿Tiene radio?

—Puedo conseguir una, señor. Pero se nos están terminando las baterías.

—Lo sé. Tenemos prisioneros dando manivela a los generadores las veinticuatro horas del día, para recargarlas —dijo. Y *con un poco de suerte, en cualquier momento recibiremos órdenes de Morgan para regresar. Hasta entonces...*

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Sí —dijo, tras observarlo por unos segundos.

—¿Por qué no tomamos más rehenes para obligarlos a aparecer, señor? En estos bosques hay cada vez más guerrilleros, pero East Meadow sigue cerrado. Si amenazamos con matar a algunos allá, estos rebeldes podrían dejar de...

—No somos asesinos, soldado —las palabras de Shon salieron acompañadas por cierta dureza en el enlace, y notó con satisfacción que Thom daba un respingo al percibirla—. Los rebeldes son combatientes enemigos, y el hecho de pelear contra estos es algo que literalmente llevamos en nuestro ADN. Fuimos creados para ganar guerras y proteger

vidas inocentes, y si usted no puede hacer aquello para lo cual fue hecho, quizá no debería formar parte de este ejército.

Fue un contraataque feroz, el insulto más cruel que un Parcial podía propinar a otro, pero Shon había visto que esa actitud iba aumentando entre sus filas y estaba decidido a aniquilarla. Thom se echó atrás, y sus datos en el enlace eran una mezcla de conmoción y vergüenza, pero apenas un momento después predominó la furia y respondió con un comentario propio.

—La doctora Morgan nos hace matar civiles, señor, y ella tenía más derecho a su autoridad que un soldado de infantería ascendido...

—¡Soldado! —La furia del general atronó en el enlace con tanta fuerza que sus guardias entraron desde la otra habitación, con las manos en sus armas y listos para actuar—. Este hombre será sometido a consejo de guerra —les informó—, y quedará bajo custodia mientras dure la ocupación.

Los soldados reflejaron en el enlace su

conmoción al oír la orden, pero obedecieron sin cuestionamientos; tomaron las armas de Thom y lo retiraron de allí. *A una de las jaulas, pensó Shon.*

Allí, en las zonas no urbanizadas, lo único que podían usar como cárcel eran los camiones modificados.

Nunca habíamos tenido que usarlas para encerrar a uno de los nuestros. Como van las cosas, esto podría volverse mucho más frecuente.

Volvió a mirar la nota. ¿Por qué el nombre? ¿Por qué esa actitud impertinente? Y, en última instancia, ¿cuál era su plan? El día lleno de disparos de un francotirador había mantenido a todo el campamento en vilo: escondiéndose, buscando al tirador, respondiendo cuando podían... todo había sido en vano; ahora se daba cuenta. Pero ¿cuál era el objetivo? La última serie de ataques guerrilleros había sido casi deliberadamente al azar; ni siquiera parecían señuelos para llevarlos en determinada dirección. *Pero por supuesto que no,*

comprendió Shon. *Si nos diéramos cuenta de que quieren llevarnos en una dirección, iríamos justamente hacia el otro lado, y ellos lo saben. No están tratando de llevarnos a ninguna parte; solo quieren que estemos ocupados. De modo que es una táctica de señuelo, pero ¿para qué?*

Si nos mantienen ocupados el tiempo suficiente, pensó con un suspiro, tarde o temprano todo el ejército va a desbandarse. Tenemos sublevación en las filas, el arma biológica sigue destruyendo nuestras patrullas y hace semanas que no tenemos noticias de Morgan. Ni siquiera sé si le llegan mis mensajes. Lo único que tenemos son las mismas órdenes, las últimas que nos dio: mantener recluida a la población y conservar la isla. Sin explicaciones de para qué lo hacemos. No tiene sentido.

De acuerdo con sus exploradores, la misteriosa criatura gigante había abandonado la isla; se había dirigido al norte, hablando con cuanta gente podía, y al llegar a la Costa Norte,

simplemente había entrado en el agua, continuando siempre hacia el norte. *Una cosa menos de qué preocuparnos, pensó. Y tal vez, si Morgan la ve con sus propios ojos, se dé cuenta de lo caóticas que se han vuelto las cosas por aquí. Quizá por fin asuma el mando otra vez, y me diga algo sobre lo que debo hacer en este lugar.*

Cualquier cosa.

Pero yo no soy Thom, pensó. No cuestiono a mis superiores. Ella nos ordenó conservar esta isla y eso vamos a hacer.

O moriremos en el intento.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Al despertar, Kira oyó un sonido de agua que goteaba. Trató de moverse, pero se encontró esposada de pies y manos. Las pequeñas cadenas traquetearon cuando arrastró las extremidades por el suelo, intentando incorporarse. Tenía la cara y el cuerpo mojados, presionados contra algo blando y húmedo, como una capa de musgo baboso. Sintió un fuerte olor a moho. Abrió los ojos, pero estaba demasiado oscuro como para ver algo.

Tosió, escupió agua y trató de enderezarse. Tenía las manos sujetas a la espalda, y cuando se dio vuelta para quedar boca arriba y respirar mejor, sus dedos se hundieron en aquella cosa blanda que tapizaba el suelo. Volvió a toser y

miró a su alrededor, con los ojos dilatados pero a ciegas. A medida que su visión se iba adaptando, empezaba a distinguir unas formas oscuras: una pared, una ventana, una tenue estrella azul. Apartó la mirada, tratando de escudriñar los rincones negríssimos de su prisión.

Algo se movió, lentamente y con pesadez.

—¿Quién anda ahí? —Su voz fue apenas un susurro; las palabras le rasparon la garganta con otra tos y un poco de agua sucia. Sintió una arcada y se echó para atrás, pero se dio cuenta de que no sabía de dónde provenía el sonido; tal vez estaba retrocediendo a ciegas hacia él—.

¿Quién está ahí?

Otro movimiento, esta vez más cerca. Una sombra negra moviéndose en la oscuridad.

Recogió las piernas contra el pecho y luego deslizó sus manos atadas por sus caderas hasta lograr pasarlas al frente de su cuerpo. Las esposas que tenía en los pies le apretaban demasiado como para poder pararse bien, así que se dirigió en cuatro patas hasta la pared donde estaba la ventana. Algo venía tras ella,

avanzando con mucha más rapidez que la que ella podía llevar. Se puso de pie y descubrió que la ventana no tenía vidrio y estaba abierta. Se apoyó en el alféizar, lista para saltar al exterior, cuando un par de manos gruesas la sujetaron por atrás, una en el vientre y la otra en la boca; le impidieron gritar y la arrastraron otra vez hacia al suelo. Kira pateó y pataleó, y sintió un aliento caliente en la oreja.

—Quédate abajo y en silencio. Te van a oír.

Ella siguió pateando, luchando con todas sus fuerzas por soltarse. El hombre que la sostenía era fuerte, y sus brazos parecían bandas de hierro.

—Estoy de tu lado —le susurró—. Solo prométeme que no vas a gritar.

Kira no podía escapar, así que trató de quedarse quieta a pesar de su corazón acelerado y la adrenalina que corría en su interior como un fuego. Cerró los puños con fuerza y se obligó a concentrarse.

Tenía la boca tapada, pero inhaló profundamente por la nariz.

MIEDO La habitación estaba saturada de pánico. El hombre era Parcial y estaba tan asustado como ella.

Respiró más lentamente, y por fin asintió.

El hombre la soltó. Ella se apartó de inmediato, pero solo unos centímetros, y se alejó de la ventana.

Con los ojos más adaptados a la oscuridad, ahora podía verlo: un Parcial del modelo estándar de infantería. Tenía el uniforme hecho jirones, y el rostro, aunque le costaba verlo con claridad, cubierto de suciedad.

—Eres humana.

Ella no se molestó en corregirlo.

—No estás esposado.

—A ellos no les importan las esposas —respondió, y le mostró una llave metálica pequeña que tenía en la mano—. Solo las usan para trasladarnos.

—¿No les importa que escapemos?

—¿A dónde podrías ir? —preguntó. Se aproximó y al cabo de un momento Kira extendió las muñecas para que se las liberara—.

Vas a entender cuando mires afuera. Pero ten cuidado: si te ven despierta, regresarán.

El hombre abrió las esposas y ella se frotó las muñecas.

—¿Quieren que estemos inconscientes? — preguntó.

—No les importa cómo estemos. Pero eres nueva; si estás despierta, vendrán a buscarte. Mejor posterguemos eso lo más posible, ¿no te parece?

Le liberó los tobillos y Kira recogió las piernas; de pronto sentía frío por el aire húmedo, y tenía la ropa mojada y el cuerpo empapado. Se tomó un momento para tantear en busca de su equipaje (que ya no estaba), y al mirar alrededor vio que se hallaba en una casa, igual a cualquier otra casa de gente rica anterior al Brote. La superficie húmeda y resbalosa que tanto asco le había dado era solo una alfombra, completamente saturada de agua; de hecho, todo el edificio parecía colmado de humedad: en los rincones había musgo muy crecido, las paredes tenían manchas de moho, y hasta el

cielorraso parecía combado y mojado.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Ven a ver.

El hombre se arrastró por el suelo hasta una escalera de superficie blanda y subieron a un primer piso y luego a un segundo. Arriba estaba más seco, aunque aún se veían daños provocados por la humedad. La habitación del último piso tenía ventanas en tres lados, todas cubiertas con mantas, y luego aparecía un pasillo que conducía a más habitaciones. Había un muro en torno al pozo de la escalera, y al asomarse por encima, Kira vio la distancia hasta el primer piso. Los muebles de madera habían sido despedazados y apilados en un rincón como leña, y parecía que todos los colchones de la casa estaban puestos contra las paredes. Supuso que era para aislarlas; allí hacía más frío de lo que había esperado.

—Yo vivo aquí arriba —dijo el Parcial—. Los otros vivían aquí también, antes de que se los llevaran.

Puedes espiar por las ventanas, pero ten

cuidado... si mueves demasiado la tela, te van a ver. Habiendo alguien nuevo aquí, seguro estarán vigilando.

Kira se acercó a la ventana más cercana, llevó una mano a la manta rígida y la corrió ligeramente a un lado, apenas lo suficiente para poder espiar el exterior. Afuera había árboles, justo por debajo del nivel de las ventanas, y más allá se veía el agua oscura del lago. El oleaje diminuto reflejaba la luz de las estrellas. No alcanzó a ver el suelo, y supuso que el lago llegaba casi hasta la base de la casa. Desde las otras ventanas la vista era la misma, y cuando el Parcial la llevó a otra habitación para que mirara hacia el último costado, ella comprendió que estaban en una isla; no había caminos ni puentes, solo agua. El frente de la casa daba hacia otra isla, a unos sesenta metros, y por la ventana del fondo se veía otra a por lo menos el triple de distancia. El agua que las separaba era oscura y siniestra, y Kira recordó al hombre pálido con branquias que había surgido de las profundidades. Se estremeció y se sentó en el

suelo.

—Por eso no nos atan —explicó el Parcial—. Nadie cometería la tontería de cruzar por esas aguas.

—¿Alguien lo intentó alguna vez?

—Sí, y murieron —su voz era apenas un susurro en la oscuridad—. Suponemos que esto fue la casa de vacaciones de algún humano rico, una mansión en una islita diminuta. Afuera hay un embarcadero y todo, pero por supuesto que el barco ya no está.

—Tenemos suerte. Esta isla es la mejor prisión que hay, haya o no una casa en ella —se encogió de hombros—. Al menos así tenemos un techo.

—Supongo que sí.

Kira se acercó a la ventana lateral y volvió a espiar, y vio el tenue resplandor blanco de un muelle en la orilla opuesta. No pudo distinguir si era el mismo de donde la habían secuestrado. Se sentó otra vez y miró al Parcial, una silueta de forma de hombre en la penumbra.

—¿Cómo te llamas?

—Green.

Ella señaló con un gesto hacia la pared y el lago negro que estaba más allá.

—Empecemos por la pregunta obvia: ¿qué diablos son?

—Las cosas que te capturaron son Parciales —dijo con una risita seca—, pero un modelo que nunca habíamos visto.

Kira frunció el ceño. No era la primera vez que veía Parciales con branquias, y Heron tampoco los había reconocido y había supuesto que eran «agentes especiales» de Morgan:

—¿No están del lado de Morgan?

—No. Yo estuve con Morgan casi desde el Brote, y nunca había visto nada semejante. Ella aplicó algunas modificaciones genéticas en ciertos Parciales para incrementar la agudeza sensorial y cosas así, pero nunca branquias.

Kira recordó el comentario escueto sobre los Ivies en los archivos de la doctora; ahora estaba más segura que nunca de que no tenía idea de lo que eran en realidad.

—¿Y viven en el lago?

—Tienen en el cuerpo una especie de sistema de regulación térmica, por eso soportan el frío. Creo que lo prefieren.

—¿Son una especie de soldados anfibios, entonces? —preguntó, tras analizar un poco la información—. La Guerra de Aislamiento empezó con dos ataques distintos desde buques a tierra; tal vez este fue un modelo especial, diseñado para esas batallas.

—Esto no te sorprende tanto como supuse que lo haría —Green ladeó la cabeza.

—He visto muchas cosas.

—Eso parece. Creí que los humanos no salían nunca de Long Island; tú estás muy lejos de tu casa.

—Esto no es nada —sonrió—. ¿Qué dirías si te dijera que no es la primera vez que veo Parciales con branquias?

—Te preguntaría dónde los viste.

—En Chicago.

Green silbó por lo bajo.

—Ahora sé que estás mintiendo o... —se interrumpió de pronto—. ¿Cómo dijiste que te

llamabas?

—No te lo dije. Y no sé si me conviene decirlo. ¿Sigues con Morgan?

—No desde que estoy ausente sin permiso.

—En ese caso, hola —extendió la mano—.

Soy Kira Walker.

—Eso explica muchas cosas. Lo último que supe fue que Morgan te había encontrado.

—Sus experimentos fueron infructuosos —respondió—. Me fui de sus laboratorios hace una semana.

—Maldición —Green bajó la voz—. Esperaba que ella encontrara alguna manera de curar la fecha de vencimiento.

—¿Por qué te fuiste?

—Todo mi escuadrón desertó. Pensábamos unirnos a una de las otras facciones que aún se resistían a su autoridad, y los Ivies nos parecían una buena opción. Ya ves cómo nos fue.

—Pero ¿por qué? Llevaban mucho tiempo con ella...

Green no respondió.

Kira tamborileó con los dedos sobre la

alfombra húmeda durante unos segundos.

—Encontré a otro Parcial allá afuera —dijo entonces—, en un muelle en la orilla del lago. Supongo que era uno de los tuyos.

—¿Todavía estaba vivo?

—Sí. Probablemente ya no —apoyó una mano en la de él—. Lo siento.

—Podría ser Alan. Trató de escapar a nado hace unos cinco días. Vi que lo sumergieron, y después... bueno, él era el último. Desde entonces estoy solo.

Kira no soportó contarle los detalles espeluznantes.

—Quise ayudarlo, pero era demasiado tarde —se incorporó de pronto al recordar las últimas palabras del hombre—. Trató de prevenirme... dijo algo sobre «el Hombre de la Sangre».

—Así lo llamamos —asintió—. Parece que los soldados con branquias lo obedecen, aunque no es uno de ellos, que nosotros sepamos.

—Qué nombre tan impresionante —observó ella—. No sabía que los Parciales fueran supersticiosos.

—No lo somos. Le decimos así porque literalmente nos extrae sangre. Creemos que la colecciona.

—¿Qué aspecto tiene?

—Nunca lo hemos visto. Los Ivies, o lo que sean, vinieron y se llevaron a algunos de nuestro grupo, uno cada varios días. Un sargento, el chofer y uno de infantería.

—A uno de cada modelo Parcial que sobrevive.

—Exacto.

—Parece que estuviera recopilando ADN —dijo Kira—. ¿Y nunca han hablado con él? ¿Los Ivies no comentaron nada sobre él?

—Solo que necesitaba la sangre. Y después nos dijeron que se había ido a buscar más.

—No me digas que fue al sur —sintió que se le iba el alma al suelo.

—¿Adónde más iría? Nos dijeron que ya tenía toda la sangre Parcial que necesitaba, y que era hora de visitar a los humanos.

—¿Ahora va a cazar humanos? ¿Para qué necesita su ADN?

—¿Para qué necesita el de quien sea? — preguntó Green; su semblante sereno dejó entrever miedo y frustración—. Es un psicópata al que le atrae la sangre, y tiene un ejército Parcial como apoyo.

—Tenemos que detenerlo —dijo Kira, pero las palabras se le congelaron en la garganta al oír un fuerte chasquido abajo, en alguna parte.

—Es la puerta —susurró Green—. Llegaron.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Kira miró a Green con los ojos dilatados.

MIEDO.

—Salgan —llamó una voz desde la planta baja—. Solo queremos hablar.

—¿Qué hacemos? —susurró ella.

—Estarán armados —dijo Green—. Y probablemente tendrán trajes acorazados.

Kira asintió, al recordar la pelea en Chicago.

—Van a enlazarse contigo y sabrán que estamos aquí arriba. ¿Vale la pena pelear?

—Si te quisieran muerta, ya te habrían matado.

—O piensan hacerlo después de interrogarme —repuso—. Ahora que el Hombre de la Sangre no está, ya no tienen motivos para mantenernos con vida.

—Que nosotros sepamos —acotó él—. A

mí todavía no me han matado.

—¿Y piensas esperar hasta que lo hagan?

—No nos obliguen a buscarlos —dijo otra voz—. Saben que eso solo nos hace enojar.

—¿Qué otra opción tengo? —siseó Green—. Aunque podamos superar a varios soldados armados, luego ¿qué? Que sepamos, todo este lago está lleno de ellos; podría haber cientos bajo el agua.

Un escalón crujió, con un sonido fuerte y aterrador. *Están subiendo a buscarnos, pensó Kira. Se nos acaba el tiempo y ellos tendrán armas y...*

—Espera; dijiste que están armados, ¿no? —Kira recordó a los soldados de Chicago, que tenían dardos tranquilizantes y fusiles de asalto normales—. Los Ivies podrán pasarlo bien en el agua, pero sus fusiles, no. Las armas de fuego normales no disparan si están mojadas.

—Durante la Guerra de Aislamiento teníamos fusiles a prueba de agua en la armería —recordó Green.

—¿Has visto alguno desde entonces?

—Tal vez estos tipos los usan.

—O puede que queden muy pocas de esas armas, y que los Ivies estén utilizando las comunes —ella lo tomó por el hombro y le susurró al oído, en tono apremiante—. Tienen que guardarlas en tierra y transportarlas de alguna manera.

Otro escalón que crujió. Green se quedó mirándola.

—¿Crees que hayan venido en un bote? A veces usan uno cuando trasladan prisioneros, pero...

—No solo tienen un bote, sino que a los que estén vigilando debajo del agua no va a llamarles la atención verlo salir de la isla. Solo tenemos que recorrer, ¿cuánto?, ¿sesenta metros, hasta la otra isla?

Desde allí hay una carretera elevada al continente, si mal no recuerdo el mapa. Entonces estaremos otra vez en tierra firme y podremos escapar.

—Hasta que descubran lo que pasó y todo el lago nos busque.

—¿Quieres escapar o no?

Se oyó el chasquido de un arma, y el de un cerrojo al abrirse. Estaba lo bastante cerca para provenir del primer piso, casi en el último tramo de la escalera. En el enlace se percibía que Green hervía de terror.

—¿Qué hacemos?

Ella no tenía tiempo para planificar; tenía que improvisar lo mejor que pudiera. Acercó la cara al oído de Green y le susurró para que los Ivies no la oyeran.

—A mí no pueden percibirme en el enlace. Hazlos salir por la ventana.

Se apartó de él y se escabulló en cuatro patas; los dedos de sus manos y pies apenas tocaban el piso al doblar para tomar el pasillo. Green vaciló, pero pareció entender el plan. Se levantó súbitamente y corrió hacia la ventana, arrancó la manta y salió al techo inclinado. Desapareció del marco de madera justo cuando el primer Parcial aparecía en la escalera.

—Escaparon por la ventana —dijo uno.

—Revísala.

Kira se aplastó contra la pared, fuera de la vista, tratando de discernir cuántos Ivies había. Había oído hablar solo a dos, pero sin mirar no tenía manera de saberlo con certeza. Tenía que actuar con rapidez. En esa parte del pasillo había más muebles despedazados, apilados ordenadamente como leña, y en la habitación contigua estaba el armazón de una secadora, que los prisioneros habían desdoblado para hacer una plataforma plana para contener sus fogatas. En la pila de madera había una pata de una mesa que podía ser una buena arma, pero Kira sabía que no tendría ninguna oportunidad en una pelea a garrote versus fusil de asalto. Necesitaba algo mejor, algo que le permitiera aprovechar la única ventaja con que contaba en ese momento: la sorpresa. Contra la pared había un gran espejo muy adornado, que sería mortal pero demasiado difícil de manejar en una pelea, y un viejo proyector de 3D que sería demasiado liviano como para causar daño. Maldijo por lo bajo y estiró la mano para tomar la pata de la mesa, sabiendo que se le acababa el tiempo.

—Saltaron al balcón —dijo una voz próxima a la ventana. Estaban hablando en voz baja, en lugar de coordinarse por medio del enlace, pero era lógico: estaban persiguiendo a Parciales, y el enlace los delataría. No sabían que ella estaba escuchando—. Yo los sigo; tú vuelve a bajar y córtales la retirada desde afuera.

Kira vio la escena en su mente con claridad: un Parcial salía por la ventana y el otro volvía a bajar aquella larga escalera. Se decidió en un abrir y cerrar de ojos: sujetó el espejo gigante con ambas manos y lo levantó. Conteniendo el aliento para no resoplar por el esfuerzo, caminó lo más rápido que pudo sin hacer ruido. El marco pesaba cerca de veinte kilos. Llegó al muro que rodeaba la escalera y levantó el espejo por encima; se detuvo apenas medio segundo para apuntar antes de soltarlo. El Parcial la oyó, o vio el movimiento, pero fue demasiado tarde; levantó la vista y el espejo se estrelló contra su cara, los veinte kilos concentrados en un solo borde justo en el puente de su nariz. Se le hundió la cara, su cuerpo se desplomó por la escalera, y

ella corrió tras él.

MUERTE

El enlace ya estaba anunciando su muerte; incluso fuera del edificio, su compañero lo sabría. Kira le quitó el arma y se volvió para mirar escalera arriba, al tiempo que se llevaba el fusil al hombro. El resplandor de las estrellas que entraba por la ventana abierta formaba un pequeño trapezoide de luz, y ella lo observó con atención, el dedo detenido sobre el gatillo, esperando que apareciera el otro Parcial.

¿QUÉ PASÓ?

Kira no sabía si la pregunta era de Green o del Parcial con branquias; la fría señal de MIEDO que le siguió también podría haber sido de cualquiera de los dos. Pensó en Green, atrapado afuera con un guerrero enojado y asustado, y retrocedió lentamente. Dio algunos pasos hacia atrás hasta perder de vista la ventana, y giró para enfrentar cualquier otro horror que acechara en la oscuridad. Nadie se le había acercado por atrás, de modo que dio por sentado que había solo dos Parciales. O que, si

había más, estaban esperando en el bote. El pasillo estaba oscuro; había pocas aberturas que permitieran el paso de la luz exterior, y después de la claridad que había en el último piso por las estrellas, sus ojos tuvieron que volver a adaptarse. Se quedó inmóvil, atenta a cualquier sonido de pasos o de respiración, tratando de percibir en el enlace quién podía estar acechando más allá de la próxima sombra. Lo único que pudo sentir fue la persistente señal de MUERTE, amarga como el metal viejo en la lengua.

Miró hacia el interior de la primera habitación por la que pasó; un dormitorio, supuso, ya sin muebles y con una pila de ropa en un rincón. Era ropa de niñita, rosada y carcomida por gusanos. La siguiente habitación era una oficina; la siguiente, otro dormitorio. La casa estaba vacía y silenciosa, y no dejaba entrar la luz.

Un atisbo de datos del enlace le hizo cosquillas en la nariz: AQUÍ HAY ALGO. Se acercó rápidamente a la siguiente habitación del

pasillo: un dormitorio principal que daba al balcón. Las anchas puertas de vidrio estaban rotas, pero las cortinas todavía colgaban, finas y tenues como fantasmas. Se hincharon suavemente con el aire nocturno, y Kira estuvo a punto de disparar su fusil cuando la sombra de una figura pasó por detrás de una de ellas. La silueta de un hombre en el balcón, demasiado indefinida como para distinguirlo.

—No se mueva.

Otra sombra, de frente a la primera. Ninguna de las dos parecía tener un arma; cualquiera de las dos podía tener puesto un casco. Kira apuntó a uno y a otro, presa de la indecisión. *¿Cuál de los dos es Green?*

—No me dispare.

—¿Y la otra?

—No sé, salió por delante.

—Está en la casa.

—Ya le dije que no sé.

Kira levantó el fusil hasta la mejilla y lo sostuvo con fuerza, para apuntar bien. Podía disparar una sola vez; tenía que elegir el blanco

correcto y acertarle. Las cortinas volvieron a hincharse, y ella se dio cuenta de que ni siquiera sabía dónde estaban parados los hombres; según dónde estuviera la luna, sus sombras podían estar proyectándose desde cualquier parte. Retrocedió en silencio hasta el pasillo. Tenía que encontrar otro punto desde donde disparar. Se quedó un momento junto a la escalera que llevaba a la planta baja, pero también se apartó de allí; no quería renunciar a la ventaja de la altura. Aunque tampoco quería darle al último soldado vía libre hasta el bote, de modo que volvió por el pasillo hacia la escalera que llevaba al segundo piso. Rodeó al Parcial muerto, donde volvió a percibir las potentes partículas de MUERTE, y recordó los datos que había percibido dos días antes, en la marca del árbol. La había abrumado por completo; con la feromona líquida tan concentrada, apenas había podido funcionar hasta que el olor se había despejado de su nariz. Un Parcial de verdad, con un mecanismo más sensible al enlace, habría sido aún más afectado. Echó un vistazo

hacia atrás, dejó el fusil a un costado y arrastró al soldado muerto a la habitación de la niña.

—Lamento mucho esto —susurró.

Se quitó la camiseta y se envolvió la cara con ella, ya asqueada por el olor corporal y a moho, pero con la esperanza apremiante de que bastaría para protegerla. *Tiene la cara demasiado deshecha*, pensó.

Tendré que entrar por otro lado si quiero encontrar el punto exacto. Sacó el cuchillo de combate del cinturón del soldado y, recordando sus estudios de medicina, imaginó el diagrama de la cavidad nasal y calculó la ubicación aproximada de las glándulas que producían las feromonas. Colocó el cuchillo suavemente en la boca del cadáver, alineó la punta contra el centro del velo del paladar y empujó.

MIEDOTRAICIÓNMUERTESANGRE
CORRANESCÓNDANSEMUERTEGRITO
MIEDOSANGRE

Los datos del enlace la abrumaron con una súbita oleada de pensamientos y hasta recuerdos que amenazaban con ahogarla en la mente de un

muerto. Contuvo el aliento, tratando de dominar su propio cerebro y de concentrarse en sus propios pensamientos, sus propios movimientos. Retiró el cuchillo del soldado y lo halló cubierto de líquido: sangre, linfa y datos marrones oscuros, la forma líquida de una docena de feromonas distintas revueltas en desorden. El aire parecía vibrar; formas, colores, olores y voces se encendían y apagaban con frenesí en la habitación en penumbras. Ella se puso de pie con dificultad y retrocedió por el pasillo.

—¿Qué es eso?

Ahora las voces estaban más cerca, pero ya no eran lo único que había en la casa, ya no...

Caían las bombas, y Kira se encontró en las playas de la Guerra de Aislamiento... durmiendo en el agua, mirando la luna, que se derretía sin forma en la superficie del lago.

MUERTE

CORRAN

AYÚDENME

El ruido de un arma que caía al suelo. El pasillo se reía de ella; las sombras formaban

caras distorsionadas que le decían CORRE SOCORRO ALTO VAYAN MATEN. Oía gritos, pero no podía distinguir si eran del presente o del pasado, reales o alucinaciones. Caminando con dificultad, entró en el dormitorio principal y los vio, al Parcial con branquias y a Green, que se sujetaban la cabeza y sollozaban y gritaban, y allí estaba su padre entre ellos, con las manos chorreando sangre. Kira parpadeó y él desapareció.

—Garrett —sollozó el Parcial.

Los datos del enlace se deslizaban por la daga en gotas oscuras de pensamiento líquido, tan densos en el aire, que apenas podía ver. Avanzó, haciendo a un lado la bruma de gas neurotóxico de un búnker de Shangai, el humo de artillería de un ataque en Atlanta, la neblina ensangrentada del golpe a White Plains.

Kira tuvo deseos de buscar refugio detrás de los árboles, de esconderse tras la pared, de volver a sumergirse en el lago frío y oscuro, donde estaría a salvo.

Soy Kira Walker, se dijo. Las identidades

pasaban por su mente como arroyos, que corrían y se mezclaban y atronaban juntos. Miró a los dos hombres, que ahora estaban retorciéndose en el suelo, y no logró distinguir cuál de los dos era el enemigo. *Soy Kira Walker*, pensó otra vez. *No voy a perderme.*

Green es mi amigo. Encontró al otro Parcial, con las branquias flameando con frenesí en su cuello pálido y mojado, y le clavó el cuchillo en la abertura que dejaba su uniforme acorazado, justo debajo del brazo.

Apenas percibió la declaración de MUERTE entre tanta locura superconcentrada. Kira cayó al suelo, se acercó a Green y lo arrastró hasta el balcón. El aire fresco llegó como un ángel sanador, y ella sintió que su mente empezaba a despejarse. Había una escalera de madera que bajaba; no necesitaban volver a entrar.

—No quiero —masculló Green—. No quiero.

—Todo está bien —lo tranquilizó, con la voz aún apagada por su máscara improvisada. Miró por encima del patio hasta el muelle bajo de

piedra que bordeaba la isla, donde había un bote, medio oculto por las sombras y los árboles, meciéndose suavemente en el agua. Su teoría había sido correcta. Había un bote. Y estaba vacío—. Todo va a estar bien. Nos vamos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Unas formas oscuras se movían en el agua. Kira acercó el bote lo más que pudo al pequeño embarcadero de piedra y ayudó a Green a acomodarse en el centro. Lentamente, el aire nocturno iba despejando de su cabeza las feromonas concentradas, pero Green seguía perdido en recuerdos químicos, acurrucado en posición fetal en el vientre de aluminio de la embarcación. Ella pasó un pie por encima de la delgada línea negra del agua, pero lo detuvo en el aire; dio media vuelta, apretó los dientes y regresó a la casa.

Necesitaba un arma.

Volvió a subir la escalera de madera hasta el balcón, respiró hondo y entró corriendo al

dormitorio, donde tuvo que caminar a tientas por la repentina oscuridad. El Parcial muerto yacía en el suelo, con su fusil al lado; Kira tomó el arma y salió corriendo. No se atrevió a respirar hasta que bajó la escalera, e inhaló con avidez en la fresca penumbra del patio arbolado. Cuando llegó al bote, Green todavía estaba acostado en el piso y jadeaba, pero tenía los ojos abiertos. Subió con cuidado, tratando de no pensar en lo que podía estar escondido en el agua.

—¿Dónde estoy? —le preguntó.

—Afuera, en el bote —respondió ella en voz baja—. No hables.

Recogió un remo y lo hundió con suavidad en el lago, siempre pensando que en cualquier momento un Parcial con branquias se lo arrebataría y la haría caer al agua. Desató el bote y este flotó, alejándose del muelle: treinta centímetros, cincuenta, un metro y medio, tres metros. La costa se alejaba más y más, y el lago de color de tinta era profundo e impenetrable. ¿Quiénes estaban allá abajo, vigilando?

¿Cuántos eran? ¿Qué veían o pensaban? Bastaría un solo Parcial, una sola mano pálida y fuerte, para volcar la embarcación, y entonces ella y Green caerían al agua y se hundirían, indefensos, arrastrados por monstruos de ojos muertos. Remaba con cuidado, en forma pareja, sin atreverse a darse prisa. Si los Parciales enemigos sospechaban algo y subían a ver, se enlazarían de inmediato con sus compañeros muertos, y ellos dos quedarían al descubierto. Los interrogadores habían llegado a la isla remando, y ella tenía que hacer pensar a los otros que estaban regresando para guardar sus armas en un lugar seco antes de zambullirse para ir a casa.

¿Por qué vivirán debajo del agua?, se preguntó. Es obvio que pueden sobrevivir en tierra firme, al menos por un tiempo. Tanto Morgan como Vale le habían contado que las modificaciones genéticas muy profundas podían degradar la cordura de quienes las tenían. ¿Sería eso lo que había pasado? ¿Parciales que vivían bajo el agua, mataban a otros Parciales y les

clavaban las manos a un poste como salvajes?

¿Cuánto de sus mentes es de hombre y cuánto es... de otra cosa?

Sesenta metros hasta la isla más cercana. Treinta. Quince. Cinco. Había un pequeño muelle de madera medio hundido en el agua delante de ellos, y más allá, otra casa perdida entre los árboles. Ya no tenía su mapa ni su equipaje, pero recordaba la disposición básica de la bahía; si aquella era la isla central que pensaba que era, habría una carretera elevada a unos tres kilómetros de allí, que los conectaría con la costa occidental del lago. Allí podrían cruzar... si la carretera seguía en pie.

Tres metros. Uno y medio.

El bote dio contra el muelle y Kira bajó de un salto; enrolló la cuerda en un poste corto y le tendió una mano a Green. Las tablas de madera bajo sus pies y el agua oscura que la rodeaba le trajeron recuerdos vívidos y aterradores del embarcadero donde la habían capturado, e imaginó que otro Parcial pálido emergía súbitamente del lago y le sujetaba el brazo

extendido, pero nada brotó. Green tomó su mano y se puso de pie, ya más firme que antes. Ella tanteó el fusil que llevaba colgado a su espalda y se tranquilizó al comprobar que aún lo tenía, luego llevó a Green hacia la casa. Allí el sendero estaba gastado por el uso, prueba de que los Parciales guardaban sus equipos sensibles al agua en tierra firme.

Lo cual significa que podría haber más de ellos esperando aquí, pensó. Trató de captarlos en el enlace, pero sin la conciencia intensa que le daban el combate o el terror, los datos, si los había, eran demasiado débiles como para que pudiera detectarlos.

—¿Percibes a alguien aquí en el enlace? — le susurró a Green.

—En este momento, no —respondió en voz baja—, pero vienen aquí con frecuencia.

—Avísame si se hace más fuerte —pidió Kira, y siguió caminando.

El sendero que nacía en el muelle atravesaba un patio arbolado; donde alguna vez hubo césped ahora estaba lleno de maleza,

plantas trepadoras y árboles jóvenes. La casa era grande, antigua y había sido lujosa; ahora estaba desvencijada y decrepita, pero era obvio que los Ivies la usaban. Las ventanas estaban tapadas con tablas, y el sendero llegaba directamente a la puerta. Green no le avisó que hubiera Parciales escondidos dentro, y ella tampoco los percibía, pero por las dudas decidió no entrar. Ya estaban libres; el mejor plan consistía en interponer la mayor distancia posible entre ellos y el lago antes de que descubrieran su fuga.

Dejaron el sendero para no pasar cerca de la casa, y caminaron entre los árboles hasta llegar a un camino de asfalto agrietado que serpenteaba hacia el norte por una hilera de viviendas descoloridas. Por acuerdo tácito, echaron a correr; lo único que se oía era el sonido de sus zapatos mojados sobre el camino. Habían corrido casi un kilómetro cuando Green se arriesgó a hablar.

—¿Sabes a dónde vamos?

—Más o menos.

—¿Eso te basta?

—Tenía un mapa antes de que me capturaran —explicó Kira—. Por aquí hay una carretera... si estamos en la isla correcta.

—¿Y si no?

—En ese caso, tendremos que volver a cruzar el lago. Así que esperemos que esta sea la isla.

Corrieron un momento en silencio, hasta que Green hizo otra pregunta, con voz sombría y preocupada.

—¿Qué pasó allá atrás?

—¿En la casa?

—Creí que estaba de nuevo en China. Literalmente, pensé que estaba allá, en plena Guerra de Aislamiento, en uno de los túneles subterráneos que usamos para tomar sus ciudades más grandes, salvo que... nunca me tocó pelear en esos túneles. A otras unidades sí, pero a la mía no.

—Pude sorprender al primer guardia, porque no sabía que yo estaba ahí —respondió—. La única manera de ganarle al segundo era usar el

enlace en su contra.

—¿No era que no estás en el enlace?

—No eran mis datos —dijo ella, y vaciló—.

Los tomé prestados del otro Parcial muerto.

—¿Prestados? —Le dirigió una mirada inquisitiva.

—Se los extraje con un cuchillo de combate —respondió. Green puso cara de horror, y ella sintió náuseas al recordarlo—. Mira, ojalá no hubiera tenido que hacerlo, pero era la única manera.

Normalmente ustedes no captan los datos hasta que están en el aire, difusos, pero dentro de las glándulas aún están líquidos y sumamente concentrados —se encogió de hombros con impotencia—. Al parecer, la unidad de ese soldado sí peleó en los túneles subterráneos, y lo recordamos por medio de sus datos en el enlace.

—¿Quién...? —empezó a preguntar Green, pero se interrumpió bruscamente. Ella disminuyó el paso, casi tropezó, y lo miró. Él la observaba, confundido—. ¿Acabas de decir «recordamos»?

Demonios, pensó Kira. No era que

necesitara con desesperación mantener en secreto su naturaleza; era solo que no se lo había dicho antes, y no quería que pareciera que había estado ocultándole algo. Se aclaró la garganta.

—No estás en el enlace —insistió él. Se acercó a ella, con el ceño fruncido—. Tal vez fue por los datos concentrados, como dijiste. ¿Será que, cuando son tan fuertes, los humanos también pueden percibirlos?

Esto podría ser una oportunidad de reclutar a Green para mi causa, pensó. Si cree que los humanos pueden percibir los datos del enlace, aunque solo sea en un caso como este, puede que vea una conexión más fuerte entre las especies. Quizá se muestre más abierto a ayudarme, a ayudar a los humanos.

Solo que no es cierto. Si vamos a trabajar juntos, tiene que haber confianza mutua entre ambas especies. No podemos iniciar esa relación con una mentira.

—No soy humana.

—Dijiste que lo eras.

—Creí serlo, toda mi vida. Me crie con ellos. Todavía me siento humana. Pero no lo soy.

—Los Parciales perciben el enlace —repuso Green simplemente—. Y no envejecen. No te pareces a ningún modelo que haya visto antes.

—Fui uno nuevo. Un prototipo para una nueva línea, después de la guerra. Por eso la doctora Morgan quería estudiarme: porque pensaba que mi ADN le ayudaría a curar la fecha de vencimiento. Pero no sirvió. No tengo ninguna de las capacidades mejoradas que tienen ustedes: ni la fuerza ni los reflejos; quizá sí un poco de curación acelerada. Y puedo percibir el enlace, más o menos, pero es unilateral.

Green parecía indignado.

—¿O sea que puedes...? —Se quedó boquiabierto, y luego se tapó la boca y la nariz con las manos, casi como si estuviera protegiendo su aliento—. ¿O sea que puedes enlazarte conmigo pero yo no puedo hacerlo

contigo? ¿Puedes sentir todo lo que siento, sin dar nada a cambio?

—No todo —admitió Kira, aunque era obvio que lo estaba percibiendo: una mezcla confusa de conmoción y disgusto. Se dio cuenta de que, desnuda como se sentía al saber que Green conocía su secreto, él debía de sentirse aún peor al saber que ella podía, descarada e inevitablemente, espiar todas sus emociones. Los Parciales estaban acostumbrados a compartir todo, a vivir en un estado emocional común, pero que alguien ajeno invadiera ese estado, alguien que no revelaba sus propias emociones a cambio, debía de parecerles una violación—. Lo siento. Perdóname por no habértelo dicho antes. Debería haberlo hecho.

—Solo... corre —echó a andar y la dejó atrás en el camino—. Tenemos que salir de aquí antes de que alguien descubra que escapamos.

Ella lo siguió, pero mantuvo una distancia respetuosa para no poder enlazarse con él. Aun así, de tanto en tanto le llegaba un hálito de confusión, tristeza o miedo.

Samm nunca reaccionó así, pensó, pero él tuvo tiempo para acostumbrarse. Prácticamente vivimos juntos varias semanas antes de enterarnos de que yo era Parcial. Y Heron... ¿quién sabe lo que piensa ella en realidad? Pues solía pasar mucho tiempo con los humanos, de modo que tal vez no le dé importancia.

Pero sí es importante. Para Green, y seguramente también para los demás.

Minutos más tarde llegaron a la carretera elevada, y Kira se estremeció de alivio al ver que seguía intacta. Cruzaron siempre por el centro del camino, para mantenerse lo más lejos posible del agua. En un gesto de buena voluntad, le cedió la siguiente decisión a Green.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

Él gruñó por lo bajo mientras pasaban por un cobertizo para botes con una playa de estacionamiento abierta.

—Si vamos al sur, deberemos correr varios kilómetros para alejarnos del lago —dijo—. Es obvio que pueden salir a tierra sin problemas,

pero creo que cuanto más podamos evitar el agua, mejor.

En efecto, el camino se curvaba más y más hacia la izquierda, y por fin describía una curva cerrada que llevaba directamente al sur. La carretera parecía ser el límite de la pequeña comunidad que rodeaba el lago, sin nada más que bosque del otro lado, y los dos se internaron entre los árboles para cortar terreno y dejarlo atrás.

—Cuidado con las marcas de límite —le advirtió Kira—. Las encontré cuando llegué; usaron datos del enlace, concentrados como en la casa, para demarcar un perímetro y ahuyentar a la gente. Si empiezas a asustarte sin motivo, es por eso.

Green no dijo nada, pero asintió para acusar recibo.

Caminaron con cuidado y en silencio entre la densa vegetación, y no tardaron mucho en llegar a otra carretera, pero esta también doblaba hacia el sur, así que siguieron por el bosque. Habían cruzado dos colinas más y un arroyo

angosto cuando empezó a salir el sol. El siguiente camino resultó ser otra carretera ancha de dos carriles, y decidieron arriesgarse a ir un poco hacia el sur. Sin embargo, casi de inmediato el camino volvía a doblar al este, hacia el lago, como si la tierra misma estuviera decidida a hacerlos regresar al peligro. Una vez más tomaron por el bosque, pero Kira estaba agotada y tenía hambre y frío. Por fin se detuvieron en el patio trasero de una casa abandonada.

—Tenemos que averiguar dónde estamos.

—¿Crees que tengan un mapa? —preguntó Green, señalando hacia la casa.

—Tú revisa las estanterías; yo buscaré un estudio o una oficina.

—No. Los mapas nunca se buscan en las casas; sino en los autos —repuso él y fueron hacia dos que estaban en la entrada de la casa. Kira se encaminó hacia ellos, pero él negó con la cabeza—. Demasiado buenos; los humanos ricos tenían los mapas en computadoras, especialmente en sus autos, al igual que muchos

de clase media. Necesitamos un mapa de papel; busca el vehículo más viejo y feo que veas.

A Kira el plan le pareció ridículo, pero Green había vuelto a dirigirle la palabra y no quería arruinar las cosas. Siguieron caminando por la calle residencial arbolada, él de un lado y ella del otro. Todas las casas de ese vecindario eran grandes y estaban apartadas del camino, por lo que era difícil ver autos; además, ella empezaba a perder las esperanzas de encontrar uno más viejo, pero perseveró de todos modos. La calle doblaba hacia el sur, como aparentemente lo hacían todas, pero estaban a varios kilómetros del lago y por allí avanzaban más rápido que entre los árboles. Por fin divisó uno: no más oxidado que los otros, pero de forma notablemente diferente, de línea más larga y bordes más cuadrados.

Avisó a Green y ambos se acercaron al trote.

—He rescatado cosas de las ruinas del viejo mundo desde que tengo memoria —comentó Kira—, pero nunca me molesté en buscar en los

autos.

—Los humanos prácticamente vivían en ellos —respondió él.

—Claro, pero siempre estábamos buscando comida y medicamentos. A veces teníamos suerte y encontrábamos a algún fanático de la supervivencia que había muerto camino a casa con la cajuela del vehículo llena de comida enlatada, pero rara vez valía la pena.

—Observa y aprende —Green se dirigió al costado del acompañante, se asomó por la ventanilla y apretó un botón en el tablero, con lo que se abrió una caja pequeña—. Esto se llama guantera —dijo, mientras hurgaba en ella—. Ajá —volvió a incorporarse y le enseñó un mapa de carreteras de Connecticut plegada, en mejor estado que lo que Kira había visto jamás—. La guantera tiene cierre a prueba de agua, por eso su contenido está protegido de la intemperie. Averigüemos dónde estamos.

—Esta calle se llama Rita Drive —dijo ella, leyendo una señal desgastada—. Una callecita en forma de herradura que sale de otra más

grande.

Green desdobló el mapa sobre el auto, y al cabo de un rato la encontró. A ella se le fue el alma al suelo cuando la marcó en el mapa:

—Estamos rodeados de lagos.

—Están por toda esta zona —dijo Green. Trazó con el dedo un camino sinuoso—. Creo que lo mejor es cruzar este campo, luego tomar este camino, luego este y... este. Quizá tengamos que saltar algunas cercas, pero podremos alejarnos sin pasar cerca del agua.

—Hay un problema —observó Kira, y señaló con el dedo una parte de la ruta propuesta—. Yo entré por esta brecha de aquí, tratando de evitar los caminos importantes, y fue allí donde me topé con la primera marca de límite.

—Significa que el límite está mucho más lejos del lago de lo que creí —dijo él. Ahora que ya no estaban en combate, la percepción de Kira del enlace empezaba a apagarse otra vez, y no podía saber qué sentía Green sobre la situación: ¿frustración? ¿Miedo? Su voz se

mantenía impasible—. Ya me extrañaba que todavía no nos hubiéramos topado con ninguna.

—Da gracias de que así sea.

—Quizá por aquí —dijo él—, fuera del borde del mapa. Cuando crucemos el límite, podemos buscar un mapa de Nueva York.

—Por ahí, no. Al oeste solo hay más lagos; cientos —opinó ella, recordando el mapa que había tenido antes—. No sé si los Ivies los patrullan, pero prefiero evitarlos. Lo mejor es ir al sur.

—Al sur, ¿a dónde? Mejor hablemos de esto ahora, que estamos planeando la ruta. Soy desertor, de modo que no puedo ir al territorio de Morgan, y después de los Ivies, no me interesa encontrarme con otras facciones.

—Te entiendo —dijo Kira—. Mi plan era visitar a tantas facciones como pudiera, pero ahora... —Esperaba que las demás no fueran tan violentas, y más aún, que ninguna tuviera nada tan siniestro como el «Hombre de la Sangre», pero ¿cómo podía estar segura? ¿Debía arriesgarse? *Si aunque sea una sola*

facción más me captura para algún tipo de... sacrificio ritual, ¿vale la pena? Estoy tratando de salvar al mundo, se dijo. Por eso vale la pena enfrentar lo que sea.

—Nunca te conté por qué vine aquí —miró a Green.

—Sí, tenía curiosidad.

—La doctora Morgan es peligrosa. No hace falta que te lo diga, ya que escapaste de ella.

Green no dijo nada, y Kira prosiguió. Era la primera vez que iba a plantearle su plan a alguien, y se sintió agradecida de que fuera una sola persona y no un grupo numeroso. No sabía cómo presentarlo. Ya le resultaba extraño haber empezado por Morgan, y retrocedió un poco.

—Los humanos están muriendo de RM —dijo—, y los Parciales, por su fecha de vencimiento. Lo que descubrí estudiando los archivos de Morgan es que la cura de uno es la misma que la del otro: los Parciales producen la del RM, y los humanos, a su vez, pueden producir una partícula que inhibe la fecha de vencimiento. Ambas curas fueron diseñadas de

ese modo. Entonces, la única manera de salvar a las dos especies es que convivan. En paz, preferiblemente.

El silencio de Green delató su escepticismo. Kira prosiguió.

—Digo que tenemos que vivir juntos, muy cerca. Vivir en la misma zona, trabajar juntos... básicamente, comportarnos como si fuéramos una sola especie en lugar de dos.

—Eso no tiene sentido.

—Estoy tratando de explicártelo. Sería casi imposible reproducir en un laboratorio la transmisión de las partículas, al menos en la escala necesaria: decenas de miles de humanos y cientos de miles de Parciales. Las dos especies pueden curarse mutuamente, pero tendrían que estar respirando constantemente el mismo aire. Tendrían que vivir juntas sin pelear.

Él no dijo nada, pensativo. Al cabo de un rato, volvió a mirarla.

—¿Y la doctora Morgan?

—¿Qué pasa con ella?

—Empezaste diciendo que es peligrosa —

repuso Green.

—Cierto. Cuando descubrí esto me marché, porque no confío en ella. Es más probable que esclavice a los humanos antes que se ponga a trabajar con ellos.

—Entonces, como no confiabas en Morgan, saliste a buscar a otros grupos de Parciales que fueran más abiertos a la idea de convivir.

—Exacto.

—¿Estás segura de que ese proceso que describes da resultado? ¿De que es tan sencillo? —preguntó, tras una larga pausa.

—Crucé todo el continente buscando a las personas que desarrollaron el RM (las mismas que crearon a los Parciales), y lo único que averigüé con certeza es que todo lo que hicieron era parte de un plan. Ese plan salió horrible, terriblemente mal, y todos los que participaron en él se volvieron locos... o se dieron por vencidos. Pero el plan sigue existiendo, grabado en nuestro ADN. Y es lo único que tenemos.

—O sea que nosotros curamos a los humanos y ellos a nosotros —la miró—. Y tú,

¿de qué lado estás?

Kira respiró hondo, sintiendo un asomo de la misma desesperación que había sentido en la sala de operaciones de Morgan, convencida de que era inútil.

—Yo no puedo curar nada —respondió, en voz baja—. Y no creo tener fecha de vencimiento. No sé de qué lado me sitúa eso.

—Necesitamos descansar, pero no quiero detenerme hasta haber salido del territorio de los Ivies —Green levantó la mirada al cielo; el azul se iba aclarando a medida que el sol ascendía.

—Me parece sensato.

—Iremos al oeste, como dije antes. Puede que por allá haya lagos, pero si los Ivies han demarcado un límite alrededor de este, tengo la esperanza de que eso signifique que en los demás estaremos a salvo.

Ella sintió recelo de la idea, pero tuvo que admitir que ir directamente hacia el oeste era la ruta más rápida para alejarse de sus captores.

—Quizás al oeste por ahora —dijo—, pero apenas estemos fuera de peligro, tengo que

volver a esta misión. Contigo o sola.

—¿Sabes a dónde irás después? —Green plegó el mapa.

—Por más que quiera hablar con las otras facciones, perdí todo en ese lago —respondió ella—: mis mapas, mis notas, todo. No sé dónde están las demás facciones, y aunque lo supiera, no sé si dispongo del tiempo para caminar hasta donde se encuentren. En algunos casos, me llevaría varias semanas.

—Eso no responde mi pregunta.

—Lo que quiero decir es que tengo que regresar a Long Island. No confío en Morgan, pero quizá sus soldados me escuchen. Los que están en la ocupación ya llevan meses viviendo con los humanos; tal vez estén viendo los efectos del proceso que acabo de contarte. Si puedo convencer a alguien, es a ellos.

—¿Y los humanos?

—A ellos también será difícil convencerlos —admitió, asintiendo—. Pero, como sea, están en Long Island. Tengo que ir allá.

—Entiendes que así no estaremos fuera de

peligro, ¿verdad? —comentó Green—. Tendremos que pasar por el territorio de Morgan, y entrar en una zona de guerra. Ni siquiera estaremos alejándonos de los Ivies, porque van en la misma dirección. El Hombre de la Sangre dijo que a continuación iría por los humanos.

—Pues a él también voy a detenerlo —aseguró Kira, pero luego hizo una pausa—. Un momento: ¿hablaste en plural?

—Estás planeando salvar al mundo —respondió simplemente—. Por supuesto que voy contigo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Owen Tovar corrió por las calles de Huntington sin molestarse en ser sigiloso; intentaba únicamente alejarse de la cafetería. Su pie herido lo obligaba a dar pasos desiguales, y se esforzó por ir más rápido.

Los Parciales habían perseguido a la mayor parte de su grupo hasta reducirlo a nada; había enviado a Mkele al este con los soldados que les quedaban y él se había quedado atrás para despistarlos. Era una estrategia que, hasta el momento, había salido bien, pero no podía prolongarla mucho tiempo más. No tenían hombres ni tiempo ni explosivos.

Técnicamente, tengo una tonelada de explosivos, pensó, mientras corría entre los

autos. Los soldados Parciales ya lo habían visto, y algunas balas le pasaron cerca. *Pero todo eso va a cambiar en tres, dos, uno...*

Detrás de él, la cafetería estalló, y la onda expansiva fue tan fuerte que lo arrojó al suelo, incluso estando a una cuadra y media de distancia.

La explosión despedazó a los soldados que lo perseguían; Tovar giró sobre sí mismo para colocarse boca abajo y se cubrió la cabeza con las manos mientras llovían escombros a su alrededor. Le zumbaban los oídos y estaba temporalmente sordo; apostó a que los Parciales tampoco podían oír; se arrastró hasta la calle lateral más cercana, se puso de pie y echó a correr otra vez. Por lo menos por unos minutos los soldados estarían demasiado distraídos; tenía que aprovechar ese tiempo para alejarse lo más posible.

Sin embargo, mientras corría, sabía que no tenía opción. Las fuerzas de Delarosa habían sobrevivido a los Parciales con tácticas de guerrilla: acosando sus flancos, atacando sus

líneas de suministro y luego perdiéndose en la espesura. Tovar había tenido que hacer mucho más para llamar su atención, había sido más agresivo para alejarlos de los refugiados humanos que huían hacia el sur. Y por eso ahora lo habían perseguido hasta la Costa Norte. Estaba rodeado de agua por tres costados, y en el cuarto, por Parciales.

Ya no tenía hacia dónde huir.

Si logro llegar al agua, quizá pueda salvarme, se dijo. Puede que encuentre un bote, o un trozo de madera flotante para poder mantener la cabeza fuera del agua. Tal vez pueda esconderme en alguna parte y quedarme una semana o el tiempo que sea necesario. Se arriesgó a mirar por encima del hombro y lo alentó ver que seguía solo. A la larga lo encontrarían, pero los mantendría ocupados buscándolo. Ese era el objetivo. *Cualquier cosa que los mantenga aquí, conmigo, para que los demás puedan salir de East Meadow y de la isla.*

Cuando me ofrecí a hacer esto, sabía que

iba a morir, pensó. Papá siempre me decía que nunca me ofreciera a hacer nada. Debería haberle hecho caso.

Frente a él se encendió una luz, blanca, brillante y cegadora. Tropezó con su pie herido y dio media vuelta para huir, pero algo lo golpeó en la espalda, agudo y doloroso como el aguijón de una abeja gigante. Cayó al suelo instantáneamente y su cuerpo se convulsionó cuando una descarga eléctrica lo atravesó.

Cuando se le despejó la mente, estaba tendido en el suelo, con la cara en una alcantarilla cubierta de hierba, los miembros retorcidos como los de una muñeca de trapo y completamente inmóvil. Trató de hablar, pero sintió la boca como de plomo.

Los Parciales no usan armas paralizantes, pensó. ¿Quién tiene electricidad de sobra para usarlas?

Un par de manos, sorprendentemente delicadas, lo dieron vuelta. El hombre que estaba de pie a su lado era apenas una silueta oscura, enmarcada por las luces brillantes que estaban a

su espalda, y Tovar no pudo discernir sus rasgos.

—Quiero que sepa que esto no es un ataque —dijo el hombre. Su voz era suave y tenía un matiz expresivo que lo señalaba como humano. Tovar intentó responder, pero su mandíbula se movió débilmente y no pudo emitir sonido alguno—. Esto le dolerá, pero va a salvarlo en un sentido más amplio.

A ustedes, como pueblo. A la raza humana.

Luego colocó un estuche de plástico en el suelo junto a él y lo abrió con un chasquido. Tovar no vio lo que había dentro, pero el hombre en sombras sacó un frasco de vidrio y le quitó la tapa.

—Todos morirán. Supongo que eso no le causará sorpresa —puso el frasco abierto en el suelo, volvió a meter la mano en el estuche y sacó un cuchillo largo y afilado. Tovar intentó moverse, pero seguía paralizado—. Le digo esto para que sepa que morir aquí, ahora, es un honor para usted. De todos modos iba a morir, pero en cualquier otra circunstancia no habría significado

nada. De esta manera, usted puede ser parte del nuevo comienzo, de la nueva vida que reemplazará a la vieja. Un dolorcito aquí —el hombre puso el cuchillo sobre la mano de Tovar y presionó, cortándole el dedo más largo. Tovar gritó mentalmente; el dolor le quemaba como fuego, pero no le salió ningún sonido. El hombre dejó caer el dedo en el frasco, y siguió con otro—. Había un plan, ¿entiende?, para que todos sobrevivieran —*corte*—. No solo que sobrevivieran, sino que además prosperaran: humanos y Parciales, todos juntos. No habría sido difícil. Pero ese plan ya no existe y he tenido que adaptarme —*corte*. Su voz se mantenía serena todo el tiempo, como si simplemente estuviera hablándole a una tostadora mientras la desarmaba metódicamente—. Ahora, esta es la parte que le va a doler más. Hablando biológicamente, digo... No sé si le provocará más dolor que los dedos, pero sin duda sí más daño. Esta es la parte a la que no va a sobrevivir, a eso me refería —levantó el frasco y lo sacudió suavemente, agitando los

tres dedos que estaban en el fondo—. Necesito llenar el resto de este frasco con sangre.

Tovar recuperó la voz justo a tiempo para gritar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Kira sentía más frío que nunca. Se habían detenido en una localidad llamada Brewster Hill para descansar y conseguir ropa nueva, y luego en North Salem para buscar prendas más abrigadas y chaquetas, pero ni siquiera eso era suficiente. Green tenía más resistencia a los efectos de la intemperie y caminaba más rápido, pero incluso él empezaba a sentirlo. Habían recorrido casi cincuenta kilómetros en tres días, hasta llegar a Norwalk, y en ese lapso la temperatura había bajado por lo menos seis o siete grados. Ella estaba acostumbrada a que hiciera un poco de frío en los meses invernales, pero no tanto. El aliento le salía en bocanadas visibles, y sentía la nariz entumecida al frotarla

con los dedos morados.

Las calles de Norwalk le parecían un profundo cañón de metal, similar a Manhattan, pero ahora había escarcha sobre la maleza verde oscuro que cubría los edificios y entraba por las ventanas rotas. Resistió todo el tiempo que pudo, soportando el frío en silencio, pero finalmente decidió que no valía la pena: de nada le serviría llegar a Long Island un día o siquiera una hora antes si moría de hipotermia. Cuando pasaron por el siguiente comercio de ropa, Kira ingresó; buscaron chaquetas abrigadas, pero no encontraron ninguna.

—Supongo que el Brote llegó en verano —dijo ella—. Nadie estaba preparado para este clima —hizo una pausa—. No lo había pensado, pero supongo que nunca había necesitado tanto abrigo.

Green sacudió la cabeza, mirando las nubes grises y oscuras por las ventanas rotas.

—¿Cuándo fue la última vez que recuerdas que haya hecho tanto frío?

—Nunca —admitió Kira. Los comentarios

nostálgicos del doctor Vale acerca de los inviernos de antes, los inviernos de verdad, pasaron por su mente y se estremeció—. ¿Crees que continúe así?

—Si sigue así, puede que lleguemos a ver nieve —se apartó de la ventana—. Tenemos que buscar una ferretería; allí al menos habrá guantes de trabajo, que son mejores que nada, y luego tal vez una mueblería, para poder quemar algunas mesas como calefacción. No quiero cruzar el estrecho hasta que el tiempo mejore.

—¿Qué te hace pensar que lo hará?

—No hemos tenido una tormenta así en toda mi vida. Un perfil climático de tanto tiempo no se invierte en un día. Será una tormenta excepcional, pero nada más.

—Espero que tengas razón —Kira bajó de un salto del mostrador donde estaba sentada y volvió a salir a la calle helada. Se había levantado el viento, y este le alborotó el cabello—. ¿Sabes dónde encontrar una ferretería?

—No tengo idea. Pero me parece más probable en las afueras que en el centro.

—Para eso hay que volver atrás. No hay nada por delante más que la ciudad y el estrecho.

—No quiero retroceder —Green sacudió la cabeza—; mejor busquemos un bote y esperemos en el edificio más cercano hasta que pase la tormenta. Y apenas las cosas vuelvan a la normalidad, podemos subir y cruzar el estrecho lo más rápido posible.

—Ok. Mantén los ojos abiertos por si ves parques, patios de recreo y escuelas. Donde haya terrenos así, había un cobertizo o una cochera con herramientas y guantes de trabajo.

—Qué astuta.

—Tú sabes encontrar mapas, yo sé buscar herramientas de jardinería. Mi madre adoptiva era herborista.

Pensar en Nandita apagó su ánimo alegre. La mujer había ayudado a crearla, sabía todo sobre ella, y sin embargo nunca había mencionado una sola palabra. ¿Por qué? ¿Por qué engañarla? ¿Acaso había esperado que los problemas se resolvieran solos, que Kira

creciera, envejeciera y muriera, y nunca tuviera que enfrentar la verdad sobre quién era y de dónde venía? *Si realmente le hubiera importado, pensó, me habría dado algo en qué basarme. Una ayuda, orientación o consejo que me ayudara a enfrentar todo esto. Me habría dicho para qué me crearon, y por qué, y qué esperaban que hiciera.*

Como un destello, recordó una vieja conversación; hacía casi dos años ya, una de las últimas veces que había visto a Nandita antes de que desapareciera. Ella acababa de llegar a casa de la incursión de rescate a Asharoken, donde había estallado una bomba, y la mujer estaba guardando sus hierbas. *Algo me preocupaba, pensó, probablemente la bomba, y me dijo...* Sacudió la cabeza con incredulidad cuando las palabras volvieron como un torrente. *Me dijo exactamente lo que necesitaba oír; no entonces, sino ahora. «Cada vida tiene su propósito. Pero lo más importante que puedes llegar a saber es que, sea cual fuere tu propósito, no es tu única opción».*

—Cobertizo —anunció Green.

Kira levantó la vista y vio un edificio grande de ladrillos, con techo blanco con gabletes, ahora agrietado y amarillento por el paso del tiempo; estaba rodeado de un amplio terreno, cubierto de arbustos, maleza y un bosque ralo de árboles jóvenes. Había un cartel en medio del follaje, pero estaba demasiado tapado por enredaderas como para poder leerlo.

—Parece una sede gubernamental —observó—. Una municipalidad o algo. No siempre tienen herramientas, porque manejan todas sus propiedades desde una central.

—Tal vez esta sea la central —sugirió Green—. No estaría de más echar un vistazo.

Rodearon el edificio hasta el fondo, y encontraron una playa de estacionamiento pero ningún cobertizo. Detrás había un campo de béisbol, y allí tampoco había herramientas, guantes ni dónde guardarlos. Regresaron a la calle, listos para seguir andando y buscar otro parque o una escuela, pero Kira se detuvo frente a una casa.

—No. Muy elegante; esa gente contrataba jardineros —comentó Green.

—Pero fíjate en el cartel: «Diseño e instalación de teatros hogareños». No sé qué es un teatro hogareño, pero seguro que usaban guantes para instalarlos.

Empezaron la búsqueda en la sala del frente, y recorrieron rápidamente todo el edificio; era una casa convertida en local comercial, y la mayor parte estaba vacía. En la trastienda había una fortuna en proyectores de holovid, pero ya no servían. Kira habría cambiado todo aquello por un solo par de guantes. Finalmente, en la playa de estacionamiento del fondo, encontraron una furgoneta oxidada, con los neumáticos desinflados y deformados rodeados de maleza, y tenía el logo de la compañía en el costado, descolorido y descascarado. Ella abrió la puerta con dificultad y vio que la parte trasera estaba llena de cables y viejos repuestos de proyectores, y cuatro pares de guantes de trabajo en el cajón superior de un gabinete de herramientas. Se pusieron dos pares cada uno y

trotaron hasta la calle para recuperar el tiempo perdido. Ahora el cielo estaba más oscuro, mucho más de lo que debería estar a esa hora del día, y el viento prácticamente aullaba.

—Tenemos que buscar refugio —dijo Kira.

—Primero un bote —replicó Green—. Te dije que apenas esto mejore, tenemos que estar en el agua.

—¿Tienes miedo de que vuelva a empezar?

—Tengo miedo de que se nos esté acabando el tiempo —dijo él.

—Mira, yo estoy tan ansiosa como tú por todo esto, pero no vamos a conseguir nada si morimos por exposición a la intemperie. Parece que hubieran bajado dos o tres grados más en las últimas horas; la temperatura está bastante por debajo de cero, y aunque seamos Parciales, corremos peligro de hipotermia.

—No hay tiempo para sentarse a esperar —replicó él de mal humor, y apretó el paso.

—Viviremos mucho más si entramos...

—¿De veras?

Kira se detuvo, tratando de entender lo que

quería decir, y la respuesta le llegó como un puñetazo en el vientre. Se envolvió el pecho helado con los brazos y corrió para alcanzarlo.

—¿Cuánto tiempo te queda?

Él respondió con voz neutra, lo que resultó más espeluznante tomando en cuenta sus palabras.

—¿Ahora se te ocurre preguntármelo?

—Disculpa —dijo Kira—. Estaba concentrándome en el vencimiento como concepto, como un enemigo al cual derrotar... Tú abandonaste el ejército de Morgan. ¿Fue porque no creías que fuera a encontrar la cura suficientemente pronto?

Green caminaba en silencio, con la cabeza gacha.

—A la generación más joven le quedan siete meses —continuó Kira. *La generación de Samm*. Tragó en seco con nerviosismo, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Te queda la mitad de eso? —Él no respondió, y ella sintió que se le iba el alma al suelo—. ¿Dos meses?

—Uno. Estaré muerto para fin de año.

—Podría ser tiempo suficiente para ayudarte —dijo, apresurándose con las palabras—. Cuanto antes crucemos y encontremos a los humanos, antes podremos...

—Entonces, deja de discutir conmigo y busca un bote.

Kira calló, tratando de imaginar qué se sentiría al saber que uno iba a morir en un mes... y peor aún, al saber que no podía hacer nada para evitarlo. *Pero nosotros podemos*, pensó. *Este plan dará resultado.*

Eso creo.

Green se detuvo de pronto y levantó la mano para que ella también se detuviera.

—¿Sientes eso?

Ella se concentró en el enlace, pero no percibió nada.

—¿Qué es?

—No tengo idea. Algo grande... hay datos como de todo un escuadrón, una señal así de fuerte. Solo que... parecería que es una sola persona —giró la cabeza lentamente, como

tratando de localizar el origen exacto de los datos—. Por aquí, ven.

—Espera, ¿vas a buscarlo? —Kira corrió unos pasos para alcanzarlo.

—Claro.

—Pero llevamos prisa —le recordó—. No tenemos tiempo para parar y que nos capture un escuadrón Parcial.

—Te digo que es uno solo —insistió Green, sin dejar de caminar.

—Pero vas a morir. ¿Qué cosa cambió?

—¿No te das cuenta? Debemos encontrarlo porque... —se interrumpió, y sacudió la cabeza—. Porque sí.

Porque tiene algo que decirnos.

—Eso no tiene sentido.

—¿Cómo que no? —repuso. Él parecía casi frustrado, como si tuviera que explicar que el agua moja a alguien demasiado obtuso como para entenderlo.

—Green, escúchame —sacudió la cabeza—. Es el enlace... lo que sea que percibes, te está atrayendo a propósito.

—Puede ser. Podemos manejarlo.

—No, no podemos —dijo Kira. Pensó en la llegada de Morgan a la Reserva, cuando ella y Vale habían ejercido su control feroz en el enlace para obligar a los Parciales cercanos a obedecerlos—. He visto antes esa intensidad en el enlace, y solo puede provenir de un miembro del Consorcio. La gente que creó a los Parciales. Hay dos en esta zona: la doctora Morgan y el doctor Vale... y no nos conviene encontrarnos con ninguno de los dos —se plantó frente a él—. Si sigues caminando, van a atraparnos y a hacernos prisioneros, y quizá nos ejecuten. No es bueno que hagas esto.

Él la hizo a un lado y echó a correr.

—¡Green, espera! —gritó, y salió tras él.

Pero él avanzaba a toda velocidad, moviendo los brazos a los costados, y le costó seguirle el paso.

Kira tenía algo de la capacidad física de los Parciales, pero no estaba tan entrenada. Inhaló bocanadas de aire helado; sentía que los brazos y el pecho le sudaban por el esfuerzo, y casi de

inmediato se estremeció al enfriarse y evaporarse el sudor.

Se acercaron a un paso bajo nivel y Green dobló a la derecha, trepó un muro de piedra escalonado y luego saltó a las vías del ferrocarril que estaban arriba. Ella lo siguió, desesperada por alcanzarlo y detenerlo, hasta que una ráfaga de viento le acercó los datos del enlace a los pulmones y de allí al cerebro, más fuertes de lo que había imaginado jamás, y entonces empezó a correr no tras él, sino con él, convencida de que tenía que ir en ese instante, encontrar a esa persona y oír su mensaje.

Avanzaron por las vías y luego las dejaron, bajaron una pendiente y atravesaron un estacionamiento, cruzaron calles y saltaron cercas, hasta que por fin se abrió ante ellos un campo vasto. Un antiguo parque, con árboles que se agitaban con el viento helado, y más allá el mar gris encrespado. Pasaron por bancos, arbustos y viejos campos de béisbol, apenas visibles entre la nueva vegetación que había recuperado el parque. Después del campo había

otro camino, y más allá, una franja de arena bordeada de rocas, donde rompían las olas. Habían corrido más de un kilómetro. Al parecer, otros habían sentido lo mismo, pues había un escuadrón de diez Parciales sentados en las rocas, con expresión vacía, tan atónitos como Green.

Al frente del grupo, mirando hacia el océano, estaba sentada una criatura gigante, de color rojo oscuro, cuya piel se parecía al cuero de un rinoceronte. Kira aminoró el paso hasta detenerse; aquella vista la conmocionó, pero a la vez le dio una claridad momentánea mientras su cerebro se esforzaba por decidir cuáles sentimientos eran suyos y cuáles provenían del enlace. Era una claridad que solo ella experimentaba; los demás Parciales estaban absortos.

—Llegan justo a tiempo —atronó la voz de la criatura—. Ya está empezando.

Green avanzó tambaleándose, frotándose el pecho para conservar el calor, y se acomodó en el mismo semicírculo amplio donde estaban los

demás. Kira también avanzó, pero no se detuvo en el círculo, sino que siguió caminando y se acercó directamente a la criatura.

—¿Quién es usted?

—Los llamé aquí para prevenirlos —dijo la criatura. Kira no la vio mover la boca, pero sentía resonar intensamente su voz en su pecho —. Ya advertí a la gente de la isla, y a los Parciales de White Plains, pero no me hicieron caso.

—¿Estuvo en White Plains? ¿Vio a la doctora Morgan? —le preguntó.

—No fue un reencuentro feliz —respondió la cosa, y bajó la vista hacia su pecho. Ella le siguió la mirada y notó que tenía el pecho lleno de agujeros de bala. Uno de sus brazos colgaba a un costado, inútil, y el otro sujetaba una herida abierta en el abdomen—. Este cuerpo puede regenerar la mayor parte del daño que sufre, pero no tanto a la vez. Estoy muriendo —se volvió hacia ella, y Kira vio un par de ojos casi humanos en lo profundo de su cara monstruosa —. Pero ya he transmitido mi advertencia.

Se adelantó, tratando de ver mejor las heridas.

—¿Qué advertencia?

—He arreglado el clima —respondió—. He arreglado el planeta que destruimos hace tanto tiempo.

Ahora el mundo puede empezar a sanar de nuevo.

—¿Está diciendo que fue usted quien hizo volver el frío? —Kira sacudió la cabeza; demasiado confundida.

—Depuré el aire, el agua, la atmósfera. Las capas protectoras de la Tierra. Deshice todo el daño provocado por nuestras armas en la vieja guerra. Restauré el equilibrio. Volveremos a tener estaciones.

El primer invierno será duro, y nadie está preparado. Vine a prevenirlos para ayudarlos a sobrevivir.

—Usted es uno de los miembros del Consorcio —observó. Repasó la lista mentalmente, catalogando a todos sus miembros, para adivinar quién podía ser este. Solo le

faltaban dos, y uno era su padre, Armin Dhurvasula. Sintió vértigo al pensar que aquella criatura imposible, tan alterada por modificaciones genéticas que había perdido por completo su humanidad, pudiera ser él. Trató de hablar, pero había perdido la voz. Tosió, se estremeció por el rocío helado del estrecho marino, y volvió a intentarlo—. ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Nadie me llama por mi nombre desde hace... trece años.

Ella observó las heridas, la sangre oscura que se derramaba sobre las frías rocas grises. Apenas se atrevió a preguntar.

—¿Armin?

—No —respondió la criatura. Observó la tormenta que se avecinaba con ojos tristes y nostálgicos—. Mi nombre era Jerry Ryssdal.

Kira sintió una oleada de emociones: pérdida y tristeza, de que el hombre a quien había encontrado no fuera su padre, y alegría de que su padre no fuera esa cosa que agonizaba lentamente en la playa.

Culpa, por alegrarse por la muerte de otro. Se preguntó si alguna de esas emociones sería de él: su tristeza por morir, su alegría por haber arreglado el clima. Su culpa por haber destruido el mundo.

De Jerry Ryssdal era de quien menos sabía.

Vale le había dicho que vivía en el sur, cerca de los fuegos eternos de la vieja Houston. Estaba irreconocible, le había dicho el doctor. Kira no había sabido interpretar eso, pero ahora era obvio. Una cantidad brutal de modificaciones genéticas que lo ayudaban a habitar en el páramo tóxico. Había dedicado su vida a restaurar el mundo; no a la gente que lo habitaba, sino al planeta en sí. De algún modo, increíblemente, lo había logrado.

El primer invierno será duro, pensó Kira, repitiendo sus palabras. Ella nunca había vivido uno de verdad; muy pocos lo habían hecho. No habían tenido invierno desde la vieja guerra, antes de la Guerra de Aislamiento, cuando se habían pulsado botones que desataron un infierno y había cambiado todo para siempre.

Para siempre, no, pensó. Ahora está cambiando de nuevo. Pero va a ser doloroso sobrellevar un cambio así de drástico.

Levantó la vista y vio caer el primer copo de nieve.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—No basta con ir tras Delarosa —dijo Marcus—. También tenemos que avisar al resto de la isla.

—De acuerdo —respondió Vinci—. Debemos hacer las dos cosas.

—No pueden hacer ninguna —replicó el guardia—. Todavía están esposados y encerrados en la trastienda de un viejo supermercado.

—Este... en realidad, no eres parte de esta conversación —dijo Marcus.

—Estoy sentado a tres metros de ustedes.

—Pues ponte tapones en los oídos. Y canta para ti por unos minutos, también. Estamos por hablar de nuestros planes para escapar.

—Cállate, Valencio —Woolf suspiró y se volvió hacia el guardia—. Soldado, si tiene ganas de conversar, me encantaría que me dijera cómo justifica su apoyo a todo esto. No me importa dónde detone Delarosa esa bomba; va a matar a los pocos que quedamos.

El guardia los miró, enojado, y volvió a su silencio anterior; se recostó en la silla y se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—¿Qué te parece esto? —propuso Marcus, todavía dirigiéndose al guardia—. Estás clavado aquí, vigilándonos, lo cual no nos ayuda a nosotros ni a ti. ¿Qué tal si acordamos un término medio?

Pongámonos todos en marcha hacia el sur, para prevenir sobre la bomba, y te prometemos no retrasarlos ni causarles problemas. Aunque estés a favor de una solución nuclear, coincidirás en que es necesario advertir a la gente.

—No vamos a prevenir solo a los humanos y dejar que Delarosa elimine a los Parciales —protestó Vinci.

—Bueno... —Marcus hizo una pausa,

buscando las palabras correctas—. Yo iba... esa era la parte que no quería decir en voz alta. O sea, él iba a venir a liberarnos porque le iba a fascinar mi plan tan brillante y bien pensado, y cuando se acercara, tú podías levantarte y... darle un buen golpe o algo así.

Woolf rezongó.

—Eres Parcial —prosiguió Marcus—. Podrías molerlo a golpes aunque estés esposado, ¿cierto?

—Ese plan era terrible —respondió Vinci—. Puedo decir sin temor a exagerar que es el peor que he oído.

—Bueno, eso no es justo. Los demás planes que has oído habrán estado diseñados por estrategias Parciales, y yo no soy más que un... tipo común y corriente.

—La peor parte —prosiguió Vinci— fue cuando revelaste todo el plan delante del guardia. Tenías la intención de engañarlo, y luego te hice *una sola pregunta* y dijiste todo en voz alta, delante de él —Marcus tartamudeó, tratando de protestar—. En realidad, puede que

esa haya sido la mejor parte del plan, pues significa que nunca tuvimos la intención de llevarlo a cabo, pues como dije, era terrible. De esta manera, tú quedas como un tonto en lugar de hacer que nos maten a todos.

—Ninguno iba a morir —replicó Marcus—. Era una idea excelente —hizo con las manos unos movimientos vagamente similares al karate, aunque nadie los vio porque aún tenía las manos esposadas a la espalda, y con el esfuerzo le ardió la piel lastimada de las muñecas—. Con la capacidad superior de combate de un Parcial, habrías podido...

—¿Quieren callarse?! —exclamó el guardia—. Demonios, es como estar escuchando a mis hermanitas.

—¿Tienes hermanitas? —le preguntó Marcus.

—Ya no. Gracias a ese perro callejero que está sentado a tu lado —señaló a Vinci, que tenía el rostro cada vez más tenso y enojado.

Hubo silencio un momento, pero luego Marcus habló en voz baja:

—Técnicamente, es menos callejero que cualquiera de nosotros. Lo crearon en un laboratorio a partir de ADN diseñado específicamente; es una especie de... espécimen perfecto, y todos los demás somos los callej...

El guardia se levantó de un salto, cruzó la habitación angosta de un solo paso y con la culata de su fusil le dio un fuerte golpe a Marcus en un costado de la cara. Este cayó hacia atrás; vio unas luces brillantes detrás de los párpados, le zumbaba el cráneo y toda su conciencia se concentró en aquel dolor intenso que le partía la cabeza.

Alguien le dio una bofetada, y se esforzó por abrir los ojos. Woolf se arrodilló frente a él, con las manos libres; detrás de él, el guardia estaba inconsciente en el suelo, y Vinci y Galen estaban quitándole las armas y el equipo.

—Diablos —dijo Marcus—. ¿Cuánto tiempo estuve desmayado?

—Un minuto, cuando mucho —respondió Woolf, mientras le examinaba la cabeza—. Se te

hará un hematoma enorme. Si haces memoria, recordarás que cuando hicimos el plan, era Vinci quien debía recibir el golpe en la cara. Él se cura más rápido —estiró la mano detrás de Marcus y le abrió las esposas.

—Vinci no lo provocaba lo suficiente —repuso, examinando sus muñecas lastimadas antes de tocarse suavemente el costado de la cara. Ya estaba hinchado: una banda rígida de sangre y tejido inflamado, duro como hueso—. Lo pusimos nervioso hasta que estaba a punto de atacarnos, y entonces Vinci no le dijo el insulto final. El momento estaba pasando; yo *tenía* que hacer algo.

—No era necesario que lo provocaras tanto —repuso Woolf—. Con ese discursito del «espécimen perfecto» hasta una monja te habría dado un puñetazo.

—No me di cuenta de que necesitaba más incentivo —dijo Vinci, al tiempo que revisaba el fusil—. Lo siento. Supongo que no me salen bien los insultos a los humanos.

—Marcus es un maldito experto —

respondió Woolf. Tomó la pistola del guardia, una semiautomática, y le dio a Galen el cuchillo de combate—. Ahora vámonos de aquí antes de que despierte.

—Primero, una cosa —dijo Marcus, y se agachó a los pies del guardia. Se mareó un poco al hacerlo, y esperó un momento hasta que todo dejó de darle vueltas.

—¿Qué haces? —le preguntó Vinci.

Marcus empezó a desatarle los cordones de los zapatos al guardia.

—Gano unos treinta segundos extra — luego, anudó los cordones entre sí, atando un zapato al otro.

—Oh, vamos —protestó Galen—, eso te está llevando por lo menos treinta segundos. No estás ganando nada.

—Estoy ganando un recuerdo feliz. Este tipo me caía mal incluso antes de que tratara de partirme la cabeza —miró al guardia caído y sonrió—. Que te diviertas cayéndote como un idiota dos veces en un mismo día —se puso de pie y extendió una mano cuando el mundo

empezó a dar vueltas otra vez. Woolf lo sostuvo con firmeza—. Cuéntenme cómo se cayó la primera vez —le pidió—. Me lo perdí.

—Vinci le puso una zancadilla y luego le dio un cabezazo mientras caía —dijo Galen.

—¿Fue genial? —preguntó Marcus—. Díganme que sí.

—Cállense, los dos —ordenó Woolf—. Nos vamos ahora mismo.

Puso una mano en la puerta trasera; estaba cerrada, pero el guardia tenía la llave en el bolsillo de la camisa. Este había sacado a los prisioneros a intervalos regulares para que fueran al baño, lo cual había dado a los otros tres un poco de tiempo a solas para planear la fuga. Woolf hizo silencio, insertó la llave y la giró; esta emitió un sonido de roce y un chasquido oxidado. Se quedaron inmóviles, prestando atención por si había algún indicio de que alguien estuviera cerca, pero no hubo nada.

Marcus se estremeció, haciendo caso omiso del aire que rozaba la piel de sus muñecas.

—¿Seguro que estuve inconsciente solo

unos segundos? Hace muchísimo frío... parece que ya fuera de noche.

—Solo un minuto —confirmó Vinci—. Todavía es de tarde.

—Pero es verdad que hace frío —observó Woolf. Accionó el picaporte con un crujido y abrió la puerta—. Por todos los...

Afuera, el estacionamiento estaba ocupado a medias por autos viejos y oxidados, y el pavimento tenía cientos de grietas por donde crecían plantas... y encima de todo, blanca y etérea, una cortina diáfana de nieve que caía.

—¿Qué diablos? —exclamó Galen.

—Bueno, ahora sabemos una cosa —dijo Marcus—. Parece que el relato absurdo del gigante rojo era cierto —hizo una mueca—. De hecho, lo del gigante era más fácil de creer que esto. ¿De veras es nieve?

Nunca la había visto, excepto en los programas del viejo holovid.

—Es de verdad —confirmó Woolf—. Ahora vámonos —al salir dejó su huella en la fina capa blanca que cubría el suelo.

—Esto hará que sea más fácil seguirnos —observó Vinci.

—Solo si nos siguen enseguida —respondió Woolf—. Unos minutos más y nuestras pisadas quedarán completamente cubiertas. No habríamos podido pedir mejores condiciones.

—Entonces, a caminar —dijo Marcus—. Quiero estar a por lo menos cien metros de aquí cuando la pantera gigante de Yoon me cace como a un gato callejero.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La Reserva estaba situada en la base de las montañas Rocallosas, en las afueras de las ruinas de Denver.

Antes del Brote, la inmensa ciudad se había convertido en una megalópolis que se extendía desde Castle Rock hasta Fort Collins, y desde Boulder hasta Bennett. En los años transcurridos desde entonces, había pasado a ser un infierno empapado en ácido, el límite occidental del vasto Yermo venenoso que consumía el Medio Oeste. Todas las alcantarillas y depresiones del suelo estaban llenas de sal acumulada, fósforo ardiente o el polvo disperso de lejía cristalizada. No quedaba una sola planta o animal vivos.

El grupo emprendió el viaje a East Meadow temprano por la mañana; volvían para llevar la cura a los humanos, y la noticia increíble de que esta era autosustentable. A Samm le preocupaba cómo podrían, si lo lograban, convencer a humanos y Parciales de trabajar juntos, pero supuso que el grupo era una buena demostración: él mismo, Heron, Ritter, Dwain y otros dos Parciales recuperados llamados Fergus y Bron; Phan también había ido con ellos, y Calix iba montada en uno de los dos caballos. La Reserva no tenía caballos propios; solo los dos que habían llevado Heron y Kira desde Nueva York. Kira les había puesto nombre, y Samm se permitió un breve momento de nostalgia para pensar en ella. Los otros Parciales lo miraron, inmediatamente conscientes de sus pensamientos por el enlace. Volvió a concentrarse en los caballos, preocupado por si encontrarían comida en el Yermo. Calix iba montada en Bobo, el caballo de Kira, y detrás de ella, jalado del cabestrillo, iba Oddjob, el caballo singular y desobediente de

Afa, ahora relegado a bestia de carga. Siempre había detestado que lo montaran, y se empecinaba en ir hacia donde él quería, sin hacer caso a las órdenes, pero ahora parecía conforme de seguir a Bobo. Samm esperó que siguiera así.

Pensar en Oddjob lo hizo recordar a Afa, el genio aññado al que habían llevado con ellos por el páramo, el único humano en el viaje de ida... y, no por casualidad, el único que no había llegado. Había resultado herido en Chicago y muerto en los campos tóxicos de Colorado. Samm aún no sabía si un humano podría sobrevivir al viaje, y Calix en especial estaba en riesgo. Su herida le hacía ir más lento y necesitaba los recursos de su cuerpo para sanarse; si le ocurría algo, demoraría a todo el grupo y los haría más vulnerables. Peor aún... *La echaría de menos, pensó. Afa era mi responsabilidad, pero Calix es mi amiga. Si llegamos a tener que optar entre abandonarla o morir yo mismo... no sé si podré tomar esa decisión.*

Echó un vistazo a Heron mientras caminaban por la ciudad corroída. Varias veces, durante la Guerra de Aislamiento, había envidiado su desapego, su capacidad de quitarse todo el dolor, tanto físico como emocional, como si se cambiara de ropa. Ella había vivido lo peor que les había impuesto la guerra, y los peores momentos desde entonces. Podía hacer frente a cualquier problema que se les presentara, y tomar cualquier decisión necesaria para sobrevivir. Aunque todos ellos murieran cruzando el Yermo, ella sobreviviría. Lograría llegar, porque esa era la misión. Daba miedo, incluso él le temía a veces, y era difícil entenderla y más aún hacerse su amigo, pero era la mejor esperanza del grupo. Tendría que hablar con ella en privado para armar un plan de emergencia.

Les llevó tres días cruzar la ciudad, y cuando llegaron a su límite oriental, el Yermo se extendía frente a ellos: llano, sin rasgos distintivos y muerto. Aquí y allá, algún árbol blanco como un hueso surgía del suelo

envenenado, asesinado por la lluvia y quebradizo por el sol. Ahora que ya no estaban obligados a viajar entre edificios, pudieron acelerar un poco el paso, y el primer día al este de Denver recorrieron casi la misma distancia que en los primeros tres días combinados. Heron encabezaba la marcha y se adelantaba para explorar el territorio. Phan les seguía el paso admirablemente; no tenía tanta capacidad de recuperación como Samm, pero aun así se las ingeniaba para demostrar más resistencia que los cuatro Parciales que aún estaban sanando. Los más lentos eran los caballos, que no estaban hechos para la velocidad sino para las grandes distancias; por la mañana se rezagaban, y Calix y Dwain se quedaban con ellos, pero poco a poco volvían a alcanzar al resto al caer la noche. El grupo había viajado hacia el noreste todo el día, siguiendo la I-76, que se curvaba según el curso del río South Platte, y Samm no pudo sino notar que el aire nocturno estaba anormalmente frío. Calix los alcanzó en la margen de un río hediondo. Estaba temblando.

—Necesitamos acampar pronto —dijo Dwain, y acompañó sus palabras con un mensaje silencioso en el enlace: ESTA HUMANA NO ESTÁ BIEN.

—Hace frío. Mucho más que de costumbre —dijo Phan—. Vamos a necesitar cobijarnos.

—Vamos a necesitar cobijarnos de mucho más que del frío —repuso Heron—. Si la lluvia nos sorprende al aire libre, estaremos muertos en solo unos minutos.

—No va a llover —respondió Calix—. Sé leer estos cielos desde que tengo cuatro años.

—No me convences —dijo Heron—. O seguimos adelante o retrocedemos; no vamos a quedarnos afuera.

Ahora que había dejado de caminar, Samm sintió que el aire frío se le colaba por los brazos y el pecho.

—¿Es normal que haga tanto frío?

—No —respondió Phan—. Las últimas semanas fueron más frescas que lo habitual, pero esto no lo había sentido nunca. ¿Siempre es así en esta zona?

—No lo era cuando vinimos —respondió Samm.

—Los caballos necesitan descansar —dijo Calix—. No pueden seguir a este paso por mucho más tiempo.

—Deberíamos haber parado en la última ciudad —opinó Ritter. Miró a Heron con aire molesto y su disgusto se hizo muy evidente en el enlace—. Lástima que nuestros exploradores nos trajeron en medio de la nada.

—Estamos en el Medio Oeste —replicó ella—. Siempre se está en medio de la nada. Faltan apenas tres kilómetros para el próximo pueblo; tal vez menos, si encontramos alguna granja en las afueras.

—Continúen caminando —dijo Samm, y el grupo volvió a ponerse en marcha.

Ahora iban al mismo paso que los caballos, cansados, sedientos y frotándose los brazos por el frío.

La temperatura parecía bajar más y más mientras caminaban, y cuando por fin divisaron una hilera de casas, salieron del camino con

ansiedad, ateridos y agotados. La carretera estaba sobre una ligera elevación, y el declive que bajaba hacia los edificios estaba cubierto de un pasto seco y quebradizo que crujía bajo sus pies como cascarones de huevos. Era una vieja comunidad rural, tal como había predicho Heron, pero ahora los campos estaban áridos y desolados. La primera casa de la hilera estaba demasiado arruinada como para servir de refugio; en el fondo tenía una puerta corrediza de vidrio rota, y una década de vendavales había llenado el interior de tierra tóxica y polvo. La siguiente casa estaba mejor, pero era demasiado pequeña para albergarlos a todos. Samm dejó allí a los Parciales y les dijo que sellaran las puertas y ventanas lo mejor que pudieran, y llevó los caballos y a los humanos a una tercera casa.

Heron lo siguió, y Samm suspiró. Ella nunca había obedecido órdenes.

—Tienes que enseñarles cómo tapar las aberturas —le dijo Samm—. Yo puedo explicarles a Calix y a Phan.

—Son grandes. Pueden arreglárselas solos.

—¿Y quieres ocuparte de los caballos?

—Quiero ver si este pueblucho tiene algo que se parezca a una zona céntrica. Vamos a usar casi toda el agua que trajimos solo para los caballos, y necesitamos encontrar más.

—Llévate a Ritter —le aconsejó Samm—. No deberíamos andar solos.

—Pienso llevarte a ti.

Samm echó un vistazo a Calix, pero aparentemente estaba demasiado cansada como para prestar atención. Hasta Phan parecía a punto de caer rendido.

—Tengo que ocuparme de los caballos.

—Pues hazlo —respondió Heron—. Pero no te tomes toda la noche.

Él envió su frustración por el enlace, pero no dijo nada y se puso a trabajar. Si ella quería encontrarlo a solas, era casi seguro que quería hablar con él, y dado lo poco frecuente que era eso, decidió que era buena idea averiguar qué estaba pensando.

Llevó a Phan y a Calix adentro y los acomodó en el sótano; allí no había comida ni

agua, pero lo más importante era que no había ventanas al exterior y las superficies estaban libres de acumulaciones tóxicas. A los caballos los acomodó en la sala y trató de cubrir el piso con láminas plásticas, no para que no ensuciaran la alfombra, sino para que no la comieran. En la cocina encontró algunas cacerolas de metal y las llenó con el agua que habían traído; luego, mientras los caballos bebían, descargó ya fatigado las mochilas y monturas. Había pasado más de media hora cuando volvió a salir. El cielo estaba oscuro y no había estrellas, y sentía el aire helado como pinchazos en la nariz y las mejillas.

—Por aquí —dijo Heron, al tiempo que bajaba de un salto del techo de una camioneta oxidada donde había estado sentada—. A poco más de un kilómetro hay una escuela, con tres grandes recipientes de plástico con agua en la sala de maestros.

—Te pedí que no fueras a ninguna parte sola —le dijo, caminando a su lado—. ¿Y si te hubieras lastimado y nadie hubiera sabido dónde

estabas?

—Si me lastimo en un pueblito vacío a mil quinientos kilómetros de cualquier posible enemigo, merezco morir.

—Bueno... no nos iríamos sin ti.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Samm expresó su exasperación en el enlace.

—Supongo que estoy aquí porque querías hablar de algo.

—Interesante —dijo Heron—. Y ¿de qué quiero hablar?

—No tengo idea. Dado que estás haciéndote la esquivo, empezaré por los temas que me interesan a mí.

Necesito saber hasta qué punto estás comprometida con esta misión.

—Estoy aquí —dijo, simplemente.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que algo te haga volver a cambiar de bando?

—La Tercera División sobrevivió trece años porque algo en esa Reserva los mantuvo con vida —dijo Heron—. Lo que haya sido, ya sea

Williams o el sistema de apoyo vital o los microbios que mantienen sanas a las plantas, también podría salvarme a mí. El secreto de mi supervivencia está allá, en la Reserva, junto con toda la comida, el agua y el refugio que podamos necesitar. Y sin embargo, aquí estoy.

Samm comprendió. Lo único que le importaba era sobrevivir, y el hecho de que hubiera dejado todo eso atrás significaba más de lo que había esperado de ella.

—Aquí estás —concordó—. No habrías abandonado la Reserva si no estuvieras verdaderamente comprometida con algo aún más importante —sus emociones se enfrentaban en su interior; la culpa y las reglas de cortesía se oponían a la importancia de su misión, hasta que finalmente ganó esta última—. Heron, dudo que te sorprenda mucho si te digo que rara vez tengo idea de lo que estás pensando y de lo que tratas de conseguir. Pero aun así confío en ti, y en general eso me basta. Pero en este momento necesito saber por qué nos acompañas. Tal vez quieres ayudarnos con nuestra misión para

salvar a las especies, o quizá solo quieres regresar con la doctora Morgan. Tal vez nos uses para cruzar el Yermo y luego nos abandones apenas llegemos a terreno seguro, o tal vez hagas alguna otra cosa que todavía no se me haya ocurrido. Pero... esto es importante. La información que tenemos podría salvar a la especie humana, y tú podrías ser la única con fuerzas suficientes para hacerla llegar. Lo que necesito saber es si lo harás.

Heron se quedó callada un momento, y Samm no percibió nada por el enlace. Una vez más, se maravilló por su capacidad de esconder sus emociones. ¿Por qué necesitarían hacer eso los modelos de espionaje? ¿Por qué darles el poder de engañar a sus propios compañeros, cuando estaban diseñados para engañar a los humanos? Solo después de doblar en una esquina, mientras se dirigían al este por un largo tramo de carretera vacía, ella habló.

—*Yermo* es un término de la Reserva —dijo.

—¿Cómo dices?

—Antes lo llamábamos *páramo tóxico* —

respondió Heron—. Así lo llamaba Afa, y es el término más descriptivo. *Yermo* es la palabra que usan los humanos de la Reserva, y ahora tú también la usas.

—¿Dices que estoy convirtiéndome en uno de ellos? ¿Eso es lo que te molesta?

—Nunca dije que algo me estuviera molestando.

—Entonces, ¿por qué actúas de modo tan extraño? Querías que me diera prisa, pero no ayudarme con el trabajo; me trajiste aquí solo, pero no quieres hablar.

—Estamos hablando.

—¿Esto cuenta?

—No lo sé.

El enlace de Samm crepitó con frustración.

—¿Qué se supone que significa eso?

Caminaron un rato en silencio; las nubes oscuras tapaban la luna.

—Tienes frío —observó Heron—. Déjame abrigarte —lo rodeó con un brazo.

Samm estaba demasiado sorprendido como para hablar, y vaciló al dar un paso. Estaba muy

consciente del cuerpo de ella, su brazo sobre sus hombros, el costado de su pecho presionando suavemente su brazo. La brisa leve le levantó el cabello y sus mechones negros volaron contra su cara. Él aminoró el paso hasta detenerse:

—¿Qué estás haciendo?

Heron se colocó frente a él, manteniendo un brazo en su espalda y rodeándolo con el otro. Lo atrajo hacia ella y lo besó, con labios suaves y húmedos, sus dedos entrelazándose en el cabello de Samm. Él se quedó helado, demasiado atónito para moverse; luego la tomó por los brazos y la apartó.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntarle.

—Se llama beso. Tú se lo hiciste una vez a Kira, por eso sé que sabes lo que es.

—Por supuesto que lo sé —sus datos en el enlace eran una mezcla de confusión, sorpresa y excitación—. ¿Por qué me besaste a mí?

—Quería saber qué se siente —respondió. Su enlace estaba tan vacío como siempre—. Calix me contó que a ella también le diste un

beso.

—¿Ella te dijo eso? —Calix odiaba a Heron; eso era casi tan increíble como el beso.

—Puedo ser muy persuasiva —volvió a doblar hacia el este y empezó a caminar—. Me entrenaron para aprovechar cualquier medio para extraer información a los humanos. Ninguna de esas técnicas da resultado con los Parciales, porque ustedes nunca desarrollaron la capacidad de interpretar las mismas señales.

Samm corrió para alcanzarla.

—Heron, dime qué pasa —la sujetó por el brazo—. Hace casi veinte años que nos conocemos, y eso... —Miró hacia las nubes—. Ni siquiera sé qué decir.

—Tus decisiones son tontas. Nuestro único objetivo operativo es sobrevivir, por cualquier medio que sea necesario, y has tenido eso en tus manos una docena de veces y lo único que hiciste fue desperdiciarlo. Tus planes no conducen a ese fin; tus tácticas no lo apoyan. Vas a morir en siete meses a menos que hagas algo, y sin embargo estás dejando atrás tu mejor

oportunidad de mantenerte con vida.

Ahora Calix dice que estás enamorado de Kira, y eso es lo único que explica todo lo que haces. En el entrenamiento nos enseñaron que el amor nos hace cometer estupideces, que podríamos usar eso contra nuestros enemigos, pero tú... —Se volvió hacia él—. Ni siquiera eres feliz. Estás desperdiciando tu vida porque amas a alguien que ni siquiera está aquí, y lo detestas, y te está carcomiendo. El amor es lo peor que pudo haberte pasado, pero aun así, la amas.

Hizo una pausa que hizo pensar a Samm que había terminado, y luego volvió a hablar.

—Yo... quería saber qué se sentía —dijo, y luego se quedó en silencio, pero sus ojos nunca se apartaron de los de Samm. La mente de él daba vueltas. No sabía cómo responder ni por dónde empezar; ni siquiera sabía lo que sentía por Kira, por Heron ni por nadie más.

—Un beso no es amor —murmuró por fin.

—¿Y cruzar el páramo, sí?

—Quizás —respondió—. Heron, el amor no

es un arma.

—Todo es un arma.

—Todo se puede *usar* como tal —la corrigió—, pero no es lo mismo. Amor es cuando tienes la oportunidad de usar los sentimientos, la confianza o la vulnerabilidad de alguien en su contra, pero no lo haces. Haces promesas que no quieres cumplir, pero las cumples porque son buenas; ayudas a personas que no pueden retribuirte la ayuda —levantó las palmas de las manos, tratando de describir algo que apenas podía definir—. Y... lo llamas *Yermo* en lugar de *páramo*.

—Te matas —acotó Heron.

—Te pierdes. Amor es cuando encuentras algo tan grande, tan... necesario, que se vuelve más importante para ti que tus propios objetivos, que tu propia vida, no porque tu vida no signifique nada sin eso, sino porque le da un significado que nunca había tenido.

—La vida es su propio significado —repuso ella—. Vivimos porque, si no, morimos. No hay significado en la muerte ni gestos huecos ni

sacrificios gloriosos. El amor arruina la capacidad de tomar correctamente esas decisiones.

—¿Sabes que te envidiaba? Pensaba qué estupendo sería que nunca nada me afectara, que nunca me entristeciera o perdiera algo que amaba, que tampoco se me quebrara el corazón por ninguna de las tragedias tontas e insignificantes que han definido toda nuestra existencia. ¿Sabías que ParaGen nos hizo para que amáramos? ¿Para poder ponernos en el lugar de otros? Nos dieron emociones específicamente para hacernos valorar la vida humana, para que los amáramos. Por eso nos dolió tanto cuando nos dimos cuenta de que ese amor no era correspondido. Y tú... nunca dejaste que ni eso ni nada más te afectara. Yo creía que sería bueno ser así. Sin embargo, escondiste tus emociones tan profundamente que ni siquiera puedo percibirlas en el enlace. Datos tácticos, datos de salud, ubicación y combate, todo está allí, pero tus emociones no. Eres como un agujero negro, Heron, y eso no es

bueno. No es sano.

—A los modelos de espionaje nos hicieron distintos —respondió ella—. No puedes sentir mis emociones porque yo tampoco las siento. Y tienes razón con respecto a mí: soy un agujero negro, un cascarón vacío. Tú crees que me hago la misteriosa, pero solo estoy... confundida. Pensé que tal vez, si te besaba, si sentía lo que sintió Kira, o Calix, tal vez... —Se apartó—. Pero no dio resultado.

Samm se quedó conmocionado, tratando de procesar lo que acababa de oír.

—¿Por qué alguien haría eso? —preguntó—. ¿Por qué crear a una persona y luego quitarle todo lo que la hace persona?

El enlace de Heron estaba tan vacío como siempre.

—Porque nos ayuda a sobrevivir.

CAPÍTULO TREINTA

Algunos de los Parciales a los que Kira conoció en aquella playa eran de la facción de Morgan y habían salido a patrullar. Cuando Jerry Ryssdal murió y empezaron a caer los primeros copos de nieve, todos habían pasado a ser desertores como Green, demasiado conmocionados por lo que acababan de ver y sentir como para regresar. El mundo había cambiado, había dado un giro extremo y a una velocidad demasiado violenta como para volver a ser el mismo. Algunos huyeron al este, en busca de viejos amigos de otras divisiones que ya se habían incorporado a otras facciones. Otros tres se quedaron con Kira, entusiasmados por su promesa de curar la fecha de vencimiento. Ella

les habló abiertamente; les dijo que por más que estuviera segura, cabía la posibilidad de que su plan no diera resultado. El líder del escuadrón, un soldado llamado Falin, se limitó a rascarse la cabeza y contemplar el estrecho.

—Si no da resultado, y morimos, al menos lo intentamos —miró a Kira—. No creo que podamos esperar algo mejor. Ni ahora ni nunca.

—No todos van a tener la mente tan abierta —dijo ella—. Los humanos seguramente van a resistirse tanto como los demás Parciales.

—Cuanto antes, mejor, entonces —respondió Falin—. Me falta una sola generación.

Una sola generación, pensó Kira. Green morirá en un mes y Falin, al mes siguiente.

*¿Cuánto tiempo más le queda a Samm?
¿Volveré a verlo?*

Sepultaron a Ryssdal junto al mar, en una tumba poco profunda, y lo cubrieron con rocas. Les llevó tanto tiempo que, cuando terminaron, ya estaba cubierto por un manto de nieve. Kira se preguntó cuánto duraría la tormenta, pero no quería esperar más. El parque al cual Ryssdal

los había convocado se hallaba al principio de una bahía larga y angosta que daba al estrecho, y tras cruzar un puente llegaron a un muelle rodeado de embarcaciones. Muchas se habían soltado de sus amarras hacía tiempo, y los años de oleaje las habían convertido en una pila enorme en el extremo del muelle, o en aguas más profundas, donde salpicaban la bahía como diminutos restos blancos de naufragios. Varias seguían firmemente amarradas a los embarcaderos, pero ninguna parecía estar en condiciones de navegar. Caminaron entre la inmensa cantidad de yates que había en la playa, prolijamente guardados para una temporada baja que había durado trece años, y cortaron las cubiertas plásticas que los protegían en busca de uno que se adecuara a sus necesidades. Nadie del grupo sabía navegar, pero uno de los yates más grandes, de casi veinte metros de eslora, estaba equipado con paneles solares anchos y negros, y una consola cobró vida tenuemente apenas los paneles quedaron al descubierto.

—No vamos a tener mucho sol —observó

Green, mirando las nubes—. Ya cae la tarde, y no parece que vaya a despejarse.

Falin miró en el tanque de combustible y agitó la mano delante de su nariz al subir el hedor.

—La gasolina está evaporada casi por completo; es más que nada resina, quizá ni siquiera alcance a encender el motor. Los paneles solares van a funcionar hasta que anochezca, pero probablemente no baste para llegar al otro lado del estrecho.

—Déjame enseñarte un pequeño truco que aprendí —dijo Kira con una sonrisa, y señaló el cartel de un taller de pintura de autos que había a unas cuadras—. Si en ese lugar hay aguarrás, no tendremos problemas.

—¿Solvente para pintura? —preguntó Falin.

—¿Qué crees que es la resina de gasolina? —le preguntó ella, a su vez—. Vamos —dijo, y Falin miró a Green.

—Créeme, sabe lo que dice —acotó este con una sonrisa.

En efecto, en el taller encontraron aguarrás;

lo transportaron en unas pesadas latas de metal y empujaron el barco por la rampa hasta el agua. Tardaron una hora en salir de la maraña de embarcaciones rotas y volcadas, trepando por encima de ellas y cortándoles las amarras mientras la nieve se volvía más densa y húmeda. Cuando llegaron a aguas abiertas, Kira arrancó el motor a toda potencia, aprovechando la energía de los paneles y del tanque de gasolina, y salieron a la bahía.

—No se acerquen al escape —les advirtió—, y tengan cuidado si cambia el viento y sopla las emanaciones hacia nosotros. Ese humo de aguarrás es de lo más tóxico.

La salida de la bahía estaba atiborrada de bancos de arena y de islas, y tuvieron que maniobrar con cuidado. Cuando llegaron al estrecho ya era de noche, así que se movieron utilizando solo el motor de gasolina por las aguas encrespadas. El barco tenía un toldo de lona que se levantaba sobre el puesto del piloto, pero los años no lo habían tratado bien y se partió casi en dos cuando trataron de desplegarlo. En la

cubierta, Green encontró una gorra de béisbol y se la dio a Kira para que no le cayera la nieve en los ojos mientras conducía. Y cuando ella necesitó un descanso, le pasó a él los controles y la gorra. Durante el trayecto viraron ligeramente hacia el oeste, y tocaron tierra en la Bahía Huntington a eso de la medianoche. La playa era ancha y pedregosa; atracaron el barco con cuidado por si volvían a necesitarlo, y lo ataron a un poste robusto que había sido parte de un muelle.

La nieve estaba cada vez más densa, y como las nubes de tormenta tapaban la luna, apenas podían ver por dónde caminaban. Se refugiaron en una mansión enorme de la costa y durmieron profundamente en un dormitorio pequeño, los cinco apiñados para conservar el calor. Por la mañana recorrieron la casa en busca de comida enlatada. Encontraron unos garbanzos que aún no se habían echado a perder, y tras compartir aquel magro sustento volvieron a salir al frío. El mundo estaba cubierto por una gruesa alfombra blanca y

seguía cayendo más nieve, como una cortina lenta pero continua. No habían llegado muy lejos, cuando Falin tropezó con un bulto y dio un salto hacia atrás al tiempo que soltaba una palabrota.

—Un cadáver.

Kira levantó la vista rápidamente y miró alrededor por si había algún peligro que aún no hubiera registrado, quizás una emboscada desde los locales comerciales, pero no vio nada. Se acercó al grupo, reunido en torno al cadáver, que estaba boca abajo, y se arrodilló a su lado. Al verlo más de cerca, notó que era una figura vagamente en forma de hombre, y estaba de costado en posición fetal.

—No es Parcial —dijo Green—. No hay señal de muerte en el enlace.

Kira le quitó un poco la nieve y frunció el ceño al descubrir más y más sangre oscura y congelada.

Quienquiera que fuese, había tenido una muerte violenta. Le quitó la nieve del rostro y ahogó una exclamación de horror.

—¿Lo conoces? —le preguntó Green.

—Se llama Owen Tovar —respondió—. Era integrante del grupo que se rebeló contra nuestro gobierno hace un par de años, y luego, cuando su rebelión triunfó, fue senador. No lo conocí mucho, pero... —Sacudió la cabeza—. Me caía bien. Era un buen hombre.

—Le faltan tres dedos —observó Falin, quitándole la nieve de las manos—. Y parece que el tiro de gracia fue en el vientre. Ningún Parcial tendría motivos para hacer eso.

—Un humano tampoco tendría motivos para hacerlo —repuso ella.

—Me refiero a que un Parcial habría sido más preciso —explicó Falin—. Le habríamos dado aquí arriba, en el pecho o en la cabeza...

—No hay orificio de salida —señaló Green. Estaba agachado del otro lado, junto a la espalda del cadáver, y Kira se acercó para mirar—. Parece un tiro en el vientre, pero lo que haya sido no salió por la espalda. Ni siquiera sé qué cosa haría una herida como esta. El orificio de entrada es demasiado grande como para que

haya sido un cuchillo.

—Ay, no —exclamó ella, y trató de girarlo para ver la herida; el hombre estaba adherido al suelo por el congelamiento, de modo que dio la vuelta para examinarlo mejor. Se le fue el alma al suelo—. Ay, no.

Kira percibió la alarma de los Parciales en el enlace; ya estaban abriéndose para asumir posiciones defensivas, advertidos por sus palabras de que algo estaba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó Green, y se agachó junto a ella.

—He visto antes este tipo de heridas. Una vez. En tu compañero de escuadrón al que encontré en el muelle de Candlewood.

Green la miró un segundo, mientras su mente procesaba la información, y llegó a la misma conclusión:

—El Hombre de la Sangre.

—No digo que haya sido él —dijo Kira, poniéndose de pie—. Podría ser casualidad.

—¿Quién es el Hombre de la Sangre? —preguntó Falin.

—No lo sabemos —respondió ella—. Una especie de... ¿asesino? ¿Coleccionista? Escapamos de un grupo de Parciales modificados que parecían recibir órdenes de él, pero nunca lo vimos. Mató a varios Parciales y les extrajo la sangre, y lo último que supo Green fue que iba al sur a hacerles lo mismo a los humanos. No sabemos por qué.

—¿Parciales modificados? —preguntó uno de los soldados de Falin.

—Branquias —respondió Green, que se puso las manos a ambos lados del cuello y las movió hacia arriba y abajo.

—Hay solo dos buenas razones para recolectar sangre —observó Falin—. Una, que esté loco, y dos, que la necesite para una transfusión o algo así. Tal vez se está muriendo.

—Si lo único que necesita es una transfusión, no andaría por ahí extrayendo medio litro o un litro a diez personas distintas —dijo Kira, y negó con la cabeza—. Sin duda la está coleccionando, casi como si fuera el curador de un museo, tratando de conseguir una variedad

de muestras distintas. En Candlewood, extrajo por lo menos una de cada uno de los tres modelos Parciales a los que tuvo acceso —levantó la vista—. Yo hice muchos análisis de sangre en mi trabajo como paramédica, y experimentos y toda clase de cosas. ¿Será que la necesita para eso?

—No importa lo que esté haciendo ni por qué, pero necesitamos ir por un lugar más seguro —dijo Green. Les hizo una seña hacia la acera, fuera de la calle cubierta de nieve—. Caminen cerca de las paredes, y mantengan los ojos abiertos.

—No podemos dejarlo aquí. Yo conocí a este hombre.

—Está pegado a la calle —repuso Green—, y no tenemos tiempo.

Kira forcejeó para moverlo, pero estaba sólido como el hielo. Cuando por fin pudo levantarle un brazo, vio que en el pavimento se había quedado adherido un trozo de piel. Hizo una mueca y lo soltó.

—Lo siento —susurró, al tiempo que le

tocaba el cabello congelado—. Volveré — levantó la vista, con un presentimiento oscuro—. Intentaré volver.

Corrieron calle abajo, saltando de una posición a otra, y varias cuadras más adelante encontraron los restos de una explosión reciente, ya aplacados por un manto de nieve.

—Alguien atacó un emplazamiento Parcial —observó Falin, mientras examinaba los escombros. Levantó el cañón de un fusil, desgarrado y retorcido por la explosión—. Tal vez fue tu amigo.

—Es probable —admitió Kira. Miró hacia adelante, más allá de un local que tenía un cartel con un pato amarillo descolorido, y otro que parecía un castillo—. Hay huellas de neumáticos en la nieve —señaló—. No son recientes, pero las hicieron después de que empezó a nevar. Quien haya estado aquí quizá se quedó a limpiar el lugar y se marchó después de comenzada la tormenta.

—En ese caso, es hora de que tomemos una decisión —dijo Green—. Si Kira está en lo

cierto, estamos pocas horas detrás de un pelotón de Parciales que aparentemente va hacia el este; eso significa que no van a casa, probablemente porque están persiguiendo a un grupo de rebeldes. Podríamos seguirlos, o continuar con rumbo a East Meadow y encontrarlos allá.

—En East Meadow estaremos más a salvo —opinó Falin—. Los humanos y Parciales que estén peleando entre sí podrían mostrarse mucho menos receptivos a nuestro plan de reconciliación.

—Es probable que el Hombre de la Sangre también vaya camino a East Meadow —señaló Kira—. Si realmente va por una buena variedad de muestras humanas, irá a buscarlas allá.

—Entonces, vamos —dijo Green—. En marcha.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Hacía una semana que nevaba. Los árboles estaban cargados de una nieve mojada que quebraba las ramas, y en las calles se habían acumulado montículos de casi un metro, sin que hubiera señales de que fuera a parar. *Parece algo salido de una novela fantástica*, pensó Ariel. El mundo parecía ajeno y desconocido. Ella y su grupo iban de casa en casa aún más lentamente que antes, y habían recorrido apenas poco más de treinta kilómetros, caminando con dificultad por el frío helado y la nieve que les llegaba a la cintura. En cada nuevo refugio despedazaban los muebles para hacer una fogata lo más grande que se atrevían, siempre cautelosas por los Parciales; luego se quitaban la

ropa fría y mojada y se ponían otra, rescatada con desesperación de lo que hubiera en la vivienda: pantalones de hombre, zapatos que no les quedaban bien, vestidos veraniegos que iban encimando hasta que resultaban abrigados. Ariel recordó los viejos tiempos con Kira e Isolde, cuando corrían de casa en casa tras el Brote, buscando ropa nueva de cien estilos diferentes, probándose joyas finas de mujeres ricas, coleccionando zapatos de todas las formas y colores hasta que ya no les cabían en el ropero. Ahora hurgaba en los cajones de hombres ancianos en busca de *jeans* medio podridos y los cortaba por la mitad para usarlos como mangas extras para evitar que se le congelaran los brazos. Las pocas chaquetas buenas que encontraban se las daban a Isolde, y envolvían al bebé en camisas viejas de franela y mantas.

La única prenda gruesa, que habían hallado guardada en el fondo de un hogar de ancianos, se rotaba entre los seis, y cada noche se secaba junto al fuego.

Obviamente, era más fácil hacer fuego en

las casas que tenían chimenea, pero tras tantos años de abandono, estas estaban tapadas e inutilizables, y aun con las ventanas abiertas las habitaciones se llenaban de humo. Se acostaban en el suelo, donde era más fácil respirar, y esperaban que nadie se acercara lo suficiente como para ver el humo y decidirse a investigar. Lo que más les preocupaba eran los Parciales, pero a Ariel le inquietaban en igual medida los humanos desesperados, muertos de hambre y de frío, que pudieran ver un grupo de tantas mujeres y tener toda clase de ideas. No obstante, a pesar de los peligros, hacía demasiado frío como para prescindir completamente de una fogata. Mantenían las armas a mano y preparadas, y siempre una de ellas montaba guardia. Aunque no les caía bien, o quizá justamente por eso, el senador Hobb, el único varón del grupo, siempre hacía doble turno de guardia.

Sin embargo, las condiciones no las disuadían de continuar con su misión de encontrar el laboratorio del que hablaba Nandita,

y la primera semana del invierno las llevó hasta Middle Island, una comunidad pequeña que estaba a mitad de camino entre el extremo occidental de la isla y el oriental.

—Esto es bueno —dijo Isolde. Tenía los ojos inyectados en sangre y ojerosos, y acarició la mejilla ampollada de Khan, que lloraba débilmente—. Ya estamos a mitad de camino, bebé. Vas a ponerte bien.

—A mitad de camino desde Brooklyn —comentó Ariel—. Empezamos en East Meadow, así que en realidad no llegamos muy lejos.

—Gracias por levantarme el ánimo —respondió Isolde, demasiado agotada hasta para mirarla con enojo.

—Hoy apenas recorrimos tres kilómetros —dijo Xochi. El bebé las obligaba a ir despacio—. Cuanto más al este vayamos, peor va a estar la nieve; al menos la lluvia siempre era más intensa en la isla, y supongo que con la nieve sucede lo mismo.

—No vamos a darnos por vencidos —dijo Hobb con firmeza—. Estamos hablando de mi

hijo.

Ariel y Xochi se miraron, pero no dijeron nada.

—Casi estamos en Riverhead —dijo Kessler—. Faltan unos veinticinco kilómetros; una semana, cuando mucho.

—Vamos cada día más despacio —repuso Xochi—. ¿Quién sabe cuánto tiempo nos podrían llevar veinticinco kilómetros?

—Riverhead es la comunidad más grande fuera de East Meadow —comentó Kessler—. Los Parciales mudaron a todos durante la ocupación, pero puede que todavía estén sus provisiones: agua limpia, cereales almacenados, ahumaderos llenos de pescados. Al menos vamos a encontrar casas con ventanas enteras, chimeneas que funcionan y ropa limpia.

—No pensamos quedarnos allí —le recordó su hija.

—Solo digo que tendríamos la opción. Unos días para recuperarnos y recobrar fuerzas, o unas semanas hasta que pase la tormenta.

—No tenemos unas semanas —replicó

Hobb—. Hay una bomba atómica...

—La tormenta va a demorar a Delarosa tanto como a nosotros —dijo Ariel—. No hay manera de que llegue a White Plains y detone esa cosa.

—Lo cual solo hace más probable que la detone antes, más cerca —repuso Hobb.

—Pero si la tormenta pasa... —empezó Kessler, cuando Nandita la interrumpió y habló por primera vez en aquella noche.

—No va a pasar. Ustedes oyeron al gigante tan claramente como yo. No es una tormenta aislada; es el regreso del invierno, el primer gran balanceo del péndulo de la Tierra, que lucha por recuperar el equilibrio. Y hasta donde ese péndulo haya llegado en una dirección, va a tener que llegar igualmente lejos en la otra. Este invierno podría durar un año o más, ¿y esta tormenta? Me da escalofríos pensarlo.

—Con más razón deberíamos seguir hasta Riverhead —dijo Xochi—. Kessler tiene razón con respecto a las provisiones, y vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir

si queremos llegar a Plum Island.

—Al menos podrías llamarme Erin —rezongó la mujer—, ya que aparentemente «mamá» es demasiado pedir.

—Pero si es una comunidad tan fuerte, estará bajo control Parcial —dijo Ariel—. Es el mejor lugar para establecer un puesto de avanzada en la mitad oriental de la isla, especialmente porque les hicimos todo el trabajo. Debemos evitarla.

—Vamos a morir de hambre —replicó Kessler—. Apenas podemos alimentarnos. En esta casa no había ni un solo alimento, y a menos que te estés ofreciendo a ir de pesca...

—Podemos buscar en los comercios que veamos por el camino —propuso Ariel—. Salir en parejas a buscar comida, mientras los demás encienden el fuego. Cualquier cosa con tal de no entrar en una base llena de soldados Parciales.

—Sería muy fácil encargarnos de ellos —dijo Kessler. Su voz sonó diferente, y echó un vistazo a Khan.

—No —respondió Isolde—. No quiero

volver a tener esta conversación.

—No correría más riesgo que el que ya enfrenta —insistió la mujer—. ¿O crees que van a llevarlo a alguna parte con este tiempo? Llegaremos, nos «harán prisioneros», lo cual significa que nos darán de comer y nos encerrarán en algún lugar calentito, y unos días después estarán todos muertos por esa enfermedad que se contagian de él, y tendremos el lugar para nosotros.

—¿Y no le molesta matar a todo un grupo de gente, así como así? —le preguntó Ariel.

—Son Parciales —respondió—, y no, tú no eres lo mismo, así que no me mires con cara de ofendida. No importa de dónde hayas venido, te criaste como humana, con principios morales humanos, y no sitiaste a toda una especie. Ellos nos atacaron en el viejo mundo y volvieron a atacarnos en este, y ahora están sentados en las casas que nosotros recuperamos, comiendo los alimentos que cultivamos, pescamos y almacenamos, ¿y quieres que sienta lástima por ellos? Ni lo sueñes.

—No me importa si tiene buenas razones — dijo Isolde—; mi bebé no es una bomba.

—Pues entonces te usaremos a ti, o a Ariel, que está tan ansiosa de acercarse y tratar con ellos —insistió Kessler.

Ariel extendió los brazos y movió las puntas de los dedos, haciéndole señas a la mujer de que se acercara:

—¿Quieres pelear? Adelante.

—Ey, un momento, un momento —intervino Hobb, ubicándose entre ellas—. ¿Cómo quieres que usemos a Ariel o Isolde de la misma manera? Son Parciales, siempre dices eso, pero no están enfermas. ¿Son portadoras? —Se apartó de Ariel casi imperceptiblemente.

—Son la fuente de la enfermedad — respondió la mujer—; así se contagió el bebé de Isolde. Está latente en sus cuerpos, pero Nandita tiene una sustancia química que puede activarla.

Nandita se llevó la mano al pecho y tomó la bolsita que llevaba colgada de una cadena al cuello.

Cuando vio que todos la observaban, miró con calma al senador Hobb.

—La razón por la que reuní a las tres chicas Parciales fue porque sabía que quizá tenían algo en su interior que aguardaba a ser activado. Creía que era la cura del RM, y pasé toda su niñez buscando la manera de dispararla. El año pasado encontré el establecimiento de Plum Island y usé los equipos que había allí para terminar mis investigaciones —levantó la bolsita, con la mirada fija en el contorno de un frasquito apenas visible entre los pliegues de la tela—. Pero la cura nunca fue parte del código genético de los nuevos modelos, tal como lo demostró Kira, y el disparador que encontré era el de la enfermedad —levantó la vista—. Si le damos esto a Isolde, empezará a producir el patógeno en sus pulmones, y al dispersarlo matará a todos los Parciales con los que entre en contacto.

—¿Basta con que lo beba? —preguntó Kessler.

—Es solo por inyección —respondió Nandita—. La fórmula es demasiado frágil

como para sobrevivir en el sistema digestivo.

—¿Por qué a Isolde? —preguntó Ariel. Recordó todas las mentiras, los engaños y experimentos; toda su niñez como rata de laboratorio secreta en manos de aquella mujer —. ¿Por qué no a mí?

—Pensé que no querías hacerlo —acotó Xochi.

—¡Por supuesto que no quiero! —le gritó Ariel, sin apartar la vista del rostro de Nandita —. Pero quiero saber por qué ella piensa que no puedo. No fue una omisión accidental... — señaló a la anciana—. ¡Tú sabes algo de mí!

—Tu hija murió —respondió Nandita—. Khan no es el primer híbrido de humano y Parcial; es el primero que sobrevivió. Los procesadores de la peste en el ADN de Isolde lo hicieron inmune a una enfermedad, pero lo maldijeron con otra. Tu bebé... simplemente murió.

—O sea que no crees que yo tenga la enfermedad Parcial en mis genes.

—No lo creo, no. No sé si Kira. Que yo

sepa, hasta ahora Isolde podría ser la única.

—Entonces todos los experimentos, todas las cosas horribles que nos hiciste de pequeñas, las hierbas medicinales, las pruebas físicas y los «medicamentos alternativos» que me diste para tratar de dilucidar esto, ¿fueron en vano? Cuando vivía contigo, me trataste como a un sujeto de pruebas, y cuando quise fugarme, como una mentirosa y una paria; ¿y todo para esto? ¿Para que resultara que yo era completamente normal, y todo eso que buscabas ni siquiera estaba en mí?

—Los resultados, aunque sean negativos, son resultados al fin —dijo Nandita—. Tienes más conocimiento que antes. Más verdad.

—Sí —repuso Ariel—. Es lo único cierto que me has dicho en mi vida.

Después de eso, el grupo permaneció básicamente en silencio; hablaron un poco sobre Riverhead y decidieron seguir el plan de Ariel de rodearla por el norte. No se volvió a hablar de enfermedades ni de usar a Khan como arma viviente, y hubo muchos murmullos de

preocupación por la tormenta que empeoraba. Era cada vez más probable que nunca llegaran a Plum Island, aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta, y Ariel se preguntó qué pasaría entonces. Khan moriría, casi seguro. Isolde quedaría destrozada. Y era muy probable que Hobb las abandonara.

Y entonces podré matar a Nandita, pensó Ariel. Ayudar a Khan es lo único decente que trató de hacer en su vida, ¿y si no puede hacer eso? El mundo estará mejor sin ella.

Xochi tomó el primer turno de guardia y Ariel durmió a ratos junto al fuego; tenía demasiado calor de un lado, y del otro, se congelaba. Soñó con flores y con el jardín que tenía cuando era niña en la casa de Nandita. En aquel entonces estaba orgullosa de sus flores, y al mudarse sola había hecho un nuevo jardín, con lirios de día, salvia y geranios, eupatorias y rubequias. Todas muertas ahora bajo un metro de nieve.

Despertó en mitad de la noche y vio que el fuego había menguado; Nandita estaba

despierta, en su turno de montar guardia. Mantuvo los ojos entornados, simulando dormir, mientras la mujer agregaba al fuego más trozos de la mesa de la cocina. La observó mientras se calentaba las manos, y sintió una compulsión loca, casi abrumadora, de matarla allí mismo, de librar al mundo de sus manipulaciones y salvar al grupo de aquel viaje inútil a Plum Island. Nunca llegarían. Matar a Nandita solo aceleraría lo inevitable y les daría tiempo para escapar de la isla antes de morir de frío o de que estallara la bomba.

Estaba clarísimo. Llevó la mano a su pistola, que estaba a pocos centímetros de su cabeza, tan lenta y silenciosamente que la anciana ni siquiera se dio cuenta.

Nandita se quitó la bolsita del cuello y se quedó mirándola a la luz del fuego. Ariel se paralizó. La mujer no se movió; simplemente miraba la bolsita, hasta que por fin levantó la otra mano y la abrió: tiró de los cordones que la mantenían cerrada y sacó el frasquito de vidrio. Adentro estaba el disparador de la peste, color

café oscuro y brillante a la luz del fuego. Retiró el tapón de goma, volcó el líquido en el fuego y lo vio desaparecer con un siseo de burbujas y vapor. Ariel lo observó junto con ella. Nandita volvió a tapar el frasco y lo guardó en la bolsita. Ariel cerró los ojos, y la mujer regresó a la ventana a montar guardia.

Ariel pasó el resto de la noche observando el fuego.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Green lo oyó primero, se detuvo a la mitad de un paso y levantó la cabeza para escuchar. Los demás Parciales se detuvieron un instante más tarde, prevenidos por el enlace de que algo estaba ocurriendo.

Kira también trató de escuchar, pero cuando todos se echaron al suelo al unísono para ponerse a cubierto y tomaron sus armas, se dio cuenta de que sus oídos no eran tan sensibles como los de ellos. Levantó su fusil y se arrastró por la nieve hacia Green.

—¿Qué sucede?

—Un disparo —señaló camino abajo, hacia un estacionamiento amplio—. Dos, hasta ahora. Arma larga, calibre mediano, a juzgar por el

sonido. Un francotirador, pero no le acertó a lo que le estaba apuntando.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Si hubiera sido una balacera, no habrían sido disparos aislados, y habríamos oído más de un arma —la miró—. Y si el francotirador le hubiera acertado a lo que apuntaba, no habría tenido que disparar por segunda vez.

Avanzaron con sigilo hacia el sonido, hasta que la calle residencial desembocó en una de cuatro carriles con un enorme centro comercial del otro lado. El edificio más cercano era un restaurante que tenía la figura de una langosta en el cartel; el estacionamiento estaba casi vacío. *Parece que en Hicksville todos decidieron morir en su casa*, pensó Kira. Más allá del restaurante había un centro comercial en hilera, y algunos locales tenían la fachada ennegrecida por un incendio ocurrido décadas atrás. *Bueno, todos menos los saqueadores*.

—Vino de allá —dijo Falin, señalando detrás de esos locales, hacia un edificio de varios pisos que estaba dos estacionamientos más lejos.

—Es terreno abierto —observó Kira—, fácil de defender. Desde una ventana de arriba se le podría disparar a cualquiera que se acercara demasiado.

—El disparo vino de adentro —dijo Green—. No sé qué significa eso.

—Que es más fácil de evitar —le respondió Falin—. Retrocedemos una cuadra, vamos al sur sin exponernos y nos olvidamos de esto.

—Me gustaría saber qué fue, pero no necesito saberlo —dijo Green, observando el centro comercial con ojos agudos—. En la lejana probabilidad de que lo que haya sido venga por nosotros, estaremos mejor allá afuera que acercándonos a un francotirador.

—¿Y si es alguien que necesita ayuda? —preguntó Kira.

—Si muero antes de mi fecha de vencimiento —respondió Green—, será porque tú sugeriste ayudar a alguien.

—Lo sé —dijo ella. Escudriñó el estacionamiento en busca de algo fuera de lo común—. Si los dos dicen que es más seguro

retroceder, entonces lo harem... —se interrumpió bruscamente—. Un momento.

—Yo también lo veo —dijo Green—. Un cuerpo, en la nieve, junto a aquellos árboles.

—Tenemos que ir a ver —exclamó Kira.

—No debería ocurrirnos nada —observó Green, tras pensarlo por unos segundos—. Podemos avanzar al abrigo de aquel restaurante sin que nadie en el centro comercial vea nada. Jansson puede cubrirnos desde aquí en caso de que sea una emboscada.

Se transmitieron el plan entre ellos con rapidez y eficiencia, casi todo por medio del enlace, y luego Green y Kira echaron a correr, levantando con los pies grandes polvaredas de nieve. Los árboles y el cuerpo que estaba junto a ellos se encontraban poco más allá del restaurante; una pequeña franja de tierra y pasto que antiguamente había dividido el estacionamiento en carriles de tránsito ahora era el hogar de toda una hilera de árboles jóvenes. Echaron un vistazo atrás y, cuando Falin les dio vía libre, volvieron a correr y se agacharon, al

resguardo del bosquecillo.

El cuerpo estaba boca abajo, apenas cubierto de nieve; había caído poco antes. Kira le palpó el cuello para buscarle el pulso, y se apartó con asco cuando su mano tocó una hendidura fría y mojada.

—¿Qué pasa? —preguntó Green.

—Branquias —respondió, recuperándose de la sorpresa. Se frotó los dedos compulsivamente, queriendo borrar físicamente el recuerdo de haber introducido los dedos en ellas sin querer.

—Interesante. Parece que el Hombre de la Sangre trajo consigo algunos de sus sapitos y uno se topó con ese francotirador.

—O sea que el francotirador podría estar dentro del centro comercial. Ahora tenemos que entrar.

—Lo sé —respondió él, aunque la breve pausa que hizo reveló su reticencia—. Te dije que ibas a hacer que me maten.

—Tengo tres semanas más. Dame una oportunidad.

Green hizo una seña a los otros y se

reagruparon junto a la pared trasera del restaurante, fuera de la vista del centro comercial; allí les explicó la situación y trazó un plan para poder acercarse al edificio sin peligro. Corrieron un poco hacia la derecha, rodeando un banco, y llegaron a otra calle residencial con autos, cercas y casas donde ocultarse. Pronto abordaron el centro comercial por detrás, avanzaron por una angosta zona de carga hacia una pared azul sin ventanas. Una de las plataformas de carga estaba abierta, y por allí ingresaron al depósito oscuro.

En ese momento la comunicación entre ellos se volvió no verbal, y aun con toda la adrenalina, Kira tenía que concentrarse al máximo no solo para detectar todos los datos en el enlace, sino además para interpretarlos. Indicios emocionales tan simples como VER y APOYO parecían tener significados mucho más profundos, pues hacían que un Parcial se adelantara y otro se ubicara en un flanco. El equipo avanzó impecablemente por los pasillos y entre estanterías, y a la larga llegó al centro comercial

en sí y los locales que estaban en el frente. Kira se limitó a seguir a Green: paraba cuando él paraba y se escondía cuando él lo hacía.

De pronto, el enlace envió una alarma a su sistema nervioso; ella levantó el fusil incluso antes de entender por qué, y disparó hacia un pasillo justo cuando una figura que ni siquiera había visto se escondía. Falin asumió posición de disparo junto a la base de una escalera mecánica, y Jansson hizo lo propio en una especie de café que había del otro lado. Green, Kira y otro soldado, llamado Colin, corrieron por el pasillo hacia la figura que escapaba, pero se arrojaron al suelo y buscaron ponerse a cubierto cuando todo el centro comercial pareció estallar en una balacera; volaban balas en todas las direcciones a la vez. Kira entró en un local de ropa, pasó junto a las estanterías llenas de camisetas hasta el robusto mostrador de madera y se cubrió la cabeza con las manos.

Los soldados empezaron a responder el fuego, y el estrépito la ensordeció, hasta que de pronto los disparos cesaron y una voz resonó en

los pasillos.

—¡Ey! ¡Ey! Alto el fuego, todos... todos los demás. Esto era una emboscada meticulosamente calibrada que no tenía la intención de capturar a lo que parece ser... ¿un escuadrón de soldados Parciales? ¿Qué hacen aquí? —Kira levantó la cabeza, conocía esa voz —. Miren, muchachos, estamos tratando de participar en un juego mortal de gato y ratón con una asesina psicótica, así que si no se meten en los asuntos ajenos, podremos volver al infierno en que se convirtieron nuestras vidas. O bien podrían ayudarnos a encontrarla. A menos que trabajen para ella; en ese caso, mejor me callo y nos seguimos disparando...

—¿Marcus? —gritó ella, al tiempo que se ponía de pie y avanzaba con cuidado hacia el pasillo. Allí estaban Green y Colin, cubriéndose a su vez, y el enlace los mostraba confundidos —. ¡Marcus Valencio!

¿Eres tú?

Hubo un largo silencio, y luego volvió a oírlo decir, con voz conmocionada e insegura:

—¿Kira?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Kira levantó la vista y vio a Marcus asomado en un balcón superior, con los ojos y la boca muy abiertos, con expresión de absoluta sorpresa. Parecía que llevaba semanas viviendo fuera de la ciudad, y tenía la piel bronceada, encendida de sudor y adrenalina.

—¡Kira!

—¡Marcus!

Ambos corrieron hacia las escaleras mecánicas para encontrarse. Él bajó los escalones con gran estrépito, dejó caer su fusil y la abrazó, la besó lleno de alegría y la levantó en el aire. Ella se aferró a él, riendo, llorando y besándolo también.

—Creí que habías muerto, Kira —le dijo al

oído, una y otra vez—. Cuando los mensajes cesaron y los Parciales dejaron de buscarte, creí que te habían capturado —ella sintió las lágrimas de él en su mejilla—. ¿Cuánto pasó, un año? ¿Un año y medio? ¿Cómo es que sigues viva?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, demasiado feliz para soltarlo. Marcus, su mejor amigo de tantos años, su novio de algunos. La última vez que lo había visto estaba flacucho y pálido, un residente de medicina tan concentrado en sus estudios que apenas salía del hospital, y ahora estaba tonificado y delgado, rápido y atento, tan cómodo con su ropa de fajina gastada como lo había estado con su bata del hospital. Volvió a besarlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bajen la voz —dijo Falin—. ¿No dijeron algo de una emboscada y un asesino?

—Caray, sí —respondió Marcus, y llevó a Kira detrás de la escalera mecánica—. Y es una asesina. No seas machista: las mujeres también pueden matar gente.

—¿Kira, quieres explicarnos qué está pasando aquí? —preguntó Falin.

—Marcus es uno de mis mejores amigos en todo el mundo. Y aparentemente está aquí... —dejó la frase inconclusa y miró a Marcus, esperando que completara el resto.

—Estábamos buscando a la senadora Delarosa —respondió él—. Más tarde les cuento eso. Y cuando pasábamos por aquí nos atacaron dos Parciales; mataron a tres de los nuestros, y nosotros, a uno de ellos, y después pudimos armar lo que nos pareció una trampa muy sólida. Resultó mejor de lo que habíamos planeado, porque esperábamos atrapar a un solo Parcial, no a... —Miró a Kira—. Seis.

A ella se le encogió el corazón por los nervios. La cuenta de seis solo era correcta si Marcus sabía su secreto: la asesina a la que perseguían, los cuatro Parciales que acompañaban a Kira, y ella misma. Tragó en seco.

—Así que lo sabes.

—Sí —miró al suelo—. No estaba seguro

hasta ahora, pero empezamos a atar cabos el año pasado.

Kira lanzó un largo suspiro y una risita seca, sin nada de humor.

—Supongo que eso me ahorra el trabajo de buscar una buena manera de decírtelo.

—En realidad, me encantaría que la buscaras —repuso Marcus—. Saber que algo es cierto y entenderlo son dos cosas completamente distintas, y esto...

—Ojalá supiera qué decirte —respondió ella.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde que Morgan me capturó. La primera vez, cuando liberamos a Sann y cruzamos al continente.

Cuando me rescataste de ella, yo... no supe cómo decírtelo. Odiabas a los Parciales... como todo el mundo.

—Pues ahora parece sentirse muy cómodo trabajando con nosotros —observó Falin.

—La diferencia está en encontrar uno con quien se pueda trabajar —dijo Marcus—. Vinci

es amigo mío y está persiguiendo a Delarosa, que es otra cosa de la que tenemos que hablar...

—¡Movimiento! —gritó una voz áspera, de hombre mayor.

—¿Es el otro Parcial? —le preguntó Marcus, levantando la vista.

—No sé quién más podría ser —respondió la voz.

—Es el comandante Woolf —explicó Marcus. Levantó su fusil de donde lo había dejado caer y gritó una pregunta a la pared vasta y vacía—. ¿Está claro quiénes son amigos y enemigos? No quiero que nadie se entusiasme y le dispare a la persona equivocada.

—Los amigos de Kira son mis amigos —respondió Green.

—Y los amigos de Marcus tienen mis condolencias —agregó Woolf—. Pero no, no voy a dispararles.

—Acaba de desaparecer del enlace —dijo Green—. Probablemente se puso una máscara antigás.

—Maldición —exclamó Kira—. Ahora va a ser mucho más difícil —levantó el fusil y revisó que estuviera cargado, listo y asegurado—. ¿Dijiste que tenían planeada una emboscada?

—Tenemos francotiradores en el piso de arriba —respondió Marcus en voz baja—, y cebos allá abajo y allá —señaló primero hacia el pasillo principal, que terminaba en una tienda llena de ropa, y luego hacia un corredor perpendicular que conducía a la sección de comidas rápidas—. Se fue por el pasillo principal; probablemente buscaba a Woolf, pues él era el cebo allá, pero acaban de oírlo hablar, o sea que está bien. Seguramente pasó de largo cuando aparecieron ustedes y todos empezamos a dispararnos.

—Los ayudaremos a atraparla. Nosotros también tenemos preguntas —dijo Kira, se puso de pie y corrió por el pasillo hasta la tienda, siempre cerca de la pared y con el fusil apuntando hacia abajo. Falin la siguió de cerca, y ella sintió renacer la coordinación de combate en el enlace. Marcus los siguió—. ¿Hay otras

salidas? —le preguntó.

—Dos puertas en la planta baja, pero tenemos gente en ambas.

—Entonces no saldremos —dijo Kira—. Quedémonos con los que ya saben que no deben dispararnos.

Se oyó un disparo desde la tienda, y Falin murmuró:

—Díselo a ella.

—Woolf está en problemas —dijo Marcus, y empezó a correr, pero Kira lo detuvo.

—Esta es la tercera salida —dijo, señalando la entrada de la tienda—. Si entramos ahí y ella nos rodea, vendrá directamente hacia aquí. No la dejes pasar.

—Ok. Me alegro de que hayamos tenido nuestro reencuentro emotivo antes de que me ensuciara los pantalones de miedo.

Kira sonrió y le dio una palmada en la espalda; Marcus corrió en busca de una buena ubicación para vigilar, mientras ella y los soldados entraban juntos en la tienda. Caminaron con sigilo, cuidándose mutuamente

las espaldas, revisando cada sección, cada aparador y cada estantería antes de pasar a la siguiente. La ropa era vieja, pero estaba relativamente bien conservada; habían entrado algunos animales, y los estantes y rincones estaban cubiertos de telarañas blancas transparentes, pero los maniqués seguían en pie, en pose orgullosa, con sus anteojos de sol antiguos apoyados con elegancia en sus cabezas amarillentas y sin rasgos.

—¿Comandante Woolf? —gritó Kira—. ¿Todavía está aquí?

No hubo respuesta y ella siguió avanzando con ánimo sombrío; el hombre estaría muerto o prisionero.

El centro de la tienda departamental era un área alta y abierta, tres pisos de balcones conectados por varias escaleras mecánicas que se entrecruzaban. Divisó un movimiento fugaz en el segundo piso, alguien que rozaba una serie de trajes colgados, y se lo señaló a Green. Este lo transmitió en silencio por el enlace, y pronto todo el grupo estaba avanzando, no hacia las

escaleras mecánicas, sino hacia la escalera común que estaba en la pared del fondo.

—Las escaleras mecánicas son una trampa mortal —susurró Green—. Son largas, rectas y no hay dónde cubrirse; podría matarnos a todos en la primera —se volvió hacia Jansson—. Quédate aquí y señala en el enlace cada movimiento que veas; nuestro objetivo tiene una máscara antigás, de modo que no puede captarlos.

Él, Falin y Colin abrieron la puerta y subieron la escalera a toda velocidad, revisando cada rincón con cuidado, y Kira los siguió, siempre tratando de captar las órdenes rápidas en el enlace. Supuso que no se detendrían en el primer piso, dado que el movimiento había sido en el segundo, pero pararon e hicieron una barrida también allí, tras dejar a Colin vigilando la escalera para asegurarse de que la tiradora no se les escapara al bajar. Estaban cercándola, lentamente pero con seguridad, despejando cualquier posible escondite y obligándola a retroceder a un último rincón del que no podría

escapar. No se acercaban a los bordes de los balcones, pero sentían en el enlace a Jansson, que los cuidaba desde abajo.

MOVIMIENTO EN EL SEGUNDO PISO, llegó el mensaje. Seguía arriba.

Retrocedieron a toda prisa hasta la escalera y subieron. Kira sintió crecer su inquietud y se alegró de no estar transmitiendo su temor por el enlace. Tenía que ser fuerte. Al llegar al segundo piso siguió a Green, con el fusil levantado y agachándose para reducir su perfil, observando cada rincón y cada sombra con el corazón en la boca. La asesina Parcial con branquias podía estar en cualquier parte, al acecho, acorralada, desesperada y letal.

Kira echó un vistazo hacia el balcón y el amplio hueco central que estaba más allá, en busca de los trajes colgados que había visto antes. *Allá, se dijo, ubicándose mentalmente. O sea que estoy mirando hacia la izquierda de donde estaba antes, y Jansson está por allá...*

Los trajes volvieron a moverse. Kira se

paralizó por la sorpresa, tan solo una fracción de segundo, y luego se arrojó al suelo. Quería avisar a los demás que la había encontrado, pero no se atrevió; si la asesina no sabía que la había visto, Kira podía tomarla por sorpresa. Un momento antes se había alegrado de no estar en el enlace, y ahora maldecía el hecho de no poder comunicar lo que había visto.

Le hizo un gesto a Green para llamar su atención, y señaló los trajes. Él asintió al reconocer que eran los mismos trajes que habían visto desde abajo; Kira sacudió la cabeza y volvió a señalarlos con más firmeza. Él se quedó mirándola sin entender, y ella apretó los dientes con frustración. *¡Ahora!*, dijo moviendo la boca pero sin voz. *¡Está ahí ahora mismo!*

Green la miró un segundo más y de pronto el enlace se llenó de lucidez; el grupo de soldados empezó a maniobrar hacia el exhibidor de trajes, convergiendo hacia ese punto con una eficiencia brutal. Kira los siguió, pero ahora tenía una duda: ¿por qué la tiradora no se había movido? ¿Por qué quedarse tanto tiempo en un mismo

lugar? La respuesta más obvia era que había asumido una posición de francotirador, pero aparentemente no tenía buena vista desde allí; el barandal era sólido, más bien un muro bajo, de modo que no podía disparar ni ver a través de él. Eso llevó a Kira a la siguiente respuesta más obvia, y gritó una advertencia en cuanto se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Es una trampa! Trata de llamarnos la atención; es una trampa.

Los Parciales respondieron de inmediato: se abrieron en abanico y revisaron el segundo piso con más cautela que antes, sin avanzar un solo paso hasta no haber revisado, asegurado y despejado cada paso anterior. Cuando por fin doblaron la esquina hacia el otro lado del barandal, Kira revisó el exhibidor de trajes y vio a un anciano, con los brazos y las piernas sujetos firmemente con precintos de plástico, amordazado y amarrado al exhibidor. Cada vez que se movía, los trajes se sacudían.

—No es una trampa —rezongó—, es un cebo —corrió y le quitó la mordaza al hombre

—. ¿Dónde está?

—Escalera mecánica —balbuceó—. Bajó por la escalera mecánica.

Ella lanzó una palabrota, esta vez en voz alta, y se puso de pie para espiar por encima del borde. Las escaleras mecánicas eran una trampa mortal tan obvia que ni siquiera las habían tomado en cuenta, y el único par de ojos que vigilaba el centro del pasillo era Jansson, que estaba más abajo, desde donde no se vería un cuerpo que se arrastrara por esas escaleras. Un francotirador que estuviera allí arriba, en su puesto junto al exhibidor de trajes, mataría a todos los que intentaran subir, pero su propio francotirador, que estaba abajo, no había visto nada.

Y entonces llegaron los datos en el enlace: MUERTE.

—Perdimos a Jansson —dijo Green—. Ahora la tenemos atrás.

Kira corrió, gritando al mismo tiempo:

—¡Marcus! ¡Marcus, cuidado!

Se oyó un disparo, y luego otro; las balas

rugían hacia uno y otro lados de la entrada del centro comercial, y Kira bajó la escalera mecánica tan rápido como pudo, desesperada por llegar a tiempo.

Acabo de encontrarlo. No puedo volver a perderlo, no ahora, no de esta manera, tengo que ayudarlo...

La balacera cesó y ella se dejó caer sobre los escalones metálicos dentados, con el fusil preparado, alerta. ¿Había llegado tarde? ¿Acaso él ya estaba muerto?

—Será mejor que alguien venga aquí —dijo Marcus, y Kira cerró los ojos con tanto alivio que apenas podía sostener la cabeza—. Creo que todavía vive.

Bajó corriendo los últimos escalones y pisó con cuidado entre los casquillos de balas esparcidos en la planta baja, hasta que vio a la asesina Parcial caída boca abajo en el suelo, con su fusil a más de un metro de su mano. Había sangre por todas partes. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y una máscara antigás le cubría la cara, pero sus branquias pálidas aleteaban

débilmente en el cuello, abriéndose y cerrándose en un intento lento y silencioso de respirar.

Kira se acercó con cautela al monstruo caído, aún aterrada de lo que podía hacer, pensando que en cualquier momento se levantaría de un salto y le clavaría un puñal o la mordería, consumiendo hasta su último aliento de vida antes de que la muerte la arrastrara gritando al infierno.

En cambio, la Parcial levantó una mano y se quitó la máscara antigás, jadeando. Era apenas una chica, de la edad de Kira, pero más menuda. Sus ojos, apagados por la pérdida de sangre, se fijaron débilmente en ella, y movió la boca, tratando de hablar.

—¿Quién eres? —le preguntó Kira. Mantuvo el fusil apuntado hacia la chica, al tiempo que se le acercaba lentamente—. ¿Para quién trabajas?

—Me... —La voz de la chica era un susurro irregular; cada palabra, un esfuerzo—. Me llamo Kerri.

—¿Para quién trabajas? —insistió. Poco a

poco, su ira se iba convirtiendo en lástima, pero se esforzó por no dejar que se apagara—. ¿Por qué están matándonos?

—Es necesario... preservarlos —movió un dedo débilmente, tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en el piso frío y ensangrentado—. No queremos... perderlos. Cuando se acabe el mundo.

—El mundo ya se acabó —replicó Kira.

—Se va a acabar de nuevo —dijo Kerri, y su dedo dejó de moverse. La vida desapareció de sus ojos.

La sangre fue formando un charco más y más grande, tibia, roja, y perdida para siempre.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—Allá hay alguien —dijo Ariel, al tiempo que volvía a dejarse caer detrás de un banco de nieve bordeado de árboles. La tormenta estaba peor que nunca: una nevisca tan densa y con tanto viento que apenas podían verse entre sí a más de quince metros. Estaban al norte de Riverhead y avanzaban con dificultad por campos abiertos y llanos; no oyeron el ruido hasta que prácticamente estuvo encima de ellos —. No sé quién, ni si nos habrán oído también —sacudió la cabeza y revisó su fusil; estaba cubierto de nieve, pero aparentemente todo funcionaba. No lo sabría con certeza hasta dispararlo—. Tenemos que buscar un lugar mejor donde refugiarnos, por si esto se convierte

en una pelea.

Xochi escudriñó el área, aunque no se veía mucho.

—Hace poco pasamos por una granja, una iglesia o algo así. Parecía pequeña, de madera.

—No es la mejor defensa —opinó Isolde. Llevaba a Khan sujeto contra su pecho, y lo cubrió con los brazos en ademán protector—. Estamos en la carretera principal; tal vez están de paso. Si nos salimos del camino, quizá ni siquiera se den cuenta de que estamos.

—Y si nos siguen, ¿quién sabe a dónde iremos a parar? —dijo Kessler—. Se huele el agua del mar; y estamos de espaldas al océano, demasiado al norte.

—Creo que vienen hacia nosotros —dijo Hobb, que regresó corriendo de su posición al frente de la fila—. Puedo hacer algunos disparos, por si tengo suerte, pero probablemente eso no haga más que enojarlos.

—No sabemos si nos vieron —dijo Nandita—. No siento nada en el enlace, pero ¿quién sabe cómo afecta la tormenta? —Hizo una

mueca—. Al norte, entonces, fuera del camino. Nos refugiaremos en la primera estructura apta que encontremos.

Cruzaron pesadamente el campo nevado, Ariel se protegía la cara con la mano solo para poder ver.

El viento le clavaba gránulos de hielo en la piel. El mundo era un vacío blanco, sin forma ni creación.

Poco a poco, todo se puso más oscuro, un área gris que fue fundiéndose a negro, y luego apareció un edificio, en medio de la nieve, como un espectro. Era de piedra, de por lo menos tres pisos, con una puerta pesada de madera flanqueada por gruesos pilares de piedra. A ella le pareció anormal, como un castillo hecho realidad en un reino de sueños, pero corrió hasta la puerta y la empujó. No se abrió. Una placa que había en el frente identificaba el edificio como Club Campestre de Bluff Hollow.

—Por allá —dijo Xochi—, por la ventana.

Corrieron hacia el costado, donde una hilera de cortinas rojas hechas jirones se inflaban con

las ráfagas de viento en la ventana sin vidrios, y lograron entrar a la opulencia desvaída del club. Las cortinas no habían ayudado a proteger la habitación del viento y las inclemencias del tiempo; el piso estaba cubierto de hojas y tierra, y en el lado del frente había un montículo de nieve. El piso de madera estaba combado y descolorido por años de humedad, y las alfombras, otrora elegantes, estaban cubiertas de moho y congeladas.

—Creo que los vi seguirnos —dijo Kessler, mientras ayudaba a Isolde a pasar por la ventana antes de hacer lo propio—. No estoy segura.

Ariel examinó la habitación: sillones mullidos, sofás de tapizado con bordados, chimenea en el centro, bar de piedra.

—Por esa puerta —indicó—. Habrá un baño o algo que no tenga ventanas ni nieve, el mejor refugio a prueba de ruidos que podremos encontrar. No queremos que Khan nos delate.

—¿Cuál es nuestro plan? —preguntó Isolde. El bebé estaba inquieto, pero débil; demasiado

enfermo incluso para llorar, pálido y esquelético. Los ojos de su madre estaban igualmente agotados.

—Que no nos maten de un tiro —respondió Xochi—. Que no nos capturen ni nos separen o algo peor...

—¿Que nos sitien no es malo? —preguntó Hobb—. Si saben que estamos aquí, el baño será el peor lugar donde escondernos... Necesitamos una vía de escape.

—En la cocina, entonces —dijo Ariel. Cruzó la habitación trotando y sintió que sus músculos protestaban; luego miró por la puerta que estaba detrás del bar—. Es pequeña, pero hay una puerta trasera y una gran barra en el centro donde podemos parapetarnos si alguien empieza a disparar.

—Si nos disparan, estamos muertos —replicó Kessler—. Una barra de cocina no va a protegernos de un escuadrón Parcial.

Aun así, se dirigieron a toda prisa a la cocina y se amontonaron entre viejos tazones de acero y cacerolas de cobre. Ariel cerró la puerta al

entrar y revisó la puerta trasera; la vista era tan fantasmal como la que acababan de cruzar, y no pudo ver más allá de diez metros.

—Podemos hablar con ellos —sugirió Nandita—. Tal vez ya no estén reuniendo a los refugiados en East Meadow. No van a querer llevarnos allá ellos mismos, no con esta tormenta. Seremos razonables y puede que nos dejen en paz.

—Tal vez —dijo Kessler—. No me gusta ningún plan que dependa de la «misericordia Parcial».

—No son malos —replicó Xochi—, solo son el enemigo.

—Esa distinción no tiene sentido —repuso la senadora.

—Silencio —dijo Ariel—. Creo que ya están aquí.

Oyó voces, apagadas y lejanas en el viento ululante, y aguzó el oído. Pensó que quizá podría detectar algo en el enlace, pero era demasiado débil como para estar segura... o simplemente le faltaba práctica.

Cerró los ojos y optó por basarse en sus oídos.

Están entrando por la ventana, pensó, al oír el sonido de pasos arrastrados, botas pesadas y voces graves que murmuraban. Podría abrir esta puerta ahora mismo y tomarlos por sorpresa, matar a dos o quizá tres antes de que sepan que estoy aquí. Solo que... Solo que no quería. Todos los Parciales a los que había conocido habían sido enemigos, como había dicho Xochi, pero que ella supiera, sí eran malos.

Nunca habían hecho nada que le demostrara lo contrario. Invadieron su hogar, mataron a sus amigos y las habían cazado como a animales; las habían hostigado en cada esquina, y sin ningún motivo que ella pudiera adivinar. *¿Qué ganan con atacarnos? ¿Qué quieren, y de qué manera les ayuda acorralarnos como prisioneros? Antes buscaban a Kira, pero la encontraron y no se fueron, solo... se quedaron.*

Como robots o perros amaestrados,

siguiendo sin pensar sus últimas órdenes conocidas.

Soy una de ustedes, pensó. Soy Parcial, pero no quiero ser un robot. No quiero ser mala.

Demuéstrenme que pueden ser buenos.

No quiero estar sola.

—Esta es la peor tormenta que haya visto —dijo uno de los soldados. Su voz llegaba apagada por la puerta y tenía la misma extraña pasividad distintiva de todos los Parciales que había oído. Sin el enlace para transmitir sus emociones, realmente sonaban como robots.

—Tenemos que reportarnos en una hora —dijo otro—. Con la radio descompuesta, el sargento va a pensar que pasó algo.

—Y pasó algo —dijo una tercera voz—. Al menos podemos esperar con estilo. ¿Quién hubiera dicho que este lugar estaba aquí?

No estaban buscándonos, pensó Ariel. Solo buscaban refugio de la tormenta. Es probable que ni siquiera hayan visto nuestras huellas. Miró a los demás, y notó en

sus expresiones que habían oído lo mismo y llegado a las mismas conclusiones. *Lo único que tenemos que hacer es esperar*, pensó. *A la larga se irán, y si no hacemos ruido, ni siquiera se van a enterar de que estamos aquí.*

—¿Tienes algo para comer además de esta basura? —preguntó uno—. Ya comí tanto pescado ahumado que me va a durar hasta mi fecha de vencimiento. Parece que en ese pueblo los humanos no comían otra cosa.

Conque están apostados en Riverhead, pensó Ariel. *Tal como pensábamos. Cuando lleguemos más al este, podríamos...*

—Fíjate en la cocina —dijo otro. Ariel se paralizó y sus dedos sujetaron el fusil con terror—. Puede que haya algo enlatado... No sé, ¿qué comían enlatado los ricos? ¿Caviar?

Oyó pasos y retrocedió en silencio, apuntando el rifle hacia la puerta. Xochi y Hobb se le acercaron.

¿Cuántos son?, pensó frenéticamente, tratando de discernir cuántas voces había oído.

¿Tres? ¿Cuatro?

¿Acaso hay otros que no hablaron?

—El caviar suena peor que el pescado —dijo otro—. Alcachofas, podría ser. Creo que esas vienen en lata.

La puerta se abrió un centímetro. Ariel apoyó el dedo en el gatillo, lista para disparar, pero la puerta dejó de moverse.

—Un minuto —dijo una voz—. Esto les va a encantar.

—En el bar no puede haber nada que aún esté bueno —dijo otra voz—. Ya estará todo separado, como la gasolina.

—No todo —replicó la primera voz. La puerta volvió a cerrarse—. Guardadas detrás de la barra hay dos botellas de vino sin abrir, completamente selladas.

—No nos tomes el pelo.

—No es broma.

Ariel oyó un tintineo de copas, seguido de exclamaciones alegres. *Son más de tres voces*, se dijo, pero no pudo identificar cuántas.

Xochi bajó el fusil. Tras una larga pausa,

Hobb hizo lo mismo. Ariel retrocedió en silencio hasta donde estaba Isolde, acercó la mejilla a su oído y le susurró lo más bajo que pudo:

—¿Puedes seguir caminando?

—Si es necesario.

—No van a estar mucho tiempo ocupados —dijo Ariel—. Tenemos que irnos antes de que entren a buscar comida.

Se volvió hacia los otros y señaló la puerta trasera. Se dirigieron hacia allá lentamente, un paso a la vez, casi sin atreverse a respirar.

Todos menos Kessler.

La mujer mayor se quedó clavada en su lugar, con la mirada fija en la puerta de la cocina. *¡Vamos!*, pensó Ariel. Le hizo señas para llamar su atención. Nandita ya estaba junto a la puerta trasera, con la mano preparada para abrirla. Kessler se volvió hacia ellos y miró a Isolde. Sus ojos estaban tristes, pero tenía la mandíbula firme y decidida.

Lo siento, articuló con la boca.

Ariel gritó en su mente: *¡No lo haga!*

—Ayúdenos —dijo Kessler en voz alta—.

Tenemos a un niño enfermo y necesitamos medicamentos.

¿Pueden ayudarnos?

—¡No! —gritó Isolde.

La otra habitación se llenó de sonidos; cuatro o cinco o diez Parciales se pusieron de pie a la vez y sus copas cayeron con estrépito.

—¿Quién está ahí? ¡Identifíquense!

—Necesitamos su ayuda —repitió—. El niño se está muriendo.

—¡No dejaré que le hagas daño! —aulló Isolde, sujetando a Khan contra su pecho. Kessler se acercó a ella, susurrando, mientras Hobb la retenía.

—Nadie le va a hacer daño. Simplemente lo verán, se enfermarán, y cuando vuelvan a su base van a contagiar a todos los demás. Puede que perdamos unos días, pero estaremos a salvo; ya no tendremos que preocuparnos por más patrullas, estaremos libres...

—Vamos a entrar —gritó un Parcial, justo del otro lado de la puerta—. Queremos ver las manos arriba y las armas en el suelo.

—¡Déjennos en paz! —gritó Hobb.

La puerta se abrió unos centímetros, aunque no se podía ver a ningún soldado.

—Las armas en el suelo o entramos disparando —Isolde arrojó su fusil, y miró a Kessler como si quisiera hacerla pedazos con los dientes—. Eso es —dijo la voz—, sigan así. Dejen todas las armas que tengan —Kessler dejó la suya, y luego lo hicieron Hobb y Xochi—. Sigán así, vamos —Ariel fue la última en dejar su fusil, y apenas levantó las manos, la cocina se llenó de Parciales: cuatro que ella vio, y había por lo menos uno más esperando en la otra habitación—. Manos arriba —repitió el líder—. ¿De dónde vienen? Hace semanas que despejamos esta zona.

—Necesitamos ayuda —respondió Kessler—. Estamos tratando de regresar a East Meadow para salvar al niño —señaló a Isolde, pero el Parcial más próximo le acercó el arma a la cara y la mujer volvió a levantar el brazo rápidamente—. Es por la tormenta. No estábamos preparados, y se enfermó. ¿Pueden

ayudarlo?

Ellos no dijeron nada, pero Ariel sintió un leve zumbido en el límite de su percepción. *¿El enlace?*, se preguntó. *¿Será eso lo que se siente?* Al cabo de un rato, el líder se adelantó, bajó el fusil y extendió el brazo hacia Isolde.

—Déjeme verlo.

—No lo toque —siseó Isolde.

—No queremos hacerles daño. No tenemos personal médico con nosotros, pero sí traemos medicamentos. Si hay algo que podamos hacer por él, lo haremos.

—Solo déjalo ver al niño —dijo Hobb—. No queremos problemas.

No se acerquen, pensó Ariel, tal vez todavía no se han infectado. Huyan ahora y...

El soldado volvió a adelantarse, con la mirada fija en los ojos de Isolde.

—Solo voy a mirarlo. Ponga las manos a los costados, por favor... aparte las manos del niño, por favor.

Ariel se dio cuenta de que quizá

sospechaban que se trataba de una bomba, dado que en realidad no había manera de saber que el bultito sujeto al pecho de una joven era un niño. Isolde apartó las manos, con el rostro bañado en lágrimas de desolación. El Parcial extendió la mano, tocó el borde de la manta que cubría la cabeza de Khan, y la levantó.

—¡Arma biológica! —gritó—. ¡Retrocedan! ¡Retrocedan!

Prácticamente tropezó consigo mismo tratando de apartarse del bebé. Isolde envolvió al niño con sus brazos y se apartó; los soldados huyeron por la puerta por la que habían entrado. Kessler se lanzó tras ellos, gritándoles que se quedaran, que no se asustaran, y un Parcial aterrado le disparó al pecho. El tiro fue como una señal para que el mundo enloqueciera, y en un abrir y cerrar de ojos toda la cocina se llenó de disparos, Parciales que gritaban retirada, el grupo de Ariel que buscaba dónde ponerse a cubierto, mientras recuperaban sus armas. Balas y esquirlas volaban por el aire, rebotaban en ollas y sartenes y bañaban la habitación con

polvo y yeso. Ariel sacó la pistola y se ubicó tras la barra central, disparando a la pared de los Parciales sin siquiera tomarse el tiempo de apuntar. Xochi cayó al suelo y Nandita a su lado, pero Ariel no vio si les habían dado o si solo estaban escondiéndose. Isolde corrió hacia la puerta trasera; Hobb rugió una advertencia y la cubrió con su cuerpo. Dos penachos rojos brotaron de su espalda, mientras empujaba a la madre y al niño hacia la tormenta.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Green y los otros soldados querían moverse con rapidez, con la esperanza de recorrer otro kilómetro antes del anochecer, pero Kira insistió en que sepultaran a los dos Ivies. Ella ya había matado a varios, pero esta vez estaba conmovida. Llevaron los cadáveres a la calle residencial más cercana, encontraron un par de palas en el cobertizo de una casa pequeña y pasaron una hora cavando un pozo: primero en la nieve, tan congelada que formaba un hielo compacto de casi un metro de alto, y luego en la tierra dura y rígida que estaba debajo. El comandante Woolf dijo unas palabras, y luego Green y Falin realizaron un ritual Parcial que ella nunca había visto: abanicaron el cuerpo para

esparcir en el aire el dato de MUERTE del enlace. Si había otros Parciales en la zona, eso delataría su posición, pero Kira no lo mencionó. Obviamente era algo importante para ellos.

Marcus y Woolf viajaban con un grupo de cuarenta y siete refugiados, entre ellos un soldado llamado Galen. Aquella noche avanzaron lo más que pudieron, intercambiando historias por el camino: Marcus y Woolf narraron su excursión hasta el bastión de Trimble; Kira les contó sobre su viaje al oeste, y su probable descubrimiento de la doble cura del RM y la fecha de vencimiento. Esa noche acamparon en el auditorio de una escuela secundaria y arrancaron las cortinas largas y apolilladas para montar una serie de tiendas de campaña entre las antiguas hileras de sillas. En el auditorio no había paredes ni ventanas que dieran al exterior, lo que ayudaba a protegerlos del frío brutal, y las tiendas retenían el calor corporal donde más hacía falta. Kira se metió en una pequeña para debatir sus planes con Marcus y Woolf.

—Estamos a poco más de un kilómetro de East Meadow —dijo Marcus—. Sigamos por este mismo camino, pero... no sé cuánto tiempo tardaremos en llegar. La nieve nos ha demorado demasiado.

—Recuerdo esta zona por algunas de nuestras incursiones de salvamento —comentó Kira—. Desde aquí estamos más cerca del hospital, que del hospital al coliseo. ¿Sabemos dónde está apostado el ejército Parcial?

—Por toda la isla. Eso es lo que trataba de decirte antes: el ejército se desbandó buscando a Tovar, a Mkele y a todos los demás. Están distrayendo a los Parciales, alejándolos de East Meadow para que los demás podamos escapar.

—¿Escapar a dónde? —preguntó Kira—. ¿Al aeropuerto? ¿A Long Beach? No se puede esconder a treinta y cinco mil personas así como así; nos encontrarán otra vez.

—Nos vamos de la isla —dijo Woolf—. Y se nos está acabando el tiempo para hacerlo.

—No podemos irnos —replicó ella enseguida, sacudiendo la cabeza—. Tenemos

que quedarnos; debemos trabajar juntos, como les dije. Hay que olvidarse del odio, las guerras y todo lo demás...

—Delarosa tiene una bomba atómica —dijo Marcus.

—¿Qué?! —Kira sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago.

—Piensa detonarla en White Plains —prosiguió—. La suerte está en su contra, y es probable que no llegue tan lejos, pero tenemos que estar preparados para el peor de los casos. Venimos con rumbo a East Meadow desde que escapamos, recogiendo refugiados sobre la marcha. Debemos prevenirlos y salir de la isla.

—Aunque la bomba no estalle —dijo Woolf—, aun así es mejor irnos. Parciales y humanos nunca van a llegar a una tregua... salvo contadas excepciones. No podemos seguir viviendo bajo su sombra.

—Tenemos que mantenernos juntos —insistió Kira; sentía que todo su mundo se derrumbaba—. Los necesitamos... nos necesitan...

—Pero ¿quién va a aceptarlo? —preguntó Woolf—. Alguno que otro, seguro, pero eso no basta.

—No, no basta —dijo Kira, acaloradamente—. Hay que convencerlos, a los dos bandos, de que es la única manera de sobrevivir. Si huimos, solo estaremos regresando a la misma situación de antes: perder a todos los niños por el RM, sin futuro y sin esperanza de nada.

—Kira... —intervino Marcus, pero ella siguió hablando sin escucharlo.

—Tenemos que detener a Delarosa. Prevenir a la gente y evacuar East Meadow o lo que haya que hacer, pero si lo que dicen de ella es cierto, no tengo alternativa. Voy a dar la vuelta y a buscar esa bomba. No podemos dejar que muera nadie más —empezó a levantarse, pero Marcus la tomó del brazo.

—Alguien ya fue a buscarla —le dijo. Kira se detuvo a medio movimiento y escuchó con atención—. Un amigo nuestro, un soldado Parcial llamado Vinci. Delarosa te lleva dos semanas de ventaja, pero a él solo unos días.

Que nosotros sepamos, es posible que ya la haya detenido, pero no podemos correr el riesgo de no prevenir a todos, por si acaso.

—Pero ¿y si él no llega? —Ella sacudió la cabeza, esforzándose por contener las lágrimas.

—Tú ni siquiera sabrías dónde empezar a buscarla. ¿Quieres trabajar junto a los Parciales? Entonces confía en Vinci. Ayuda a prevenir a la gente de East Meadow, humanos y Parciales.

—No podemos ayudar a los humanos a escapar de la ocupación, si a la vez les informamos a los ocupantes hacia dónde vamos —repuso Woolf.

—Es un momento terrible para mencionar eso —dijo Marcus, al tiempo que le dirigía una mirada dura.

Volvió a mirar a Kira, que se esforzaba por no gritar.

Ella inhaló con cuidado, obligándose a mantener la calma. *Esto es solo un obstáculo más, se dijo. He superado otros, puedo superar este también.*

—Esta siempre es la peor parte —dijo.

—¿Evacuar a toda la población existente de la zona de alcance de la radiactividad? —dijo Marcus, confundido.

—Aceptar que no puedo resolverlo todo —respondió Kira, sonriendo con tristeza.

Se acurrucó en su bolsa de dormir apartada de los demás y trató de conciliar el sueño. Tenían que levantarse temprano por la mañana y darse prisa para llegar a East Meadow. Era necesario que los Parciales atendieran razones. Había visto demasiados grupos como los de Green y Falin, perdidos y sin propósito fijo, ahora que Morgan se sumía más y más en su obsesión. Estaban ocupando la isla porque no sabían qué otra cosa hacer; seguramente podría convencerlos de su plan. ¿O no?

Necesito salvar a todos. No puedo vivir con menos que eso. No dejaré atrás a nadie.

A nadie más.

Se durmió y soñó con Samm.

Por la mañana, Kira se levantó temprano, despertó a Green y a Marcus y se pusieron en

marcha hacia East Meadow. La calle Newbridge era ancha y recta y estaba bordeada de árboles, comercios y casas derruidas. La franja del centro estaba llena de arbustos y retoños, bulbosos y cubiertos de nieve. La tormenta había terminado durante la noche, de modo que ahora podían ver más lejos que en los últimos días, y el sol los cegaba al reflejarse en el manto de un blanco feroz. Una brisa leve levantaba remolinos de nieve floja sobre la superficie de los montículos, fantasmas en un campo níveo. La superficie quebradiza hacía que, con cada paso, se hundieran hasta los muslos.

Tardaron casi una hora en recorrer un kilómetro y medio.

Cuanto más se acercaban a East Meadow, más nerviosa se sentía Kira y apretaba los dientes. La ciudad le resultaba familiar —era el único hogar que recordaba— pero a la vez desconocida, extrañamente vacía y sepultada bajo una mortaja fría. Cuando llegaron a la autopista y doblaron al oeste, vieron el hospital,

el edificio más alto en varios kilómetros; pero lo que alguna vez había sido el núcleo de una comunidad próspera, ahora se elevaba pálido, y la calle que conducía a él estaba silenciosa como una tumba. Kira había pasado su vida entre los desechos abandonados de una civilización perdida: viviendas, edificios y autos llenos de esqueletos; poniéndose ropa de otras chicas ya sin vida y habitando en casas de muertos; la habían observado miles de ojos de los retratos familiares de quienes no habían sobrevivido. Eso nunca le había molestado, porque era el único mundo que había conocido. El anterior ya no existía, y estaban construyendo uno nuevo sobre sus cenizas. Pero ahora veía su mundo tal como el de ellos, y su propia existencia se había convertido en una ruina sin vida. Eso la hizo sentir entumecida, aún más que el frío, la nieve y los trocitos de hielo que se deslizaban por su rostro endurecido por la escarcha.

Había una enfermera sentada en el vestíbulo del hospital, sola en el silencio cavernoso. Levantó la vista con expresión atónita, tan

sorprendida de verlos como ellos de encontrarla, y al cabo de un momento Kira la reconoció de sus épocas de residente.

—¿Sandy?

La mujer sonrió, amable pero confundida. Kira se quitó la larga tira de frazada que se había puesto a modo de bufanda, y los ojos de Sandy se abrieron de sorpresa.

—¿Kira Walker?

—Hola —le sonrió Kira, asintiendo con una súbita timidez.

Aquella ciudad había pasado por un infierno por su causa, con ejecuciones diarias para que se entregara. Sandy bien podía haber perdido a un ser querido por su culpa. Kira la observó ponerse de pie y acercarse, vacilante al principio, pero luego echó a correr y la envolvió en un abrazo emocionado, sin importarle que tuviera el pecho y los brazos mojados de nieve.

—¿Dónde están todos? —le preguntó, devolviéndole el abrazo.

—Huyendo, o preparándose para hacerlo. Haru mandó decir que los Parciales están

planeando un ataque final para librarse de nosotros de una vez por todas —tenía el rostro pálido de miedo—. Van a borrarlos del mapa.

—No son los Parciales —replicó Green, sombrío.

—¿Dónde está Haru? —preguntó Kira, pensativa.

—No lo hemos visto —respondió la mujer —, pero sí vimos a algunos refugiados que lo vieron. El mensaje nos llegó algunas semanas antes que la nieve, y estamos sacando gente a escondidas, cuando podemos. Ahora apenas quedan Parciales en East Meadow, para mantener la presencia más que nada, y tenemos más libertad para irnos.

—¿Se fueron a pelear con los rebeldes?

—No. Se están yendo para poder bombardear toda la ciudad y aniquilarnos.

—Ellos no harían eso —repuso Kira, y se disponía a explicarle sobre Delarosa y la bomba, pero cambió de idea. *Mientras todos tengan miedo como para irse...*—. Pero Haru tiene razón: todos estamos en peligro. ¿Y tú? ¿Por

qué no te fuiste?

—Todavía queda gente herida en la ciudad. Alguien tiene que quedarse a cuidarla. La enfermera Hardy también está aquí.

—¿Y Skousen? —preguntó Marcus.

—Los Parciales se lo llevaron hace semanas —Sandy negó con la cabeza—. Cuando empezó lo del arma biológica —vio la confusión en los rostros de los demás y frunció el ceño—. ¿No se enteraron? Hay una peste que mata a los Parciales; su propia versión del RM. Supongo que por fin alguien les está devolviendo su *propia medicina*. Esa es la otra razón por la que el ejército abandonó la ciudad; nadie quería quedarse una vez que ellos empezaron a enfermar.

Kira se preguntó cómo Skousen o alguien más había podido crear una peste Parcial tan rápidamente, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Esa peste, no importaba de dónde proviniera, era un obstáculo más que convencería a los Parciales y a los humanos de que nunca podían atreverse a confiar los unos

en los otros. Apretó el puño, como si tratara de aferrarse a su esperanza como a un objeto tangible.

—Ya tienes que irte —le dijo Kira—. Fuiste muy valiente al quedarte, pero es hora de salir de aquí: los Parciales también van a marcharse, de modo que no habrá pacientes nuevos. Que todos se vistan, recoge toda la comida y los medicamentos que puedas, y salgan de aquí.

—No puedo. Hay dos pacientes que ni siquiera pueden caminar —repuso Sandy.

—Pues entonces los llevaremos en carritos. Yo misma tiraré de uno. La amenaza es real, y no tenemos mucho tiempo... vámonos.

La mujer vaciló un momento; luego asintió y se alejó corriendo. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando un rumor atronador estremeció el aire. Kira lo sintió primero en el estómago, temblando en sus costillas, y luego latiéndole en los oídos como un ritmo grave y constante. Miró a Sandy, que a su vez la miró y sacudió la cabeza; ella tampoco sabía lo que era.

—Es un rotor —dijo Marcus—. Un vehículo

volador, como un avión pero con despegue vertical. Los vimos en White Plains. Sandy, ¿no reconociste el ruido?

—Nunca vimos nada que volara —respondió—. Esto es nuevo.

De repente, se abrió la puerta de la escalera y entró la enfermera Hardy, frenética, agitada y sosteniéndose del marco de la puerta.

—Están en el techo —jadeó—. Vienen por los pacientes. ¿Esa es... Kira Walker?

—¿Parciales? —preguntó Kira, dando un paso hacia ella y preparando el fusil.

Hardy salió de su estupor y asintió, aún sin aliento.

—¿A dónde los llevan? —Kira avanzó un poco más.

—A ninguna parte —respondió la mujer. Luego, salió al vestíbulo tambaleándose, le sangraba un brazo—. Van de habitación en habitación, los están matando —se sujetó el brazo y trató de respirar—. Les están extrayendo la sangre.

—El Hombre de la Sangre —gruñó Kira,

mirando a Green.

—Ya era hora, maldición —exclamó este; levantó su fusil y se dirigió hacia la escalera a grandes zancadas—. Estoy ansioso por charlar con él.

Kira subió la escalera tras él, seguida de cerca por Marcus, sin detenerse en cada piso como lo habían hecho en el centro comercial, sino subiendo sin parar. Oyeron un grito en lo alto, silenciado casi al instante por un disparo y un portazo.

—Parece que fue en el octavo —dijo Kira.

—El ejército de Morgan confiscó la mayoría de los paneles solares cuando llegó —recordó Marcus—. Trajeron a los pacientes aquí arriba para aprovechar un poco mejor los pocos paneles que quedaban; en los pisos bajos la electricidad está cortada.

—Green, ¿los sientes en el enlace? —preguntó Kira.

—No. Pero apenas lo haga, van a saber que estamos aquí.

—Pero no sabrán quiénes somos —repuso

ella—. Podrías ser cualquier Parcial; no sabrá que eres enemigo.

—Sabrán que no soy un Ivie, y esa parece ser la única distinción que les importa —apretó los dientes y gruñó; luego se detuvo en el descanso entre los pisos quinto y sexto—. Ve tú primero.

—¡Epa! —exclamó Marcus—. ¿Quién envía primero a una dama al combate?

—Un combatiente inteligente —respondió ella, sin aminorar el paso al pasar junto a Green—. Puedo percibir un poco a los Ivies en el enlace, pero ellos a mí, no. Eso nos dará unos diez segundos de ventaja antes de que sepan que estamos aquí... pero es mejor que nada.

Al acercarse al séptimo piso, empezó a percibirlos: solo a unos pocos, quizá tres o cuatro, cuando mucho. Recordó a las víctimas que había encontrado hasta entonces, al Parcial en el muelle y a Tovar, congelado, y sintió que le hervía la sangre. Recordó a la moribunda Kerri, llorando mientras la vida se le escapaba. *Estamos tratando de salvarlos*, había dicho, y

Kira no podía quitárselo de la mente.

¿Salvarnos de qué? ¿De quién? Sacudió la cabeza para despejar sus dudas como si fueran telarañas. Los Ivies y el Hombre de la Sangre eran perversos. Los mataría.

Octavo piso.

Podía percibirlos en el enlace con claridad; estaba mejorando con la práctica, y entró en modalidad de combate como quien se pone un guante viejo.

Green esperaba abajo, conteniendo el aliento, dándole tiempo para armar su emboscada. Marcus estaba agazapado junto a ella al final de la escalera, con el fusil listo en las manos.

Kira cerró los ojos y se concentró, tratando de sentir su presencia, de detectar su ubicación con la mayor precisión que pudiera.

ESTE ESTÁ SALVADO SIGUE
ADELANTE

DATE PRISA NO HAY MUCHO
TIEMPO

Detrás de sus datos había otra cosa, más

grande y poderosa, como la vaga silueta de una ballena nadando justo más allá de su percepción, en lo profundo del mar. *El Hombre de la Sangre*, pensó. Era el mismo tipo de datos que había percibido en los miembros del Consorcio, lo cual solo la confundió más.

¿Qué eres?, pensó.

El corredor estaba despejado; los Ivies estaban trabajando en diversas habitaciones, y Kira abrió la puerta sin hacer ruido. Mantuvo el fusil preparado contra su mejilla y su hombro, las miras alineadas para matar a quien apareciera primero. Caminó de costado hasta una esquina, tratando de cubrirse como fuera, y cuando el primer Ivie apareció en su zona de alcance, le disparó una ráfaga directamente al pecho y lo derribó en un abrir y cerrar de ojos. De su mano inerte cayó un frasco de sangre que se estrelló en el piso. En el enlace se disparó la alarma: **ATAQUE MORTAL PREPARARSE CAUTELA.**

Apareció otra cabeza y Marcus le disparó antes de que Kira alcanzara a apuntarle con su

fusil; la figura volvió a esconderse detrás de una puerta.

Green subió la escalera a toda velocidad hasta ellos y Kira sintió una oleada de reconocimiento en el enlace en cuanto los Ivies lo percibieron, y luego confusión cuando descubrieron que los atacantes eran humanos y Parciales.

La presencia más profunda se movió, una forma oscura en el fondo de la mente de Kira, y giró con el fusil, buscándola. *Aparece*, pensó, desafiándolo a presentarse. *Solo dame una oportunidad y voy a acabar con este horror de una vez por todas.*

—Deben entender que esto no es un ataque personal —dijo una voz, y Kira sintió que se le iba el alma al suelo, que el suelo se abría debajo y que todo su mundo se convertía en un pozo negro sin fondo—. Estamos tratando de salvar este mundo para que pueda ser parte del próximo. Considérenlo un honor, que su cuerpo y su sangre aporten las semillas de un nuevo Edén.

El hombre apareció al final del pasillo. El fusil de Kira descendió de su mejilla, se le soltó de las manos y cayó al suelo con estrépito; parecía incapaz de apartar la vista del Hombre de la Sangre, que caminaba hacia ella entre las luces fluorescentes.

—¿Kira? —dijo Marcus.

Green levantó el fusil para disparar, pero lo único que pudo hacer Kira fue levantar la mano y negar con la cabeza.

Ella sintió que le temblaban las piernas y se le encogía el estómago; sus brazos ansiaban extenderse y tocarlo a pesar de que su mente le gritaba que corriera, que lo detuviera, que lo matara, que gritara. Se sostuvo de la pared y se quedó mirando el rostro que la perseguía en sueños.

Entonces dijo la palabra que no había pronunciado desde los cinco años:

—¿Papi?

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Armin Dhurvasula se quedó mirando a Kira, y sus ojos oscuros brillaron mientras la observaba. Ella pudo sentir sus emociones en el enlace: asombro, incertidumbre y una determinación feroz, tan fuerte que la dejó boquiabierta. Su padre dio un paso adelante, como tratando de ver mejor, y en su rostro apareció una enorme sonrisa, casi infantil.

—¡Kira! —exclamó. Corrió hacia ella, limpiándose las manos con una toalla—. ¡Kira, estás viva!

Green levantó el fusil para disparar, pero Armin lo paralizó con una oleada de datos en el enlace, tan fuerte que hasta Kira sintió que se le aflojaban las rodillas. Marcus la tomó del brazo

para sostenerla, y cuando Armin se acercó, ella se aferró a su amigo.

—No me toques —le dijo a su padre, furiosa.

—Kira, no tienes idea de cuánto me alegra verte. Pensé que habías muerto en el Brote... obviamente eras inmune al RM, pero cuando por fin pude volver a casa, ya no estabas.

—Estuve sola... varias semanas.

—Fue una etapa caótica —respondió Armin—. Pero ahora estás aquí, y hay tanto que podemos hacer juntos...

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, con tono imperioso—. ¿Tú eres el Hombre de la Sangre? ¿Tú eres quien está dejando cuerpos desmembrados por todo el... por todas partes? ¿Cómo pudiste hacer todo eso?

—Estoy salvándolos. El mundo está llegando a su fin. Ustedes creían que se había terminado con el Brote, pero eso fue apenas el detonante; los últimos trece años han sido un largo y lento desangrarse, agonizar en una ilusión de vida, prepararse para este momento, esta verdadera

muerte. Los Parciales morirán en unos meses y los humanos, poco después. El invierno imposible de Jerry no hará sino acelerar lo inevitable. ¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

—¿O sea que, como nos estamos muriendo, tienes derecho a asesinar a todos? ¿Como si ahora fuéramos una especie de... patio de juegos antisocial? ¿Qué te pasa?

—No disfruto lo que estoy haciendo —respondió él—. No creas que no tengo corazón por aceptar lo inevitable; no soy más cruel que un oncólogo cuando le dice a un paciente con cáncer que le queda apenas un mes de vida. Ese médico no es un monstruo; simplemente está haciendo su trabajo. Aquí la diferencia es que yo puedo hacer algo que nadie pudo hacer jamás, ningún médico, ningún político, ningún religioso: puedo salvarlos.

—¿Matándolos?

—Recogiendo lo mejor de ellos: su fuerza, su voluntad, su creatividad. Todo eso, codificado en su ADN —levantó un frasco con sangre y

tejido, y la miró a los ojos—. Kira, ¿qué crees que va a pasar cuando el mundo se acabe?

—Ya sobrevivimos una vez. Podemos volver a hacerlo —respondió.

—No, no podemos. Teníamos un plan, ¿sabes? Todavía pienso que habría funcionado. Yo mismo diseñé esa biología, y era impecable. Pero todo se perdió. Fue la naturaleza humana la que lo hizo imposible, humanos y Parciales.

—Entonces yo tenía razón —dijo ella. Miró a Green y a Marcus, y de nuevo a su padre—. Resolví el acertijo. Descubrí el proceso que diseñaste: los secretos ocultos en el RM, el vencimiento y el ADN Parcial. Sabía que había un plan, y que era un plan de paz, porque te conocía —sus ojos se ensombrecieron, y contempló con horror el frasco que él tenía en la mano—. Al menos, eso creía.

—Ese sueño ya no existe.

—¿Cómo puedes decir eso? Estabas decidido a cuidar la vida que habías creado; luchaste por los derechos de los Parciales incluso antes de que la especie existiera. Sabías

que estaban destinados a ser de segunda clase, que ni siquiera los aceptarían como personas, y urdiste todo ese plan para asegurarte de que Parciales y humanos tendrían que mirarse como iguales si querían sobrevivir. Trataste de eliminar el racismo a nivel biológico, para siempre — señaló con un gesto el frasco con tejido, sus manos enguantadas con sangre medio seca, a los Ivies que estaban detrás de él, de pie, en silencio, frente a las puertas de los pacientes asesinados—. ¿Cómo fue que pasaste de aquello a esto? ¿Cómo pudiste convencerte de que esta era la única manera?

El rostro de Armin se puso más serio, y repitió la pregunta en tono sombrío.

—¿Sabes qué va a pasar cuando el mundo se termine? Lo llamamos fin del mundo, pero será solo nuestro fin. Todo seguirá: el planeta y la vida que vive en él. Los ríos continuarán fluyendo, el sol y la luna estarán ahí, las enredaderas crecerán y cubrirán los autos y el cemento. Vendrán lluvias ligeras. El mundo se olvidará de que alguna vez estuvimos aquí. El

pensamiento humano, el glorioso cenit de cinco mil millones de años de evolución, se apagará como una vela, para siempre. No porque sea tiempo, no porque el mundo nos haya superado, sino porque nosotros, como pueblo, fuimos unos tontos. Demasiado egoístas para vivir en paz, y demasiado orgullosos para poner fin a nuestras guerras mucho después de que dejaran de tener sentido. Sus preciosas almas humanas, sus hermanos Parciales, todos los que crees que pueden vivir juntos y en paz, en este momento están despedazando la isla; peleando, matando y muriendo, no porque tengan la cura ni una idea ni una solución para alguno de sus problemas, sino porque eso es lo que hacen. Lo único valioso que queda en la Tierra son sus vidas, pero eso no vale nada mientras el otro aún conserve la suya, pues se matan entre sí. Están inmersos en una carrera desesperada hacia la muerte final. El ganador será el último que quede en pie, y su premio será la soledad definitiva y más terrible que este mundo haya conocido.

Kira quería protestar, pero sus ojos volaron hacia el cuerpo del Ivie que ella misma acababa de matar, que yacía apenas a diez metros, en medio de un charco de sangre espesa que se extendía por el suelo. Pensó en las personas a quienes había matado para llegar hasta allí, en los cadáveres que había dejado atrás. Un edificio de departamentos derrumbado en la ciudad de Nueva York. El puente de Manhattan. Afa Demoux. Delarosa y su bomba atómica. Sus propias manos ensangrentadas, tan rojas como las de su padre, clavando una daga en el cráneo de un soldado Parcial muerto.

—Estas personas ya están muertas — continuó Armin—. Dejarlas vivir no es un acto de misericordia, pues solo morirán a manos de otro, y sin embargo, no puedo abandonarlas. He sido parte de su destrucción, no creas que lo olvidé, ni que me haya perdonado. Pero Jerry allanó el camino para un nuevo comienzo. Y cuando la nieve se derrita y el sol vuelva a brillar y el mundo se llene de hojas nuevas, voy a asegurarme de que quede alguien para verlo, de

que queden ojos para contemplarlo y mentes para comprenderlo y voces para continuar nuestra historia. Estás destrozándote por darle a un moribundo unos segundos más de vida. Yo voy a llevarme la sangre de ese hombre para crear un niño, un futuro y un legado que dure otros cinco mil millones de años. Para cubrir la Tierra, alcanzar las estrellas y llenar el universo de poesía, risas y arte. Para escribir nuevos libros y cantar nuevas canciones.

Kira se sentía incapaz de apartar la mirada del cadáver del Ivie y todo lo que representaba.

Demasiada sangre. Demasiada pérdida.

—Vas a crear una nueva especie.

—No habrá más humanos y Parciales, sino una sola especie... perfecta. Lo he hecho antes. He develado el secreto del genoma humano y lo he acomodado en perfecto orden, como las notas de una sinfonía. He perfeccionado la plantilla genética de la forma humana por medio de decenas de generaciones de tecnología Parcial, y tú lo sabes mejor que nadie: pues eres el resultado final —Kira levantó la vista y lo

miró a los ojos, y él sonrió—. Tú, mi hija, creada sobre el modelo de mi propio ADN, pulido y refinado en innumerables borradores hasta haber eliminado todo rastro de defecto o imperfección. Había esperado que sobrevivieran algunos Parciales de los últimos modelos, pues serían el punto de partida ideal para este nuevo mundo, la primera pincelada en nuestra nueva tela en blanco.

—OK —dijo Marcus, al tiempo que se adelantaba y se colocaba entre Armin y Kira—. Esta conversación me estaba asustando, pero esa última oración tomó un rumbo totalmente distinto.

—También quieres mi ADN —comprendió ella—. Mi sangre en un frasco para llevártela a tu laboratorio.

—Te quiero a ti —admitió—. Tu cuerpo y tu mente.

—No iré contigo.

—No tienes alternativa.

—Siempre hay una —replicó Kira—. Aprendí eso de alguien que me trató como una

hija mucho más que tú —se irguió lo más que pudo—. Si quieres mi sangre, tendrás que quitármela.

Armin suspiró, la energía abandonó su rostro como piel muerta, y no dejó más que una mirada apagada y desapasionada.

—Ya oíste lo que estoy planeando. Entiendes que no hay otra manera —dijo, suavemente. Sacó un tubito de metal de una funda que tenía en el cinturón, una especie de espátula redondeada y afilada en un extremo, del tamaño y forma precisos para pinchar un cuerpo humano y extraer toda la sangre y el tejido—. Ninguno de nosotros es más importante que esto. Ni siquiera mi propia hija.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

El doctor Cronus Vale usó el enlace para abrirse paso por la concurrida calle de White Plains, sin hacer caso de las miradas atónitas de los Parciales con quienes se cruzaba. Su edad de por sí lo señalaba como una anomalía, pues no había Parciales que aparentaran más de dieciocho años. Todos los modelos de médicos y oficiales habían sido parte de las primeras generaciones, que ya habían vencido hacía tiempo, y sus datos en el enlace lo señalaban como un dios, un ser poderoso a quien tenían que obedecer. No había guardias en la puerta de su hotel, como tampoco personal de limpieza. Los soldados se turnaban para limpiar —los hombres de infantería se alternaban con las

mujeres del cuerpo de pilotos—, lo que daba al edificio un aire austero y militar. En White Plains, todo daba esa sensación. Vale echaba de menos el paraíso campestre de la Reserva, pero ya no tenía manera de regresar allá. Supuso que podía utilizar un rotor, pero luego, ¿qué? ¿Volar allá en medio del frío creciente y la tormenta que empeoraba a cada momento? ¿Llevar consigo otro grupo de Parciales con la esperanza de que entendieran lo que intentaba hacer? ¿Confiar en que Morgan no volviera a buscarlo? Él quería ver la Reserva una vez más, a los amigos que había hecho allá, pero más que nada quería mantener ese lugar a salvo. Si la única manera de hacerlo era no regresar, eso haría.

Especialmente ahora que había una bomba nuclear suelta por ahí. Ahora había mucho más en juego, y los pocos Parciales que estaban enterados ardían en deseos de ir a pelear contra los humanos. Ya los aterraba pensar en el arma biológica; Vale había abandonado el laboratorio de la doctora Morgan, en parte solamente, para

mantener al ejército bajo control y detener cada nuevo plan de represalia. Si les decía que los humanos iban hacia allá con un artefacto nuclear, no sabía si podría frenarlos.

En el vestíbulo lo esperaba un soldado Parcial llamado Vinci; era él quien le había informado sobre la bomba. Había perseguido a Delarosa desde Long Island, pero tras perder a la astuta terrorista en Manhattan, había ido directamente a White Plains a reclutar más gente para la búsqueda.

—¿Alguna novedad? —Lo miró con ojos sombríos.

—Aquí no —respondió Vale, sacudiendo la cabeza—. Hablaremos en mi habitación —lo condujo en el ascensor hasta una *suite* en el último piso, que el doctor había convertido en un puesto de comando. Una vez que la puerta estuvo cerrada con llave, se volvió hacia el soldado con expresión solemne—. Hemos recorrido todo el Bronx con patrullas periódicas, y pusimos todos los vigías que pudimos en la costa, por si intenta cruzar por mar, pero todavía

no han hallado nada. Hizo muy bien en venir directamente a nosotros, pero tenemos que contemplar la posibilidad de que Delarosa haya cruzado al continente antes de que estableciéramos nuestras patrullas.

—Puse a los hombres que usted me dio en rutas regulares de la ciudad y alrededores —dijo Vinci, admitiendo la posibilidad de que Delarosa ya estuviera sobre ellos—. Solo que no sé si será suficiente.

—¿Qué más podemos hacer? Todos los que quedan en White Plains están asignados a energía, mantenimiento o producción de alimentos; podemos prescindir de ellos, pero ¿realmente queremos que corra la voz? Es un ataque nuclear, por todos los cielos... La última vez que alguien trató de atacar al ejército Parcial con armas nucleares, estos contraatacaron con el poder más avasallador de toda la Guerra Parcial. No quiero desatar el pánico ni una masacre.

—Lo único que necesitan saber es que están buscando a una humana que concuerde

con su descripción.

No es necesario decirles lo que viene a hacer.

—Van a descubrirlo tarde o temprano. No son imbéciles.

—Lo primero que supondrán será que tiene que ver con el arma biológica de East Meadow. Las patrullas que organicé esta mañana ya piensan que es eso lo que están buscando, aunque obviamente no lo confirmé ni lo negué.

—Lo felicito, su hábil ardid me ha dejado sin palabras —dijo Vale—. ¿Les dijo también que no hablaran con nadie? ¿Confía en que realmente cumplan esa orden? Basta con que un solo soldado se emborrache una noche en un bar y hable con sus amigos sobre la cacería paranoica a la que lo asignó el desertor que ahora regresó al mando de un miembro del Consorcio, para que las sospechas crezcan y los rumores se dispersen, y ¿quién sabe qué tendremos por la mañana? No hace aún tres meses, esta ciudad se despedazó a sí misma en un cambio involuntario de liderazgo, porque

Trimble estaba demasiado paralizada por la indecisión como para hacer frente a cualquiera de los problemas de su gente. Ahora Morgan está haciendo lo mismo, demasiado obsesionada con el vencimiento como para molestarse con algo más, y la ciudad se está inquietando. Una oleada de pánico así, a causa de una bomba atómica, un arma biológica o cualquier cosa por el estilo, y habremos ocasionado una revuelta.

—Es mejor que mueran algunos Parciales en una revuelta y no que una ciudad completa se desintegre en una nube en forma de hongo —replicó Vinci—. Si es necesario hacer un anuncio público y una búsqueda en toda la ciudad, pues eso haremos.

—Otra generación morirá en dos semanas, más o menos. Otras cincuenta mil personas dejarán de existir, no en un abrir y cerrar de ojos, sino en un proceso lento y debilitante. Cincuenta mil señales de muerte saturarán el aire de este lugar, hasta que apenas se pueda respirar sin deprimirse ni volverse loco.

¿Sabe lo que eso le provocará al ejército de

aquí? ¿Sabe a quién van a culpar?

—¿A usted? —preguntó Vinci.

—Deberían, pero no lo harán... —El doctor frunció el ceño— aunque todo el mundo supiera que el Consorcio tuvo que ver con su vencimiento, matarme no sería suficiente. Sus problemas siempre se originaron en la humanidad: la guerra, la pobreza, la opresión, la Última Flota. Incluso la fecha de vencimiento; Morgan y yo pulsamos las teclas, pero fue la especie humana entera la que lo pidió, lo planeó y pagó por ello. ¿Así que ahora los humanos tienen un arma biológica? ¿Tienen una bomba nuclear? Dígame que usted cree, siquiera por un minuto, que los Parciales no van a tomar represalias con fuerza letal, que no van a caer sobre esa isla con todo lo que tienen y más. Incluso con dos tercios de su especie muertos, los superan diez a uno. Ustedes tienen rotores, vehículos para todo terreno; hasta les quedan algunos tanques, al menos los suficientes para una brigada acorazada. Los humanos han sobrevivido todo este tiempo gracias a su

misericordia, y esa misericordia va a desaparecer si se corre la voz sobre la bomba. Yo quiero encontrar esa bomba tanto como usted, pero es necesario guardar el secreto.

Vale cerró los ojos, exhausto y frustrado. Hubo un graznido del radio:

—Equipo Flecha al general Vale. Código Blanco, repito, Código Blanco.

—Código Blanco —dijo Vale, y sus ojos se abrieron instantáneamente—. La encontraron.

—Y Flecha es uno de los míos —comentó Vinci, y una oleada lenta de temor se difundió por el enlace—. Significa que está en la ciudad.

—Maldición —el doctor se puso de pie y caminó hasta el radio—. Habla el general Vale. Esta línea no es segura, repito, esta línea no es segura. Iremos hacia ustedes. Declare su ubicación. Cambio.

—Entendido, línea insegura. Puesto de control siete. Cambio.

Vinci desplegó un mapa sobre la mesa y lo examinó rápidamente.

—Aquí —señaló el límite occidental de la

ciudad—. Es una antigua universidad.

—Apenas a un kilómetro y medio del centro —dijo Vale—. Si la detona allí, matará a todos los Parciales de White Plains.

—Entonces asegurémonos de que no lo haga —pulsó el botón del radio para hablar—: Puesto de control siete, los veremos en unos minutos. Cambio y fuera.

Vale tenía un *jeep* pequeño, totalmente eléctrico. Los Parciales mantenían en funcionamiento una central nuclear que les suministraba energía más que suficiente, tanta que Morgan la había aprovechado durante años, en el exilio, para hacer funcionar su laboratorio secreto. El viaje hasta la antigua universidad fue breve, y cuando llegaron encontraron el lugar repleto de soldados, muchos más que los que corresponderían a un solo equipo de reconocimiento.

Vale soltó una palabrota y bajó del *jeep*.

—Informe —dijo con firmeza, y el enlace transmitió todo el peso de su autoridad. La sargento que estaba a cargo empezó a hablar

casi antes de volverse hacia él.

—Sargento Audra, señor —hizo un saludo militar—. Descubrimos a la insurgente humana hace aproximadamente veinte minutos. Intentaba activar su carga cuando nos vio, y tuvimos que incapacitarla.

—¿La mataron?

—Está herida, pero viva —respondió Audra—. Nuestro paramédico venció el año pasado, pero hicimos lo que pudimos por estabilizarla.

Vale asintió; los paramédicos habían estado entre los primeros que se habían producido, porque requerían capacitación más avanzada y, por ende, habían sido de los primeros en morir. Miró directamente a los soldados congregados y sintió su energía nerviosa crujiendo en el enlace; estaban asustados.

—¿Por qué tanta gente?

—No se preocupe, señor, están autorizados. Todos pertenecemos a equipos que organizó el comandante Vinci —vaciló, y Vale percibió otra oleada de nervios y temor—. Cuando nos dimos cuenta de lo que era la carga, señor, nos pareció

ensato traer más seguridad.

Apretó los dientes con frustración. Técnicamente, los otros equipos de reconocimiento sí tenían autorización, pero habría preferido que los únicos en enterarse del asunto hubieran sido los miembros del equipo que la encontrara.

—Lléveme a verla.

La sargento condujo a Vale y a Vinci al edificio principal de la universidad, donde varios soldados con uniformes de técnicos se arremolinaban con tanto nerviosismo como los exploradores de afuera.

—Hace semanas que estamos usando este establecimiento —explicó Audra—, intentando que las señales satelitales vuelvan a funcionar. Por eso la encontramos; estaba más al norte, tratando de escabullirse por una zona residencial, pero se detectó su movimiento en un barrido de los satélites, y como le dije, la trajimos aquí para mayor seguridad. Creemos que probablemente subió por el río y logró evadir nuestras patrullas.

—Yo encabezaba un puesto de control de seguridad en Tarrytown —dijo Vinci—. ¿No había nadie allá?

—Entiendo que ese puesto quedó vacante desde que usted lo abandonó y se alió con los humanos —respondió la sargento, y luego agregó con formalidad un «señor».

La irritación de Vinci se encendió en el enlace, pero Vale llevó la conversación en otro rumbo sin darle tiempo a que su intensidad creciera:

—¿Cómo que la encontraron por satélite? Los enlaces satelitales no funcionan desde el Brote.

—Fue así hasta hace unas semanas —repuso la mujer, y Vale percibió su orgullo—. La general Trimble tenía varias señales que usaba para monitorear las guerras entre facciones, pero su sala de control sufrió... daños irreversibles en la guerra civil. Esta universidad tenía un departamento de computación nuevo, actualizado justo antes del Brote. Nuestros técnicos llevaban un tiempo trabajando en esto,

y la semana pasada por fin pudieron conectarse a las viejas señales de Trimble.

—¿Y no se les ocurrió que eso era algo que debían informar? —le preguntó Vinci.

—Se lo informamos a Morgan tres veces. Nunca nos respondió. Pero fue una suerte contar con los satélites, porque fue fácil detectar a Delarosa y su gente en nuestro territorio. Aquí está.

Los hizo pasar a una habitación fuertemente custodiada.

Marisol Delarosa, a quien Vale reconoció por los archivos que había encontrado sobre ella, estaba tendida a un lado, sangrando profusamente del hombro; dos soldados se inclinaban sobre ella, tratando de limpiarle la herida y vendarla. En el centro de la habitación había un pequeño remolque de plástico para bicicleta, de los que la gente usaba antes del Brote para trasladar a sus hijos. Tenía apenas medio metro de ancho, estaba pintado de un blanco apagado y transportaba un cilindro metálico grueso que había sido pintado del

mismo color. Por algunas raspaduras en el costado, Vale se dio cuenta de que alguna vez había sido verde, para disimularlo mejor en el bosque, y supuso que ella lo había vuelto a pintar a toda prisa cuando comenzaron las insólitas neviscas de Ryssdal. Era más pequeño de lo que había imaginado, y aunque le maravillaba que ella hubiera llegado tan lejos, no podía negar que semejante disfraz los habría hecho increíblemente difíciles de detectar. Con todos los problemas que estaba causando la resistencia humana, una mujer sola con un equipaje tan pequeño podía esconderse fuera de las ciudades casi por tiempo indefinido.

Hasta que llegó aquí, pensó Vale, y trató de matar al ochenta por ciento de las personas que hay en el planeta.

Sintió que empezaba a sudar. *Cuando la encontraron, estaba tratando de activarla. Un minuto más y estaríamos todos muertos.*

—¿Es realmente lo que creemos que es? ¿Una ojiva nuclear? —preguntó Audra.

Él podía esconder sus sentimientos para que

no aparecieran en el enlace y mentir, si así lo deseaba, pero los datos de Vinci lo delatarían. *De todos modos, ya lo saben. La han examinado, identificado, y han neutralizado la amenaza. Hicieron su trabajo, y ahora no puedo mentirles.*

—Así es.

—Malditos humanos. Nunca tienen suficiente, ¿verdad? Primero el arma biológica, y ahora esto —señaló a Delarosa con un gesto violento—. Si esta bruja llegó hasta aquí sin que la viéramos, ¿cómo sabemos que no hay otros? ¿Qué vamos a hacer?

Uno de los paramédicos recién nombrados respondió desde el costado de la habitación. Su placa de identificación decía que se llamaba Ether.

—Te diré lo que haremos. Vamos a llevar esa bomba de regreso y a convertir East Meadow en un estacionamiento.

La medida del doctor Vale se esfumó. Delarosa, atada, vendada y amordazada por un tubo de oxígeno intentó atacar a Ether, pero el

otro paramédico la contuvo.

—Nadie va a hacer explotar nada —dijo Vinci, y la furia de Audra ardió en el enlace.

—No necesitamos que venga un amante de los humanos a decirnos qué hacer —replicó, en tono cortante—. ¿Está poniéndose de su lado, después de todo lo que nos hicieron?

—Estoy poniéndome de cualquier lado que no piense cometer un genocidio —repuso—. Todo lo malo que ha sucedido desde que regresamos de China ha sido porque una de las especies trató de dominar a la otra. No volveremos a cometer el mismo error.

—Esto nos dará un poco de tranquilidad —dijo Audra—. Le dará tiempo a la doctora Morgan para terminar su trabajo y, tal vez, salvarnos a algunos del vencimiento.

—¿Y si la cura fuera la convivencia? —intervino Vale. Miró a todos los que estaban en la habitación, sosteniendo la mirada de cada Parcial antes de pasar al siguiente: la sargento, los paramédicos, los guardias—. ¿Y si les dijera que podemos curar la fecha de vencimiento

ahora mismo, tan solo al respirar el mismo aire que esa humana que está en el rincón? — Delarosa lo miró con incredulidad, y el enlace le reveló que los Parciales estaban igualmente escépticos.

—Eso es imposible —dijo Vinci.

—Concédanme el beneficio de la duda — replicó él, aunque su voz reflejaba más bien disgusto. Miró fijamente a Vinci, tratando de convencerlo, y su sinceridad era palpable en el enlace—. Supongan, por un momento, que ella y todos los humanos portadores del virus del RM son la cura del vencimiento. Que producen un agente químico en su aliento, tal como lo hacen ustedes para ellos.

—Tendríamos que... —respondió Ether, vacilante—, buscar la manera de sintetizarlo y... fabricar una píldora o algo.

Tal como lo hicieron los humanos, pensó Vale. Exactamente lo que hice yo. Sacudió la cabeza.

—No se puede sintetizar. Es una reacción biológica que consta de dos partes: ustedes

exhalan una partícula que deja el RM inerte en los humanos, y luego el cuerpo de ellos la altera y vuelve a exhalarla, lo cual los cura del vencimiento. Es necesario que ambas especies estén en estrecha proximidad, y que haya cuerpos vivos donde puedan producirse las reacciones.

—Primero nos matarían —dijo Audra.

—No todos —repuso Vinci.

—Basta uno solo —replicó ella—. Esta trajo de contrabando una bomba atómica justo delante de nuestras narices, una sola mujer, y apenas la detuvimos por pocos segundos. ¿Cómo se equilibra eso con la existencia de uno, dos o hasta mil humanos amigables?

—Quizá podríamos cosecharla —sugirió Ether—. Podríamos tenerlos en un ambiente controlado: un campo de prisioneros o una isla más pequeña, para vigilarlos mejor, y todas las mañanas enviar gente a recolectar las partículas curativas. Luego, podríamos distribuir las en el ejército como una vacuna.

Delarosa estaba visiblemente furiosa.

Ahora están recreando mis propios planes fallidos, pensó Vale.

—Supongamos que eso no da resultado —dijo—. Supongamos que hacen falta —invirtió los números de la Reserva— diez humanos por cada dos mil Parciales. Un humano por cada doscientos. Si implementamos eso ahora, hoy mismo, necesitaríamos... ¿cuántos, mil? ¿Mil quinientos? ¿Cómo se mantiene a tantos humanos?

—Podrían mantenerse solos. Sería como... un campamento de trabajo —respondió Audra.

—¿Y los Parciales que vivirían con ellos? Como les dije, para producir la partícula tienen que estar en estrecha proximidad con los Parciales. ¿Esos Parciales también vivirían en el campamento?

—De todos modos, necesitarían guardias. Podríamos turnarnos —propuso Audra.

—¿Y los otros treinta mil humanos? —preguntó Vale, cada vez más disgustado con toda aquella conversación—. ¿Qué hacemos con los que no necesitamos? ¿También los

ponemos en campamentos de trabajo o directamente los matamos?

—Mil quinientos ya son muchos para una población sostenible de prisioneros —opinó Ether—. Si no queremos que nos ataquen, o que se escapen y todo pierda sentido, tenemos que limitar la población cuanto podamos...

—¡Escúchense! —gritó Vale. Sintió que el corazón le latía acelerado, y la presión sanguínea le subía a pesar de todas las modificaciones genéticas para mantenerla a raya—. ¡No son animales! ¡Ellos los crearon!

—Y trataron de destruirnos —le recordó Audra—. Esta idea del campo de prisioneros no es tan diferente de lo que hemos venido haciendo en Long Island. Pero fue un error mantenerlos con vida. ¿Sabe qué más vimos por el satélite? Están congregándose en el sur: un gigantesco ejército humano, armado hasta los dientes, preparándose para el embate final.

—¿Congregándose en el sur? ¿Lo más lejos posible de nosotros? —preguntó Vale.

—Están alejándose del radio de la explosión

—explicó Audra—. ¿Qué más podría ser? Se retiran a la Costa Sur, la envían a ella a detonar la bomba, después dan la vuelta por Manhattan y suben por el río para acabar con los sobrevivientes.

—Eso es un plan militar —objetó Vale—. ¡No son un ejército! Eso es lo que harían ustedes, pero no... —Incluso mientras lo decía, se dio cuenta de que estaba atrapado en un círculo vicioso de lógica defectuosa generado por una suspicacia racista, del que no podría salir jamás mediante la conversación—. Solo... salgan, todos ustedes.

—Pero... —protestó Vinci, pero Vale envió una oleada de autoridad por el enlace y los Parciales empezaron a salir en fila india, obedientes, por la puerta.

—Voy a hablar con la prisionera. Mantengan la puerta cerrada y reanuden sus patrullas, todos ustedes.

No deben hablar de esto con nadie.

La puerta se cerró, Vale le echó llave, y luego se dirigió con fatiga al rincón donde

Delarosa estaba tendida, indefensa y con el rostro enrojecido. Acercó una silla hacia ella y se sentó pesadamente, sin hacer intento alguno de ceremonia ni formalidad.

Estoy demasiado cansado, pensó, y luego lo repitió en voz alta.

La mujer se quedó quieta, observándolo con ojos oscuros y serios.

—Seguramente está furiosa, ¿no es así? Atrapada por la misma gente a la que quería matar. Y supongo que eso me incluye a mí. No soy Parcial, pero soy tan culpable como cualquiera de ellos por lo que ha pasado en este planeta olvidado por Dios. No, más culpable —vio la sorpresa en sus ojos, y asintió—. Soy miembro del Consorcio, aunque supongo que usted no sabe lo que es eso.

Ella reflexionó un momento y luego negó con la cabeza. Vale soltó un largo suspiro.

—No muchos humanos lo saben —miró la bomba, salpicada de lodo y raspada por cien mil rocas, raíces y quién sabe qué otras cosas en el camino para llegar hasta ahí. Era un simple

cilindro de metal, golpeado, sucio y absolutamente aterrador—. El dedo de Dios —dijo en voz baja. Se inclinó para sujetar el carrito y acercarlo. Desenroscó el extremo y halló las piezas electrónicas con una serie de interruptores improvisados de plástico amarillento, probablemente rescatados de alguna casa abandonada—. Usted es vieja —dijo como al pasar, y luego la miró rápidamente—. Vieja no, claro; nunca sería tan descortés con una dama como usted. Pero tiene edad suficiente para recordar el viejo mundo. Las cosas que dejó atrás.

¿Se acuerda de cómo, en todas las películas y los holovids, siempre las bombas nucleares tenían unos enormes temporizadores rojos? Parecía como si alguien les hubiera colocado un reloj despertador digital, aunque supongo que eso es tecnología todavía más avanzada que estas cosas —señaló los interruptores, con los cables al aire, pero no se atrevió a tocarlos—. El villano activa la bomba, o lo hace el héroe accidentalmente, y luego todos miran la cuenta

regresiva: cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, cincuenta y siete. Tic, tac, tic, tac. Pero usted no hizo nada de eso —volvió a mirarla—. No hay temporizador, no hay un período en el que se puede correr y correr para ponerse a salvo. Simplemente iba a accionar estos interruptores y a volar junto con nosotros —volvió a enroscar la tapa, y luego miró a la mujer, que yacía en el suelo, desangrándose. Se inclinó hacia adelante y le quitó la máscara de oxígeno—. Supongo que no es un interrogatorio muy bueno si usted no puede hablar.

Delarosa lo observó, sin decir nada. Él tampoco dijo nada. Al cabo de un rato, ella habló, y Vale oyó el dolor que permeaba su voz.

—Aun así no es un interrogatorio muy bueno.

—Para las cosas que quiero saber, usted no tiene respuestas.

—¿Por ejemplo? —Acomodó el hombro ligeramente, con una mueca.

—Por ejemplo, ¿por qué en este mundo todos se odian? ¿Por qué no consigo que cuatro

personas accedan a una resolución pacífica, aun cuando los llevo de la mano el noventa y cinco por ciento del camino?

—Yo no lo odio —dijo Delarosa—. Ni a usted ni a ellos. No personalmente.

—Pero aun así quiere hacernos volar a todos.

—Esto va a terminar en una guerra. Todo el mundo está muriendo, no quedan esperanzas y los nervios están demasiado alterados. Fíjese en lo que ha pasado y dígame qué parte habríamos podido evitar.

—Podría no haber traído una bomba atómica en medio de un ejército. ¿Piensa que su isla fue invadida?

Esperé hasta que se corra la voz de esto.

—Usted los oyó hace un momento. Esta ojiva es una excusa. Usted mismo lo dijo: son un ejército, creado para la batalla; los humanos están igual de desesperados. La guerra es inevitable.

—O sea que quería ponerle fin antes de que empezara.

—Me parece la única opción moral.

—Moral —repitió Vale—. Interesante adjetivo para aplicarlo al genocidio.

—Si destruimos White Plains, la población Parcial queda reducida a los que estén en Long Island —explicó Delarosa—. Volveremos a quedar a mano, más o menos. Los líderes Parciales habrán muerto, y los que queden dejarán de esperar órdenes que nunca van a llegar. Quizá hagan un acuerdo con los humanos, no lo sé; pero aunque ataquen, los humanos podrán responder. Tendrán el valor de defenderse, una oportunidad.

Vale asintió, pensativo, con la mirada fija en el cilindro de metal.

—La situación de la que hablé antes no era solo una hipótesis —dijo suavemente—. Es real. Kira Walker descubrió los mecanismos biológicos, y desde entonces he tenido la oportunidad de estudiarlos a fondo, de analizar la parte científica, y es real. Todos podrían salvarse.

—¿Cree que alguien va a aceptar eso?

—Eso creí —dijo, cerrando los ojos—. Hace mucho. Pero luego llegó el Brote y... No, no lo creo. Le dije a Kira que si la doctora Morgan se enteraba del mecanismo para curar el vencimiento, iba a esclavizar a toda la población humana. Cuatro soldados tardaron menos de tres minutos en proponer dos versiones diferentes de esa hipótesis —dio un golpecito en la bomba y escuchó su sonido metálico—. Una vez tuve que elegir, ¿sabe? Humanos o Parciales. Elegí salvar a un grupo de humanos, y para hacerlo esclavicé a diez Parciales. Era la única manera —suspiró—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Delarosa frunció el ceño.

—¿Qué está diciendo?

Vale le quitó la tapa a la ojiva y miró los interruptores improvisados.

—Que todavía creo que el final de todo esto es una elección entre especies.

—¿Habla en serio?

Él accionó un interruptor.

—Hay una combinación, supongo.

Ella respiró hondo y respondió con voz casi reverente.

—Sí —vaciló—. De acuerdo. Encendido, apagado, encendido, apagado. De derecha a izquierda.

—¿Esa es la clave secreta? —Arqueó una ceja.

—Para que no se detonara por accidente —explicó—. Más allá de eso, cuanto más simple, mejor. Supuse que si la hacía demasiado fácil, incluso si me atrapaban, alguien podía detonarla sin querer.

Él miró los interruptores y accionó los primeros tres, uno por vez.

—Encendido, apagado, encendido —levantó la vista—. ¿Alguna última palabra?

—Me duele el hombro —dijo Delarosa, con voz de acero—. Adelante, termínelo.

Vale cerró los ojos y dijo, no a ella, sino al mundo entero:

—Perdón.

Apagado.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

El hospital tembló y Kira trastabilló.

—¿Qué fue eso?

El ruido continuó, un rumor lejano, en lo profundo de los huesos de la Tierra.

Green levantó su fusil y le apuntó a Armin; uno de los Ivies vio el movimiento, o tal vez lo previó, y le apuntó a Green con el suyo. El hombre salió de un salto por una puerta lateral y se perdió de vista.

Todo pasó tan rápido que Kira apenas lo registró.

—Santo... —balbuceó Marcus, y eso fue todo lo que oyó Kira antes de que Green disparara una ráfaga larga y ensordecedora hacia el pasillo, que hizo que los Ivies se

dispersaran, y él y Kira pudieran retroceder a la escalera.

Los Ivies se pusieron a resguardo y respondieron el fuego, pero los tres compañeros ya estaban bajando a toda velocidad el primer tramo de la escalera y se arrojaron al suelo. Las balas dieron en la puerta, por encima de ellos, atravesaron la madera ocasionando una furiosa granizada de astillas y despedazaron el yeso a ambos lados, solo para rebotar en los escalones de cemento. En la primera pausa, Green respondió el fuego e instó a los otros dos a que siguieran bajando. El rumor que habían percibido no solo no había desaparecido, sino que crecía en intensidad.

—No podemos irnos —gritó Kira—. ¡Es mi padre!

—Tu padre quiere matarte —dijo Green.

—Tengo que hablar con él —insistió, tratando de volver a subir—. Debo detenerlo.

Green la obligó a bajar, gritando para que lo escuchara.

—Perdimos la ventaja que teníamos allá

arriba; ellos son más, están más alto y tienen cómo cubrirse.

Si asomas la cabeza por encima de esos escalones, te la van a volar.

—Pero tienen un rotor en el techo —gruñó, tratando de zafarse de él—. ¡No están tratando de ocupar el piso, sino de escapar!

Otra tormenta de balas surcó el aire, y los tres se agazaparon y se cubrieron la cabeza. Marcus se acercó a Kira y le gritó al oído, apenas haciéndose oír en medio de la balacera:

—¡Hay una escalera en el otro extremo del pasillo!

Ella asintió, y se arrastraron fuera de la línea de fuego.

—Cada piso tiene la forma de una T alargada —explicó Kira a Green—. Nosotros estamos en una rama de la T, pero hay otra escalera al final de la otra rama; por ahí podemos subir por detrás de ellos.

—¿Crees que estarán vigilándola?

—Creo que van a tomar su sangre y huir —respondió Kira—. Y pienso detenerlos antes de

que lo hagan.

Llegaron al séptimo piso e irrumpieron en el corredor a toda velocidad. Green se arrojó al suelo y les sostuvo la puerta abierta al tiempo que levantaba el fusil como un francotirador, pero en lugar de mirar atrás, miraba hacia adelante, hacia el otro extremo del corredor. Kira no se detuvo a cuestionarlo; si los Ivies lo detectaban por el enlace en esa escalera, quizá no se les ocurriría buscar a nadie en la otra. Ella sacó su pistola mientras corría, se maldijo porque se le cayó el fusil y rogó poder llegar a la escalera y acercarse a los Ivies por detrás antes de que Armin lograra escapar. Marcus iba resoplando, esforzándose por seguirle el paso. Kira aceleró, lista para abrir la puerta y subir la escalera a toda velocidad, cuando de pronto esta se abrió sola y un Ivie se asomó al pasillo, con el fusil de asalto levantado y listo. Kira se asustó, y estaba por arrojarse a un lado cuando un fuerte chasquido cortó el aire y el Ivie cayó, con un orificio rojo entre los ojos.

—¡Adelante! —gritó Green; Kira ni siquiera

aminoró el paso y le agradeció en silencio mientras subía la escalera a toda velocidad. Oyó botas más arriba, y luego el rugido de un terrible vendaval; Armin y sus soldados ya estaban escapando por el techo.

—No sabemos dónde están todos —dijo Marcus, al tiempo que la tomaba del brazo para detenerla—. Si todavía quedan algunos en el octavo piso y seguimos subiendo, nos van a rodear.

—Tienes razón —dijo ella, se concentró en el enlace y señaló—. Un grupo grande en el techo, y otro más pequeño aquí abajo.

—Qué cosa más rara —comentó Marcus—. ¿Puedes... sentirlos?

La expresión de su rostro no era de asombro ni de horror, pero a Kira le rompió el corazón de todos modos: por primera vez en su vida, él la miraba como a una extraña, alguien a quien apenas podía entender. Trató de no hacer caso de su repentino vértigo emocional y le susurró su estrategia:

—No percibo muchos detalles. No como

ellos. No sé cuántos hay ni puedo señalar dónde está cada uno. Creo que todavía quedan uno o dos en este piso, y algunos más en el techo — afuera el viento rugía con ferocidad, como si hubiera aparecido una tormenta de la nada, se hubiera llevado los datos del enlace y la hubiera dejado ciega—. Tú quédate aquí y vigila esa puerta como si tu vida dependiera de ello, porque así es. Dispárale apenas se mueva; no te preocupes por la puntería, solo dispara.

—No vas a subir allá sola.

—No dejaré que escape —replicó. Amartilló la pistola y subió corriendo el siguiente tramo de escalera, preparándose para... no sabía para qué.

Cuatro o cinco Ivies con fusiles de asalto, pensó, y apretó los dientes al recordar las palabras de Green. Ellos son más y están más alto, y quién sabe qué armamento tienen en ese rotor. Yo tengo una estúpida pistola y... Pero ¿qué voy a hacer? ¿Matar a los soldados? ¿Matar a mi padre? Recordó la diatriba ferviente de este acerca de un mundo

desgarrado por la violencia; el Ivie al que ella había disparado seguía desangrándose en el piso del hospital.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

Llegó a la puerta de acceso al techo y apoyó las manos en esta con reticencia; la empujó apenas para poder espiar hacia afuera, pero algo la mantenía cerrada. Empujó con más fuerza y cedió, pero volvió a cerrarse de un golpe. *El viento*, pensó. *¿Qué está pasando ahí afuera? ¿Y qué fue ese rumor que sentimos?*

Marcus gritó debajo de ella y abrió fuego; Kira rogó que no le ocurriera nada y empujó la puerta con todas sus fuerzas. Esta se abrió con estrépito y ella salió al exterior, donde la azotó un ventarrón furioso que cerró la puerta con violencia. Por entre su cabello alborotado vio elevarse el rotor, un *jet* gris con una barriga como la de un autobús de carga y dos hélices enormes en lugar de alas. Su padre estaba de pie en la puerta abierta y la observaba en silencio; luego los rotores se inclinaron y la presión la aplastó contra la puerta. Apenas cesó

la fuerza, corrió contra el viento implacable, gritándole que se detuviera, que regresara. El rotor voló hacia el sur, y ella lo vio alejarse hasta que se convirtió en un punto en el cielo gris plomizo. El viento empezó a calarle hasta los huesos, y se estremeció mientras observaba a su padre desaparecer.

—¿Estás bien? —le preguntó Marcus. Ni siquiera lo había oído llegar. Asintió. La voz de él reflejaba una mezcla de admiración y terror —. ¿Qué pasó?

—No llegué a tiempo —respondió, con voz apagada—. Ya estaban en el rotor cuando...

—No me refería a eso —la tomó por el hombro—, sino a aquello.

La hizo girar de cara al norte, hacia el continente. Kira ahogó una exclamación. Más allá de los campos y los bosques, de las colinas bajas del sector norte de la isla, el cielo estaba rojo y turbulento, y ardía como una llama baja. Una inmensa nube en forma de hongo, de varios kilómetros de ancho, dominaba el horizonte, elevándose en la atmósfera por encima de todo.

Green llegó al techo; sus datos en el enlace estaban tan negros de desesperación que hasta Kira pudo sentirlo. Sintió náuseas.

Él habló con voz apagada y fantasmal.

—White Plains ya no existe.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Mohammad Khan murió a las 8:34 de la noche en una pequeña casa en la Costa Norte. La enfermedad lo había llevado al borde de la muerte, pero las condiciones meteorológicas invernales simplemente fueron demasiado para un bebé de semanas. Isolde estaba en el sótano, con el niño en brazos y llorando, completamente desconsolada. Ariel estaba de pie junto a las ventanas traseras, ubicadas sobre un risco rocoso y empinado que daba al oeste, hacia el continente. Hacia la nube en forma de hongo.

Los Parciales ya no estaban.

Eran sus enemigos, pero también eran su pueblo. El único enlace real, biológico, que tenía en el mundo, más allá de todas las mentiras y los

engaños, y nunca los había conocido siquiera. Aún quedaban algunos en la isla, claro, aunque suponía que el grupo que había matado a la senadora Kessler ya no estaba. *Muertos por la misma peste que había matado a Khan*, pensó, pero ese pensamiento no le produjo alegría ni una sensación de triunfo vengativo por la paridad de sus muertes. *No era necesario que muriera nadie en ese edificio, y sin embargo murieron seis personas, y otras tres resultaron heridas, y ahora Khan ha muerto y White Plains ya no está y... todo desapareció.* Xochi tenía una herida de bala en la cadera y otra en la mano; Hobb tenía dos en la espalda, que según Nandita le habían perforado el pulmón y el hígado. Con todo y lo mal que estaba Hobb, Ariel se preguntó si no sería Isolde la próxima en morir. Físicamente estaba ilesa, pero tenía el alma destruida.

A Nandita la habían herido en el hombro, la más leve de las heridas, pero sus modificaciones genéticas habían acelerado tanto la curación que el orificio ya empezaba a cerrarse.

Ariel jugueteaba con la pistola que tenía en la mano, poniendo el seguro y quitándolo. Lo ponía y lo quitaba.

Aunque pudiéramos viajar, no tenemos a dónde ir. Ese niño era todo el propósito de nuestro viaje: protegerlo, llevarlo a un lugar seguro, curar su enfermedad. Nos dio un rumbo y una esperanza. Una razón para mantenernos juntos. Ahora que él ya no está, ¿qué hacemos?

Con seguro, sin seguro. Con seguro, sin seguro.

Ariel sabía exactamente qué hacer; lo había planeado desde el día en que nació Khan. *Ayudar a Nandita a salvarlo, y después...*

Dio media vuelta y se dirigió a la planta baja.

Abajo hacía menos frío; las ventanas estaban tapadas con ropa vieja y almohadones, y había una mesita de noche despedazada ardiendo lentamente en el piso desnudo del fregadero. La casa quedaba a menos de un kilómetro del club campestre, pero aun así era más de lo que Xochi o Hobb habrían podido

recorrer por sus propios medios. Ariel los había arrastrado hasta allí en un trineo improvisado mientras los Parciales, aterrados por el arma biológica, huían con la misma rapidez en la otra dirección. Que Ariel supiera, podían haber llegado a Riverhead antes de morir y contagiado la enfermedad a todos los demás.

Miró a Hobb, vendado como una momia andrajosa y sedado en el suelo; todavía ignoraba que su hijo había muerto. Se había jugado la vida por salvar al niño, algo que Ariel no había esperado. Pasó junto a él con cuidado, junto a Xochi, junto a la figura llorosa de Isolde, hasta la última habitación del pasillo angosto. Nandita estaba sentada en la penumbra.

—La nube ya no está. No hay indicios de que nadie nos persiga —dijo Ariel.

—Seguramente estarán ocupados en otras cosas. Dadas las circunstancias.

Ariel se sentó frente a ella. Nandita tenía que haber visto la pistola en su mano, al menos la silueta, pero no dijo nada.

Con seguro. Sin seguro.

—¿Crees que Hobb pase la noche?

—No lo sé —respondió Nandita.

—No puedo evitar pensar que será más fácil para él si muere. Se sacrificó para salvar a su hijo, y ahora tiene que despertar y enterarse de que su sacrificio no sirvió de nada.

—Su hijo no sobrevivió, pero eso no significa que su sacrificio no haya servido de nada.

El fuego crepitaba detrás de ellas.

Con seguro. Sin seguro.

Ariel quería matarla en ese momento, levantar la mano y disparar, pero no lo hizo. Quería gritarle con toda su furia y hacer que esa mujer pagara por todo lo que le había hecho pasar, por la participación que había tenido en la calamidad que había acabado con el mundo. Pero tampoco lo hizo. Se quedó observando las luces anaranjadas del fuego que bailaban débilmente en la pared, más allá de las sombras oscuras de la habitación.

—Vi lo que hiciste con el disparador químico —le dijo por fin—. La noche que lo volcaste en el fuego, después de que Erin Kessler dijo que

quería usarlo.

—No quería que intentara cometer una estupidez —respondió Nandita.

—Parece que no hicimos lo suficiente para impedirselo.

—Eso parece.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Crear a los Parciales? ¿Acabar con el mundo? ¿Destruirte la niñez? Tengo una larga lista de delitos, hija. Temo que vas a tener que ser más específica.

—¿Por qué dejaste que nos dispararan? —preguntó Ariel. Sujetó con más fuerza la pistola, aunque todavía no apuntaba más que al suelo—. Puedes controlar a los soldados Parciales con un pensamiento... habrías podido parar esa balacera antes de que se disparara un solo tiro. Pero no lo hiciste.

—Yo... —vaciló, una forma inmóvil en la oscuridad—. Supongo que decidí que, si no podía detener a Erin, tampoco debería poder parar a los Parciales.

—¿No quisiste controlarlos?

—No.

—¿Preferiste dejar que nos mataran a todos? —indagó. Notó que empezaba a levantar la voz.

—No era un buen momento para una revelación moral —respondió Nandita—. No hace falta que me lo digas. Pero estas cosas suceden; iba a hacerlo, pero no lo hice. El momento se dio, y luego pasó.

—¿O sea que piensas que tomaste la decisión correcta? ¿Que valió la pena dejar que mataran a tu gente en aras de tu revelación moral?

—No nos mataron.

—No tenías manera de saber que sería así.

—Yo creo —dijo Nandita— que justamente de eso se trata.

Con seguro. Sin seguro.

—Bajé aquí para matarte.

—Lo sé.

—Siempre pensé hacerlo. Solo por eso vine. Eras la única que podía salvar a Khan; por eso iba a esperar hasta que lo hicieras, y luego

¡bam! —Hizo un gesto con la pistola—. Basta de mentiras, de artilugios, de control. Supuse que el mundo estaría mejor sin ti.

—Difícilmente puedo disentir.

—Y ahora aquí estoy, y lo único que quiero hacer es matarte, y... —hizo una pausa, esperando que Nandita hablara, pero no dijo nada—. No eres la persona que creí que eras.

—Puedo decir lo mismo de ti —repuso Nandita.

—¿Quién creías que era?

—Creía que eras una criatura —respondió Nandita. Sacudió la cabeza—. Estaba equivocada.

Ariel se puso de pie, apuntó con la pistola a la cabeza de Nandita...

... y allí se quedó.

—Khan merecía vivir —le dijo—. Quizá Hobb también lo merezca. O tal vez él, y tú, y todos aquellos Parciales en esa explosión, todos merecían morir. No lo sé. Ahora aquí estamos, y soy yo quien tiene el control, el poder, la capacidad de dejarte vivir o morir con solo un

pensamiento. Si voy a recibir alguna revelación moral incómoda, ahora sería el momento.

Bajó la pistola y se apartó.

—Voy a buscar agua.

CAPÍTULO CUARENTA

Shon estaba furioso; mantuvo los ojos en el mapa hasta que su campo visual se puso rojo, y luego dio un puñetazo en la mesa. Esta se partió por la fuerza del golpe, y él cayó al piso del gimnasio de escuela secundaria que había elegido como campamento base.

Aún había cientos de rebeldes humanos en los bosques, escondidos, que disparaban furtivamente y huían; mataban a sus soldados, atacaban sus provisiones y los llevaban más y más hacia el este: siempre al norte y al este. Lejos del continente y de East Meadow, y ahora White Plains había desaparecido y East Meadow estaba vaciándose. En retrospectiva, era obvio: los actos de los humanos eran un

enorme engaño precisamente porque a ellos no les iba bien. Victoria tras victoria, prisionero tras prisionero, habían barrido la isla, atrapando guerrilleros, y les habían seguido el juego como tontos. El ardid había dado resultado, y los civiles humanos estaban escapando.

Lo enfurecía la frialdad de todo aquello. La guerra era la guerra, pero él había tratado de conducirse honorablemente. Había cesado las ejecuciones de Morgan apenas sus órdenes dejaron de llegar. Había congregado a los humanos pero sin hacerles daño; había tratado de sofocar sus levantamientos en forma pacífica siempre que le había sido posible y había trabajado para llevar agua y comida a East Meadow.

Ellos le habían pagado con un arma biológica cruel, una campaña de terrorismo y, ahora, una explosión nuclear que sin duda había borrado del planeta a casi toda la especie Parcial. Sus amigos, sus líderes... antes se había sentido abandonado, al pasar semanas enteras sin recibir órdenes nuevas, pero ahora estaba

completamente aislado. Nunca más recibiría órdenes ni mensajes por radio; tampoco se reuniría con el resto de su ejército, porque ya no existía. Tenía veinte mil Parciales bajo su mando, y nunca habría refuerzos porque eran los últimos Parciales vivos en el mundo.

En diez días más vencería la siguiente generación, y quedarían diecisiete mil. Un mes más tarde, perderían a otros seis mil.

Basta de honorabilidad.

Un mensajero se le acercó pero guardó su distancia, probablemente por la mesa hecha pedazos y los datos furiosos del enlace, que seguían ardiendo en el aire en torno de su cabeza. Respiró hondo para serenarse antes de hablar.

—Informe.

—Uno de los prisioneros está hablando. Aparentemente, los rebeldes han estado corriendo la voz de la bomba, diciendo a la gente que huyera al sur antes de que explotara.

—¿Y nunca descubrimos eso?

—Usted había dado órdenes explícitas de no

torturar a nadie —respondió el mensajero—. Ahora que estamos haciéndolo, ellos... Estamos enterándonos de muchas cosas.

—¿Quién estaba detrás de eso?

—Un grupo de resistencia llamado los Rinocerontes Blancos. Empezaron a operar poco después de que comenzó la ocupación de East Meadow.

—Sé quiénes son —dijo Shon—. Ha sido sumamente difícil atraparlos. ¿Tenemos a alguno en custodia?

—Uno solo, señor.

—Vamos a verlo.

Dejó que sus ayudantes recogieran la mesa rota y se detuvo apenas para tomar su pistola, que estaba colgada junto a la puerta. Los prisioneros estaban en un par de baños en el subsuelo, encadenados a las cañerías de los lavabos enmohecidos y los retretes húmedos y rotos. Shon saludó con un movimiento de cabeza a los soldados que estaban parados en posición de guardia en el pasillo, y se maravilló por la ira feroz, casi desesperada, que parecía impregnar

todo el campamento. Apenas tuvieran un blanco para su venganza, caerían como un rayo.

Abrieron la puerta, y el general retrocedió, impactado por el olor. El mensajero lo condujo hasta una muchacha bajita y delgada que estaba en un rincón al fondo, y que tenía señales de haber sido interrogada.

—¿Es esta? —preguntó. El mensajero asintió; Shon se agachó frente a la muchacha golpeada y le mostró su arma—. ¿Cómo te llamas?

—Yoon-Ji Bak.

—¿Y trabajabas con la rebelde Marisol Delarosa?

—Con orgullo —tenía el rostro duro, firme y decidido, a pesar de la sangre y la suciedad.

—¿Dónde están los demás humanos que estaban tratando de evacuar?

La chica no dijo nada.

—Dime dónde están reuniéndose, y tu muerte será rápida.

Ella no dijo nada.

—¿Dónde están? —dijo él, levantando la

voz para emular lo mejor posible el sonido de la furia humana.

—Mátame —dijo Yoon.

Shon la miró un momento, y luego le entregó la pistola al mensajero, que estaba detrás de él. Con una mano sujetó la muñeca izquierda de Yoon, y con la otra, su dedo meñique.

—Eres una terrorista, asesina y criminal de guerra. Esa nariz rota es lo más leve que va a pasarte aquí, a menos que empieces a decirme lo que quiero saber. Voy a encontrar a todos esos canallas, y voy a hacer lo que tendría que haber hecho hace meses... hace años. ¿Cuál es el punto de encuentro de la evacuación humana?

—No lo sé.

Shon le empujó el dedo hacia atrás y se lo quebró con un crujido audible.

La chica gritó, y Shon pasó al siguiente dedo.

—Probemos de nuevo. ¿A dónde se dirigen los humanos?

Ella volvió a gritar, apretando los dientes para aguantar el dolor:

—Estamos sacando a todos de la isla.

—Sé más específica, por favor. ¿Dónde y cómo?

—Va a tener que matarme —jadeó Yoon.

Le quebró otro dedo, y pasó al tercero.

—Ocho oportunidades más antes de que empiece a ponerme creativo. ¿Dónde exactamente puedo encontrarlos?

—¡No lo sé! —Ahora Yoon gemía y le escurrían las lágrimas; apretó el otro puño hasta que se le puso blanco.

Crac.

—Siete —dijo Shon—. ¿Dónde?

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Empezó a nevar otra vez poco después de la explosión, y Kira tuvo la esperanza de que eso disminuyera el alcance de la radiactividad. Green dijo que el viento era un efecto secundario de la bomba, pues el fuego en White Plains absorbía el aire como el ojo de un tornado. Esperaron a Falin y a los otros en el hospital, y Kira los llevó a todos a la casa de Nandita, con la esperanza de encontrar algún rastro de sus hermanas. El viento les arrojaba la nieve a la cara y les quemaba las mejillas y los ojos mientras caminaban por la ciudad. Cuando llegaron, la casa estaba vacía.

—Sandy dijo que Haru estaba aquí, en East Meadow —recordó Marcus—. Si él estaba al

tanto de la bomba, habrá ido directamente a buscar a Madison, y ella no se habría ido sin Ariel e Isolde.

Probablemente fueron... al sur, supongo. Hacia allá se dirigen todos. No se atreverían a tratar de evacuar por Manhattan, con los puentes sembrados de explosivos, así que supongo que cruzaron en botes.

—¿Tantas embarcaciones tienen? —preguntó Green—. Treinta y cinco mil personas son muchas para cruzar por agua.

—Tenemos pueblos de pescadores en todas las playas del sur —respondió Kira. Cerró los ojos al hablar y se dejó caer en el viejo sofá de la sala, desvencijado y roto. Trató de recordar la última vez que no había estado escapando, ya fuera de algo o hacia algo. Hasta el esfuerzo de hacer memoria le produjo cansancio.

—Los pescadores tienen algunos barcos, pero no muchos —repuso Marcus—. Aun así, son mejores que nada. Creo que Nandita tiene un viejo atlas por aquí, en alguna parte... —Revisó la biblioteca y sacó un grueso tomo de

tapa dura; lo dejó pesadamente en la mesita de la sala y lo hojeó en busca de un mapa de Long Island—. Aquí en la isla, la mayor parte de las proteínas provienen del pescado, que se pesca aquí, cerca de Riverhead, o aquí, en Great South Bay. Por esta zona también hay algunas comunidades más pequeñas, en Jones Beach. No podemos llegar a los barcos de Riverhead, pero en la bahía hay una flota considerable de veleros, y si bien probablemente harían falta varios viajes, podrían empezar a cruzar a la gente al continente... aquí, supongo —señaló la costa de Jersey—. Si siguen por la costa pasando Long Beach y Rockaway, pueden cruzar a Nueva Jersey con bastante facilidad, sin llegar a alta mar ni a aguas profundas.

—O sea que, si queremos encontrarlos, ¿vamos a Jones Beach o buscamos los barcos en la bahía? —preguntó Falin.

—Si yo tuviera que coordinar esto, enviaría a todos bien al sur —respondió Marcus, mirando el mapa—, para alejarlos lo más posible de la explosión, y luego hacia el oeste, hasta donde

podieran llegar. Si los barcos están cruzando por aquí, entre Breezy Point y Sandy Hook, pueden evacuar la isla mucho más rápido —miró a Green—. Lo cual es una manera larga de decir que tenemos más posibilidades de encontrarlos si vamos por las playas.

—A menos que los pescadores no hayan podido sacar los barcos de la bahía —repuso Falin—. ¿Y si los tienen los Parciales? Quizá necesiten nuestra ayuda.

—Es obvio que nunca tuviste el placer de conocer a un pescador después del Brote —dijo Marcus, y se recostó en el sofá—. ¿A dónde vas si estás tan traumatizado por el fin del mundo que nunca más puedes confiar en la civilización? Algunos viven en los bosques, cazando venados, gatos salvajes o lo que encuentren, pero la mayoría se hicieron pescadores. Son independientes, tienen medios de movilidad y si no quieren comerciar con nuestras granjas, pueden olvidarse por completo del resto del mundo. Allá fue la hermana de Kira, Ariel, cuando se marchó de aquí: directo a

Islip, en el límite de una comunidad de pescadores. Te apostaría a que los Parciales no recogieron a más de un puñado de miembros de esas comunidades pesqueras durante la ocupación. Podrían navegar hasta la isla Fire o esconderse en la bahía Oyster y evitar la invasión del mismo modo que han evitado a nuestra sociedad en la última década.

—Entonces quién sabe si van a ayudarnos. Aunque los otros humanos hayan encontrado las comunidades pesqueras, ¿cómo sabemos si accedieron a dejarlos usar los barcos? —le preguntó Green.

—Ah, seguro que se encontraron. Algunas de estas calzadas tienen muchos kilómetros; las usábamos mucho cuando hacíamos excursiones de salvamento. Y cuando un pescador vea a miles de personas cruzando, va a sentir curiosidad y, cuando se entere de lo que está pasando, se correrá la voz muy rápido.

Supongo que es posible que algunos no ayuden, pero te apuesto lo que quieras a que la mayoría sí lo hará.

Como nosotros, no querrán quedarse en una isla que va a recibir radiación, y cuando se marchen, lo más probable es que nos lleven con ellos. No son mala gente, solo son... antisociales.

—Ok. Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Green.

—Seguimos a los otros refugiados —respondió Marcus—. Al sur por las calzadas costeras, luego al oeste por las playas. Llevamos a todos los refugiados que podamos, vaciamos East Meadow por completo, y luego seguimos la ruta que tomaron los demás hasta que logremos alcanzarlos.

Green hizo otra pregunta, pero Kira ya no estaba escuchando. El análisis de Marcus de la isla era sólido, igual que sus planes, pero... ¿cuánto de eso importaba ya? Aunque pudieran huir, ¿hacia qué huirían? ¿Qué esperanza tenían los humanos de sobrevivir solos? Tenían a Green y Falin y a algunos más, pero cuatro Parciales, o incluso cuarenta, no bastaban para salvar a treinta mil humanos. ¿Quién sabía siquiera

cuántos Parciales quedaban? Además, sin duda la explosión había acabado con toda posibilidad de reconciliación.

Kira se puso de pie y se dirigió a la cocina, donde olió el aroma a hierbas que tanto le recordaba a su hogar.

Hacía dos años que Nandita había desaparecido, y después de todo lo que había ocurrido, sabía que nunca volvería a verla, pero esa cocina y esas hierbas aromáticas le trajeron un caudal de recuerdos entrañables. Xochi había mantenido la huerta después de la partida de la mujer, y del techo colgaban ramitos de romero seco, manojos de albahaca parduzca y quebradiza, hojas de laurel y ramos fragantes de manzanilla.

Se quedó mirando el desorden (era obvio que se habían marchado apresuradamente para salir de la ciudad) y al cabo de un largo rato abrió una alacena, sacó la tetera de metal ennegrecido y fue a llenarla al fregadero. El grifo goteó un segundo y se secó; aparentemente, el frío había sido demasiado

para las cañerías vetustas de la casa, y los caños por fin se habían congelado y habían estallado. Pensó en usar la bomba de agua del patio trasero, pero finalmente abrió la puerta lateral y puso en la tetera un buen puñado de nieve. Xochi había dejado una pila de leños partidos acomodados junto a la estufa a leña, y con cuidado, Kira encendió un fuego dentro del monstruo de hierro fundido. Sus manos casi se movían solas, recordando los años pasados, noche tras noche, haciendo lo mismo ante la mirada atenta de Nandita. A veces, la de Madison. Los trocitos de nieve que habían quedado por fuera en la tetera se derritieron rápidamente al calentarse la estufa, y cuando se elevó más aún la temperatura se evaporaron con un siseo.

—¿Tienes sed? —le preguntó Marcus, que estaba de pie en la puerta que daba a la sala, observándola con ojos cansados.

—No —respondió ella sin expresión—. Solo necesitaba algo que hacer.

Él asintió y se acercó a la barra, donde se

quedó mirando la variedad de hierbas.

—A ver. Menta, manzanilla, limón, jengibre... ¿Qué te apetece?

—Cualquiera —puso otro leño en el fuego, para mantener el calor parejo. En realidad no importaba, pues solo estaba hirviendo agua, pero era algo que hacía bien. El fuego era algo que ella podía controlar.

Probó el calor con la mano y observó la tetera.

Marcus jugueteó un poco con las hierbas, sacó tres de las tazas de porcelana cascadas y una esferita de malla metálica para cada una. Las olió para asegurarse de que estuvieran limpias, y dejó caer algunas hojas en cada esfera mientras hablaba:

—Así que ese era tu padre...

—Sí —no sabía qué sentir con respecto a Armin, y por eso se negaba a sentir algo. Volvió a probar el calor, tratando de medir la temperatura perfecta para el té.

—Una vez vi una foto suya —dijo Marcus —. Me la mostró Heron.

—¿Heron? —Levantó la vista.

—¿Te acuerdas de aquella asesina Parcial que te capturó cuando fuimos al norte con Samm? Apareció aquí una noche, el año pasado, de manera totalmente inesperada. Me mostró una foto de ti cuando eras una niña; estabas de pie entre Nandita y ese tipo del hospital. Armin... ¿Walker, supongo?

—Dhurvasula —respondió ella, al tiempo que volvía a mirar la estufa—. Cuando los soldados me encontraron después del Brote, yo no recordaba mi apellido; por eso me pusieron uno. Puede que me llame Kira Dhurvasula, no lo sé. No sé si me adoptó legalmente o qué.

—Si fuiste un experimento, es posible que legalmente no ex... —se interrumpió—. No importa —terminó con la última esferita y colocó una en cada taza—. ¿El agua está caliente?

—Sí —dijo. La tetera ya había empezado a emitir unos silbidos cortos y débiles, preparándose para el hervor completo. La miraron en silencio, y cuando silbó fuerte Kira la

retiró de la estufa y vertió un chorrito caliente en cada taza. El aroma del té se elevó como una nube, calmándola, y ella respiró hondo.

Manzanilla.

—¿Vendrá por ti? —preguntó Marcus.

Era una pregunta en la que Kira aún no se había permitido pensar, pero ahora que estaba en el aire no podía evitarla.

—Es probable.

—Dijo que eras un modelo nuevo —recordó—. Una especie de refinamiento supremo del diseño Parcial.

Si está recolectando... ADN artesanal, o lo que sea, va a querer el tuyo.

—Yo me preguntaba para qué me habían creado —dijo ella. Levantó la vista y lo miró a los ojos por primera vez esa noche. El rostro de Marcus tenía un cálido tono bronceado; casi resplandecía a la luz del fuego, y sus ojos estaban tan negros como el cielo nublado, sin estrellas—. Cuando me enteré de que era Parcial, pensé que me habían hecho con algún fin grandioso. Algo perverso, quizá, como si

fuera una bomba portadora de una nueva cepa del RM, o una espía en espera de ser activada. Sin embargo, esperaba ser, tal vez, la clave para salvarnos, la cura de todo, o un modelo híbrido, o algo que pudiera unir a las dos especies —sonrió, pero fue una sonrisa agria y forzada, de las que llevan casi a las lágrimas—. Resulta que soy inútil, al menos en lo que respecta a salvar al mundo —se enjugó los ojos—. No soy portadora de la cura del RM, y aunque no creo tener fecha de vencimiento, no puedo hacer mucho para impedir que otros Parciales venzan. Ahora Armin me quiere por mi ADN, y no puedo sino plantearme si solo sirvo para eso. Antes me preguntaba si realmente iba a vivir hasta el final, pero ahora no puedo evitar pensar que tal vez... no debería.

—No digas eso.

—Pensaba que me habían hecho para algo terrible, y después creí que me habían hecho para algo grandioso, y ahora resulta que no me hicieron para nada. Solo... estoy.

—¿Quieres decir, como todos los demás? —

preguntó Marcus, mirándola con ojos bondadosos, casi sonriente, pero Kira apartó la mirada.

—No es eso —replicó.

—Es exactamente eso —insistió él—. Nadie tiene un... destino. Es decir: nadie tiene una especie de camino inevitable en su vida. Esta taza se hizo con arcilla, y esa arcilla podría haber sido cualquier cosa, hasta que alguien hizo con ella una taza. Las personas no somos tazas, sino arcilla. Arcilla que vive, respira, piensa y siente, y podemos convertirnos en cualquier cosa que queramos, y pasamos toda nuestra vida moldeándonos, haciéndonos cada vez mejores en lo que queramos ser, y cuando queremos ser otra cosa, simplemente alisamos la arcilla y volvemos a empezar. Tu falta de «propósito» es lo mejor que tienes, porque significa que puedes ser lo que quieras.

Kira cerró los ojos, con el pecho lleno de esperanza; su corazón le gritaba que le creyera, pero no podía. Todavía no.

—¿Y los soldados Parciales? —preguntó—.

A ellos los hicieron para una sola cosa, y nada más... ¿no pueden cambiar? Ni siquiera pueden desobedecer órdenes sin ir en contra de su propia biología. ¿Qué van a hacer ahora?

—Por creer que no había otra opción, se acabó el mundo —dijo Marcus. Hizo una pausa, mirando al suelo, y luego prosiguió—. Tuve un amigo llamado Vinci... Supongo que, después de la bomba atómica, nunca tendrás oportunidad de conocerlo, pero era un buen hombre. Era de la infantería Parcial, centinela en el ejército de Trimble, pero además era gracioso, inteligente y lo bastante sensato como para darse cuenta de que su mundo no estaba resultando, y lo bastante valiente para intentar cambiarlo. Se reinventó tanto como cualquier humano. Fíjate en Green o en Falin —se encogió de hombros y su voz se volvió distante—. Fíjate en Samm.

—Samm cambió —dijo Kira, asintiendo—. Heron también.

—¿Volviste a verla?

—Éramos casi amigas —respondió con la mirada fija en las volutas de vapor de su té—.

No del todo, pero casi.

—¿Te ayudó a llegar a Denver?

—Regresé con Morgan, pero Samm y Heron se quedaron para ayudar a los sobrevivientes. Pensaba que un día quizá volvería a verlos, pero luego, con la nieve, se hizo casi imposible viajar, y ahora con la bomba... —pensó en Samm, y en sus momentos finales. Su único beso. Buscó las palabras para expresar sentimientos de los que ni siquiera estaba segura—. Los echo de menos, pero me alegra que no estén aquí.

Me alegra que estén a salvo. Espero que sigan así, que se queden en Denver, y si estoy en lo correcto con respecto a las curas, puedan tener una vida larga y feliz, mucho después de que los demás muramos de cáncer o hipotermia o... de un balazo. O a manos de algún loco que quiere robarse nuestra sangre.

—Por la forma en que hablas —bebió un sorbo de su té—, ese parece un lugar muy peligroso.

Kira rio, no con una risa fuerte ni sonora,

sino apenas una risita entre dientes, aunque más genuina que cualquier cosa que hubiera sentido en mucho tiempo.

—Peligroso e irremediable —continuó Marcus—. Pero no creo que lo sea. No te «diseñaron» para curar el RM, pero lo hiciste de todos modos. Tampoco te diseñaron para cruzar el páramo tóxico, pero también lo hiciste, y después escapaste de no sé cuántos villanos, y atravesaste una zona de guerra, y mientras tantos grupos de refugiados se van haciendo más y más pequeños, el tuyo va creciendo. Estás enseñando a la gente, estás reclutando, y no es porque te hayan hecho así o tuvieras una especie de destino glorioso que cumplir, sino porque eres tú. Eres Kira Walker. No vas a salvar el mundo porque seas la elegida; vas a salvarlo porque quieres hacerlo, y nadie en este mundo pone más empeño que tú en lo que quiere hacer.

—Te extrañé mucho, Marcus —dijo, y apoyó su taza.

—Seguro que a todos les dices lo mismo —

dijo él sonriendo.

Una vez lo había amado, pero luego ella había cambiado y él, no. Ahora que había vuelto a encontrarlo...

—No eres el mismo de antes.

—Tuve un año bastante ocupado.

—Deja tu taza.

Marcus parpadeó, sorprendido, y luego puso la taza en la mesa justo a tiempo: ella se acercó, lo abrazó y le dio un beso feroz. Él también la besó, y ella lo presionó contra la barra, abrazándolo con fuerza, necesítándolo más en ese momento de lo que nunca había necesitado nada. Afuera rugía la tormenta, el continente estaba en llamas, y la isla se encogía de miedo. Kira se olvidó de todo y besó a Marcus.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

—Ya vienen —anunció Falin.

Kira levantó la vista de su mochila, donde estaba guardando las últimas botellas de agua congelada.

—¿Quiénes?

—Todo el maldito ejército Parcial —respondió Falin, corriendo para alcanzarlos. Había subido hasta la mitad de un edificio de oficinas para vigilar mientras Kira, Marcus y el resto de los refugiados buscaban comida—. Ahora están en East Meadow, pero no se detienen. Probablemente ya se enteraron de que los humanos han huido.

—¿Todo el ejército? —preguntó Marcus.

—Lo que queda de él —respondió Falin.

Miró a Green—. ¿Puede caminar?

—No muy bien —dijo Kira.

Habían pasado cinco días más en East Meadow, recogiendo a todas las personas que podían, y las provisiones para mantenerlas, y ahora faltaban apenas cinco días para el vencimiento de Green. Kira nunca había visto cómo ocurría, de modo que no sabía qué esperar, pero los Parciales no parecían sorprendidos de ver en él los primeros signos de debilidad: empezaba a ponerse más lento y frágil a medida que su cuerpo volvía su energía contra sí mismo.

Kira había tenido la esperanza de que la interacción de Green con los humanos de la ciudad lo salvara, pero no estaba dando resultado; o se necesitaba más tiempo, o simplemente no funcionaba. Al verlo cada vez más débil y dañado, el ánimo de todo el grupo empezó a decaer. Habían empezado a verla como su salvadora, pero ahora los aterraba la posibilidad de que la esperanzadora promesa de Kira no fuera más que otra falsa ilusión. Habían

reunido a casi cuatrocientos refugiados humanos y diez soldados Parciales más se habían incorporado al grupo, pero sin esperanza de salvación, Kira no sabía cuánto tiempo se podría mantener unido el grupo. Rogó que Green saliera adelante a tiempo y se recuperara milagrosamente, pero las perspectivas no eran buenas. Una parte de ella aún temía terminar también así: no por vencimiento, sino simplemente morir. Cuatrocientas veinte personas corriendo por un infierno nevado, huyendo de la radiactividad y de un vasto ejército de supersoldados. ¿Qué posibilidades tenían en realidad?

—¿Están listos los explosivos? —le preguntó Kira a Tomas, el Parcial experto en demoliciones.

—Sí. Lo único que necesitamos es cruzar el primer puente.

Ella miró la fila lenta de refugiados que avanzaban con dificultad por la nieve, con pesadas mochilas de comida y municiones sobre sus hombros. Nadie había llevado ropa de más;

de eso encontraban más que suficiente en las casas en que se refugiaban, y había todo un continente de casas esperando más allá del agua. *Si logramos llegar*, se dijo.

—Tomas, Marcus, Levi: vengan conmigo; vamos a adelantarnos para empezar a colocar los explosivos, así estarán listos cuando el resto del grupo llegue al puente. Falin, que sigan caminando, y no dejes que se asusten. Green — se arrodilló frente al soldado enfermo y le tomó las manos—. Vas a ponerte bien.

—No soy inválido —respondió, pero su voz estaba más ronca que antes, y sus ojos parecían más hundidos.

—No habría podido llegar hasta aquí sin ti, Green. Vamos a salir adelante.

—Entonces basta de charla y ponte a hacer tu trabajo.

—Ese es el Green que yo conozco —dijo Kira sonriendo, lo palmeó en el brazo, se puso de pie y miró a su equipo de avanzada—. Vamos.

Los breves períodos de sol de los últimos

días hacían más difícil que nunca caminar por la nieve, pues estos ablandaban grandes extensiones y la transformaban en polvo liviano, que luego volvía a congelarse cuando el sol se escondía otra vez. En lugar de avanzar hundiéndose hasta la cadera, caminaban sobre las precarias capas superiores de un banco de nieve; a veces resbalaban en el hielo, a veces se hundían en la superficie quebradiza y otras, se cortaban con los bordes filosos como navajas. El hecho de que ya miles de refugiados hubieran pasado por allí, dejando huellas irregulares y objetos caídos que se congelaban en el hielo, solo lo hacía más traicionero.

Había dos calzadas largas que cruzaban de la isla principal a las playas más alejadas, y el grupo de Kira iba camino a la calzada occidental, Meadowbrook, que interconectaba cuatro islas pantanosas en dirección a Long Beach. El plan era volar cada puente a medida que los fueran cruzando, para que el ejército Parcial quedara varado detrás de ellos; no impediría por completo que los persiguieran,

pero sí los obligaría a buscar una ruta diferente. Incluso esperaban que los Ivies se mostraran reticentes a seguirlos, amedrentados por los anchos canales de aguas gélidas y los témpanos de hielo.

Solo que mi padre tiene un rotor, pensó Kira. Cuando venga, podría llegar desde cualquier parte.

—¿Crees que Armin todavía esté buscándome? —le preguntó a Marcus—. Probablemente la explosión lo asustó, como a todos nosotros, pero ha tenido varios días para reagrupar a su gente y no ha vuelto.

—Probablemente está atacando al resto de los refugiados —dijo, señalando con la cabeza hacia el camino que tenían por delante—. Todos los que pasaron antes que nosotros. Con ese rotor y su banda de Ivies, podrá elegir el ADN de quien quiera.

—Pero todavía quiere el mío. A la larga va a volver a intentarlo, y no tendremos una bomba atómica para distraerlo.

—¿Has pensado en darle tu sangre y ya?

Por las buenas, digo; medio litro, un litro, que te lo extraiga con seguridad y después puede irse a donde quiera y dejarnos en paz.

—¿Y crear otra especie que haga pedazos el planeta tratando de justificar su existencia? —ella negó con la cabeza—. Basta de jugar a ser Dios, ni siquiera la gente que tiene poderes casi divinos. Cuando venga por mí, tenemos que detenerlo.

—Hablas como si fueras carnada —dijo Marcus, con recelo.

—Me siento como tal —repuso, y señaló con la cabeza a los refugiados que los seguían con dificultad—. Solo espero que ninguno de los otros se haya quedado atrás cuando explote la trampa.

Recorrieron poco más de un kilómetro. Kira ya empezaba a perder sensibilidad en los dedos de los pies y en la cara, cuando Levi gritó una advertencia:

—¡Puente abajo!

—¿Qué? —exclamó Kira, apresurándose para alcanzarlo. Se quedó boquiabierta al divisar

la brecha gigantesca en el camino—. ¿Se derrumbó?

—Parece que alguien lo voló antes que nosotros —respondió Tomas, y señaló los escombros—. Eso fue una explosión, y se ven las marcas ennegrecidas bajo los bordes de la nieve.

—Vamos a tener que cruzar a nado —dijo ella, cuando se adelantó un poco más para ver las orillas rocosas de la isla.

—¿Con este clima? —preguntó Marcus—. Ese canal es profundo y está helado; si no fuera agua de mar, estaría sólido. Sin mencionar que pensábamos volar todos los puentes que cruzáramos; si los que pasaron primero hicieron lo mismo, no vamos a poder avanzar. Nos quedaremos varados en alguno.

—Probablemente volaron también la calzada este —dijo Kira. Maldijo por lo bajo y apretó los dientes.

—No vale la pena desviarnos cinco kilómetros para averiguarlo —opinó Tomas—. Tendremos que volver al norte, y luego ir al

oeste por el continente.

—El ejército nos sigue —dijo Kira, con frustración.

—Y ahora estará más cerca —acotó Levi—. ¿Realmente tenemos alternativa?

—No —respondió ella. Cerró el puño y gruñó; luego respiró hondo y se obligó a pensar fríamente—. Si suponemos que volaron los demás puentes, nuestro único acceso a la zona de llegada, o lo que creemos que es la zona de llegada, está más allá de Inwood y Rockaway.

—Así es —dijo Marcus.

Kira se volvió y empezó a desandar el camino.

—Vamos. Tenemos que regresar con los demás y decirles que den la vuelta —se frotó las manos, mirando el cielo mientras las nubes se cerraban, presagiando otra tormenta. *Tal vez Marcus se equivoca y sí tengo un destino. Tal vez todos lo tenemos.*

Y nuestro destino sea morir.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Kira llevó a sus refugiados hacia el norte, rodeando una caleta angosta de la bahía que se internaba en la ciudad en ruinas, y luego hacia el oeste por una carretera ancha llamada Merrick Road. Eso haría que encontrarlos resultara fácil, pero con el ejército pisándoles los talones no tenían posibilidades de esconderse. Su única esperanza era avanzar más rápido que ellos, y Kira le exigía al grupo al máximo gritando que corrieran cuando ya no les quedaba aliento para seguir.

Un rezagado trastabilló y cayó, y empezó a manarle sangre de una herida de bala; segundos más tarde les llegó el sonido del disparo, que resonó apagado entre las calles vacías.

—Francotirador de largo alcance —dijo Green. Hacía una mueca a cada instante; le costaba seguirle el paso incluso a los humanos más lentos. Kira abrió la boca para gritar, para avisar al grupo que se dispersara y se pusiera a cubierto, pero él la detuvo—. La nevada se hace más densa a cada segundo; no van a poder apuntar tan bien por mucho tiempo. Solo tratan de demorarnos.

—No quiero dejar morir a nadie —replicó. Pero tampoco quería salir de la carretera principal, y si buscaban refugio solo le darían al ejército tiempo para alcanzarlos. *Esperaba que pudiéramos hablar con ellos, pensó, pero si nos están disparando en cuanto nos ven, no creo que estén dispuestos.* Observó el camino y vio, dos cuadras más adelante, un edificio de departamentos que sobresalía entre las construcciones vecinas; las ventanas superiores tenían una vista amplia de toda la calle detrás de ellos—. Si ponemos un francotirador allá arriba, podemos hacer que dejen de perseguirnos. Estarán caminando directamente hacia nuestras

balas.

Green se volvió hacia el edificio, dispuesto a llevar a cabo el plan.

—No, tú no —lo detuvo Kira.

—¿Qué?

—Es posible que quien suba allá no vuelva a bajar. Tú no eres un tirador contratado, eres uno de nosotros.

—Es un plan sólido —dijo Levi—. Y yo soy...

Kira lo interrumpió antes de que pudiera decirlo.

—Parcial, humano, no importa. Ahora todos estamos en esto juntos. No voy a enviarte a ese edificio solo porque estás hecho para eso. Estamos trabajando juntos y...

—Kira —Levi levantó una mano—. No iba a decir «soy Parcial»; iba a decir «soy un excelente tirador».

Pero te agradezco el sentimiento.

—Ah... —Ella parpadeó—. Bueno, te necesito con el grupo. Eres un líder nato. Y no eres el único que sabe disparar —se volvió

hacia la fila de refugiados—. ¿Cuántos de ustedes saben disparar un fusil? —Algunos levantaron la mano tentativamente, y ella asintió—. Bien: ¿cuántos de ustedes están entrenados?

Dos manos quedaron levantadas. Kira se tragó el súbito sentimiento de culpa y odio hacia sí misma, se obligó a pensar en el grupo y señaló al más corpulento de los dos.

—¿Cómo te llamas?

—Jordan.

El resto de la columna siguió caminando, avanzando por la nieve con pasos pesados.

—Déjame hacerlo a mí —pidió Levi—. Soy mejor tirador.

—Nunca me has visto disparar —replicó Jordan.

Levi se limitó a arquear una ceja.

Kira le entregó un fusil a Jordan y señaló la ventana que estaba encima de ellos.

—Quiero que subas allá, que vigiles el camino detrás de nosotros y dispares a cualquiera que nos persiga —Jordan miró alternadamente a Kira y a Levi, procesando la

petición—. Más que la puntería, es más importante que los mantengas ocupados —le explicó—. Si eres tan bueno como dijiste, te irá bien.

—Hasta que me disparen o me capturen —repuso Jordan.

—Mira, sé que es mucho pedirte, pero serías...

—Sí, qué diablos: lo haré —tomó el fusil de la mano de Kira y revisó la mira—. De todos modos, el mundo se está acabando, y si puedo abatir a unos cuantos Parciales antes de morir... —Echó un vistazo nervioso a Levi—. Digo, enemigos. Soldados enemigos. Perdona, amigo. Son viejas costumbres.

Se oyó otro disparo, y un refugiado que iba al final de la columna cayó con un grito estrangulado.

Kira gritó a los demás que se dieran prisa, y luego volvió a mirar a Jordan.

—Puedes salvar a mucha gente.

Jordan lanzó un suspiro largo y nervioso, y luego volvió a revisar el fusil.

—De todos modos, ya estaba harto de caminar. Me duele la pierna.

—Eres un héroe —dijo Kira.

—En ese caso, hazme un favor y mantén con vida a muchas de estas personas para que me recuerden —dio media vuelta y se alejó por la nieve con pasos firmes.

Kira corrió hacia el final de la columna para ver al refugiado caído.

A lo lejos, Green y el humano que lo sostenía le hicieron señas de que no valía la pena.

—Está muerto —dijo Green—. Haz que esta columna se mueva más rápido.

—Tú eres el eslabón débil —replicó ella, tratando de que sonara a broma, pero sabía que había fracasado terriblemente.

—Voy a alcanzarte y a darte una bofetada en la boca —repuso él, respondiendo con mayor ironía.

Ella miró a las dos víctimas del francotirador, boca abajo e inmóviles en la nieve, desdibujándose por la tormenta fría y gris a medida que el grupo seguía avanzando. Y luego

siguió adelante, dando aliento donde podía y bromeando, tratando de que la columna no dejara de moverse. Otro disparo partió el aire, más cerca y con un sonido marcadamente diferente; Jordan había empezado a disparar.

El ejército se acercaba.

La nieve les quemaba los ojos y se les pegaba a las pestañas, y la ciudad parecía esfumarse en un pálido limbo blanco. Pasaron por casas, escuelas, parques y árboles, todos mezclados en la misma nada sin rasgos distintivos, sus pasos marcados por un único sonido: proyectiles aislados que resonaban en la tormenta, amplificados y apagados, por todas partes y en ninguna parte.

La columna llegó a una encrucijada, y Marcus los hizo doblar al sudoeste por Foxhurst Road, aún a varios kilómetros de su destino. Atrás, los disparos aislados se convirtieron en una cacofonía de fuego automático, un ataque feroz que desgarró el aire tormentoso y luego, tan repentinamente como había empezado, quedó en silencio.

Jordan cayó, pensó Kira. Ojalá nos haya conseguido suficiente tiempo.

Vino la noche, y el limbo blanco se oscureció hasta convertirse en una sombra negra y profunda que parecía envolver al mundo en un manto de peligro. Ahora la nevada era más cegadora y los refugiados imploraban descansar, pero Kira no se atrevía a detenerse. De la oscuridad salían más balas, ya no disparos de francotirador, sino de exploradores de avanzada, que hostigaban a sus filas mientras el grueso del ejército se apresuraba para alcanzarlos. Kira asignó un equipo para repelerlos (Levi y tres de los humanos) y otro para explorar la ciudad a sus costados en busca de fuerzas Parciales que pudieran estar tratando de rodearlos. Intentó pensar en cómo podía hacer para que la escucharan y convencerlos de su causa, pero las probabilidades de lograrlo parecían disminuir con cada nuevo ataque, cada nuevo disparo, cada nueva víctima que quedaba muerta al costado de aquel camino de pesadilla.

Desde Foxhurst doblaron en Long Beach, y

siguieron por allí hasta tomar la avenida Atlantic, siempre hacia el oeste, siempre tratando de que no los alcanzaran. Poco a poco los suburbios fueron convirtiéndose en ciudad, y cada edificio albergaba terror entre sus sombras. De una calle lateral surgió un grupo de soldados Parciales, disparando sus fusiles y emanando un hedor de MUERTE. Los refugiados gritaban y caían, se agachaban detrás de los viejos automóviles cubiertos de nieve buscando sus armas, o simplemente morían en la nieve salpicada de sangre. Kira respondió el fuego, seguida por Marcus e incluso Green; Falin murió, como casi cincuenta de los humanos, hasta que por fin pudieron alejar a los atacantes. Ella supuso que uno o ambos de sus equipos de exploración también estaban muertos. Ordenó a los humanos que dejaran sus mochilas y abandonaran el peso de su comida para poder avanzar más rápido aún.

—Si nos atrapan, estamos muertos —dijo; la escarcha le quemaba el rostro y los dedos—. Si seguimos vivos por la mañana, podemos buscar

más comida.

La noche se cerró profundamente a su alrededor. Su mundo era una cueva llena de frío, muerte y horror. Ya se percibía el olor del mar, pero también los datos de los Parciales en el enlace, y hasta Kira los sintió llegar desde ambos lados.

—Estamos rodeados —dijo. Estaba custodiando la retaguardia de la columna y tratando de que los refugiados que quedaban avanzaran lo más posible.

—¿Qué hacemos? ¿Nos dispersamos? —preguntó Marcus—. No pueden perseguirnos a todos.

—Sí pueden —replicó ella—. Están por todas partes, y ellos son más y mejores en esto. Ven mejor en la oscuridad, pueden coordinarse por el enlace, mientras que nosotros apenas podemos encontrarnos en la nieve...

—No voy a rendirme —dijo Green.

—Yo tampoco... —protestó Kira.

—Pues entonces deja de hablar como si así fuera —replicó él—, y hagamos algo.

Ella asintió, haciendo un esfuerzo por pensar.

—Diles que se echen al suelo —dijo—. Si el ejército Parcial está ahora adelante de nosotros, no tiene sentido seguir avanzando; corre la voz de que todos busquen refugio, se mantengan a oscuras y en silencio. Nosotros alejaremos al ejército.

—Epa —exclamó Marcus—. ¿Cómo que «nosotros»? Tú tienes que quedarte a salvo.

—Tengo que proteger a estas personas. Si eso significa un destello de gloria, pues... que así sea. Los alejaré, le daré al ejército su venganza, y quizá los demás puedan llegar a la costa.

—Voy contigo —dijo Marcus.

De pronto estallaron unos disparos en la nieve, detrás de ellos, y se agacharon para cubrirse.

—¡Abajo! —gritó Kira—. ¡Todos abajo!

Oyó un eco apagado de gritos ininteligibles y revisó el fusil con dedos que apenas podía sentir. Era su último cargador. Sintió pasos en la nieve

detrás de ella, y trató de agazaparse más. Empezó a percibir datos en el enlace, más y más cerca, una confusión química que no lograba discernir. Fusiles y pistolas se disparaban en la oscuridad. Una hilera de soldados apareció en su banco de nieve, y Kira, Marcus y Green les dispararon; mataron a algunos y obligaron a otros a retroceder.

—Se me acabaron —dijo Marcus—. Ese era mi último cargador.

—A mí también —respondió Green.

—Me quedan unos cinco tiros —dijo Kira. Miró a los otros, siluetas difusas en la oscuridad—. Lo siento.

—¿Por tener más balas que nosotros? ¿Cómo te atreves? —repuso Marcus.

—Me refiero a haberlos traído aquí. Pensé que podíamos lograrlo. No quise que saliéramos de East Meadow sin los demás refugiados, e incluso antes de eso, fui yo quien los arrastró a ustedes dos a esto...

—Vinimos porque estábamos convencidos —replicó Green—. Si morimos por algo en lo

que creemos, es... más de lo que podría decir el resto de mi escuadrón.

En medio de la tormenta, les llegó una voz áspera.

—Les habla el general Shon, líder interino de toda la especie Parcial. Aquellos de ustedes que han traicionado a su raza y se han aliado con los terroristas humanos son cómplices del bombardeo de White Plains y de la muerte de cientos de miles de Parciales. Ríndanse ahora y serán perdonados; si se quedan con los humanos, los exterminaremos junto con las demás alimañas.

—¡Tenemos que trabajar juntos! —gritó Kira, pero la única respuesta fue otra lluvia de balas.

—Dame tu fusil —dijo Marcus—. Corre, y yo te cubriré.

Otro soldado Parcial apareció sobre ellos, y Kira lanzó un grito y disparó, desesperada por proteger a sus amigos aunque fuese apenas por un momento, pero aparecieron más soldados, y más aún; su fusil estaba vacío, pero ella seguía

apretando el gatillo, gritando y desafiándolos...

... y los soldados Parciales fueron derribados por una ráfaga de disparos.

—¡Kira! —gritó una voz—. ¡Retrocedan a nuestra posición! ¡Los tenemos cubiertos, retrocedan!

Era imposible identificar la voz en medio del viento y los disparos, pero necesitaban desesperadamente cualquier ayuda que pudieran conseguir.

Kira y Marcus se levantaron a toda prisa, y entre los dos arrastraron a Green por la nieve. A su alrededor rugían las balas, que se hundían en los bancos de nieve y rebotaban con estrépito en los autos, pero las siluetas difusas por la tormenta seguían llamándolos.

Kira no sabía quiénes eran, pero estaban en el enlace, y se preguntó cómo era posible que un grupo de Parciales amigables hubiera aparecido de la nada desde el oeste.

Sintió algo familiar y casi se detuvo, atónita.

—¡No se detengan! —dijo la voz—. Podemos retenerlos aquí... ¡colóquense detrás

de nosotros!

Ella avanzó, jalando a Marcus y a Green, y entonces lo vio, arrodillado detrás de un auto cubierto de nieve, repeliendo al enemigo.

—¿Samm?

—Kira, te dije que te encontraría.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

—¿De dónde viniste? —preguntó Kira, con tono apremiante.

—Del oeste —respondió Samm. Mantuvo los ojos en la calle, en dirección al este, y disparó otra andanada corta y controlada con su fusil.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Y la Reserva? Creí que... nunca más te vería.

—Anda, dale un beso —dijo Marcus, al tiempo que se arrojaba detrás del mismo auto para cubrirse—. Nos salvó la vida; si no lo besas tú, lo haré yo.

—Las preguntas, más tarde —dijo Samm—. ¿Les quedan municiones?

—Se nos terminaron —respondió ella.

—Tengo una pistola en mi costado —dijo, mientras disparaba otra ráfaga breve—. Tómalala, y lleva a tu gente a un lugar seguro. Yo defenderé esta posición para darles más tiempo a ti y a Heron.

—¿Heron también vino? —Kira tomó la pistola.

—Está colocando explosivos. Hay un puente dos cuadras detrás de mí.

Ella trató de divisarlo, pero era imposible ver tan lejos con la nevada. Volvió a mirar a Samm:

—No voy a dejarte aquí.

—Iré después de ustedes —dijo Samm, y Kira vio que había otros soldados con él, cubriendo todo el ancho de la calle—. Lleva a tu gente a un lugar seguro y espera mi señal. Ahora vayan. ¿Kira?

—¿Sí? —Lo miró, con el corazón aún inquieto por la confusión de verlo allí.

—Me... alegre de que estés bien —dijo. Era una frase sencilla, pero los datos que la acompañaron en el enlace eran tan potentes que a Kira le temblaron las manos.

Ella asintió y trató de responder con lo mismo, pero solo le salió un murmullo confuso. Había creído que él había desaparecido para siempre, atrapado del otro lado del páramo. Lo había aceptado. Pasó la vista brevemente de Samm a Marcus, y de nuevo a Samm.

Ahora no sabía qué hacer.

—Vámonos —dijo Marcus, y Samm los cubrió con otra ráfaga de disparos mientras ayudaban a Green a ponerse de pie y corrían en medio de la tormenta que arreciaba. Los autos, edificios y postes de alumbrado público aparecían como fantasmas en el límite de su visión. Había cadáveres en la nieve, medio sepultados ya por la tormenta implacable. Pasando los edificios cercanos había un estacionamiento amplio y vacío, y luego llegaron al puente. La caleta que atravesaba era angosta, de no más de diez metros, y no bastaría para detener al ejército por mucho tiempo. Con la tormenta, sin embargo, volar el puente le daría a su gente unas horas muy valiosas.

Alguien les hizo señas desde el puente para

que avanzaran hacia allá.

—Salieron de la nada —dijo el hombre. Era uno de los humanos que Kira había enviado por delante, aunque no recordaba su nombre. Señaló con un gesto a Heron, que en ese momento salía de abajo del puente junto con Tomas, el técnico en demoliciones—. Dice que te conocen.

—Y es cierto —respondió, mirando a Heron a los ojos mientras esta se acercaba—. Pero empiezo a pensar que yo no los conozco a ellos.

—Hola, amiga —la saludó Heron, aunque su tono de voz no tenía mucho de juguetón—. ¿Me echaste de menos?

—Tienes suerte de que no te haya disparado ya por haberme vendido a Morgan.

—No creo que se pueda decir que te vendí, ya que no acepté pago alguno —replicó Heron.

—¿Cómo quieres que confíe en ti? No entiendo nada de lo que haces.

—Presta más atención —repuso Heron, y miró a Tomas—. ¿Listo?

—Samm dijo que esperáramos su señal —indicó Marcus—. Se quedó cubriendo nuestra

retirada.

—En ese caso, callémonos y cubramos la
suya —dijo Heron, y señaló hacia la calle por
donde Samm y sus hombres venían corriendo,
parapetándose detrás de un auto tras otro,
perseguidos por el ejército Parcial.

Kira se ubicó junto a Heron, olvidando
temporalmente sus diferencias; la chica le
entregó un cargador lleno y empezaron a
disparar. Samm se volvió y corrió hacia ellos,
rodeando con el brazo a un compañero herido.

—¡Despejen! —gritó—. ¿Los otros dos
están listos?

—Listos —respondió Heron con calma, y
entonces todo su grupo retrocedió, huyendo del
enjambre de soldados que se acercaba.
Mientras corría, Tomas desenrolló un largo rollo
de cable, y se arrojaron al suelo detrás de un
banco de nieve.

Kira sintió las últimas órdenes en el enlace:

DESPEJADO

LISTOS

AHORA

Tomas presionó el detonador y el puente estalló en una bola anaranjada brillante apenas tres metros por delante de los soldados enemigos que iban al frente. Kira apartó la cabeza y se cubrió los ojos para protegerlos del fogonazo cegador, y sintió el ruido sordo de dos explosiones más, una o dos cuadras al norte, sobre la misma caleta.

—Ya está —dijo Samm—. Pongamos la mayor distancia posible entre nosotros y este lugar antes de que crucen ese canal.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Heron caminaba en silencio, escuchando hablar a los demás.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —preguntó Kira, con expresión totalmente perpleja—. ¿Cómo cruzaron el páramo?

—Esta vez estábamos mejor preparados —respondió Samm—. Sabíamos lo que podíamos encontrar, y Phan y Calix llevan suficiente tiempo en Denver como para ser expertos en encontrar comida y agua limpia entre el veneno.

Como si los hubiera llamado, Phan y Calix emergieron de la tormenta; Calix ya prácticamente no cojeaba.

Heron tuvo que admitir que la chica la impresionaba: había hecho frente al viaje sin

quejarse jamás; iba a caballo, sí, pero ayudaba de otras maneras y los conducía a fuentes de agua que la Parcial nunca habría encontrado sola. Calix sabía interpretar el clima en las nubes color pastel del páramo con la misma facilidad con que leería un libro, y los había ayudado a evitar la lluvia ácida. Era un miembro muy valioso para el grupo.

Heron observaba, y escuchaba.

—Un niño nació sano —dijo Samm—. La feromona que descubriste, la que cura el RM, ya estaba en su organismo. Con eso basta, Kira; pasamos unas semanas viviendo en la Reserva, como parte de la misma comunidad, y dio resultado. Es todo lo que tenemos que hacer. Creo que eso también ayudó a los de la Tercera División.

—¿Quiénes son? —preguntó ella.

—Los Parciales que Vale durmió —respondió. Señaló con un gesto al hombre de aspecto fuerte que iba a su lado—. Él es Ritter, el sargento interino. Tiene veintidós años, Kira. Sobrevivió al vencimiento.

—Mucho gusto —saludó ella y escudriñó a Ritter con más atención—. Pareces... disculpa, pero no eres un modelo que haya conocido antes; tienes demasiada edad para ser de infantería, pero muy poca para ser oficial o médico.

—Es porque estoy envejeciendo —respondió él, y aunque Heron no pudo verlo, supo que el hombre sonreía. La Tercera División estaba estúpidamente orgullosa de sus nuevos atributos humanos—. Cuando despertamos, pensamos que era un efecto de la atrofia muscular que teníamos. Ahora estamos totalmente recuperados, y aparento casi treinta años.

—Fue el doctor Vale —dijo Kira, y Heron puso cara de exasperación al oír el entusiasmo en su voz—. A pesar de sus modificaciones genéticas, seguía siendo humano, y debe de haber sido su respiración lo que puso en marcha la reacción. Yo pensaba que detendría el vencimiento, pero no se me ocurrió que también reiniciaría el proceso de envejecimiento. Es

asombroso. ¿Les habrá curado también la esterilidad?

—Bueno, todavía no hemos probado eso —respondió Ritter—, aunque Dwain estuvo haciendo lo posible antes de que nos marcháramos.

—Cállate —le dijo Dwain.

—Podría ser la interacción humana —dijo Samm—, pero aún no estamos seguros.

Heron se acercó un poco, pues eso era la clave de todo. Ahora que White Plains había desaparecido, y con ella también Morgan, Heron no tenía más posibilidades de sobrevivir al vencimiento que aquella pequeña esperanza.

—Es posible —prosiguió Samm—, y hasta probable, que lo que pasó con la Tercera División no se repita, que Vale les haya hecho algo, ya sea directamente o a través de Williams, para mantenerlos con vida.

—El doctor no lo hizo a propósito —dijo Kira—. Pasé semanas con él tratando de curar el vencimiento, y estaba tan desconcertado como yo —Heron contuvo el aliento, prestando

atención a cada palabra, inhalándolas—. Antes, yo creía tener razón, pero luego lo confirmé de primera mano. Hablé con el hombre que diseñó el sistema, el líder del Consorcio. Ese fue siempre su plan: si humanos y Parciales son capaces de convivir, pueden seguir con vida.

Heron volvió a respirar, en forma lenta y controlada. Podía vivir. Todo lo que había hecho, todos los riesgos que había asumido, todos los saltos de fe, habían llevado a ese momento. Podía vivir.

—No puede ser así de fácil —dijo Samm—. Después de todo lo que vivimos: el infierno, las guerras y el fin del mundo...

—No es fácil —repuso Kira—. Nunca lo fue, y nunca lo será. Mira por todo lo que hemos pasado nada más que para llegar hasta aquí, solo para convencer siquiera a una mínima fracción de cada especie de trabajar juntos. Siempre es más fácil morir por tu bando que vivir por el otro. Pero eso es lo que tenemos que hacer: vivir, día tras día, resolviendo cada nuevo problema y superando cada nuevo prejuicio y

desarrollando cada punto de interés mutuo que podamos encontrar. Hacer la guerra fue la parte fácil; hacer la paz será lo más difícil que hayamos hecho.

Uno de los refugiados de East Meadow habló; a Heron le pareció reconocerlo como el que se llamaba Marcus.

—Ya sé que es importante que estemos juntos y respiremos los unos sobre los otros, pero ¿y si nos concentramos en salir de aquí? Ese puentecito que volaron no va a detenerlos para siempre.

—Los demás humanos están al sudoeste de aquí —dijo Samm—, en una franja angosta de tierra llamada Breezy Point.

—Allá es adonde supusimos que irían —respondió Kira—. ¿Hablaron con ellos?

—Entramos por Brooklyn —negó con la cabeza—, y como no sabía cómo encontrarte, fuimos al bastión humano más cercano, que era el aeropuerto JFK; allí quedaban algunos rezagados, y nos dijeron dónde estaban reuniéndose. Parece que la mayoría de los

habitantes de la isla pudieron llegar: veinte mil, por lo menos, quizá treinta mil. Pero no sabían nada de ti, y por eso nuestro plan era seguir hacia East Meadow; fue cuando oímos la balacera. No sabía que eras tú hasta que nos encontramos con los primeros de tu columna y les preguntamos quién estaba a cargo.

—Nos dio mucho gusto verte —dijo Marcus, y Heron lo vio dirigir una mirada incierta hacia Kira. No parecía tan contento como afirmaba.

Heron empezó a rezagarse y dejó de prestarles atención cuando la conversación se volcó sobre el tema más mundano de qué hacer a continuación y cómo hacerlo. Tenían más de trescientos refugiados en el grupo de Kira, y faltaban veintisiete kilómetros para que se encontraran con el resto de los humanos en Breezy Point. El ejército Parcial los alcanzaría; tal vez no inmediatamente, pero sí era inevitable.

Después del ataque de esa medianoche, seguramente esperarían antes de emprender uno nuevo para reunir sus fuerzas y luego caer sobre

ellos con potencia abrumadora. El grupito de Kira estaba condenado, igual que todos los humanos de esa isla, y Heron no tenía intenciones de estar allí cuando los acabaran. Era imposible esconder a tantas personas, aunque tuvieran a un puñado de Parciales para ayudarlos.

Pero un solo Parcial, y un solo humano para protegerse del vencimiento, podían desaparecer para siempre.

Miró el grupo, preguntándose quién sería el mejor. La respuesta obvia era Calix: era capaz, valiente y sería más una ayuda que un estorbo. Al principio podría resistirse un poco, pero tenía el mismo instinto feroz de supervivencia, y una vez agotado el resto de sus opciones, entendería la sensatez de asociarse con ella. Aunque, por otro lado, Samm parecía extrañamente apegado a Calix, como si ella fuera un cachorrito, y si Heron la elegía, era posible que él fuera a buscarla, con ese estúpido sentido de la lealtad que superaba todas sus prioridades más lógicas.

Marcus tampoco era una opción por el

mismo motivo; en este caso por el apego hacia Kira, y Calix estaba apegada a Phan. *Es como una telaraña de obsesiones dependientes*, pensó. *Son capaces de matarse a sí mismos, y quizás a todos los demás, con tal de salvar a sus amigos. ¿De qué les sirve?*

Con todos los humanos que hay, casi todos idénticos. ¿Por qué arriesgar tanto por una sola persona?

Apretó el paso y se adelantó por la larga columna de gente, en busca de alguien a quien nadie fuera a echar de menos. «¿A dónde va?», oyó preguntar a Kira detrás de ella, pero no hizo caso. Observó detenidamente a cada humano a medida que pasaba entre ellos, evaluando cuáles podían estar mejor preparados para un viaje por la naturaleza: quién tenía comida y agua, quién estaba bien abrigado, quién estaba armado y parecía saber usar sus armas. Ninguno de los viajeros asediados le inspiraba mucha confianza, pero Heron supuso que eso era comprensible. Eran los últimos rezagados, los que no se habían atrevido a abandonar East Meadow hasta que

estalló la bomba, y Kira los había sacado de sus casas con horrendas promesas sobre el fin del mundo. *Puede que tenga que esperar hasta que alcancemos a los demás*, pensó. *O simplemente puedo llevarme a Calix y esperar que Samm no cometa la estupidez de perseguirme.*

Alguien se acercaba por atrás, y Heron puso una mano sobre su pistola, lista para sacarla si resultaba ser un enemigo.

—Quiero disculparme —dijo Kira.

—¿Disculparte? —Bajó la mano lentamente y la miró.

—Fui grosera contigo. Hiciste todo este viaje y arriesgaste tu vida por ayudarme, y yo te traté como... bueno, lo siento. Me ayudaste y te lo agradezco.

—No arriesgué mi vida por ti —replicó Heron, mirando hacia adelante.

—Por Samm, entonces. Lo cierto es que...

—Lo cierto es que no arriesgué mi vida. Siempre tuve las cosas bajo control; si no, no lo habría hecho.

—¿Por qué no puedes aceptar la disculpa y ya? —preguntó Kira, y Heron percibió tensión en su voz.

—¿Cuándo te he facilitado las cosas? —preguntó Heron.

—¿Por qué viniste?

—Te dije que prestaras más atención...

—Quieres secuestrar a un humano —dijo.

Heron no respondió, y Kira no vaciló—. Volviste por la cura, y ahora que estás segura de que está en los humanos, quieres llevarte uno para salvarte. Estuve prestando atención, más de lo que crees, y es lo único que tiene sentido. Nunca te importó otra cosa que tu propia supervivencia; estabas ayudando a Morgan porque pensabas que podía salvarte, y luego, por un tiempo, me ayudaste a mí porque pensabas que yo podía hacerlo. Al ver que no fue así, volviste con Morgan, y ahora que ella fracasó te quedaste sin opciones... hasta que yo confirmé la cura.

—Creo que no me entiendes ni la mitad de lo bien que tú crees —hizo una pausa—. Pero sí

un poquito más de lo que me gustaría, al menos en este caso.

—Entonces sabes...

—¿Alguna vez se te ocurrió pensar que es muy mala idea ponerte en mi camino? —La interrumpió.

—Estoy tratando de salvar *a todos*. Lo sabes, Heron. Incluso a ti, si me dejas, pero no puedo permitir que lastimes a nadie más.

—En el mejor de los casos te mato, secuestro a uno de los humanos y nadie vuelve a verme. Así van a ser las cosas si insistes en cuestionarme. Si lo llevas más lejos, si ofreces pelea, tratas de impedírmelo o buscas ayuda, acabaré provocando mucha más muerte y destrucción hasta que, sí, me escape de todos modos. No vale la pena. Ve a Breezy Point, súbete a tu barquito y cuenta los minutos hasta que ese ejército los alcance por fin y mate hasta al último de ustedes. Yo estaré a salvo, igual que quien sea que vaya conmigo. No vale la pena tratar de impedírmelo.

Kira apoyó una mano en el brazo de Heron;

que se puso tensa pero no se apartó. Luego le habló con voz más serena de lo que esperaba.

—Sobrevivir es importante, pero no si para conseguirlo te pierdes a ti misma. Sobrevivir por la supervivencia misma es... vacío. Eso no es vida, es una espiral de realimentación.

Heron pensó que le diría más, que le hablaría y le hablaría, con su típico estilo moralista, pero Kira le soltó el brazo y se alejó en la noche, de regreso hacia Samm, Marcus y los demás. Ella se detuvo, se quedó observando la fila de refugiados que pasaba a su lado por la nieve, y luego se volvió y se internó en la ciudad.

Los edificios parecían un sueño en la oscuridad: formas negras, apagadas, sus contornos suavizados por la nieve y la tenue luz de la luna. Se movió entre ellos en silencio, recorriendo aquel mundo como un fantasma vivo. Su entrenamiento para el sigilo estaba tan arraigado y sus habilidades tan perfectamente refinadas, que no dejaba huellas al caminar, ningún rastro, ningún indicio de que había pasado por allí.

Si no elegía dejar una marca, nadie podría darse cuenta de que había estado allí.

Entre la nieve que caía apareció otra figura, baja y delgada. Un lobo o un perro salvaje, que iba olfateando con voracidad el vacío gris en una búsqueda desesperada de sustento. Ella levantó su fusil en silencio, lista para matarlo por instinto como posible amenaza. Su dedo se mantuvo sobre el gatillo. Vio que el animal se detenía, tenso como un resorte, y luego se ponía súbitamente en movimiento: echó a correr por la calle detrás de algo blanco y diminuto, un gato o un conejo, y tanto el cazador como la presa iban levantando nieve en su carrera frenética. El lobo atacó, sacudió la cabeza tres veces, y el conejo quedó muerto en sus fauces. Gotas de sangre oscura empezaron a caer en la nieve.

Eso es la vida, pensó. No un tratado de paz, no un sueño idealista, sino una danza sombría de muerte y supervivencia. Los fuertes sobreviven, mientras que los débiles, los que son demasiado pequeños o demasiado tontos como para defenderse,

mueren con angustia y sangre. Kira quiere un mundo de conejos, a salvo en su conejera, felices en su comunidad y abstraídos de la realidad, pero el mundo de verdad está afuera. Un cazador en la nieve. La vida es un lobo solitario, luchando con garras y dientes por sobrevivir, con un corazón de piedra.

El lobo volvió a sacudir a su presa, para asegurarse de haberla matado, pero no se quedó a darse el festín allí mismo, en la calle. Levantó la vista, aún sin prestar atención a la presencia de Heron, y se alejó caminando entre las casas semiderruidas y los autos viejos y desvencijados cubiertos de nieve. Ella lo siguió con curiosidad; quería ver dónde el animal decidía que era seguro detenerse a comer a su presa.

Cruzó brechas en las cercas, saltó sobre árboles caídos y cables de tendido eléctrico, y todo el tiempo ella lo siguió, observándolo y esperando. Por fin llegó a su guarida, un espacio reducido debajo de una casa derruida, y entró arrastrándose por el túnel angosto que había

cavado en la nieve. Heron se acercó para espiar.

El lobo dejó el conejo en el suelo y se quedó observando en silencio maternal mientras cuatro lobeznos pequeñitos chillaban y le lanzaban tarascadas, ansiosos por comer. La madre se volvió hacia la entrada, miró directamente a Heron, y sus ojos oscuros brillaron con un resplandor verde bajo la tenue luz que se reflejaba.

Heron observó a los cachorros comer, y lloró.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Kira caminaba con dificultad por la nieve, aferrándose a la camilla que habían improvisado para ayudar a trasladar a Green. El ejército Parcial estaba demasiado cerca y la noche demasiado fría; si se detenían los alcanzaría, o morirían congelados. Por eso seguían avanzando, paso tras paso, centímetro a centímetro, mientras los pies les sangraban en los zapatos y las manos se les congelaban dentro de los guantes, y la tormenta implacable seguía rugiendo a su alrededor. Un kilómetro. Tres kilómetros. Ocho kilómetros. Pronto casi todos estaban ayudando a llevar una camilla, cada una armada con lo que encontraban en las casas congeladas al costado del camino: escobas,

camisas y vestidos. Envolvían las camillas con mantas, para que los heridos no se congelaran, y confiaban en su propio agotamiento para salvarse.

A diez kilómetros del último puente que habían volado, los recibió la primera línea de defensa en la península Rockaway. Allí había apenas trescientos metros entre el océano y la bahía, y los escasos restos de la Red de Defensa estaban refugiados en casas y búnkeres improvisados, y su cuartel general era una vieja escuela pública. Llevaron allí a los refugiados, encendieron fogatas para que entraran en calor y les ofrecieron todas sus provisiones de comida y agua. Otras treinta personas habían fallecido de hipotermia, y un hombre tenía los pies ennegrecidos y muertos por congelamiento. Kira dejó que los soldados los ayudaran y se acomodó en un rincón con una manta seca para dormir.

Cuando despertó, al día siguiente, se asombró de estar todavía con vida.

A pesar de que las primeras luces

anunciaban el nuevo día, su cuerpo exhausto le decía que apenas había dormido unas cuantas horas. Se obligó a levantarse y se acercó al fuego mortecino; levantó las manos heladas hacia el calor escaso, preguntándose si alguna vez volvería a sentirse abrigada de verdad, y luego fue a buscar al líder de la base. Era un hombre mayor, fatigado y de cabello entrecano, que se presentó como David.

—Kira Walker —saludó, mientras le estrechaba la mano. Vio un asomo de reconocimiento en los ojos del hombre y asintió—. Sí, esa misma. ¿Ya nos alcanzó el ejército Parcial?

—No. Estuvimos vigilando toda la noche; tenemos francotiradores y DEI, dispositivos explosivos improvisados, a lo largo de la península, pero no hay rastros de ellos.

—Probablemente están preparando un ataque en gran escala.

—O defendiendo su retaguardia —sugirió David—. Tovar y Mkele siguen allá, con lo que quede de la resistencia, y puede que aún estén

dándonos tiempo para escapar.

—Tovar murió —le informó Kira—. De Mkele no sé nada —se frotó los ojos; no se sentía más descansada que cuando se había ido a dormir—. A Tovar lo mató un hombre llamado... bueno, lo llaman el Hombre de la Sangre —sintió una necesidad súbita e irracional de esconder su identidad, a pesar de que nadie sabía quién era ni que tenía alguna conexión con ella—. Tiene un rotor y dirige un grupo de Parciales modificados genéticamente; están matando gente para robarle el ADN. ¿No han oído hablar de él?

—Nada de eso —respondió, negando con la cabeza—. Algunos refugiados contaron sobre un rotor en Long Beach y Brosewere Bay, pero los mensajeros de Breezy Point no comentaron nada. Si anda por aquí, todavía está al este de nosotros.

—Y elige a los que andan solos para que no corran la voz —dijo Kira—. Vigilen el cielo; si decide venir aquí, vamos a tener problemas —se frotó las sienes y se recostó con fatiga contra

una pared—. ¿Y los demás humanos? ¿Sabe cómo va la evacuación?

—Lenta pero constante. Falta por lo menos una semana más hasta que crucen todos. Esta base debía replegarse hoy, pero no sé si tu grupo está en condiciones de hacer ese viaje.

—¿Tienen más bases como esta?

—Otros dos puntos de paso forzoso en la península —asintió David—, uno en cada puente que va a Brooklyn. Mantuvimos los puentes abiertos por si llegan más refugiados. Nuestro plan para hoy era armar las trampas, preparar los explosivos y replegarnos once kilómetros hasta la Autopista Marina; que nuestros compañeros de Cross Bay Bridge queden al frente por un tiempo.

—Háganlo —dijo Kira, y levantó las manos cuando vio que él iba a protestar—. Estamos bastante agotados, pero podemos llegar por lo menos a la siguiente base. Si dejamos de movernos, será nuestra muerte.

—En ese caso, mejor salgamos mientras queda luz de día —dijo David—. Reúne a tu

gente, yo avisaré a la mía. Podemos estar listos en dos horas, pero pueden adelantarse, si quieren.

Kira regresó al gimnasio lleno de refugiados, haciendo una mueca a cada paso. *No es buen augurio para hoy*. Recogió una botella de agua para llevársela a Green, pero vio que ya había alguien hablando con él... Era Heron.

—Todavía estás aquí —observó Kira, mientras destapaba la botella para beber un poco.

—Tú también, aunque supongo que eso no es tan sorprendente.

—Creo que ella se refería a mí —dijo Green, con voz apenas audible—. Cree que voy a morir.

Kira lo tomó de la mano pero no lo corrigió, y miró a Heron con ojos cansados:

—Es demasiado terco para morir.

—Sé lo que se siente —dijo Heron.

—Vamos a salir otra vez —informó Kira—.

Tienen otra base, parece que a unos ocho kilómetros. Si para de nevar y tenemos luz de

día, podemos llegar en unas horas.

—Esta mañana hubo dos casos más de congelamiento —anunció Heron, y señaló a Green—, inclusive él.

Son las personas que están en camillas; tenemos que hacerlos caminar y hacerles circular la sangre; si no, van a perder sus extremidades.

—¿Crees poder convencerlos?

Heron sonrió con aire perverso, se acercó a la camilla más cercana y la dio vuelta con un gruñido. Su ocupante dormido fue a parar al suelo; y despertó confundido, tratando de dilucidar dónde estaba. Heron arrojó la camilla a la fogata más cercana.

—¿Qué haces? —exclamó el hombre.

—Está salvándole las piernas —respondió Kira—. Busquen algo para comer. Salimos en una hora —el hombre movió la mandíbula sin palabras, demasiado exhausto como para discutir; luego se dirigió con pasos inciertos hacia las raciones de emergencia, frotándose las piernas mientras caminaba. Kira hizo una seña a

Heron, quien asintió y fue a dar vuelta otra camilla. Miró a Green—. Es muy directa.

—Y muy atractiva —respondió él—. ¿Tiene pareja?

—Has estado peleando desde Candlewood, con este invierno infernal, una explosión nuclear y tu propio cuerpo que solo trata de matarte. Renuncia mientras estés a tiempo —le dio una palmada en la pierna y se alejó para correr la voz entre el resto del grupo.

Marcus estaba en un costado del salón, conversando con un refugiado, y Samm estaba del otro lado, hablando con su grupo de la Reserva. Kira se paró en el medio del salón, sin saber con quién hablar primero ni qué decir ni... nada. Dio un paso hacia Marcus, se detuvo, y optó por seguir derecho, alertando a la gente en línea recta por el centro del salón. Se preocuparía por ellos dos cuando no tuviera que huir para salvar su vida.

Bufó y sacudió la cabeza. *Si es que eso pasa alguna vez.*

Apenas había alcanzado a hablar con

algunas personas, cuando Samm se le acercó por detrás. Kira había aprendido de él a usar el enlace, y esta vez lo sintió venir; sus datos le resultaban ya tan conocidos como su cara, e igualmente reconfortantes. Cerró los ojos y lo saboreó como a un viejo aroma familiar; luego se borró la emoción del rostro y giró hacia él.

—Samm.

—Kira —dijo él, y se quedó en silencio, no incómodo ni avergonzado, sino simplemente... inseguro. Ella amaba esos momentos de vulnerabilidad en él, como grietas en su armadura de seguridad suprema y calma. La emocionaba saber que él había liderado un equipo desde la Reserva, conquistado el páramo y derrotado a un ejército para estar allí, y ahora verlo vacilar, sin saber bien qué decirle—. Te oí decir que nos vamos...

—Sí, justamente iba a avisarte.

—Kira, cuando te fuiste...

—Lo sé, Samm. Lo sé... y no lo sé.

—Esto no es lo que yo... —se interrumpió—. No pensaba hacer esto así. Tuve meses

para planear lo que te diría cuando volviera a verte, pero cuando te encontré, no estaba preparado.

—Hiciste un plan y me salvaste la vida antes de que pudiera darme cuenta de lo que pasaba —respondió ella—. Si eso no es estar preparado, no sé lo que es.

—Ese tipo de cosas me resultan fáciles. Esto... —hizo una pausa, enderezó los hombros y trató de volver a empezar, pero ella lo interrumpió.

—Quiero hablar contigo, Samm... durante horas, días y una eternidad, pero ahora no podemos. No aquí, mientras todavía estamos en peligro.

—Tienes razón —respondió él, y ella percibió una mezcla de frustración y alivio en el enlace—. ¿En qué puedo ayudarte?

Kira miró alrededor, pensando qué decirle. Vio a los refugiados que trataban de secar su ropa junto al fuego y tomó una decisión:

—Lleva a quienes puedas y vayan a las casas más cercanas. Necesitamos toda la ropa

seca que puedan encontrar; lo ideal son chaquetas y abrigos, pero cualquier camisa o par de pantalones servirá. No podemos dejarlos salir así, mojados.

—La mayoría también necesita zapatos —observó Samm—. Traeremos lo que podamos —volvió a vacilar, como si no supiera si hacer el saludo militar o darle un abrazo; luego se volvió y llamó a su grupo. Lo siguieron, incluso Calix y Phan, y antes de irse reclutaron a varios refugiados.

Ella los vio salir, preguntándose si había dicho lo correcto, si al no aceptarlo en el momento lo había perdido para siempre, o incluso si quería recuperarlo.

Marcus, por su parte, ya estaba organizando a la gente en grupos, anotando a quiénes habían perdido y quiénes seguían allí, y con qué recursos contaban para el siguiente tramo del viaje. Kira se dirigió hacia él tratando de pensar qué decirle; ahora que había hablado con Samm, no podía dejarlo afuera. Mientras caminaba vio a Heron, que seguía volcando camillas y

gritándoles a todos que se levantaran, que caminaran por sus propios medios, que hicieran circular su sangre. Aún no sabía por qué la muchacha se había quedado, ni si todavía pensaba marcharse, traicionarlos o qué. *Genial*, pensó. *Una cosa más de qué preocuparme.*

Marcus levantó la vista cuando Kira se acercó, aunque no sonrió. Señaló con la cabeza hacia la puerta por la que Samm acababa de salir.

—¿Van a adelantarse para explorar?

—A buscar ropa seca —respondió ella—.

¿Cómo estamos de comida?

—Mal, tirando a desastroso; pero probablemente todavía no llegemos al canibalismo. Esta base ya tenía la última de sus raciones *antes* de que aparecieran trescientos refugiados; parece que piensan evacuar hoy.

—Así es. Probablemente la próxima base esté igualmente escasa de víveres cuando llegemos.

—Podemos buscar provisiones en los alrededores —sugirió él—, pero tienes que

recordar que muchas personas pasaron por aquí en el último mes. Aunque busquemos, no habrá suficiente alimento para todos.

Hablar con Marcus es mucho más fácil que con Samm, pensó Kira. O tal vez solo me parece fácil porque estamos hablando de cosas fáciles. Cosas básicas. ¿Por qué puedo hablar de salvar al mundo, pero no de mí misma?

Al diablo con esto. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Lo miró directamente a los ojos.

—Marcus, sabes que estoy enamorada de ti, ¿verdad?

Él quedó boquiabierto un segundo, y luego sonrió.

—No sabía si volvería a oírte decirlo.

—¿Y sabes también que estoy enamorada de Samm?

Esta vez quedó boquiabierto por mucho más tiempo, y sus ojos se empañaron.

—Eso no es lo que esperaba oír, pero... gracias, supongo. Es mejor oírlo directamente.

—No creí que volvería a verlo.

—¿Entonces por eso me besaste?

—No es por eso que *quería* besarte; por eso *me permití* besarte.

—No estoy seguro de que eso me haga sentir mejor.

—Elegí porque pensé que era la única opción que tenía —explicó Kira—. Sé que es horrible, pero así es. Cuando lo besé a Samm, fue por la misma razón: creí que iba a morir, y le dije que lo amaba. Es como que... puedo mandar mi vida al diablo tratando de ayudar a otros, pero solo puedo hacer algo por mí cuando sé que no importa.

—Así que a él también lo besaste... Esta conversación se está poniendo confusa e incómoda.

—Lo siento mucho, Marcus. No sé qué me pasa.

—A ti no te pasa nada —repuso, aunque era obvio que le costaba encontrar las palabras—. Ambos somos especímenes bastante perfectos... a mí también me costaría elegir

entre los dos.

Kira rio.

—Mis decisiones eran mucho más fáciles cuando pensaba que el apocalipsis estaba tomándolas por mí.

—El apocalipsis todavía está en pañales —dijo él, secamente—. ¿De veras crees que vamos a salir con vida de todo esto? Puede que mueras tú y que yo termine con Samm.

—Mejor con él que con Heron —respondió ella—. Hagas lo que hagas, no te le acerques.

—De acuerdo —dijo Marcus—. La vi una sola vez, pero... caray. Si muere alguien en las próximas semanas, no me sorprenderá que sea ella quien apriete el gatillo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

El ejército Parcial no llegó ese día, y los refugiados de Kira llegaron a la segunda base en Cross Bay Bridge sin problemas. Encendieron sus fogatas y pasaron la noche apiñados, atentos al sonido de las trampas defensivas y los explosivos de la Red, pero no oyeron nada.

—No vienen —dijo Samm.

—O encontraron las trampas y las desarmaron —sugirió Heron. Miró a los humanos que tenía cerca con una sonrisa de lobo—. Disculpen, soy un poco optimista.

—¿De qué lado estás? —le preguntó Marcus.

—Ahora que estamos tan cerca del fin —dijo Kira—, todos tenemos que estar del lado de

todos. Estamos huyendo de ellos porque quieren matarnos, pero no podemos sobrevivir sin ellos. Así funciona esto.

—Y ¿cómo conciliamos eso con la parte de que quieren matarnos? —preguntó Calix—. Por definición, eso hará la convivencia imposible.

—Hablabamos con ellos —respondió Kira—. Pero primero llevaremos a todos a un lugar seguro. Están enojados; piensan que volamos su hogar y asesinamos al ochenta por ciento de su especie. Pondremos a todos a salvo, de ellos y de la radiación, y después, cuando no les quede nadie a quien dispararle, podremos conversar con ellos.

—Pueden matar a quien intente acercárseles —señaló Marcus.

—Esperemos que no —dijo Kira.

Al día siguiente consiguieron más ropa seca y caminaron seis kilómetros hasta la tercera base. Kira se sorprendió al descubrir que había estado allí antes, en su primera excursión a Manhattan; habían dado un rodeo para esconderse, tanto del Senado como de la Voz, y

habían cruzado a Brooklyn por aquel puente. No reconoció la ciudad por la nieve, pero el puente era inconfundible. Más allá de la base, quedaban poco menos de cinco kilómetros hasta la punta del promontorio, hasta Breezy Point, y ya alcanzaba a divisar al vasto grupo de refugiados, la población humana en su totalidad, amontonada más adelante. Le alegró el corazón ver a tantos con vida, después de haber pasado mucho tiempo a solas en la naturaleza, pero a la vez le produjo un escalofrío más profundo aún que la tormenta.

Todos los humanos de la isla, pensó. Nunca los vi en un mismo lugar.

Qué pocos quedamos.

Breezy Point consistía en un bosque corto, casi tan angosto como había sido el resto de la península, que terminaba en una punta más redondeada que parecía estar cubierta, de playa a playa, por casas apiñadas sin más espacio entre ellas que caminos angostos y a veces pequeños senderos de arena. Sobre la ciudad, el aire era un manto de humo gris por los cientos

de chimeneas, y abajo la nieve estaba casi negra por las cenizas y el lodo. La playa sur estaba atestada de gente, y el océano, salpicado por una fina hilera de embarcaciones, que se extendía hacia la línea lejana de la costa de Jersey. Allá también, Kira distinguió humo de cocina, y apretó la mandíbula con agradecimiento. *Aunque los demás muramos, algunos ya escaparon.*

Ella se ocupó de que los refugiados tuvieran comida y abrigo; luego los dejó en la base y salió a recorrer los últimos kilómetros con Marcus, Samm y el resto del grupo de la Reserva. Quería llevar también a Green, pero no estaba consciente todo el tiempo y lo mejor que podía hacer por él en ese momento era dejarlo abrigado y rodeado de humanos. Si la cura interactiva iba a hacerle efecto, esa era su última oportunidad. A Kira se le ocurrió que el hecho de que faltaran menos de tres días para que venciera la próxima generación podía explicar la súbita interrupción en la persecución de los Parciales.

Ella estaba cuidando a un soldado afectado con la tenue esperanza de que se recuperara; ellos estaban atendiendo a miles, sin esperanza alguna.

¿Será que con eso van a calmarse?, se preguntó. ¿Que van a tener que parar, hacer un recuento de sus fuerzas y reevaluar el ataque?

¿O solo se pondrán más vengativos?

Un par de hombres los recibieron en las afueras de la ciudad, envueltos en ponchos fabricados con mantas; tenían un libro de contabilidad muy gastado.

—No creímos que llegarían más. Me llamo Gage —el líder de los hombres estrechó la mano de Kira—. Vengan al puesto de frontera, así entran en calor y vemos dónde los ponemos mientras esperan un barco.

—¿Quién está a cargo? —le preguntó—. Necesitamos hablar con... ¿el Senado, supongo? ¿Kessler está aquí? ¿Y Hobb?

—Ninguno de los dos se ha presentado todavía. Haru Sato está organizando todo —

respondió Gage.

—Perfecto —dijo Marcus—. Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar con alguien locuaz y egocéntrico, de modo que esto nos viene como anillo al dedo.

—¿Lo conoce? —le preguntó Gage.

—Somos viejos amigos —respondió Kira—. Soy Kira Walker —vio el mismo asomo de sorpresa y reconocimiento, y asintió. *¿Esto me va a pasar todo el tiempo?*—. Sí, la misma. ¿Puede llevarnos con Haru?

—Primero permítanme ocuparme de ustedes —dijo Gage, examinando su libro mientras caminaban—. Son... ¿diez?

—Y trescientos más en la base —respondió ella—. Llegarán mañana.

—Caray —Gage pasó más hojas, se detuvo en un momento y luego hizo una seña a su compañero—. Dile a Kyle que abra la Doce Oeste; empezaremos a ponerlos allí.

El hombre se fue corriendo, y Gage les hizo más preguntas: cuánta comida habían traído consigo, cuántos heridos tenían, cuántos que

podrían atender enfermos o tripular un barco. Kira se tranquilizó al ver que la evacuación se estaba manejando con tanta eficiencia, pero no por eso dejó de preocuparse: eficiente y seguro no eran lo mismo. Apretó el paso para que Gage se diera prisa, y este los llevó por las calles nevadas, manchadas de hollín, hasta un viejo depósito de artículos de construcción en el centro de la ciudad, que los refugiados habían convertido en centro de comando. Dentro estaba Haru.

—¡Kira! ¡Marcus! —corrió hacia ellos y los envolvió en un abrazo—. ¡Cuánto se va a alegrar Madison cuando sepa que están vivos! Ya cruzó con Arwen; no queríamos arriesgarnos a perder a nuestra hijita; a esta altura, es prácticamente la mascota de la especie —miró a Heron y a los otros, y su voz se puso más seria—. No conozco a los demás, pero bienvenidos a Breezy Point. Creemos que faltan unos cuatro días más para que todos lleguemos al otro lado, y ya hay exploradores camino al sur y al oeste, buscando las mejores rutas para...

¡Quieto! —Ladró la orden súbitamente, y sacó su pistola con tanta rapidez que Kira apenas vio el movimiento. Haru estaba mirando a Samm y le apuntaba directamente al pecho—. Maldición, Kira, ¿trajiste a un Parcial?

—Traje a varios —respondió con firmeza, mientras observaba cómo un grupo de guardias locales sorprendidos sacaban sus armas—. Haru, en este grupo hay más Parciales que humanos; eso me incluye a mí.

Él dio un paso atrás para tener una mejor visión del grupo en su conjunto, pero su expresión seria vaciló.

—Me... me enteré por Nandita.

—¿Nandita está viva?

—Se dirigía al este, antes de la nieve, tratando de salvar al bebé de Isolde...

—¿Isolde tuvo a su bebé? —exclamó Kira—. ¿Dónde están?

—Iban hacia el este, a Plum Island —respondió Haru—. Las acompañaban Hobb, Kessler y Xochi.

Nandita pensaba que podía salvar al bebé,

pero desde entonces no hemos sabido nada. Yo... A estas alturas tengo que suponer que no lo lograron.

—Hace tres minutos pensabas que yo tampoco lo había logrado —le recordó—. Son ingeniosas, llegarán.

—¿Podemos seguir esta conversación cuando ya no estén apuntándonos? —pidió Marcus—. Estoy tan fascinado como tú, pero es difícil concentrarse con una pistola en la cara.

—¿Cuántos de ustedes son Parciales? —preguntó Haru. Samm, Ritter y los otros tres levantaron la mano. Calix se adelantó y se colocó directamente en la línea de fuego de Haru.

—Me llamo Calix —dijo—, y puedo garantizar personalmente que estos hombres me han salvado la vida más veces de las que puedo contar. No son una amenaza; es probable que sean la mayor ventaja que tendrás para proteger a esta gente.

—Son Parciales —replicó Haru—. Kira se crio como humana, por eso confío en ella, pero

los demás podrían ser espías, podrían ser asesinos... o cualquier cosa.

—Entonces piensa por un momento que también podrían ser amigos —insistió Calix—. A mí también me costó al principio, pero les he confiado mi vida y no me han decepcionado.

Haru se quedó mirando a los Parciales, sujetando su pistola con más fuerza. Al cabo de un momento, volvió a hablar.

—Kira, le salvaste la vida a mi hija; no importa qué más hayas hecho. Si me dices que podemos confiar en estos hombres, te creo.

—Pueden confiar en ellos —dijo ella—. Y también en la mujer que está detrás de ti.

—¿En quién? —Bajó la pistola y se volvió. Heron salió de entre las sombras, bajando su propia pistola con rostro inexpresivo. Haru la observó cuidadosamente—. Después de eso, ¿por qué debería confiar en ti?

—Porque sigues vivo —sonrió Heron.

La miró enojado, pero después de un momento volvió a enfundar su pistola e hizo una seña a los guardias para que hicieran lo mismo.

—El mundo ha cambiado, y todavía no me acostumbro completamente al nuevo. Kira y Marcus los consideran amigos, así que son bienvenidos aquí.

—Comprendemos —respondió Samm—. Me alegra saber que tu hija está bien.

Haru volvió a poner cara de enojo, visiblemente inseguro sobre cómo tomar los buenos deseos de un Parcial, pero no dijo nada en voz alta.

Kira se adelantó y le puso una mano en el hombro.

—Cuéntame sobre Isolde y su bebé. ¿Cómo sobrevivió a los síntomas iniciales del RM?

—Es un varón, se llama Mohammad Khan. Y el bebé nunca tuvo RM. Es híbrido.

—¿Cómo que es híbrido? —Ella frunció el ceño.

—Así que no lo sabes... —Haru sacudió la cabeza—. Bueno, tenemos mucho de qué hablar.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

—No puedo creerlo —dijo Kira. Caía la noche y estaban en la casa que les habían asignado; ella se ocupaba del fuego mientras Samm y los soldados de la Tercera División aislaban las ventanas con almohadones y colchones—. Ariel e Isolde son Parciales, como yo... mis hermanas son mis hermanas de verdad, en un sentido gigantesco, cósmico.

—Si es que siguen vivas —dijo Marcus—. No es que quiera pincharte el globo, pero no es muy probable.

—Están vivas —replicó ella—. Al diablo con la nieve, al diablo con la bomba atómica, al diablo con la isla llena de supersoldados que buscan venganza: están vivas.

—Está bien: están vivas —Marcus levantó las manos en gesto de paz.

—Cuatro días más de cruzar gente en los barcos —dijo Calix—. ¿Creen que podemos hacerlo?

—¿Qué cosa? ¿Salir de la isla? —preguntó Kira.

—No, seguir con vida cuatro días más.

—Espero que sí —Kira atizó el fuego—. Aunque lo logremos, no servirá de nada si no convencemos al ejército Parcial de que se nos una.

—No hemos visto señales de ellos —dijo Marcus—. No se detonó ninguna de las trampas explosivas, no hubo ataques a ninguna base, nada.

—Rotor —anunció Heron, que estaba sentada junto al ventanal del frente, el cual había permanecido abierto por el humo. Estaba mirando hacia afuera, y cuando Kira se acercó, le señaló el cielo—. Está oscureciendo, pero se ve la silueta que tapa las estrellas en el fondo.

Samm se acercó a mirar, seguido de cerca

por el resto del grupo.

—¿La fuerza de invasión tiene rotores? No estaban usándolos cuando nos perseguían.

—La tormenta estaba demasiado fuerte —respondió Ritter—. No les habrían servido.

—No es el ejército: es el Hombre de la Sangre —dijo Kira.

—¿Te refieres a tu...? —preguntó Samm, mientras escudriñaba el cielo.

—No es mi padre —lo interrumpió—. Vayan por sus cosas. Si está aquí, estará buscando «donantes».

Phan, corre al centro de comando y avísale a Haru; dile que ponga a todos en alerta —se puso su chaqueta gastada y tomó su fusil, mientras el resto recogía sus propias armas—. Los demás, salgan y suban a los techos, donde puedan ver. Vamos a averiguar dónde aterriza, y lo detenemos.

—Va a ser imposible mientras tenga ese rotor —opinó Samm—. Puede bajar, matar y volver a despegar antes de que llegemos a atraparlo.

—No es necesario que lo atrapemos — repuso ella, al tiempo que colocaba un cargador en su fusil—. Vamos a llamar su atención y vendrá por mí.

El grupo salió de la casa a toda velocidad; Kira estaba vagamente consciente de que Heron la observaba con atención, pero no tenía tiempo de detenerse a pensar por qué.

Samm ayudó a Calix a trepar al techo, y desde allí ella gritó instrucciones: los envió a la carrera por la avenida Doce hasta el bulevar Rockaway Point, corriendo por la nieve sucia hacia el límite oriental de la ciudad.

La noche estaba clara, la primera noche clara en varios días, y Kira se preguntó si sería por eso que Armin había salido por fin de su escondite. Tal vez no podía volar bien cuando nevaba, como había dicho Ritter. Trató de pensar de qué podía servirle eso, algún modo de aprovechar ese dato para detenerlo, pero ella no podía controlar el tiempo.

Llegaron a la Avenida Ocean corriendo a través de la noche, cuando de pronto la forma

oscura en el cielo se lanzó hacia el sur, volando alto por encima de las casas. Apenas se distinguía, pero Kira oía el rumor grave que resonaba entre los edificios. Ya se escuchaban gritos desde el centro de comando: demasiado pronto como para que Phan hubiese dado la alarma. ¿Acaso habían visto ya el rotor, o pasaba otra cosa? Dobló hacia el sur, siguiendo la ruta del rotor, y el resto del grupo la siguió.

—¡Está bajando! —gritó Samm, y la forma oscura empezó a descender contra el fondo de estrellas, atravesando la nube de humo que pendía sobre el pueblo.

Oyeron gritos y un disparo, pero estaban demasiado lejos. Se encendió un reflector que alumbraba el suelo y lo recorría, buscando como la probóscide de una mosca. Kira se obligó a correr más rápido de lo que creía poder hacerlo, pero el rotor no aterrizó: simplemente pasó varias veces, describiendo un círculo; luego apagó la luz y volvió a elevarse.

—Me está buscando. Tenemos que asegurarnos de que me encuentre antes de que

empiece a capturar civiles.

Allí las calles eran angostas y apenas se veía una franja de estrellas, de modo que Ritter se subió de un salto al techo de un auto y de allí al de una casa, y escudriñó el cielo en un círculo lento y amplio.

Divisó el rotor y gritó al grupo que fueran al oeste.

Kira volvió a arrancar, decidida a estar ahí cuando Armin volviera a descender para echar otro vistazo.

—¡Está bajando! —volvió a gritar Samm, demasiado pronto.

Kira apenas había recorrido unas pocas cuadras. Lanzó un grito de frustración y tropezó en la nieve.

Samm la sostuvo y siguieron corriendo; salieron de la calle angosta a la amplia plaza central en medio de la ciudad. Frente a ellos estaba el centro de comando, y Haru le gritó a Kira cuando ella pasó a toda velocidad.

—¡Llegó el ejército! —señalaba hacia el otro lado, hacia el este, donde estaban las bases

de la Red. Kira apenas lo oyó mientras se alejaba; su voz se iba perdiendo—. ¡El ejército Parcial! ¡Llegaron a la tercera base!

Ella soltó una palabrota sin dejar de correr, tropezando con los montículos de nieve sucia. Se detuvo un momento a escuchar, y allí estaban, detrás del ritmo profundo y entrecortado del rotor: disparos a lo lejos. Suficientes como para que el sonido recorriera cinco kilómetros por la zona abandonada.

—Nuestro grupo sigue allá —exclamó—. Todos los refugiados a quienes trajimos de East Meadow, gente a la que casi nos costó la vida salvar... todos atrapados ahora.

—No los matarán —dijo Samm.

—¡Por supuesto que lo harán! —gritó ella—. Ya oíste lo que dijeron: que los humanos son alimañas, igual que cualquier Parcial que trabaje con ellos. Green está allá, Samm; lo van a ejecutar por traidor.

—Esta noche, no. Tenemos tiempo de hablar con ellos, de hacerlos entrar en razón.

—¿Por qué estás tan seguro?

Samm no respondió.

—Sigan corriendo —gruñó Heron—. Volvió a subir.

Kira levantó la vista, tratando de seguir la línea que indicaba el dedo de Heron, y divisó la mancha negra que se movía lentamente por encima del humo.

—Al sur —dijo—. Hacia la playa.

Echó a correr una vez más entre el gentío. Las calles que estaban al sur del centro de comando eran más angostas aún: senderos muy estrechos entre casas apiñadas, pero ahora Phan los había alcanzado y había trepado al techo de una casa cercana para darles indicaciones.

—¡Cuatro hileras más allá! —gritó—. ¡No, en la siguiente!

Llegó a la siguiente hilera de casas y dobló a la izquierda, donde observó que el rotor descendía sobre un espacio abierto entre las viviendas. Las aspas que giraban en las alas levantaron un remolino de hielo, lodo y tejas, que cubrieron la zona de aterrizaje como un

torbellino mortal de escombros. Se cubrió la cara con el brazo y se lanzó hacia allá.

ABAJO, indicó Heron por el enlace, y luego lanzó un grito de advertencia para que los humanos hicieran lo mismo.

—¡Abajo! ¡Quédense adentro y cúbranse, es demasiado peligroso!

Kira no le hizo caso, desesperada por lograr que Armin la viera. Apretó los dientes y corrió hacia el remolino de escombros, ensordecida por el ruido de los motores. Se encendió un reflector, que recorrió un poco el suelo y rápidamente la enfocó. Ella se protegió la cara con el brazo por la luz y los escombros, pero para eso estaba allí. Necesitaba que la viera, que se acercara para que los demás pudieran atraparlo. Cerró los ojos y abrió los brazos, descubriendo su rostro bajo el reflector. Hielo y polvo volaban a su alrededor y hacían que la cara le ardiera; su cabello se agitaba frenéticamente por el vendaval. El rotor se mantuvo suspendido en el lugar, bañándola en luz, estudiándola, hasta que de pronto una fuerte ráfaga de viento la arrojó al suelo. Kira se

protegió los ojos y vio que el rotor volvía a elevarse al cielo.

Se fue...

—Va al sur —dijo Heron, mientras la ayudaba a ponerse de pie—. Hacia la playa.

—Allá no hay nadie de noche —dijo Kira—. Al caer el sol atracan los barcos porque no tienen luz para navegar; ahí está hundida la Última Flota; son aguas demasiado traicioneras.

—Puede que haya visto venir al ejército —sugirió Heron.

—O que haya visto las fogatas del otro lado de la bahía —acotó Ritter, observando el cielo—. Ya pasó la playa y sigue de largo.

—Va a hacer una carnicería con los sobrevivientes que ya cruzaron —dijo Kira.

Haru se acercó a ellos, caminando con dificultad por la nieve, acompañado por tres guardias. Su rostro estaba muy serio.

—El rotor fue una distracción —dijo, fatigado—. Un grupo de infiltrados llegó a pie por el límite este del campamento y mató a siete personas. Quizá más... siguen llegando

informes.

—¡Maldición! —gritó Kira. *Armin, canalla...*

Haru cerró los ojos y se los frotó, agotado.

—Ya despertamos a todos en el campamento y los pusimos en alerta, pero no es mucho lo que podemos hacer: casi se nos terminó la comida, tenemos diez casos más de hipotermia, y ahora el ejército Parcial está apenas a cinco kilómetros. Que un Hombre de la Sangre haya robado a siete personas aquí y allá es casi un problema menor, relativamente.

—Y yo tengo un padrastro aquí —dijo Marcus, levantando un dedo—. Solo para mantener en perspectiva la escala de mayor a menor.

Kira asintió y respiró hondo, tratando de pensar:

—Alguien tiene que hablar con el ejército Parcial. Con quienquiera que esté al mando.

—A cualquiera que lo intente, le van a disparar apenas lo vean —dijo Heron.

—O por lo menos lo van a tomar prisionero

—repuso Haru—. Será prácticamente imposible convencerlos de que les conviene la paz más que la venganza.

—Prácticamente —dijo Kira—, pero no del todo. Mañana por la mañana iré allá con una bandera de tregua y me entregaré. Es la única manera.

—Vas a morir —le advirtió Heron.

—Samm no pensaba lo mismo —replicó ella.

—Samm es un tonto —repuso Heron—. Lo mejor que podemos esperar es... —se interrumpió de pronto y miró a su alrededor: Ritter, Haru, Marcus, Phan—. ¿Y Samm?

Kira escudriñó las sombras nevadas, buscando su rostro, tratando de sentirlo en el enlace. No estaba por ninguna parte.

—No creerás que...

—Maldita seas —dijo Heron. El enlace ardió de rabia, y se volvió hacia Kira con un gruñido aterrador—. ¡Tú tienes la culpa!

—¿Se fue a hablar con los Parciales? —preguntó Marcus.

—Nunca le dije que lo hiciera —se defendió Kira—. *Jamás* le pediría que lo hiciera. Iba a ir yo misma...

—¡Por supuesto que ibas a ir tú misma! Es lo que haces siempre: te pones justo en medio del problema más cercano y peligroso que encuentras, y Samm sabía que ibas a hacerlo, por eso se adelantó.

—Está tratando de salvarnos —dijo Kira.

—Está tratando de salvarte a ti —replicó Heron—. Y hará que lo maten por eso.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

—Trescientos diecisiete prisioneros, general — el asistente hizo el saludo militar, y Shon acusó recibo con cansancio.

—¿Y los camiones? —le preguntó—. Necesitaremos reaprovisionarnos antes del próximo ataque.

—Deberían llegar mañana —respondió el asistente.

—Mañana —repitió, soltó un largo y lento suspiro—. Cinco mil de nuestros soldados pueden estar muertos para mañana, y seguro lo estarán pasado mañana.

—Los demás vengaremos su muerte, señor.

El general se limitó a gruñir. Aceptó el informe escrito del asistente, lo hizo salir y cerró

la puerta tras él. El enclave final del ejército humano se había establecido en un antiguo complejo militar llamado Fort Tilden, en la base del puente Marine Parkway, y Shon había ocupado el edificio principal como cuartel provisional para su propio ejército. El edificio estaba en ruinas, semiderruido, como todos los demás en aquella isla olvidada: la cerca, caída; las ventanas, rotas; las pocas puertas que quedaban en sus goznes, hinchadas por la humedad y adheridas a los marcos; pero el lugar estaba limpio y seco, y más que nada, le resultaba familiar.

Shon había nacido en una bodega, donde unos técnicos enmascarados lo sacaron de su capullo, uno entre miles de su generación, pero se había criado en una base militar, tan parecida a esa que casi podía cerrar los ojos y oír los sonidos de su hogar: *jeeps* circulando por la calle, gritos en el patio mientras un oficial dirigía los ejercicios, la cadencia lejana de un sargento que marchaba con su unidad hacia las barracas. Afuera había un campo de béisbol, cubierto de

nieve y maleza, discernible apenas por las graderías de madera desvencijadas que lo rodeaban. Una parte de él, una parte más grande que lo que le gustaría admitir, solo deseaba salir en la oscuridad y permanecer sentado en medio de aquel campo hasta congelarse.

¿Cómo puedo pelear cuando mis hombres siguen muriendo? Pelee o no, gane o pierda, cinco mil de mis soldados morirán mañana, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Ni siquiera tengo órdenes que seguir. Solo mi propio objetivo. Lo único que queda.

La venganza.

Se sentó pesadamente en su silla y clavó la mirada en los informes que tenía en la mano, preguntándose qué hacer. Casi inmediatamente lo sacó de su ensimismamiento el sonido de pasos en el corredor, y unos datos amargos en el enlace, de sorpresa y de ira. Abrió la puerta incluso antes de que el mensajero llamara.

—¿Qué pasó?

—Un prisionero, señor —respondió el

mensajero tras saludar—. Un refugiado del campamento —el enlace del guardia estaba cargado de odio—. Es Parcial, señor.

Shon miró por encima del hombro del soldado y vio a dos guardias detrás de él, que venían escoltando a un soldado atado y de aspecto solemne. Llevaba puesta ropa gastada y sucia, prácticamente andrajos, pero su porte era orgulloso y en su enlace no había asomo alguno de temor. Se detuvo frente a Shon e inclinó la cabeza, dado que no podía hacer el saludo militar con las manos esposadas a su espalda.

—Me llamo Samm —dijo el prisionero—. Necesito hablar con usted.

La firmeza del hombre se transmitió con tanta fuerza por el enlace que Shon se despabiló. Miró al mensajero.

—¿Lo registraron?

—No trae armas. Lo único que tenía era la ropa que trae puesta, y esto —levantó una botella de *whisky* americano.

—¿Por eso está aquí? —Shon miró a Samm—. ¿Está borracho?

—No está abierta. Considérelo una ofrenda de paz.

—¿Es una broma?

—Es una muestra de buena voluntad.

—No pensará hablar con él —dijo el mensajero.

—No —respondió Shon, con la mirada fija en el prisionero—. Después de todo lo que pasó, no creo tener nada que decirle a un traidor, una bala se lo diría con mayor eficacia. Pero... —Inhaló lentamente, evaluándolo. Los datos de Samm en el enlace transmitían la información básica de su estatus militar: su grado, su unidad, sus antecedentes, su lugar en la sociedad Parcial. Era de infantería, igual que Shon; como él, había peleado en la ciudad de Zuoquan en los últimos días de la Guerra de Aislamiento. Había ayudado a tomar Atlanta, y había servido bajo las órdenes de la doctora Morgan. Era un hombre que había pasado por lo peor, que había cumplido su deber; era un hombre que sabía muy bien lo que significaba abandonar a su ejército, pelear por el otro bando y luego

entregarse. El general sacudió la cabeza—. No, pero debo admitir que tengo curiosidad por saber qué cosa podría ser tan importante como para que desperdicie así su vida. De modo que, aunque no hable con él, admito que estoy dispuesto a escucharlo.

Aunque el mensajero expresó su sorpresa y desaprobación por el enlace, Shon no le prestó atención y se hizo a un lado para hacer pasar al prisionero a su oficina. Los guardias trataron de seguirlo, pero él levantó la mano.

—Quédense aquí y pongan guardias afuera. En su grupo hay también por lo menos una asesina, y no quiero que entre por esa ventana en medio de esta conversación con una daga entre los dientes —tomó la botella de *whisky* de manos del mensajero y cerró la puerta.

Samm estaba de pie en el centro de la habitación, temblando ligeramente por su ropa mojada por la nieve.

—Se dará cuenta de que esto es un gesto bastante inútil —indicó Shon, levantando la botella.

—Solo trataba de ser amable.

—Supongo que no puedo culparlo por eso —dijo, y se dirigió a su silla junto al escritorio. No le ofreció asiento a Samm. La madera vieja crujió cuando se sentó, pero lo sostuvo relativamente bien—. ¿Todavía está bueno?

—No lo sé. No bebo. Pero no está abierto, de modo que probablemente está bien.

Shon examinó la botella y luego la destapó. El aroma era exactamente como lo recordaba, y bebió un sorbo pequeño directamente de la botella.

—Yo bebía esto todo el tiempo cuando estaba en Benning. El sur tenía algo que me llegaba como ninguna otra cosa en el resto del país —bebió otro sorbo—. ¿Sabía eso cuando trajo la botella?

—No, señor —respondió Samm—. Solo tuve tiempo de revisar una casa vacía antes de venir aquí, y dio la casualidad de que tenían eso.

Shon bebió otro sorbo, saboreando el líquido ardiente en el fondo de la garganta.

—¿Sabe qué va bien con este *whisky*? El

pollo frito.

—¿Vamos a pasarnos la noche hablando del *whisky*, señor?

—Usted vino a verme. ¿Hay algo más de lo que quiera hablar?

—Quiero que detenga este ataque —dijo Samm.

La sorpresa del general se coló en el enlace.

—¿En agradecimiento por el *whisky*? —preguntó, levantando la botella.

—Quiero que dejen las armas y liberen a todos los prisioneros. Y después usted y yo vamos a ir a hablar con los refugiados humanos.

—¿Sobre qué?

—Sobre un acuerdo de paz —respondió Samm.

—Esto se está volviendo cada vez menos plausible a medida que sigue hablando —Shon sacudió la cabeza—. Los humanos mataron a nuestra gente. *Usted* mató a nuestra gente, al menos por asociación, y probablemente, si lo estoy interpretando bien, de hecho apretando gatillos. No quiero hacer la paz con esa clase de

gente.

—Yo lamento cada bala que tuve que disparar en esta guerra.

—Eso no les devuelve la vida a mis soldados.

—Matar a los humanos, tampoco —repuso. No se movió, pero sus datos en el enlace se cargaron de urgencia—. El ochenta por ciento de nuestra gente murió en esa explosión nuclear, y esa fue una tragedia que nunca podremos compensar. Pero si no hacen la paz, está sentenciando a muerte al otro veinte por ciento. Sus enemigos no son los humanos, general; su enemigo es el vencimiento, y eso no va a cambiar porque mate a esos humanos. Si los ataca, todos mueren, de los dos lados, ya sea mañana o dentro de seis meses. Si hacen las paces, podemos salvar a los pocos que nos quedan.

—¿Está diciendo que los humanos tienen la cura para el vencimiento?

—Los humanos *son* la cura del vencimiento. Venga conmigo a hablar con ellos y puedo

probárselo... puedo demostrárselo, en vivo y en persona. ¿Conoce a la Tercera División?

—Por supuesto. La Tercera División tomó Denver; fue una de las batallas más grandes de la revolución —de pronto sintió un peso sobre los hombros y bebió otro trago, con la mirada fija en la ventana—. Vencieron hace dos años.

—La mayoría, sí.

—¿Dice que algunos sobrevivieron?

—Tres de ellos están allá —señaló hacia el campamento humano—. Y hay seis más todavía en Denver.

Shon volvió a mirar el *whisky*, haciéndolo girar; luego tapó bien la botella y la dejó sobre el escritorio.

—No se atreva a hacer bromas con esto.

—Hablo absolutamente en serio —respondió con voz firme como el granito. Sus datos en el enlace prácticamente vibraban con sinceridad.

—¿Cómo sobrevivieron al vencimiento? —preguntó Shon.

—Por la interacción con los humanos.

—¿Son prisioneros?

—Son aliados. Son amigos. Algunos incluso...

Shon sintió la emoción del prisionero en el enlace y se volvió súbitamente.

—Está enamorado de una humana.

—Casi —dijo Samm.

—¿Y por eso quiere salvarlos? —preguntó, y sintió retornar la amargura a su enlace—. ¿Porque encontró con quien acostarse?

—¿Qué puedo hacer para convencerlo de mi sinceridad? —preguntó Samm—. No soy de muchas palabras, no soy un líder, soy solo un tipo cualquiera. Un soldado de las trincheras tratando de hacer lo mejor posible, pero este no es un problema que pueda resolver un soldado. No puedo curar el vencimiento con una bala, ni puedo crear la paz entre las especies limitándome a obedecer órdenes y marchar en fila. Si fuera diplomático o político o... diablos: si fuera cualquier otra cosa en lugar de lo que soy, quizá podría explicarle lo que esto significa, lo importante que es, cuánto creo en esto. Pero lo

único que puedo hacer es darle mi palabra de soldado de que esto es lo correcto. Dejen las armas y hagan las paces.

Shon se quedó mirándolo. Sentía como si el suelo se hundiera bajo sus pies y desapareciera en un abismo de una negrura total que lo absorbía y lo ahogaba. Él tampoco estaba hecho para eso: era hombre de infantería, no un oficial; no estaba preparado para tomar esa clase de decisiones. Y mucho menos para la tarea imposible de sostenerla una vez tomada.

—¿Se da cuenta de lo que pasará si salgo de aquí y le digo al ejército que vamos a hacer las paces con los humanos? ¿Con quienes nos atacaron con un arma biológica? ¿Los que destruyeron White Plains?

Usted mismo lo dijo: somos soldados. Nos hicieron para la guerra: para pelear y matar. Usted habla de paz como si fuera algo natural, como si lo único que deberíamos hacer fuera dejar de pelear y entonces nuestros problemas fueran a resolverse. Pero nosotros existimos para luchar. La guerra es nuestra naturaleza, y

eso hace que la paz sea el acto menos... natural que podamos realizar. Hasta peleamos entre nosotros mismos cuando no encontramos a nadie más. A veces pienso que, haga lo que haga, estaremos peleando hasta que el último Parcial deje de respirar.

—Entiendo eso —respondió Samm—. Yo he sentido lo mismo. Pero tengo que creer que somos más que eso.

—Nos crearon para la guerra —repitió Shon.

—Nos crearon para amar.

El hombre se quedó sentado en silencio, con la mirada fija en su escritorio. Trazó con la punta de un dedo las grietas de la madera, seca y quebradiza. Se detuvo, dio un golpecito en el escritorio y habló en voz baja.

—Quiero creerle.

—Entonces créame.

—Es difícil hacerlo cuando no dejan de dispararnos.

—Pues sea quien demuestre grandeza y deje de disparar primero.

Shon pensó en el ejército que esperaba afuera, en la furia que aún los impulsaba por la pérdida de su hogar. Por el arma biológica. Por los años de odio, esclavitud y guerra, que ya sumaban décadas. Todos los recuerdos que tenía de los humanos estaban empapados de odio, muerte y opresión.

Sacudió la cabeza. *Esa es la excusa de un cobarde*, pensó. *No nos rebelamos para que nos trataran mejor; nos rebelamos para poder vivir nuestra vida. Para poder decidir.*

Si esta es la mejor opción, entonces no importa lo que hagan los humanos.

—¿Qué van a hacer ellos si ofrecemos una tregua? —le preguntó—. ¿Van a aceptarla?

—No puedo hablar por ellos, como tampoco usted puede hablar por sus soldados. Menos, en realidad.

Yo aún soy un extraño en su campamento.

—Entonces, ¿por qué debería confiar en usted? —Shon arqueó una ceja.

—No debería —dijo Samm—. Debería confiar en Kira Walker.

CAPÍTULO CINCUENTA

Kira no había dormido, y no imaginaba que nadie más lo hubiera hecho, pues todo el campamento de refugiados estaba aterrado por Armin, por el ejército Parcial, por...

Por Samm. Nadie lo había visto ni había sabido de él desde la noche anterior. No soportaba pensar en lo que podía haber pasado.

—Por supuesto que voy contigo —dijo Marcus, poniéndose todas las chaquetas y mantas que pudo encontrar, aunque Kira notó que le había dado a ella las más abrigadas; y ella se las puso, agradecida.

Las primeras luces del día asomaban entre la cortina de otra nevisca en formación, y estaban preparándose para la larga caminata

hasta donde se encontraba el ejército Parcial. Un hombre mayor que estaba con los barcos les había fabricado raquetas para nieve para hacerles más fácil el viaje, y Kira se agachó para atárselas fuertemente a los pies. *Si Samm ya propuso la paz, y los Parciales no le prestaron atención, no me escucharán a mí.* Terminó el nudo del primer pie y lentamente se puso a atar el otro.

Pero tengo que hacer el intento. Aunque muera, tengo que...

—¡Hombre en el camino! —anunció Phan, sin aliento, en la puerta del centro de comando. Kira levantó la vista con el corazón en la boca, pero fue Heron quien habló primero.

—¿Pudiste ver quién es? —preguntó.

—De mediana edad —respondió Phan—, cuarenta y tantos años. Piel morena. Probablemente un prisionero humano. Tiene demasiada edad para ser Parcial, pero ninguno de los guardias de East Meadow lo reconoce.

—No es Samm —dijo Marcus.

—No es del grupo con el que vine —agregó

Kira—. ¿Será algún guerrillero de los que capturaron los Parciales?

—Probablemente trae un mensaje —dijo Calix.

—Vamos —indicó Haru. Y envió mensajeros por todo el campamento para avisar que se pusieran en guardia.

Luego, llevó al grupo al bulevar Rockaway Point, un camino largo y recto que iba de un pueblo al otro. Guardias humanos vigilaban el camino desde búnkeres improvisados, abrigados con capas de ropa que no concordaban entre sí y armados con una variedad de rifles de caza, las mejores armas que les quedaban a los refugiados. Kira observó a lo lejos al hombre que se acercaba, y al cabo de un momento lo reconoció.

—Es Duna Mkele. Era jefe de Seguridad del Senado.

—Me pareció que podía ser él —dijo Haru—. Supongo que al final capturaron a su fuerza de resistencia.

—Si es un líder de la resistencia, están

soltando un prisionero —señaló Heron. Miró a Kira—. Interesante.

Los guardias le gritaron a Mkele que se detuviera a treinta metros del búnker, y Phan corrió a revisar si traía explosivos u otras trampas.

—Está limpio —gritó Phan, y le echó una manta sobre los hombros mientras lo hacía pasar.

Mkele estrechó la mano de Haru y saludó a Kira con un movimiento solemne de la cabeza.

—Quieren reunirse —informó, simplemente—. Sus líderes y los nuestros, en la intersección que está a mitad de camino —volvió a mirar a Kira—. Pidió específicamente que fueras tú.

—Esto se está poniendo repetitivo —dijo Marcus—. ¿Alguna amenaza? ¿Van a matar a un prisionero por día hasta que ella se presente a hablar?

—No mencionaron nada de eso. Sinceramente, no sé qué decirles: nos han tratado con brutalidad, y desde la jugarreta de Delarosa están empeñados en vengarse, pero...

aquí estoy.

—¿Tiene alguna idea de lo que quieren hablar? —preguntó Kira, pensativa.

—De los términos de nuestra rendición —dijo Haru.

—Puede ser —respondió Mkele—. Dijo que nos vería en una hora, menos el tiempo que me llevara llegar.

—O sea que tenemos unos cuarenta minutos —dijo Phan—. Suficiente para enviar unos exploradores a ese bosque y asegurarnos de que no sea una trampa.

—Irán tú y Heron —indicó Kira, mientras se volvía para buscarla, pero la muchacha ya había desaparecido—. Supongo que ya fue para allá.

—Ve con cuidado —dijo Marcus, mientras detenía a Phan poniéndole una mano en el brazo—. Mantén los ojos abiertos a cualquier indicio de juego sucio, pero da por sentado que ellos están haciendo lo mismo y no hagas movimientos sospechosos.

Phan asintió y salió.

—Supongo que eso significa que vamos —
dijo Haru.

—Yo voy —respondió Kira—. Mkele,
¿dijeron a cuánta gente podíamos enviar?

—Parece que no les importa —sacudió la
cabeza—. Obviamente, yo también voy.

—¿Y las armas? —preguntó Calix.

—Eso tampoco parecía importarles —
respondió.

—Bastardos arrogantes... —Gruñó Haru.

—No vamos a llevar armas —dijo Kira.
Haru y Mkele empezaron a protestar, pero ella
los silenció a ambos—. Nada de armas. Esta es
nuestra primera oportunidad real de diplomacia,
y podría ser la última.

Si se convierte en una pelea, de todos modos
nos matarán, así que tratemos de presentar un
aspecto lo más pacífico posible.

Haru rezongó, pero desenfundó su pistola y
la dejó sobre la mesa. Los demás apilaron sus
armas en el mismo lugar, se abrigaron bien y se
pusieron en marcha, con cuidado por el hielo
resbaladizo que había bajo la capa blanda de

nieve. Otra vez estaba nevando, levemente por el momento, y el bosque vacío estaba cubierto por una nueva capa blanca y gris.

Vieron que un grupo de gente tomaba el otro extremo del camino, en dirección a ellos; a medida que los Parciales se acercaban, Kira notó que uno venía encadenado, y se le llenaron los ojos de lágrimas al reconocer a Samm. *Todavía no sabemos de qué se trata esto, se dijo. Tal vez van a ejecutarlo delante de nosotros.*

Los dos grupos se detuvieron en una intersección pequeña en forma de T, de donde salía un tercer camino con rumbo al sur, hacia el mar. Kira, Marcus, Calix, Ritter, Haru y Mkele se quedaron en silencio, frente a frente con cinco soldados Parciales y el maniatado Samm. Se detuvieron en lados opuestos de la intersección y esperaron.

—¿Estás bien, Samm? —gritó Kira.

—Sí —respondió, y ella sintió una oleada de alivio al oír su voz... seguida casi de inmediato por otra de frustración. *¿Por qué siempre tiene*

que ser tan taciturno?

El Parcial que estaba en el centro de la hilera se adelantó; sus pies hacían crujir la nieve, y se detuvo en medio del camino helado. Ella vaciló un momento y luego avanzó a su encuentro.

—Soy Shon —dijo el Parcial—. General interino del ejército Parcial.

—Kira Walker —lo miró a los ojos—. Supongo que se podría decir que soy lo más cercano a un líder que tiene la especie humana en este momento.

—Me dijeron que podía confiar en usted —dijo Shon.

—¿Y confía? —preguntó, tras asentir con la cabeza.

—Samm me contó cosas muy interesantes acerca de usted y sus... teorías —él no había respondido su pregunta. Pero ella decidió seguirle el juego y continuar con el nuevo tema de conversación.

—Si trabajamos juntos, podemos salvar a ambas especies. ¿Ve a aquel hombre que está

detrás de mí, el segundo desde el final de la hilera? Se llama Ritter, y es de la Tercera División.

—Lo he percibido en el enlace, sí —respondió Shon.

—Tiene veintidós años —prosiguió—. Ustedes pueden curarnos, y nosotros a ustedes. El contacto asiduo entre las especies propaga una partícula biológica que...

—Samm me lo explicó todo —la interrumpió—. Por otra parte, también me presentó a uno de los desertores que capturamos, llamado Green. Me cuesta creer su teoría cuando el hombre que tuvo más contacto con los humanos está en su lecho de muerte.

—¿Él ya...? —Kira sintió una punzada de desesperación.

—Casi. Algunos de su generación ya vencieron durante la noche. Esta mañana, cuando dejé a Green, apenas podía respirar, mucho menos hablar o mantener los ojos abiertos.

—Me gustaría volver a verlo. Aunque sea...

después.

—Una amistad como la que tiene con Green, o con Samm o con ese otro Parcial que está atrás es inspiradora a su manera, pero no basta. Tiene que entenderlo.

—Lo entiendo.

—Las semillas del odio que hay entre mi gente y la suya se sembraron hace años — prosiguió—. Antes de que usted y yo nacióéramos. Una vez intentamos vivir juntos, y no nos fue bien; a mi mejor amigo lo mataron a golpes unos racistas en Chicago, cinco meses antes de que empezara siquiera la revolución, por haber tenido la audacia de llevar al cine a una chica humana —hizo una pausa, y continuó—. Usted quiere la paz. Usted la quiere y yo la quiero, pero nosotros dos no podemos hablar por todos. Por las decenas de miles de personas asustadas, imperfectas y falibles que van a estar allí todos los días, viviendo, trabajando, discutiendo y siendo... personas. Van a pelear, porque ese es nuestro estado natural, el de Parciales y humanos. Así fuimos hechos.

—Eso no significa que no podamos intentarlo —repuso Kira—. Las cosas no son como antes del Brote.

—Usted no sabe lo que costó convencer a estos soldados de que accedieran a esta reunión —dijo Shon, señalando con un gesto detrás de él. Sus datos en el enlace se exasperaban más y más—. El menor indicio de traición de parte de ustedes podría destruir esta paz en cuestión de segundos, y somos solo nosotros.

Son las personas en quienes confío. ¿Y si hacemos una alianza y nos unimos, y luego uno de sus humanos hace un chiste sobre la mano de obra Parcial, o sobre los viejos programas de trabajo que contribuyeron a desatar la revolución?

—No dé por sentado que serán los humanos quienes arruinen esto —insistió ella, sintiendo que se ponía furiosa—. ¿Qué pasará cuando uno de sus Parciales lo llame revolución, o diga algo acerca de ganar su libertad, estando al lado de un humano que perdió a su esposa, sus hijos y sus padres, y todo lo demás que amaba...? —

De repente se paralizó y aguzó el oído—. Un momento.

—Yo también lo oigo —dijo Shon, y levantó la vista. Toda la hilera Parcial se había puesto tensa, atenta al zumbido grave y rítmico. Kira no se atrevió a mirar atrás; le preocupaba demasiado que Shon lo tomara como una señal a sus compañeros. Los datos del general en el enlace se llenaron de confusión y frustración.

—Es un rotor —dijo ella, al tiempo que se volvía hacia el sur para escudriñar el cielo. Había empezado a nevar más copiosamente, y apenas se veía a más de un kilómetro.

—No es nuestro —repuso Shon, y luego apuntó con un dedo hacia las nubes—. ¡Allá! —retrocedió y gritó a sus hombres—. ¡Atrás!

—¡Es una emboscada! —gritó otro Parcial, y Kira se lanzó hacia adelante, tratando de prevenirlos.

—¡Cúbranse! —gritó.

Marcus les indicaba a todos que retrocedieran, que buscaran un lugar seguro, pero Kira supo que era demasiado tarde para

eso. Estaba en lugar abierto, sin armas e indefensa, y no había nada que pudiera hacer para impedir que Armin la matara. Su única prioridad era salvar el tratado, evitar que eso destruyera la paz demasiado frágil entre humanos y Parciales. Shon y sus hombres estaban refugiándose bajo los árboles, pero Samm corrió hacia ella; sus tobillos encadenados se movían dolorosamente por el camino helado.

Kira gritó a Shon, tratando de explicarle lo que estaba pasando, cuando de pronto el rotor irrumpió entre las nubes delante de ella, levantando remolinos de nieve con las aspas enormes de sus alas.

Descendió hacia ella, voló bajo por encima de su cabeza y la fuerza de su descenso los derribó a ella y a Samm; dio la vuelta y pasó por encima de sus amigos, y al hacerlo los derribó también. El vehículo se posó delante de ellos, cortándole la retirada a Kira, y la puerta lateral se abrió con un siseo. Empezaron a bajar Ivies, con sus fusiles levantados y listos, y detrás de ellos bajó Armin, con su cuchillo en una mano y

un frasco vacío en la otra.

—Kira —dijo Armin.

—Puedes llevarte mi sangre —gritó—, pero la de nadie más —señaló detrás, hacia Shon y sus sargentos, que observaban la escena visiblemente conmocionados—. Estamos tratando de hacer las paces, Armin. Es el fin de la guerra, y no voy a dejar que lo arruines.

Ritter apareció corriendo desde detrás del rotor, trayendo en el puño una rama que había arrancado de uno de los árboles nevados al costado del camino, pero los Ivies lo habían sentido venir por el enlace y giraron para disparar incluso antes de que diera la vuelta a la aeronave.

Kira gritó, furiosa por aquel sacrificio inútil, pero un momento después le vio el sentido: Marcus y los demás humanos los habían rodeado y acometieron desde el otro lado del rotor, con lo cual sorprendieron a los Ivies desde atrás y derribaron a dos al suelo helado. Los demás Ivies giraron para hacer frente a la nueva amenaza, y Kira volvió a gritar al ver caer a sus

amigos, y a Marcus, con sangre manando de sus chaquetas raídas como nubes rojas. Corrió hacia ellos, aún gritando incoherentemente, mientras Samm intentaba retenerla, cuando los Parciales se levantaron detrás de ella, sacaron sus armas y corrieron hacia la pelea, disparando contra los Ivies. Estos respondieron el fuego, y Kira gritó cuando Samm se interpuso delante de ella y recibió un disparo en el brazo. Armin estaba de pie en medio de la batalla, aparentemente sin temor, y detuvo el mundo con un pensamiento.

NO

La orden se propagó en el enlace. Shon y sus Parciales se quedaron inmóviles en mitad de un paso; Samm se petrificó, y hasta los Ivies se detuvieron. Kira trastabilló, abrumada por la orden, por la palabra, por todo el concepto de NO. Parecía ocupar todo su enlace, su mente, su cuerpo. Apretó los dientes y se llevó las manos a la cabeza, como si pudiera acallararlo de alguna manera.

—Así está mejor —dijo Armin. Miró a Kira y caminó lentamente hacia ella—. Tenías razón

en una cosa.

Esto es el fin. No de tu guerra, quizá, pues parece que todavía quieren seguir peleando, pero sí de la importancia de la guerra. Ya tengo todo el ADN que necesito. Los humanos y los Parciales, tan desesperados los unos por poner fin a la existencia de los otros, ahora pueden hacerlo sin perjuicio de nuestro futuro.

—No tiene por qué ser así —dijo ella, obligándose a emitir las palabras—. Es tu plan, el que hiciste hace tantos años. Todavía puede cumplirse.

—Por el momento, quizá. Pero a la larga empezarán otra vez a pelear. Van a culparse mutuamente por tu muerte, por no haberte salvado o no haberme matado. Hasta puede que traten de trabajar juntos para abandonar esta isla antes de que la radiación los afecte sin remedio, pero no será duradero. Sus diferencias son demasiado grandes, y la paz biológica que traté de imponer con el RM y el ADN Parcial no bastó.

Con un esfuerzo titánico, Samm movió el pie

y se plantó en el camino de Armin. Se quedó mirando al hombre con los dientes apretados, demasiado rígido como para poder hablar, pero decidido a defenderla.

—Impresionante —Armin se detuvo, sorprendido—, pero no importa. Jerry ha reiniciado el planeta, y yo voy a empezar otra vez con una especie nueva, desarrollada como una sola en lugar de este torpe intento de obligar a dos a convivir. Ellos heredarán la Tierra, y tú serás su madre, y lograrán cosas más grandes y gloriosas que lo que cualquiera de nosotros podría imaginar. Todavía no lo entiendes, y supongo que nunca lo harás, pero ese es el mayor objetivo de todo padre: que sus hijos lo superen.

—Entonces déjame vivir para superarte. No puede ser tan difícil... ya tengo a mi favor el hecho de no ser un psicópata —obligó a sus piernas a retroceder: primero una, luego la otra, agotando hasta la última pizca de su voluntad. No sabía si podría dar otro paso.

—Un comentario así de pobre es el indicio

más claro de que ya no eres digna del nuevo mundo —rodeó a Samm con el cuchillo levantado; pero con un rugido gutural, el Parcial volvió a moverse para obstruir el paso del Hombre de la Sangre—. No me hagas matarte a ti también —dijo con calma—. No quiero hacerle daño a nadie, pero voy a conseguir el ADN de ella a cualquier costo.

—Si quieres un nuevo mundo, uno que pueda vivir en paz, tienes que *soltarlo* —dijo Kira—. Desde el comienzo de todo esto, la creación de los Parciales y la formación del Consorcio, has tratado de controlarlo, de manejar cada paso de cada proceso. Eso fue lo que falló, Armin. No la biología, sino tu empeño en controlarla. Tenemos que poder elegir. Hemos caído, y tenemos que volver a levantarnos.

—Los humanos ya tuvieron su oportunidad —replicó—. Fracasaron, y casi se llevaron consigo a todo el planeta. Eso no va a volver a pasar.

—Ya lo creo que no —dijo una voz.

Armin se volvió, sorprendido, y Kira obligó a su cabeza a girar.

Heron salía lentamente de entre los árboles, jugando como distraída con una pistola.

ALTO Kira sintió que la nueva orden de Armin en el enlace le aplastaba la voluntad, el sentido mismo de sí misma, pero Heron simplemente sonrió y siguió caminando.

—Ya veo —dijo Armin—. Una Theta —dejó su frasco de vidrio con cuidado en el suelo y se incorporó con el cuchillo en la mano—. Justamente a esto me refería, Kira. Los Thetas tienen libre albedrío; los demás me decían que era una locura hacer un modelo de Parcial que no se pudiera controlar por medio del enlace, pero yo era un idealista. En aquel entonces creía, como tú crees ahora, que la facultad de optar era demasiado importante como para eliminarla por completo de la especie. Ahora sé que estaba equivocado. Les di la posibilidad de elegir, y solo la usaron para desobedecer —ladeó la cabeza y miró a Heron con ojos fríos y calculadores—. Pensé que ya los había atrapado

a todos.

—¿Fue usted quien mató a los demás modelos espías? —preguntó Heron—. Cada palabra que sale de su boca es un motivo más para darle una patada en el trasero.

—Quizá no pueda controlarte, pero tengo modificaciones genéticas que no imaginas. Atacarme sería una locura.

—Más y más —dijo ella; llegó a unos tres metros de él, y lentamente dio un rodeo hacia el costado—. Kira, querida, voy a matar a tu papá.

Kira trató de responder, pero el enlace la mantuvo inmovilizada.

—Te diseñé para que fueras una evolución de la plantilla Parcial, Theta, pero ahora sé que eres exactamente la razón por la que necesitamos empezar de nuevo —dijo Armin, y Kira oyó crecer la impaciencia en su voz—. Necesitamos una especie que sueñe con las estrellas, no una que se esconda en las sombras y mate por deporte.

—¿Quieres una especie que no me incluya? Púdrete.

Heron se lanzó hacia adelante con la rapidez de un rayo y disparó su pistola. Armin esquivó fácilmente el primer proyectil; ella apuntó el siguiente a la derecha, errando a propósito, para que él se impulsara hacia la izquierda, donde tenía la otra mano preparada con un cuchillo. Él vio venir el amague, desvió el cuchillo con un movimiento veloz y giró hacia el otro lado, con lo cual se apartó de la línea de fuego justo cuando ella estaba apuntándole. Esquivaba las balas con tanta precisión que parecía ensayado.

—No puedo controlarte por el enlace, pero aún emites tus tácticas —le dijo—. Sé todo lo que vas a hacer antes de que lo hagas.

Ella no se inmutó; hizo caso omiso de él y se concentró en la pelea. El hombre esquivó con destreza los siguientes disparos, como una danza ligera, moviéndose con tanta calma que no parecía estar esforzándose. Heron fue acercándose de a poco, a veces disparando para guiarlo, a veces intentando acertarle, pero siempre tratando de llegar al alcance del cuchillo. Kira intentó llevar la cuenta de los

disparos, preguntándose cuándo se le acabarían las balas, pero de pronto Heron lanzó una estocada con el puñal, y al mismo tiempo bajó la mano que sostenía la pistola y expulsó el cargador, que resbaló sobre el hielo. Cuando Armin retrocedió para esquivar el cuchillo, pisó el cargador de metal y perdió el equilibrio, con lo cual extendió el brazo para no caerse. Ella aprovechó la oportunidad con una sonrisa perversa y saltó para degollarlo, pero él convirtió el arco de su brazo en un contragolpe; el cuchillo le dio en el hueso del brazo y contraatacó con su propio cuchillo. Heron retrocedió para reconsiderar la situación.

—Ese fue un buen truco —dijo Armin—, pero no puedes vencerme.

—Puede que no. Pero eso no significa que no pueda ganar —hizo una pausa—. ¿Kira?

—Sí.

—Dime que estás segura de esto —pidió Heron—. Dime que dará resultado, y que todos van a vivir, y que no estoy perdiendo mi tiempo.

—Te lo prometo —dijo Kira, apretando la

mandíbula.

—Bien —dijo Heron, y sacó otro cuchillo del cinturón—, entonces terminemos con esto.

Se lanzó hacia adelante con un cuchillo en cada mano, lanzando estocadas y cortes como un tornado de acero. Armin la atacó a su vez, con un claro intento de impulsarla a un costado, pero ella gritó y recibió la hoja en el pecho, atrapando el arma con su propio cuerpo y empujando al hombre hacia atrás con la fuerza de su embestida. Los ojos de él se dilataron por la sorpresa y trató de retirar el cuchillo, pero era demasiado tarde: Heron consiguió su oportunidad.

Con seis cuchilladas a la velocidad del rayo, lo cortó en jirones.

Armin trastabilló, sangrando por una docena de cortes profundos en el cuello y el pecho, y se desplomó en la nieve.

Ella empezó a darse vuelta, pero cayó junto a él, con el cuchillo aún clavado en el corazón.

MUERTE

Kira sintió las lágrimas en la cara, calientes

y heladas a la vez. Obligó a su pie a avanzar, primero un centímetro, luego dos. La orden poderosa de Armin se fue desvaneciendo, y pudo dar otro paso, y otro más. La sangre de Heron emanaba vapor sobre el camino helado, y derretía agujeros rojos en la nieve.

Dos pasos más. Tres. Estiró los dedos de las manos con un gemido; estaban tiesos por el frío y por el puño helado del enlace de Armin. Llegó hasta Heron y cayó de rodillas para palparle el cuello. El pulso estaba leve y errático. Apoyó las manos sobre la herida, pero había mucha sangre, y supo que era demasiado tarde.

Heron levantó la mano, buscó la de Kira y la tomó débilmente con dedos inútiles. Su voz era un susurro.

—Si mi vida no tenía sentido, no había razón para no ponerle fin.

Kira apretó la mano de la muchacha, llena de congoja.

—¿Por eso le pusiste fin?

—Por eso le di sentido.

Los ojos de Heron parpadearon y se

volvieron hacia arriba. Su mano quedó fláccida. Kira sollozó y la abrazó, sintiendo cómo escapaba lo último que le quedaba de vida.

MUERTE

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

El general Shon se acercó lentamente desde atrás y se arrodilló en la nieve junto a Kira.

—Le prometí que haría que esto funcionara —dijo Kira—. Sé que no va a ser perfecto ni fácil, y por lo que sé, va a fracasar, pero... —Apretó la mano de Heron en la suya—. Tenemos que intentarlo.

Shon empujó el cuerpo de Armin con su guante. El hombre estaba flácido y sin vida.

—Después de oír a este canalla decir que era imposible, me inclino a hacer la prueba solo para demostrarle que se equivocaba.

—Hay mejores razones para salvar al mundo —dijo Kira.

Entonces llegó Samm y se arrodilló junto a

Heron. Le tomó la mano, con dificultad por las cadenas que le sujetaban las muñecas, y la miró en silencio. Al cabo de un momento, miró hacia el este, hacia el campamento Parcial.

—Alguien viene a ver si están bien.

—Habrán oído el rotor —dijo Shon—. Yo no... Un momento; viene todo un grupo.

Kira se puso de pie y vio emerger más figuras en la nieve. El hombre que iba adelante caminaba tieso, casi arrastrando los pies, como si estuviera enfermo.

Ella dio unos pasos hacia él y se llenó de emoción al reconocerlo:

—¡Green! —Él la saludó desde lejos con la mano. Kira se acercó corriendo hacia él y lo envolvió en un abrazo—. ¡Estás vivo!

—Funcionó —dijo, mirándose las manos y los brazos como si fueran nuevos, cosas extrañas y maravillosas que nunca hubiera visto—. Me... mejoré —la tomó por los hombros—. No estoy al cien por ciento, pero... me salvaste, Kira.

—¿Green? —Shon se detuvo junto a él y se

quedó mirándolo con asombro.

Él respondió con un saludo militar:

—Abandoné el ejército, señor, pero estoy listo para enrolarme en el nuevo.

—¿Cuál nuevo? —preguntó Shon.

—Un Parcial acaba de sobrevivir al vencimiento, y quedan veinte mil más que buscan el mismo tratamiento —señaló hacia atrás, hacia la enorme ola de soldados Parciales, y le sonrió feliz a Kira—. ¿Aquí es donde nos inscribimos en la alianza humano-Parcial?

Una bala Ivie había rozado a Marcus en la sien, le había raspado la piel hasta llegar al hueso y había hecho que se desvaneciera, pero estaba vivo. Kira le vendó la herida y lo despertó. Él ayudó con los demás, restañando heridas siempre que se podía, tapando orificios con trozos de tela, y luego ayudó a todos a volver al campamento. Haru era el que estaba en peores condiciones: tenía los intestinos perforados y una herida en la mano derecha, pero se encontraba estable. Quedaban también seis Ivies con vida, que se rindieron en el acto al

morir su líder. Kira los llevó al campamento humano, y Shon y Mkele ocuparon el lugar de Haru: reorganizaron la evacuación y desaceleraron el ritmo frenético sin dejar de planear cómo sacar a todos de la zona de radiación. Con la ayuda del viejo rotor de los Ivies, podrían reducir los tiempos considerablemente.

Kira vendó personalmente la herida de Samm; lo acostó sobre una mesa esterilizada en el centro médico improvisado y le limpió el hombro con desinfectante antes de coserle la herida con cuidado.

—Esto me recuerda al laboratorio — comentó ella, reviviendo el tiempo que habían pasado en el hospital de East Meadow, cuando estaba estudiándolo y hablando con él, y cuando finalmente había decidido ayudarlo. Había sentido una conexión con él como no la había tenido con nadie más, ni siquiera con Marcus, y por un tiempo le había preocupado que fuera solo por el enlace, del que percibía algunos vestigios en los límites de su mente. Miró la

siguiente mesa de la hilera, donde Marcus estaba cosiendo un orificio de bala en la pierna de Calix... la otra pierna, que ahora parecía una imagen especular de la que Heron le había herido meses atrás.

No sé lo que debo hacer, pensó, y miró a Samm. *Pero sé lo que quiero hacer.*

—Necesito hablar contigo —le dijo, nerviosa.

—¿Terminaste con mi hombro?

—¿No me oíste?

—Sí —respondió él, e hizo una mueca mientras se incorporaba y bajaba de la mesa con cuidado—. Pero yo también necesito hablar contigo.

—¿Van a hacerlo aquí mismo? ¿En mis narices? —dijo Marcus, levantando la vista de su curación.

—Eres un buen hombre y un buen amigo —le dijo Samm—. Te pido disculpas por esto —tomó las manos de Kira en las suyas y la miró a los ojos; ella también lo miró, temblando—. Kira, te amo. No te lo dije entonces, pero te amé en

aquel laboratorio, y te amé cuando me liberaste de la prisión, y te amé cuando nos despedimos en el muelle, y cuando volvimos a despedirnos en la Reserva. Me dolió mucho verte partir, las dos veces; fue como si te llevaras mi corazón contigo. Ya eres parte de mí, y no quiero volver a despedirme de ti nunca más —hizo una pausa—. Todos los que quedan en el planeta van a cruzar el mar, buscar un nuevo hogar y empezar una nueva vida. Yo quiero iniciar esa nueva vida contigo.

Ella estaba llorando, y apretaba tanto las manos de Samm que le preocupó que le dolieran. A su alrededor, el centro médico estaba atestado y bullía de actividad, pero lo único que oía eran las palabras de Samm. Este se volvió nuevamente hacia Marcus.

—Lo siento. No sé cómo vamos a arreglarnos.

Era imposible descifrar el rostro de Marcus, pero de pronto rio.

—No te disculpes por esto, Samm. Es amor, y el amor no sopesa sus opciones y elige la

mejor; el amor solo quiere cosas y no sabe por qué y no importa por qué, pues la única explicación que el amor necesita es el amor. Ahora que miro a Kira... sé que ella también quiere esto. Yo... —se interrumpió y apartó la vista de pronto—. No voy a interponerme.

—Gracias, Marcus —susurró Kira, enjugándose una lágrima. Miró a Samm y se vio reflejada en sus ojos—. Te amo, Samm. Te amo —lo atrajo hacia ella y lo besó.

Marcus se enjugó los ojos, mirándolos besarse; luego volvió a su cirugía y respiró hondo.

—Bueno, eso fue como una patada en los dientes.

—Dímelo a mí —respondió Calix.

—¿Tú y Samm? —La miró brevemente y luego siguió trabajando en su pierna.

—Una vez, hace tiempo... —los observó un momento más y luego volvió a mirar a Marcus—. ¿Hablabas en serio cuando dijiste todo eso sobre el amor? ¿Que el amor sabe lo que quiere y no importa por qué?

—Sí, era en serio. Supongo. En el momento me pareció bien, y no es que no lo dijera en serio, pero...

Ya sabes cómo es esto. Deja de moverte.

—¿Y qué vas a hacer esta noche?

—¿Qué? —vaciló Marcus por la sorpresa y casi le clava las pinzas.

—Yo estoy sola, tú eres atractivo y, de todos modos, los dos estaremos en este hospital. ¿Qué dices?

—Acabo de perder al amor de mi vida. ¿Podrías darme un poco de tiempo para... respirar, recuperarme o algo?

—La perdiste hace años.

—Ay —dijo Marcus, y sacudió la cabeza—. Qué directa eres.

—Suelo tener problemas por eso —respondió Calix, echando un vistazo a Samm.

Marcus soltó una risita seca.

—Esa parece una historia que me vendría bien oír.

—Entonces tenemos una cita. Vamos, es lo menos que puedes hacer después de haber

pasado la última hora acariciándome la pierna.

—Tenemos una cita —confirmó Marcus—, pero lo primero que debo hacer es enseñarte la diferencia entre una caricia y una cirugía. Si las confundes, podrías meterte en problemas.

Kira estaba de pie en la orilla, esperando que regresara un barco a buscar a los últimos sobrevivientes.

Había insistido en ir con el último grupo que abandonara la isla y en que todos los demás estuvieran a salvo primero. Samm estaba detrás de ella, rodeándola con sus brazos en un silencio reconfortante y perfecto. Ante ellos se extendía el mar, ancho, abierto e ilimitado. Los restos derruidos de un viejo muelle de madera se adentraban en las olas, y ella ansiaba simplemente seguirlos mar adentro y desaparecer, el primer paso hacia un nuevo camino y un nuevo horizonte. La nieve blanca cubría el suelo como un pergamino sin uso, borrando el viejo mundo y esperando que ellos escribieran uno nuevo en sus páginas.

—¡Barco! —anunció el vigía, y los

refugiados que estaban reunidos allí miraron hacia Sandy Hook, pero no vieron el barco—. Al este.

Kira giró la cabeza y escudriñó el horizonte.

Un barco blanco con vela alta navegaba por la costa, acercándose a ellos desde la dirección de Jones Beach.

—¿Mkele envió más gente? —preguntó Samm.

—Ya tenemos más de los que podemos llevar —dijo Kira—. ¿Será otro pescador, que por fin se une al resto?

Siguieron observando el velero con atención, y pronto Kira vio a tres mujeres de pie en la proa, con los cabellos al viento, y a otra mujer detrás de ellas, al timón.

Ariel, Isolde, Xochi y Nandita.

Kira corrió hacia ellas, internándose hasta la cadera en el Atlántico helado, agitando los brazos y con lágrimas de alegría bajando por sus mejillas.

—¡Están aquí! —gritó, una y otra vez, demasiado feliz como para que se le ocurriera

decir otra cosa—. ¡Están aquí! ¡Están aquí!

Ariel giró una vela y aminoró la velocidad, apuntando hacia el muelle. Kira corrió hacia allá y les arrojó una cuerda.

—¿Te llevamos? —preguntó Xochi con una sonrisa.

—No sabía que ustedes sabían navegar —dijo Kira.

—Pasé un año en un pueblo de pescadores —respondió Ariel—; por supuesto que sé.

—Están vivas —exclamó Kira, abrazándose a sí misma de felicidad, sin prestar atención a las olas heladas—. ¡Cuánto las quiero! —Miró sus rostros: sus hermanas y su madre adoptiva. Armin habría sido su padre, pero esa era su familia, verdadera, cercana y maravillosa. Samm se le acercó y le tomó la mano. Ella la apretó con fuerza y lo jaló para que subiera al barco con ella; solo lo soltó para abrazar a sus hermanas—. Vayamos a alguna parte.

—El mundo es grande —respondió Isolde—. Podemos ir a donde quieras.

AGRADECIMIENTOS

Este libro le debe mucho a mucha gente. A mi editor, Jordan Brown, y a mi agente, Sara Crowe. Al equipo increíble de HarperCollins y Balzer + Bray. A mi asistente, Chersti Nieveen y a mi hermano, Robison Wells, ambos excelentes escritores por derecho propio que me brindaron tanta ayuda e inspiración. A mis lectores, que son muchos y variados: Steve Diamond, Nick Dianatkhah, Mary Robinette Kowal, Ben Olsen, Maija-Liisa Phipps, Brandon Sanderson, Howard Tayler y a muchos otros que sin duda olvidé mencionar.

Este libro tiene también una deuda inmensa con mi esposa, Dawn, que me apoya más de lo que podría esperar, y aún más. Me da tiempo,

ideas, consejos, aliento, comida y libertad para hacer lo que necesite, cuando lo necesite, para traerles a ustedes este libro y todos los demás. Sin ella, estaría cocinando hamburguesas en alguna parte. Gracias, Dawn, por ser tan increíble.

Por último, quizás este libro tenga su deuda más grande con quienes fueron modelos para los personajes de Kira, Heron y las demás chicas fantásticas de la serie *Partials*: mis dos hijas. Que siempre tengan heroínas que las inspiren, modelos que admirar y libertad y valor para tomar sus propias decisiones, no importa cuán sencillas, temibles, difíciles o eternas sean.